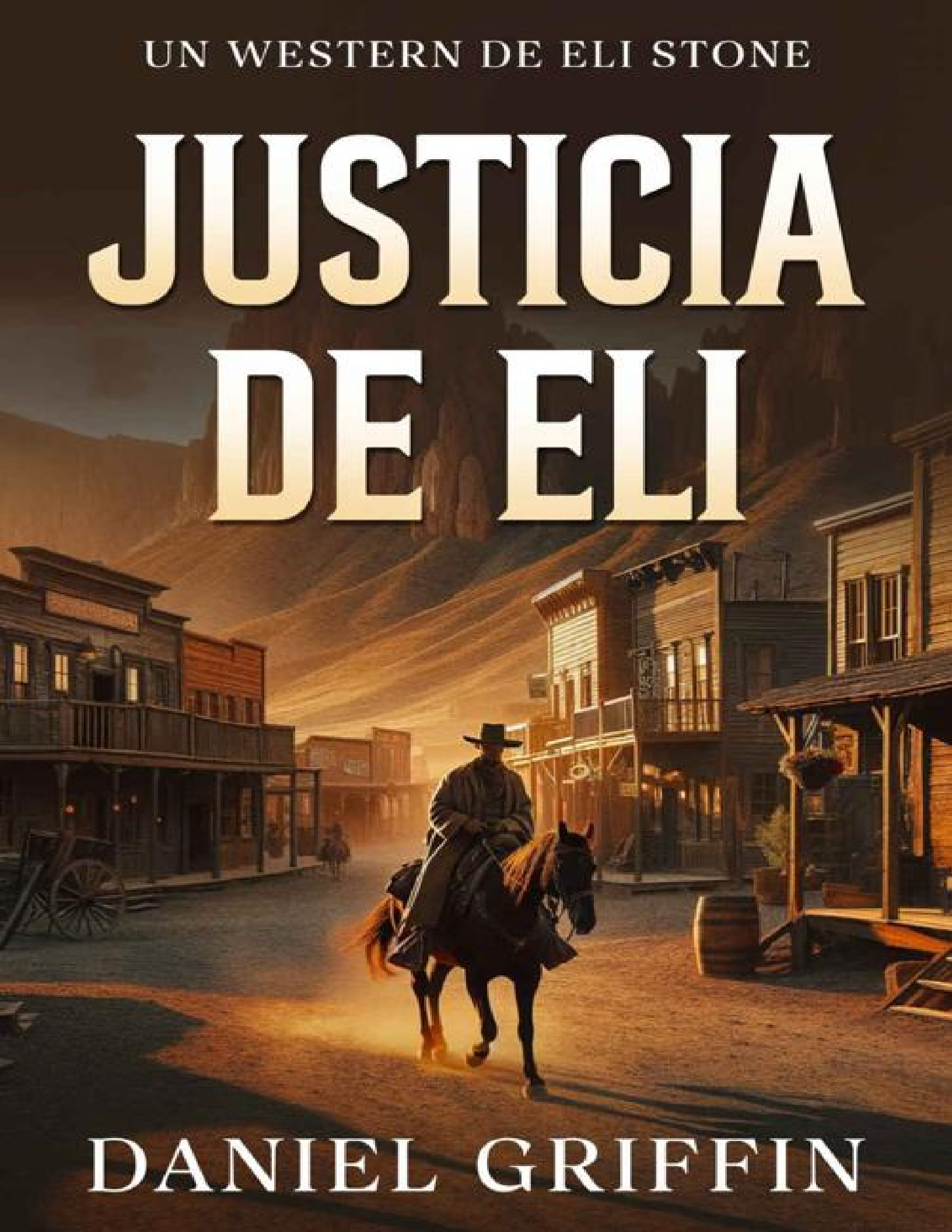
UN WESTERN DE ELI STONE

JUSTICIA DE ELI



DANIEL GRIFFIN

Justicia de Eli

Ajuste de cuentas en Shadow Gulch

Un western de Eli Stone

Daniel Griffin



Copyright © 2024 por Trails West Books

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43

Deje una Reseña

Capítulo Uno

EL SUAVE RESPLANDOR de la primera luz del alba se extendía por el escarpado terreno de Shadow Gulch, rozando los acantilados con pinceladas de rosa y ámbar. En medio de este tranquilo despertar, Eli Stone se subió las mangas por los musculosos antebrazos, la tela áspera contra su piel. Su herrería, una robusta estructura de madera y piedra, era un testimonio silencioso de su dedicación. El ritmo constante de un martillo golpeando metal caliente resonaba, marcando la quietud matutina.

Las fuertes manos de Eli trabajaban con facilidad práctica, persuadiendo al obstinado hierro para que se sometiera. Cada golpe de su martillo era preciso, una danza controlada entre fuerza y delicadeza. La forja rugía como una bestia enjaulada, las llamas lamían los bordes de su contención y proyectaban sombras parpadeantes sobre el rostro concentrado de Eli.

La campana situada sobre la puerta de la tienda tintineó, un sonido delicado en medio del fragor de la metalistería. Un niño de no más de diez años atravesó el umbral con una mezcla de temor y admiración.

"Buenos días, señor Stone", dijo Tommy, con voz vacilante en el amplio espacio.

Eli dejó el martillo junto al yunque y se volvió hacia el chico. "Buenos días, Tommy", contestó, con voz grave, suavizada por el calor. "¿Qué te trae a mi forja a estas horas?

Tommy jugueteó con el ala de su sombrero, luego se lo quitó por completo como dictaba el respeto. "Pa me envió con Bessie. Ha vuelto a tirar un zapato".

Eli se limpió las manos en un paño cercano y se acercó a Bessie, que estaba fuera, enganchada a un poste. La yegua agitó la cola en señal de saludo mientras Eli le pasaba una mano experta por el flanco.

"Tiene espíritu", dijo Eli con una pequeña sonrisa mientras le levantaba la pezuña para inspeccionarla.

"Papá dice que es demasiado testaruda para su propio bien". Tommy tenía una sonrisa que reflejaba la de su padre, una que Eli había visto a menudo en las reuniones del pueblo.

"La testarudez puede ser buena", respondió Eli mientras evaluaba la pezuña de Bessie. "Significa que no se rendirá fácilmente".

Tommy observó a Eli mientras trabajaba con una eficiencia silenciosa que hablaba por sí sola de su habilidad. El herrero regresó a la fragua, eligió un zapato adecuado de entre los de diferentes tamaños que colgaban de la pared y empezó a calentarlo.

"Siempre sabes qué hacer", dijo Tommy, apoyado en un pilar de madera envuelto en hiedra trepadora.

"Viene con el tiempo". Eli volvió a colocar la herradura brillante en el yunque para ajustarla. "Y los errores".

El chico se acercó para ver cómo saltaban chispas con cada golpe del martillo de Eli. "Quiero ser como tú algún día".

Eli hizo una pausa a mitad del swing, considerando las palabras de Tommy antes de continuar con su tarea. "¿Como yo?"

"Sí". Tommy asintió enérgicamente. "Fuerte e inteligente. Todos en el pueblo te respetan".

"El respeto se gana haciendo lo correcto, no siendo fuerte". Apagó la herradura en agua, el vapor se elevó como espíritus huyendo hacia la luz del día.

Tommy vio cómo Eli volvía junto a Bessie y le colocaba con cuidado la herradura enfriada en la pezuña. Con unos golpecitos expertos, la aseguró en su sitio antes de apartarse para admirar su obra.

"¿Me enseñarás?" La voz del chico era esperanzadora, pero llevaba un trasfondo de duda.

"Algún día tal vez", respondió Eli mientras recogía sus herramientas. "Por ahora, mejor que aprendas de tu pa".

La mañana avanzaba y pronto Bessie estaba herrada y lista para emprender cualquier camino que se le pusiera por delante. Eli los observó marcharse antes de volver a su forja, donde se reanudó el sonido de los martillazos, que resonaba en el Barranco Sombrío mientras la vida seguía su marcha constante bajo la atenta mirada azul de Eli Stone.

CON EL ÚLTIMO caballo herrado y en camino, Eli colgó su delantal de cuero en un perchero junto a la puerta y cogió su sombrero. El ala ancha se posó sobre su cabeza, ensombreciendo sus agudos ojos. Salió, cerró y se dirigió a Maria's Saloon para desayunar.

El letrero de madera sobre las puertas de color rojo vivo de la taberna se balanceaba suavemente con la brisa, con un chirrido casi musical. Eli cruzó la puerta y enseguida se vio envuelto en una mezcla de olores: café, tocino frito y melaza dulce. Se sentó en la barra, como de costumbre, y saludó con la cabeza a las caras conocidas.

María levantó la vista después de servirle una taza de café al viejo Jenkins y su rostro esbozó una cálida sonrisa al ver a Eli. "Buenos días, Eli", le dijo mientras le acercaba una taza humeante. "¿Lo de siempre?

Eli asintió, sintiendo que una sonrisa se dibujaba en la comisura de sus labios a su pesar. "Lo sabes.

María se volvió para llamar a la cocina mientras Eli sorbía su café. Era fuerte y amargo, le tranquilizaba. El vapor se elevó, envolviéndole la cara como un abrazo familiar.

Unos instantes después, María volvió con un plato lleno de huevos, beicon y pan de masa madre. Se apoyó en la barra mientras él empezaba a comer.

"¿Buen negocio esta mañana?", preguntó.

"No me puedo quejar", respondió Eli entre bocado y bocado. "Tommy trajo el caballo de su padre temprano".

María rió suavemente. "A ese chico le encanta cualquier excusa para saltarse las tareas".

Eli se rió, mirándola. "No puedo culparle".

Se sumieron en un silencio fácil -cómodo como el cuero gastado- y los sonidos de la taberna surgieron a su alrededor como un ser vivo: mineros intercambiando historias teñidas de esperanza y polvo. Jugadores alardeando de sus ganancias de la noche anterior o lamentando sus pérdidas. Campesinos que discutían las pautas meteorológicas ante bandejas de bollos calientes.

"¿Vas a ir al rancho de Fletcher más tarde?" pregunto Maria despreocupadamente mientras rellenaba su taza de cafe.

Eli asintió de nuevo. "Hay que reparar la valla".

Suspiró. "Siempre hay algo que se rompe en esta ciudad".

"Eso es lo que nos mantiene ocupados", respondió con una suave sonrisa.

Su conversación se vio interrumpida por un fuerte alboroto en una de las mesas de juego: la voz de un minero se elevó por encima del estruendo. Eli se giró ligeramente sobre su taburete para ver a un grupo de hombres que discutían por lo que parecía una decisión injusta en su juego.

María puso los ojos en blanco, pero su voz sonó clara y autoritaria cuando los llamó. "¡Señores! Lleven sus desacuerdos fuera o cálmense".

Los hombres refunfuñaron pero se calmaron, lanzando miradas avergonzadas a María antes de reanudar su juego a un volumen más bajo.

"Nunca hay un momento aburrido". Eli dirigió a María una mirada apreciativa.

Le sonrió antes de atender a otro cliente que acababa de entrar, un recién llegado por lo que parecía.

Mientras Eli terminaba de desayunar y se alejaba de la barra, volvió a sentir esa punzada -la que hablaba de tiempos pasados y caminos no tomados- que afloraba cada vez que compartía esos momentos con María. Pero era fugaz. Había aprendido a apreciar lo que tenía ahora: paz, respeto... amistad.

Dejó algunas monedas en el mostrador y se quitó el sombrero ante María antes de salir de nuevo a la luz matinal de Shadow Gulch, cuya calidez era casi como un eco de lo que sentía en su interior cada vez que dejaba atrás su taberna.

Fuera, el sol subía, proyectando sombras que se retiraban como coyotes ante el resplandor del día. La ciudad se extendía y bostezaba bajo la luz, los escaparates se abrían, las contraventanas golpeaban contra las paredes mientras corría una suave brisa.

"Sheriff", dijo Eli cuando vio a Tom Bennett apoyado en un poste fuera de la oficina del sheriff, con el sombrero echado hacia atrás revelando una frente marcada tanto por el sol como por la preocupación.

"Eli". El sheriff Bennett se bajó del poste y se acercó, con los pulgares enganchados en las trabillas del cinturón. "¿Tienes un minuto?"

Eli asintió una vez, aunque su interior se tensó como un resorte en espiral. Las conversaciones con Bennett solían tener peso, del tipo que Eli prefería no levantar estos días.

"Tenemos problemas". La voz de Bennett era baja, pero tenía el filo suficiente para afeitar madera. "Robos de ganado de nuevo. Tres ranchos atacados la semana pasada".

Eli mantuvo su mirada al mismo nivel que la de Bennett, dejando que el silencio se extendiera entre ellos durante uno o dos latidos. "¿Ah, sí?"

El bigote de Bennett se crispó en lo que podría haber sido fastidio o tal vez impaciencia. "Sí, eso es. Y está sacando de quicio a la gente. No estamos hablando de una vaca o dos. Esto es organizado y audaz".

El sheriff cambió el peso de una bota a otra. Eli lo observó atentamente, pero no le dirigió palabra alguna de consejo o consuelo.

"Recuerdo un tiempo en el que tenías algunas ideas sobre cómo manejar esto".

Una sombra pasó por el rostro de Eli, los recuerdos parpadeando tras aquellos penetrantes ojos azules como relámpagos sobre el cielo de una pradera: rápida, peligrosa, desapareció antes de que pudieras jurar que estaba allí.

"Creo que esos tiempos ya pasaron", respondió Eli al cabo de un momento, con voz firme como el granito.

Bennett le miró con los ojos entrecerrados. "¿Me estás diciendo que no tienes interés en

ayudar a mantener a salvo Shadow Gulch?"

"No se trata de intereses", dijo Eli en voz baja. "Se trata de elecciones. Y yo tomé las mías".

El sheriff le estudió durante otro largo rato antes de asentir lentamente. "De acuerdo. Si cambias de opinión o escuchas algo. . . "

Eli se quitó el sombrero y se apartó de Bennett y de lo que representara.

Sintió la mirada de Bennett en su espalda mientras se alejaba, la sintió como el calor de una fragua que una vez le atrajo con su promesa de transformación -de metal a hoja, de hombre a leyenda- pero que ahora sólo le recordaba llamas que era mejor no perturbar.

Avanzó por la polvorienta calle, con las botas golpeando suavemente al compás de los latidos de su corazón. A su alrededor, la vida se desarrollaba: los niños correteaban entre los puestos instalados para el día de mercado. Las mujeres regateaban pernos de tela. Los hombres escupían zumo de tabaco y hablaban de una lluvia que no llegaría.

El tintineo y el clamor de su herrería le dieron la bienvenida, un santuario de sudor y hierro donde podía perderse en el trabajo honesto y olvidarse de los ladrones de ganado y los viejos fantasmas que rondaban no sólo los sueños, sino también la luz del día.

Avivó el fuego hasta que rugió como una bestia enfurecida y las chispas saltaron hacia la chimenea como si quisieran escapar de sus confines terrenales. El calor le oprimía la piel mientras seleccionaba un trozo de metal entre muchos otros, todo un potencial a la espera de que el martillo y la voluntad le dieran forma.

Trabajó sin pausa, moviendo los músculos con una facilidad practicada mientras los pensamientos se agitaban al compás de cada golpe del martillo sobre el yunque: ¿Podría Shadow Gulch defenderse de esta nueva amenaza? ¿Importaba que un hombre se negara a volver a empuñar las armas? ¿Dónde terminaba el deber y empezaba la autopreservación?

Las voces llegaban del exterior, retazos de conversación que flotaban en corrientes de aire calentadas por la tierra tostada por el sol:

". . . Robos de ganado otra vez. . ."

" . . . El sheriff parece preocupado. . .”

". . . ¿Qué va a hacer Stone al respecto?"

Eli se detuvo a mitad del golpe al oír esta última pregunta, que no iba dirigida a él, pero que captó su atención de todos modos.

¿Qué iba a hacer Stone al respecto?

Dejó el martillo y se secó el sudor de la frente con un antebrazo curtido. Miró hacia la puerta, como si esperara una respuesta y entrara con las botas cargadas de polvo.

Pero no hubo más respuesta que el crepitar del fuego y el murmullo de las brasas, que contaban historias más antiguas que el tiempo: historias de hombres que intentaron escapar de su pasado para descubrir que éste les aguardaba como forajidos en una emboscada.

El metal se enfrió lentamente en el yunque mientras Eli permanecía inmóvil, como una estatua tallada en el arrepentimiento y la determinación.

Con el tiempo, volvió a coger sus herramientas -el ritmo le resultaba familiar y reconfortante-, pero incluso cuando el metal cedía ante sus manos y se convertía en algo nuevo y útil bajo su hábil tacto, en el fondo sabía que ningún martillazo podría forjar la paz en un corazón inquieto ni silenciar los susurros que se arrastraban por los senderos azotados por el viento a través de Shadow Gulch.

Capítulo Dos

Los ojos de Eli se entrecerraron cuando una nube de polvo se levantó en el horizonte, el rápido tamborileo de los cascos contra la tierra seca se hizo más fuerte. La gente del pueblo se detuvo, a mitad de frase, a mitad de sorbo, con los tenedores a medio camino de la boca. El jinete se acercó con una velocidad temeraria que hablaba de urgencia y, a medida que se acercaba, Eli reconoció la postura orgullosa y la silueta inconfundible contra el sol de la mañana. Era Halcón Silencioso.

María apretó el delantal con más fuerza alrededor de la cintura, con los nudillos blancos. Un minero escupió en la tierra y murmuró en voz baja, mientras la mano de un jugador se movía hacia su cadera, con los ojos fijos en el jinete. Eli sintió la tensión en el aire como un lazo a punto de romperse.

Halcón Silencioso tiró de las riendas a las afueras de la taberna de María y su caballo se encabritó ligeramente antes de detenerse. Eli dio un paso al frente, con una postura amplia y acogedora, una señal silenciosa de que se erigía en barrera contra cualquiera que quisiera aumentar la tensión.

"¡Escuchad!" La voz de Halcón Silencioso atravesó el ruido como el agudo chasquido de un látigo. Sus ojos se clavaron en los de Eli, un entendimiento tácito pasó entre ellos. "Los forajidos cabalgan hacia Shadow Gulch".

Un escalofrío recorrió la espalda de Eli. Los recuerdos de pólvora y sangre amenazaron con nublarle la vista, pero se ancló en el presente con una respiración tranquila.

"Vienen del norte", continuó Halcón Silencioso, "rápido y con malas intenciones".

Eli podía sentir a la gente del pueblo acercándose, su ansiedad colectiva tangible en el aire de la mañana. Examinó sus rostros: temerosos, curiosos, algunos con una mueca de desconfianza.

"¿Por qué vienes a nosotros con esto?" El Sheriff Bennett dio un paso adelante, la sospecha marcando su tono.

A Halcón Silencioso se le desencajó la mandíbula. "Mi pueblo desea la paz. Su enemigo es nuestro".

Eli admiró la determinación de Halcón Silencioso a pesar de la hostilidad apenas disimulada de la multitud. El hombre que tenían delante era un puente, un papel que Eli conocía muy bien: el de pacificador, el de protector.

"Eli Stone". Halcón Silencioso se dirigió a él directamente ahora. "Tus actos pasados resuenan fuerte. Tus habilidades son necesarias".

Se hizo el silencio entre los espectadores. Eli podía sentir sus ojos clavados en él, esperando que se despojara del manto de herrero tranquilo y se convirtiera en lo que necesitaban: un líder ante el peligro.

"Ya no soy ese hombre", dijo Eli, con voz uniforme pero con un trasfondo de acero.

Halcón Silencioso le miró fijamente. "No puedes enterrar lo que eres. El halcón ve mucho desde grandes alturas, incluso cuando está en silencio".

Eli apartó la mirada de aquellos ojos penetrantes. Vio a María en la puerta de su taberna, a Tommy agarrando las riendas de su padre con miedo y la mirada esperanzada pero preocupada del sheriff Bennett.

El pasado le arañaba, un pasado que había intentado desterrar y remodelar en la fragua de su trabajo diario. Pero estaba ahí, inflexible como siempre.

Halcón Silencioso desmontó con elegancia, moviéndose entre la multitud que se separó para recibirlo, algunos retrocediendo en señal de reverencia, otros con desdén. Ahora estaba ante Eli.

"Esta no es mi pelea", dijo Eli, aunque su corazón se aceleró ante la perspectiva de la acción.

"Es la lucha de todos cuando el mal cabalga con fuerza hacia casa", replicó Halcón Silencioso. Su voz contenía una convicción que resonó en lo más profundo del pecho de Eli.

"Necesitaremos todas las armas que podamos conseguir si lo que dice es cierto", dijo el Sheriff. Miró a los rostros reunidos antes de volver a fijarse en Eli. "Te necesitamos".

Eli sintió que un peso familiar se asentaba sobre sus hombros, un peso que creía haber dejado atrás como casquillos de bala gastados en algún campo de batalla olvidado.

La puerta de la taberna crujió cuando María salió al porche, con el delantal ondeando al viento como una blanca bandera de tregua.

"Eli", gritó en voz baja, pero con la firmeza suficiente para llegar hasta donde él se encontraba, en medio de la tensión creciente. Sus ojos contenían una mezcla de miedo y fe que le golpeó más fuerte que cualquier bala de forajido.

El sol se elevaba en el cielo, proyectando largas sombras sobre la calle de tierra que parecían apuntar directamente hacia él: recordatorios ineludibles de quién fue una vez... de quién podría seguir siendo.

"¿Crees que puedo marcar la diferencia?" preguntó Eli a Halcón Silencioso, buscando no sólo afirmación, sino quizá permiso para ponerse un manto que hacía tiempo que había colgado.

"Ya lo sabes", respondió Halcón Silencioso.

Eli volvió a mirar a su alrededor, a los rostros expectantes. Aquellas personas se habían convertido en sus vecinos... en sus amigos. ¿Podría darles la espalda ahora? ¿A sí mismo?

Se acercó a donde estaba Tommy con el caballo de su padre y le puso una mano en el flanco antes de mirar al chico a los ojos.

"Lleva a éste a casa sano y salvo", dijo Eli y le devolvió las riendas a Tommy. Tommy asintió antes de salir corriendo con pasos rápidos.

Eli se volvió hacia Halcón Silencioso y el sheriff Bennett. Eran dos hombres de mundos diferentes, pero unidos por un objetivo común: proteger a los suyos de la invasión de la oscuridad.

"Necesitaremos a todo el que pueda", dijo el sheriff Bennett, casi suplicante ahora que más gente del pueblo se reunía a su alrededor: tenderos, taberneros, granjeros, todos en busca de orientación.

Las palabras del jinete resonaron entre la multitud y, por un momento, todo Barranco Sombrío pareció contener la respiración.

Los murmullos se arremolinaban como plantas rodadoras entre la multitud. Algunas voces pedían barricadas y un horario de vigilancia, mientras que otras escupían escepticismo como si fuera zumo de tabaco. "Un granjero refunfuñó, mirando a Halcón Silencioso con una mezcla de sospecha y desprecio. "Por aquí no viene ninguna banda".

Eli cambió su peso de una bota a la otra, sintiendo la atracción de ambos bandos. La gente

del pueblo tenía motivos para temer. Los forajidos eran tan comunes como las espinas de los cactus por estos lares. Pero la duda le roía como un coyote hambriento. ¿Podría la advertencia de Halcón Silencioso ser una treta? No era probable, pero Eli conocía demasiado bien la imprevisibilidad de la vida fronteriza.

El sheriff Bennett cuadró los hombros y se adelantó, tratando de dominar la situación con su sola presencia. "Un momento", dijo por encima de la charla. "Tenemos que considerar esto en serio. No podemos permitirnos que nos pillen con los pantalones bajados".

Eli llamó la atención de María entre la multitud, de pie junto a la puerta de su taberna, con los brazos cruzados sobre el pecho y la preocupación marcando unas arrugas en la boca que momentos antes no tenía. Le hizo un sutil gesto con la cabeza, una señal silenciosa que decía mucho sobre su posición.

Le devolvió el gesto con una leve inclinación de cabeza, pero guardó silencio. Hacía tiempo que había colgado su cinturón de armas y, con él, su voluntad de liderar a los hombres en un conflicto. Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza la idea de que, si los problemas llamaban a su puerta, él podría ser uno de los pocos capaces de enfrentarse a ellos.

La mirada de Halcón Silencioso atravesó la algarabía directamente hasta el corazón de Eli. "Sabes lo que hay ahí fuera", dijo en un tono que cortó el ruido como un cuchillo afilado a través de cuero crudo. "Lo has visto antes".

Eli sintió que le miraban: algunos le preguntaban, otros le suplicaban. Apartó la mirada de Halcón Silencioso y observó a sus compañeros: mineros de manos callosas acostumbrados a empuñar picos en lugar de rifles. Jugadores más familiarizados con las cartas que con el combate. Campesinos cuyos arados nunca habían surcado campos de batalla.

Se volvió hacia Halcón Silencioso y vio honestidad en la mirada fija del hombre. "He visto suficiente para toda una vida", dijo Eli, con voz baja pero firme.

Un murmullo recorrió la multitud al oír las palabras de Eli: algunos parecían aliviados de que pudiera hacerse cargo de la situación. Otros parecían recelosos de que su pasado fuera demasiado violento para su pacífica ciudad.

"¿Planeas volver a calzarte tus viejas botas?" preguntó el sheriff Bennett, entrecerrando los ojos contra el sol de la mañana que lo coronaba de luz.

Eli negó lentamente con la cabeza. "Sólo estoy aquí para trabajar el metal, Sheriff".

Bennett asintió una vez, pero no insistió. La historia de Eli era lo bastante conocida como para no hurgar en heridas que aún cicatrizaban después de tantos años.

Mientras la discusión se arremolinaba a su alrededor -planes hechos a toda prisa, discusiones encendidas como cerillas-, Eli sintió un viejo picor en las palmas de las manos. El peso de la responsabilidad era algo que creía haber dejado atrás, pero ahora se posaba sobre sus hombros como un chal inoportuno.

María se abrió paso entre la multitud hasta situarse junto a él, con su presencia como un calor constante a su lado. "¿En qué estás pensando?", le preguntó en voz baja para que sólo él pudiera oírla.

Eli la miró, notando cómo su ceño se arrugaba de preocupación. "Creo que no quiero participar en esto".

"Pero harás lo que tengas que hacer si llega el caso". No era una pregunta. María lo conocía demasiado bien para hacer preguntas.

Miró hacia Barranco Sombrío -el lugar al que había venido en busca de paz- y sintió una punzada en el pecho por lo que pudiera esperarle. No le respondió directamente, sino que volvió a mirar a Halcón Silencioso.

El jinete asintió una vez, como si hubiera oído su conversación privada y comprendiera el compromiso tácito de Eli.

La reunión se disuelve en grupos más pequeños para elaborar planes y asignar tareas. Algunos hombres se dirigieron a sus casas o lugares de trabajo. Otros hacia donde tenían sus armas engrasadas y preparadas.

Eli permaneció inmóvil durante un largo rato después de que la mayoría se hubiera dispersado. María permaneció a su lado, como una centinela silenciosa, y juntos observaron cómo Barranco Sombrío se preparaba para lo que se avecinaba, fuera lo que fuese.

Cuando por fin Eli se movió, lo hizo con pasos deliberados hacia su forja, hacia lo que conocía y a lo que pertenecía. No miró a María, ni al sheriff Bennett, ni siquiera a Halcón Silencioso, que permanecía a caballo vigilándolo todo con ojos atentos.

Dentro del abrazo de su herrería, Eli cogió su martillo y sus tenazas -las herramientas de creación más que de destrucción- y sintió que su peso lo tranquilizaba tanto como lo agobiaba. Pero cuando avivó el fuego y vio cómo las llamas volvían a cobrar vida, no pudo negar la chispa de preocupación que persistía en su mirada, un reflejo de ascuas que susurraban batallas libradas y quizá aún por venir.

Capítulo Tres

EL HIERRO BRILLABA, pasando del naranja al amarillo bajo su martillo. Con cada libra, los recuerdos parpadeaban tras sus ojos, inesperados y afilados como fragmentos de cristal.

Hace años, bajo un sol abrasador muy parecido a éste, Eli estaba en una calle polvorienta que podría haber sido gemela de Shadow Gulch. Entonces era más joven, las líneas de su rostro aún no estaban marcadas por el tiempo y el arrepentimiento. Su mano se cernía sobre la culata de su revólver mientras se enfrentaba al líder de un grupo de bandidos que había estado aterrorizando a las granjas locales.

"La justicia termina donde termina mi paciencia", había dicho Eli, en voz baja pero que se imponía sobre el tenso silencio. El bandido escupió una maldición y echó mano a su pistola.

El desenfunde de Eli fue un borrón. Cuando el humo se disipó, el bandido yacía desplomado en el suelo, con la mirada perdida en el cielo que se extendía amplio e indiferente sobre ellos.

El ritmo de su martilleo vaciló un instante antes de recuperar la cadencia. El calor de la fragua no podía alejar el frío que el recuerdo desenterraba en su interior.

Otro golpe, otro recuerdo.

Una pelea en una taberna se volvió mortal: un joven con más chulería que sentido común desenfundó un viejo tahúr. Eli intervino, pero se vio acorralado por los amigos del chico, furiosos y borrachos de whisky barato. El mundo se redujo a movimientos y amenazas. Una botella se hizo añicos contra la madera. Un cuchillo brilló en la penumbra.

Cuando terminó, Eli estaba entre muebles rotos y cuerpos destrozados, con su propia camisa manchada de algo más que sudor. Se había marchado sin mirar atrás, pero no pudo quitarse de encima la sensación de sangre que no estaba allí cada vez que se lavaba las manos durante semanas después.

Volvió a clavar el hierro en las brasas, viendo cómo saltaban chispas hacia arriba como si trataran de escapar de su ardiente cuna.

Respirando hondo, lo que no sirvió de mucho para tranquilizarse, Eli se dedicó a doblar y dar forma al metal para convertirlo en algo útil, algo bueno, con la esperanza de que compensara el daño que había causado.

LA PUERTA de la tienda se abrió con un chirrido que le devolvió al presente. María estaba en la puerta, con el delantal cubierto de harina y la preocupación marcando su frente.

"Eli", empezó vacilante, "no engañas a nadie con esa actuación tranquila".

Eli levantó brevemente la vista antes de volver a su trabajo. "Tengo muchas cosas en la cabeza, eso es todo".

María se acercó. "Conozco esa mirada. No tiene nada que ver con herraduras o arados".

Eli no respondió de inmediato. En lugar de eso, se concentró en sumergir el metal caliente en el agua, el vapor subiendo a su alrededor como espíritus de hechos pasados que se exorcizan.

"Esos días quedaron atrás", murmuró sin mirarla.

"Pero están cabalgando hacia nosotros, te guste o no", dijo María suavemente. "No puedes apartarte de lo que eres".

"Puedo intentarlo".

María suspiró y le dejó trabajar, sabiendo que no debía presionar cuando su mandíbula se tensaba en aquella línea obstinada.

De nuevo a solas con sus pensamientos y el rítmico golpeteo del metal como acompañamiento, Eli no pudo evitar que otro recuerdo se filtrara.

Esta vez era de noche. Estaba siguiendo a un fugitivo por un terreno tan implacable como el crimen que había puesto en marcha la persecución. El hombre había arrebatado algo insustituible a una familia, el futuro de su hija, y la justicia exigía un castigo.

Eli lo había encontrado acampado junto a la orilla de un río, ajeno a la aproximación del destino con botas de cuero. No intercambiaron ninguna palabra. Ya no había nada que decir. Cuando amaneció en aquel lugar solitario, sólo un hombre se alejó.

El hierro se enfrió bajo el martillo de Eli. Había tomado forma a pesar de la tempestad en su mente, o tal vez debido a ella. Se secó el sudor de la frente con un antebrazo y se permitió un momento de respiro antes de volver a encender el motor para otra pieza de trabajo.

Cada vez que cerraba los ojos, su pasado se extendía a su alrededor en fragmentos sombríos, un tapiz tejido a partir de innumerables encuentros en los que la piedad había escaseado como el agua en una sequía. Aquellos días aún le perseguían. No como espectros que buscan venganza, sino como recuerdos de caminos recorridos y decisiones tomadas.

A medida que se acercaba el atardecer y las sombras se alargaban en la calle principal de Shadow Gulch, frente al escaparate de su tienda, Eli seguía trabajando en silencio: cada golpe era una pregunta sin respuesta sobre lo que le esperaba a este pueblo que había llegado a llamar hogar.

El aire se enfriaba rápidamente a medida que el crepúsculo se cernía sobre Shadow Gulch como un chal que se ciñe contra el frío de la noche. La tienda también se volvió más silenciosa. Ni siquiera Tommy había vuelto aún a por el caballo de su padre, una extraña interrupción de la rutina que crispaba los nervios de Eli, ya de por sí tensos.

El martillo cayó una última vez antes de que Eli lo dejara a un lado con deliberado cuidado: su jornada de trabajo había terminado, aunque la paz seguía eludiéndole.

El trabajo del día se había cobrado su precio, y el fuego de la fragua, antaño vibrante, se reducía ahora a brasas incandescentes. Eli estaba en el umbral de su herrería. Su silueta se recortaba contra el dorado resplandor del crepúsculo que encendía el Barranco Sombrío con una calidez ambarina. Era un cuadro de serenidad, pero para Eli, la belleza era un fino velo sobre la olla hirviendo de incertidumbre que amenazaba con desbordarse.

Sus ojos se detuvieron en el horizonte, donde el sol hacía su última reverencia, dejando tras de sí un cielo manchado de rayas carmesí y púrpura. La quietud del atardecer no aliviaba la opresión que sentía en el pecho, un recordatorio de la advertencia de Halcón Silencioso y de la tempestad que presagiaba.

Podía sentir la aprensión de la ciudad como un zumbido bajo en sus huesos. Las conversaciones se habían acallado a medida que la luz del día menguaba, y se intercambiaban miradas por encima de los hombros mientras las familias se retiraban a sus hogares. Las risas y

las melodías de piano de las tabernas se habían reducido a un murmullo, como si las mismas notas temieran viajar demasiado al exterior.

La mano de Eli se dirigió a la parte baja de su espalda, y sus dedos trazaron las líneas de su vieja pistolera, que colgaba junto a la puerta, con el cuero desgastado por los años y unos dedos que conocían cada muesca y cada puntada. El hierro que había abandonado parecía llamarlo, susurrándole promesas de seguridad a cambio de volver a ser él mismo.

Un repentino estruendo rompió su ensueño cuando María salió de su establecimiento, limpiándose las manos en el delantal. Captó la mirada de Eli y la sostuvo un instante más de lo habitual.

"Estás ahí parado como una estatua, Eli. ¿Planeas convertirte en una de esas caras de acantilado?" Su voz llegó hasta él, teñida de alegría forzada.

Eli esbozó una leve sonrisa, pero no dijo nada. María se acercó y le miró a los ojos.

"En el pueblo se habla de esos forajidos que mencionó Halcón Silencioso", dijo, bajando la voz. "La gente está asustada".

"Tienen motivos para estarlo". Las palabras de Eli se sintieron pesadas mientras flotaban en el aire entre ellos.

"Ya sabes lo que dicen", continuó María, "que vuelvas a coger las armas".

Eli apartó la mirada. "Las palabras son viento, María".

Le tendió la mano y se la apoyó ligeramente en el brazo, un gesto que pretendía tranquilizarle. "No cuando llevan consigo la esperanza".

Dejó escapar un largo suspiro que parecía llevar consigo parte del peso del día. "La esperanza puede ser peligrosa".

"También lo puede ser vivir con miedo", dijo. "Todos recordamos quién eras . ...quién sigues siendo".

Los ojos de Eli volvieron a encontrarse con los suyos. No había juicio en ellos, sólo comprensión y tal vez una súplica.

"Buenas noches, María", dijo en voz baja antes de volver a su tienda, como si pudiera dejar fuera la noche y sus incertidumbres cerrando una puerta.

Dentro, se dedicó a limpiar las herramientas que no necesitaban limpieza y a ordenar el equipo que ya estaba en orden. Sus acciones eran metódicas, pero huecas: los movimientos de un hombre que intenta convencerse de que ya sólo es un herrero.

Un golpe seco en la puerta lo sacudió de su pretensión. El sheriff Bennett estaba enmarcado por la luz mortecina del exterior, con el sombrero en la mano, un gesto poco habitual en un hombre que llevaba la autoridad como una segunda piel.

"Eli", empezó Bennett sin preámbulos, "necesito tu ayuda".

Las palabras no le parecieron a Eli una petición, sino una fatalidad que llevaba intentando eludir desde que amaneció esa misma mañana.

"La gente está inquieta. Tengo hombres vigilando las carreteras pero..." El sheriff hizo una pausa, sopesando sus próximas palabras. "Si las cosas se ponen feas, nos vendría bien alguien con tu..:

experiencia".

Eli estudió el rostro de Bennett: las líneas marcadas por el sol y el estrés contaban su propia historia de preocupación por la seguridad de Shadow Gulch.

"Ya no soy ese hombre".

La mirada de Bennett no vaciló. "Puede que no. Pero quizá seas exactamente lo que necesitamos ahora".

El silencio se extendía entre ellos como alambre de espino, tenso y cargado de verdades no dichas.

"Piénsalo", dijo Bennett antes de alejarse hacia la noche.

Eli le observó hasta que desapareció al doblar una esquina. De nuevo a solas con sus pensamientos, no podía deshacerse de las palabras de María ni de la velada desesperación de Bennett. Vieron algo en él, una fuerza o tal vez una reliquia de justicia que ya no estaba seguro de que existiera.

La fragua se había enfriado por completo. Las sombras ocupaban todos los rincones del taller, salvo uno: el yunque, donde la luz de la luna se posaba como un foco en el centro del escenario. Era allí donde los elementos en bruto se unían al martillo y a la voluntad para convertirse en algo más, una transformación similar a la que se le pedía ahora.

Se le escapó un fuerte suspiro mientras se pasaba una mano por el pelo teñido de plata, un recordatorio de que el tiempo no espera a nadie. La gente del pueblo necesitaba algo más que herraduras de hierro y rejas de arado. Necesitaban la seguridad que sólo el acero desenvainado en defensa podía ofrecer.

Cuando la noche se asentó por completo sobre Shadow Gulch y las estrellas parpadearon despiertas sobre él, Eli Stone permaneció inmóvil, atrapado entre la paz y el deber, con la advertencia del amanecer resonando en sus oídos como un trueno lejano que promete una tormenta en camino.

Capítulo Cuatro

ELI ESTABA en el umbral de su herrería, con el aire fresco del amanecer pegado a la piel. Un fino velo de niebla se levantaba del suelo mientras los primeros rayos de sol se deslizaban por el horizonte, bañando los acantilados de Barranco Sombrío con un cálido resplandor. Inspiró profundamente, dejando que la paz de la mañana se le metiera en los huesos, pero se le instaló incómoda, como una silla de montar mal ajustada en un caballo inquieto.

En el interior, avivó las brasas de la fragua, dándoles vida con unos cuantos soplos medidos del fuelle. El aroma familiar del carbón ardiente y el hierro caliente lo envolvió como una manta vieja, reconfortante pero desgastada. Levantó el martillo y golpeó el metal contra el yunque, con una cadencia sonora que resonó en las calles vacías.

La advertencia de Halcón Silencioso le carcomía. Eli había visto lo suficiente en su vida como para reconocer las señales: el sutil cambio en el viento, la tensión tácita en una habitación, el mensaje urgente de un guerrero. Se acercaban forajidos. Eso estaba claro. Sus manos se movían con precisión práctica, moldeando el metal mientras su mente daba forma a los escenarios. El peso de su vida anterior le presionaba con cada golpe de martillo.

Hizo una pausa, dejó las herramientas y se secó el sudor de la frente con un antebrazo curtido. Las palabras de María de ayer resonaron en su cabeza. Le había preguntado por los viejos tiempos con una mirada cómplice, como si pudiera ver a través de él al hombre que solía ser. El hombre que no dudaba a la hora de defender lo que era suyo. Eli se sacudió el recuerdo y volvió a su trabajo.

A medida que avanzaba la mañana y el Barranco Sombrío cobraba vida, Eli sintió el trasfondo de la inquietud. Las conversaciones se acallaban cuando él pasaba. Miradas cautelosas se dirigieron hacia Halcón Silencioso, que hablaba en voz baja con el sheriff Bennett a las afueras del pueblo.

Eli se acercó lentamente, manteniendo deliberadamente un paso relajado.

"¿Estás pensando lo mismo que yo?" preguntó Bennett.

"Eso depende", respondió Eli. "¿Piensas que debemos ser precavidos o que debemos ignorar una clara amenaza?".

La mirada de Bennett se mantuvo fija en Eli. "Estoy pensando que podría necesitar a todos los hombres capaces si los problemas llaman a la puerta".

Eli miró fijamente a Bennett. "Ya no soy un agente de la ley".

"No", Bennett estuvo de acuerdo. "Pero sigues siendo Eli Stone."

Las palabras colgaban entre ellos, un recordatorio de una reputación de la que Eli nunca podría escapar del todo.

Se apartó de la mirada expectante de Bennett y vio a Halcón Silencioso observándole

atentamente. La presencia del guerrero era como una montaña, inflexible y estoica, pero había una urgencia en aquellos ojos oscuros que decía mucho más de lo que podrían decir las palabras.

Eli volvió a considerar la advertencia de Halcón Silencioso, las señales que había visto, señales que alguien como Eli sabía leer demasiado bien.

El día continuó con Eli sumido en sus pensamientos mientras trabajaba. El ritmo de su martilleo era ahora menos seguro, lo que delataba un conflicto interior que había empezado a aflorar.

El sol subía más alto, proyectando una luz dura y sombras profundas por la calle principal de Shadow Gulch, donde la gente del pueblo se movía con determinación pero susurraba sus temores.

TOMMY VOLVIÓ a por el caballo de su padre a mediodía. "¿Sr. Stone?" preguntó Tommy mientras Eli colocaba las herraduras nuevas.

"¿Sí?" Eli no levantó la vista de su tarea.

"¿Nos ayudarás si vienen esos forajidos?"

Eli dejó de martillear un momento y miró a Tommy; vio en aquellos ojos jóvenes la misma pregunta que se reflejaba en él desde todos los rincones de la ciudad.

"Haré lo que haya que hacer", respondió.

Tommy asintió con la cabeza, como si comprendiera algo más allá de su edad, y se llevó el caballo con un agradecimiento tácito en el aire.

A última hora de la tarde, Eli volvía a estar solo en su tienda, atormentado por los recuerdos agudizados por las noticias de Halcón Silencioso: un pelotón abatido en una emboscada. Hombres desesperados que habían cruzado líneas de las que nunca podrían regresar. La justicia impartida a punta de pistola, todos ellos fragmentos de una vida que Eli se había esforzado por enterrar bajo años de trabajo honrado y tranquila soledad.

Su mirada se posó una vez más en aquellas pistolas, con las cachas desgastadas por las innumerables extracciones de sus fundas, y por un instante se permitió sentir de nuevo su familiar peso en las manos.

Pero tan rápido como le vino, apartó el pensamiento y volvió a su fragua, donde el metal al rojo vivo esperaba su forma final bajo su martillo, sin perder de vista lo que podría aguardar a Barranco Sombrío.

Eli terminó tarde, al anochecer, mientras las sombras se extendían por la ciudad y los colores se difuminaban en tonos grises y añiles. Estaba en la puerta de su tienda viendo caer la noche sobre Shadow Gulch, un final tranquilo para otro día en apariencia, pero no en todos los sentidos.

Los rostros de los habitantes de la ciudad pasaban ante él mientras se dirigían a casa: líneas marcadas por la preocupación o el desafío, según a quién se mirara; cada una de ellas era un recordatorio de que, le gustara o no, sus destinos estaban entrelazados con sus propias decisiones.

Halcón Silencioso se acercó entonces -su silueta era inconfundible incluso en el abrazo del crepúsculo- y permaneció junto a Eli sin decir palabra durante unos largos instantes antes de hablar por fin en un tono destinado sólo a ellos dos.

"La tierra habla", dijo en voz baja Halcón Silencioso. "Susurra advertencias y cuenta historias de lo que puede venir".

"¿Y qué dice?" preguntó Eli sin volverse hacia él.

"Dice que la paz es preciosa", respondió Halcón Silencioso. "Pero a veces hay que luchar por

la paz".

Con esas palabras flotando entre ellos como el humo de las brasas apagadas, se separaron: Halcón Silencioso desapareció en las sombras del atardecer mientras Eli permanecía en su sitio: contemplando la advertencia de Halcón Silencioso, contemplando las implicaciones... . contemplando los papeles que reasumía a regañadientes en este conflicto que se avecinaba.

LA LUZ de la mañana entraba a raudales por la puerta abierta del Almacén General de Rose, proyectando un resplandor dorado sobre los mostradores de madera y las estanterías repletas de provisiones. Eli Stone se detuvo en el umbral, con el aroma del cuero y el metal pegado a la ropa. Se quedó allí un momento, dejando que su mirada recorriera el familiar interior antes de entrar.

Rose Bailey levantó la vista de su libro de inventario y un mechón de pelo rubio le cayó sobre la frente. Se lo colocó detrás de la oreja, con una sutil determinación en los ojos, mientras se acercaba a Eli.

"Eli Stone", su voz firme, sin traicionar nada de la emoción que venía con dirigirse a un hombre envuelto en susurros y reputación. "Supongo que has oído hablar de esos forajidos de los que nos advirtió Halcón Silencioso".

Eli asintió con la cabeza, sus manos buscando consuelo en los bolsillos de su delantal de cuero. "Lo he hecho", dijo, con tono neutro.

"Dicen que eres un hombre que sabe manejar los problemas". Rose se apoyó en el mostrador, cruzándose de brazos. Sus ojos verdes buscaron en su rostro un indicio del hombre sobre el que todos especulaban.

Eli la miró, la miró de verdad. Su juventud se reflejaba en la tersura de su piel, pero quedaba desmentida por la agudeza de sus ojos. Había visto cosas, la vida en la frontera lo exigía.

"La gente habla demasiado", replicó, cambiando ligeramente de peso. Sus palabras cayeron en el silencioso espacio que los separaba como piedras en agua quieta.

Rose se apartó del mostrador y se acercó un paso. "Pero no se equivocan, ¿verdad?". Ella no se inmutó bajo su mirada penetrante. "He oído historias... sobre un agente de la ley llamado Elijah Stone".

Una sombra cruzó las facciones de Eli -una nube que pasaba por encima del sol- y, por un instante, Rose casi pudo ver los fantasmas que le acechaban.

Carraspeó suavemente. "Esa fue otra vida", dijo. "Una vida que dejé atrás".

"¿Pero por qué?" insistió Rose. "¿Por qué dar la espalda a lo que se te daba bien? ¿A la justicia?"

La mandíbula de Eli se tensó al considerar sus palabras. Había venido a Barranco Sombrío a forjarse un nuevo camino, no a que le recordaran lo que había sido.

"¿Justicia?", dijo con un leve atisbo de desdén. "Lo que la gente llama justicia aquí en la frontera, a menudo es sólo venganza con una placa".

Rose inclinó ligeramente la cabeza, mirándole con curiosidad y respeto. "¿Y eso no es algo en lo que crees?"

Eli se apartó de su mirada y miró por la ventana, donde las calles de Shadow Gulch se extendían tranquilas y sin pretensiones. Sintió un tirón en el pecho, la atracción del deber que nunca lo abandonaba del todo.

"Creo en la ley", dijo, con voz baja pero firme. "En la ley de verdad, no en hombres armados que deciden quién vive y quién muere".

Rose le observó atentamente. "¿Pero si no hay nadie que lo haga cumplir?".

"Entonces estamos viviendo a punta de pistola", respondió Eli sin volverse para mirarla. "Y he visto suficiente muerte para diez vidas".

Entonces se hizo el silencio, una pausa pensativa mientras Rose asimilaba sus palabras.

"Quizá", dijo en voz baja al cabo de un momento, "pero a veces no podemos elegir nuestras luchas. A veces vienen a nosotros".

Eli le devolvió entonces la mirada, y algo parecido al respeto -o tal vez al reconocimiento- brilló en sus ojos.

"Es usted más sabia que su edad, Srta. Bailey". Ofreció una leve sonrisa que no le llegó a los ojos.

Rose le devolvió la sonrisa con una propia, más atrevida y brillante que su apagada expresión.

"Y eres más de lo que dejas ver", dijo con confianza. "No creo ni por un segundo que te quedes de brazos cruzados si vienen problemas".

Su sonrisa se desvaneció tan rápido como había aparecido. Eli sabía que ella tenía razón: su pasado no era algo que pudiera dejar atrás como un viejo abrigo que ya no le quedaba bien.

Suspiró suavemente antes de volver a hablar. "Esperemos que no lleguemos a eso".

Rose asintió lentamente antes de volver a su trabajo. Eli sabía que le estaba dando espacio, algo que todos en Shadow Gulch parecían dispuestos a hacer.

Se volvió hacia la puerta y se detuvo con una mano en el marco.

"Señorita Bailey", llamó por encima del hombro sin mirar atrás.

"¿Sí?" Rose levantó la vista de donde había reanudado su recuento.

"Mantente alerta", dijo Eli en voz baja, casi a regañadientes admitiendo que, después de todo, podría haber algo de sabiduría en la preparación.

"Siempre lo hago", respondió Rose con un gesto de comprensión antes de que Eli saliera al luminoso día, dejando atrás el olor a pólvora y fantasmas entre hileras de conservas y sacos de harina.

Mientras Eli caminaba de vuelta a su forja, cada paso le parecía más pesado que antes: la carga de las decisiones inminentes pesaba sobre él como grilletes de los que creía haberse desprendido hacía tiempo. La forja lo esperaba, un lugar donde el metal se doblaba a voluntad y el fuego purgaba la debilidad, pero incluso mientras avivaba las llamas y reanudaba su trabajo, Eli no podía deshacerse de las palabras de Rose Bailey ni acallar la llamada a la acción que se agitaba en lo más profundo de su ser como una brasa que espera el viento para volver a arder.

Capítulo Cinco

EL MURMULLO de voces ansiosas llenaba el Maria's Saloon cuando el crepúsculo se asentaba sobre Shadow Gulch. Eli Stone estaba apoyado contra la pared en un rincón en penumbra, su presencia como una sombra en el resplandor de las lámparas de aceite. El debate de la gente del pueblo sobre la advertencia de Halcón Silencioso se hizo más acalorado, con la sospecha y el miedo sangrando a través de sus palabras.

Los afilados ojos azules de Eli recorrieron la sala, percibiendo la tensión en cada ceño fruncido y en cada mandíbula apretada. Bebió un sorbo de whisky, cuyo ardor era un leve eco de los fuegos que una vez había avivado en su interior para impartir justicia. Pero ahora trataba de apagar esas llamas, no de avivarlas.

"Halcón Silencioso siempre ha sido sincero con nosotros", dijo Sam Jenkins, el zapatero local, con la voz entrecortada como si intentara coser una paz que se deshilachaba por los bordes.

"Claro, pero ¿por qué deberíamos confiar en él ahora? Podría ser una treta para pillarnos desprevenidos", dijo Hank Miller, escupiendo en una escupidera con un estruendo que cortó la charla como una bala.

Eli sintió que se despertaban sus viejos instintos: los sentidos de un agente de la ley nunca se embotan del todo. Casi podía oler el miedo mezclado con el tabaco y el sudor, un punzante recordatorio de lo rápido que podían torcerse las cosas.

Un puño golpeó una mesa, haciendo temblar los vasos. "¡No podemos quedarnos aquí sentados esperando a que esos forajidos lleguen al pueblo!". Ese era el joven Billy Tate, siempre rápido para la ira y lento para razonar.

"¿Y qué quieres que hagamos, Billy? ¿Salir disparando?" La voz de María se abrió paso entre el ruido, afilada como el cuchillo con el que cortaba los trozos de limón. Sus ojos oscuros brillaban con autoridad. Incluso en su propio establecimiento, no le resultaba extraño calmar tormentas.

Eli permaneció en silencio. Su mirada se mantuvo firme mientras observaba a María manejar con destreza los ánimos caldeados. La conocía lo suficiente como para ver la preocupación oculta bajo su actitud autoritaria. Era un pilar de la comunidad como cualquier otro hombre.

La sala se dividió como las corrientes fluviales alrededor de las rocas: algunos se inclinaron por la cautela y la confianza en la palabra de Halcón Silencioso, otros dejaron que la desconfianza les guiara hacia el rechazo o la agresión. Los argumentos rebotaban como un balancín al borde del colapso.

Captó fragmentos de conversaciones llenas de incertidumbre. La mujer de un ranchero se retorcía las manos al hablar de sus hijos. Un minero bebía de un trago con una mueca que decía mucho de su disposición para otra pelea.

La mente de Eli se impregnó de recuerdos de días sin ley en los que su revólver había sido juez y parte. Luchaba con el espectro de sus actos pasados mientras intentaba vivir en el tranquilo presente que se había labrado. Sin embargo, las palabras de Halcón Silencioso se aferraban a él como abrojos en un abrigo de lana.

Cuando Eli se apartó de la pared, una silla rozó los tablones de madera. Sus botas golpearon suavemente el suelo cubierto de serrín mientras avanzaba entre la multitud. Las voces eran cada vez más altas e insistentes.

"Necesitamos a alguien que sepa cómo manejar esto", gritó alguien por encima del estruendo, una voz teñida de desesperación que buscaba un ancla en mares agitados.

Eli se detuvo cerca de la barra, donde María sacaba brillo a los vasos que no necesitaban limpieza, un hábito nervioso que nunca admitiría tener. Sus ojos se cruzaron brevemente con los de él y una conversación tácita pasó entre ellos antes de que ella se diera la vuelta para atender a otro cliente.

Permaneció allí un momento más de lo necesario antes de reclamar un asiento vacío en un extremo de la barra. Los debates continuaban a su alrededor. Cada palabra que se pronunciaba era como añadir leña a un fuego que amenazaba con consumirlos a todos.

Un veterano de la barra llamó la atención de Eli: un rostro grabado con líneas, como un mapa de la supervivencia ganada a duras penas. "¿Sabes lo que pienso?", dijo, atrayendo a Eli con su voz grave. "Creo que el miedo hace que la gente vea sombras donde no las hay".

Eli se lo pensó, mientras sus dedos trazaban patrones en las vetas de la madera que tenía delante. "El miedo hace eso", convino en voz baja, con una voz potente a pesar de su suavidad.

Las puertas de la taberna se abrieron con una urgencia que hizo girar las cabezas. Entró el sheriff Bennett, con su estrella brillando como un presagio bajo la luz de una lámpara. La sala se silenció expectante, como si cada persona contuviera la respiración ante las tormentas que se avecinaban.

Bennett miró fijamente a Eli antes de dirigirse a todos los reunidos. "Podemos discutir hasta que se nos ponga la cara azul", dijo, "pero eso no cambiará lo que viene".

El silencio pesaba mucho, una gruesa cortina dispuesta a sofocar cualquier chispa de bravuconería o negación que pudiera quedar entre ellos.

"Necesitamos planes: vigías en rotaciones y gente preparada en cualquier momento", continuó Bennett. "No desestimaré la advertencia de Halcón Silencioso".

El salón volvió a bullir. Esta vez no se debatía, sino que se ponía en marcha una acción decidida: se confeccionaban listas, se asignaban tareas... una comunidad galvanizada por la necesidad en lugar de dividida por ella.

Eli escuchó pero no se movió para unirse a ellos. Ya no era su representante. Su papel había cambiado. Sin embargo, incluso ahora que organizaban las defensas y se unían en torno a su sheriff, seguían lanzándole miradas de reojo: el herrero que una vez había sido algo más que un artesano que trabajaba el metal, sino alguien que lo había blandido en defensa de la justicia.

María volvió a mirar a Eli al otro lado de la habitación y su mirada lo decía todo: preocupación por él y comprensión de su lucha entre las identidades pasada y presente.

Pero incluso cuando los planes se trazaban a su alrededor y la gente empezaba a salir al abrazo de la noche armada con tareas y una sombría determinación, los fantasmas de los disparos de ayer resonaban en los oídos de Eli Stone. No podía escapar a lo que sabía: la paz era delicada y preciada, y a veces sólo la mantenían aquellos que estaban dispuestos a luchar por ella.

EL ALBA DESPLEGABA un estandarte carmesí y dorado sobre Shadow Gulch mientras Eli permanecía de pie en el aire fresco de la mañana, con la mirada fija en el horizonte. El pueblo, con su revoltijo de edificios de madera y caminos de tierra, se extendía ante él como un reino en miniatura que necesitara un ojo vigilante. Respiró hondo, sintiendo el aroma a pino y tierra, y se volvió hacia el alborotado edificio del centro del pueblo.

El sheriff Bennett estaba en el centro de todo, su voz se elevaba por encima de la multitud mientras permanecía de pie en los escalones del ayuntamiento. Sus palabras eran como espuelas clavadas en los costados de caballos indiferentes: afiladas, insistentes.

"No podemos esperar a que los problemas nos acechen", dijo Bennett, con las manos marcando cada palabra como si las grabara en el aire. "¡Tenemos que permanecer unidos!"

Eli se apoyó en el poste de madera de la puerta del Maria's Saloon, con los brazos cruzados sobre el pecho. Vio cómo se apartaban las caras y se alzaban voces de protesta.

"¿Una milicia?" Jeb Harding, un enjuto granjero con manos como correas de cuero, se burló de la idea. "No somos soldados, Tom. Somos ganaderos y mineros. ¿Quieres que cambiemos arados por pistolas?"

El bigote de Bennett se crispó -señal reveladora de su frustración- mientras buscaba el apoyo de la multitud. "No os pido que marchéis a la guerra. Les pido que protejan sus hogares".

Eli sintió un picor familiar en las palmas de las manos, una sensación fantasmal de años de agarrar el frío acero con demasiada fuerza. Apretó la mandíbula para reprimirlo.

Margaret Clark, cuya gorra se balanceaba mientras hablaba, señaló con el dedo a Bennett. "¿Y qué pasará cuando esos forajidos nos vean armados hasta los dientes? Será una invitación al derramamiento de sangre".

"¿Prefieres que nos encuentren desprevenidos?" Gritó el Sheriff.

La gente del pueblo estalló en discusiones de miedo y desafío. Eli permaneció al margen de todo, como testigo silencioso de una danza milenaria entre la paz y el peligro.

Observó cómo Bennett manipulaba a la multitud como si se tratara de un ganado testarudo, pero cada palabra sólo parecía aumentar su determinación de no dejarse acorralar.

"¡Buscas avivar llamas que no han sido encendidas!" Hank Miller escupió desde debajo de su sombrero de ala ancha.

Eli casi podía ver las siguientes palabras de Bennett antes de que salieran de su boca: un llamamiento a la unidad que caería en saco roto.

"Estamos todos juntos en esto..."

"-Hasta que no lo seamos", le cortó Hank.

La mirada de Bennett pasó por encima de la gente del pueblo y se posó en Eli. Sus ojos se encontraron en el polvoriento espacio que los separaba. La mirada del sheriff era una súplica silenciosa, un reconocimiento de que Eli había guiado a hombres en batallas como ésta.

Pero Eli permaneció inmóvil contra el poste, con expresión ilegible. Ya no era aquel hombre que respondería a una llamada así sin dudar.

Bennett se volvió para atender otra inquietud de la multitud, pero su voz había perdido parte de su convicción.

Los pensamientos de Eli se agitaban como nubes de tormenta en un horizonte de verano. Podía ver ambos lados: la necesidad de actuar y el miedo a las consecuencias. Caminaba en la cuerda floja entre lo que era correcto y lo que era seguro.

"¿Crees que vendrán?" Una voz a su lado sacó a Eli de su ensoñación.

María estaba de pie, con los brazos en alto y el delantal espolvoreado con la harina que había horneado por la mañana.

Eli consideró su pregunta -la misma que resonaba en todos los corazones a su alrededor- y finalmente habló.

"Si vienen... "Sus palabras se interrumpieron mientras buscaba una certeza que se le escapaba.

María asintió lentamente. "Ya has visto esto antes".

Eli se movió incómodo. María siempre sabía ver a través de él. No respondió nada, dejó que el silencio lo dijera todo.

"Halcón Silencioso no mentiría", añadió en voz baja, casi para sí misma.

Los ojos azules de Eli se clavaron en los suyos -un parpadeo de acuerdo-, pero no dijo nada.

Como si percibiera su inquietud, María no insistió, pero le dio un apretón tranquilizador en el brazo antes de volver a su salón.

ELI OBSERVÓ A BENNETT luchar contra la marea de desgana y miedo durante varios minutos más antes de alejarse del puesto. Sus pasos lo llevaron lejos del alboroto, hacia zonas más tranquilas de la ciudad, donde los martillos sonaban a ritmo constante y las risas de los niños flotaban en la brisa, un marcado contraste con la agitación del ayuntamiento.

Se encontró frente al almacén de Rose Bailey, donde ella barría el porche con el vigor que suele reservarse para avivar el fuego o ahuyentar a las serpientes.

"Sr. Stone", saludó sin dejar de trabajar. "Ha estado muy callado hoy".

"Sólo escuchaba", respondió Eli con un encogimiento de hombros que tenía más peso del que pretendía.

Rose se apoyó en su escoba, estudiándolo con ojos agudos como chinchetas. "¿Crees que estamos en peligro?"

"Creo que estar preparado nunca hace daño a nadie", respondió Eli con cuidado.

"¿Pero?" Rose presionó con un filo que cortaba la pretensión como el alambre de púas a través de la tela.

"Pero también sé que el miedo puede hacer más daño que cualquier arma". Eli la miró directamente, verdad por verdad.

Rose consideró esto por un momento antes de reanudar su barrido con renovada energía. "Supongo que veremos cuál gana".

Eli asintió con la cabeza y se inclinó el sombrero -una despedida silenciosa- y continuó calle abajo, donde Shadow Gulch se extendía ante él como un ser vivo erizado por una amenaza invisible.

Su paseo le llevó junto a casas con cortinas que ondeaban en las ventanas abiertas y jardines con flores tempranas, un retrato de normalidad pintado sobre capas de preocupación y duda.

Cuando llegó a las afueras de la ciudad, donde los matorrales se extendían hacia vastos espacios abiertos, Eli se detuvo.

El sol subía ahora más alto, las sombras se retiraban bajo su escrutinio.

Y aunque el silencio reinaba a su alrededor -sólo roto por los murmullos lejanos del ayuntamiento-, podía sentirlo: Una tormenta que se avecinaba más allá de su vista.

Pero incluso las tormentas acababan pasando.

Con una última mirada a Shadow Gulch -su división reflejaba su propio conflicto interior-, Eli se dirigió hacia tierra abierta, donde la paz residía en la soledad.

Por ahora.

Capítulo Seis

EL PARLOTEO de la taberna se arremolinaba alrededor de Eli como diablos de polvo, cada voz era una ráfaga que amenazaba con arrastrarle de nuevo a una tormenta de la que hacía tiempo que había huido. Se apoyó en la barra, con la madera pulida fría bajo las palmas de las manos y la mirada fija en el vaso de whisky medio vacío que no había tocado. Sus oídos sintonizaban con la cadencia de acalorados debates, pero fue el silencio a su lado lo que atrajo su atención.

María apareció y su presencia fue un bálsamo para la tensión de la habitación. Colocó un vaso limpio sobre la barra con un suave tintineo y se inclinó hacia él, susurrando sólo para él.

"Eli, sabes que no presionaría si no fuera serio".

Sus ojos se clavaron en los suyos, reflejando su preocupación. Eli apartó la mirada y se fijó en un nudo de la madera.

"Ya no estoy para presiones, María."

Suspiró, una pequeña exhalación de frustración. "Esto no se trata de lo que quieres. Se trata de lo que viene".

Sus palabras flotaban entre ellos, un recordatorio tácito de su pasado común, una época en la que la palabra de Eli era ley y su pistola traía la paz, aunque a un precio.

"¿Crees que no lo sé?" Su voz sonó más ronca de lo que pretendía.

"Creo que tienes miedo", dijo suavemente. "Miedo de volver a ser ese hombre".

La verdad de sus palabras le dolió. Se apartó de la barra y caminó un trecho antes de volverse hacia ella. Su mirada le siguió, firme e inquebrantable.

"Dejé a ese hombre atrás".

"¿Lo hiciste? ¿O lo enterraste tan profundo que olvidaste cómo encontrarlo?".

Eli apretó la mandíbula. El recuerdo de los disparos y el derramamiento de sangre aún resonaba en sus huesos. No podía olvidarlo, como tampoco podía olvidar su propio nombre.

María se acercó y extendió la mano, pero se detuvo justo antes de tocarle el brazo. "Elijah Stone", dijo en voz baja, utilizando su nombre completo como una llave para abrir algo dentro de él. "El hombre que conocí no era sólo un arma y una placa. Se preocupaba profundamente por la justicia y por esta ciudad".

Sus palabras parecían cincelar los muros que él había construido a su alrededor.

"Ese hombre causó tanto dolor como paró", dijo Eli, aunque ahora menos segura.

"Y salvado muchas vidas por el camino". María hablaba con convicción.

Miró su mano, que aún flotaba en el aire entre ellos. La distancia parecía inmensa, pero totalmente superable.

"Piensas demasiado bien de mí".

"Creo que te veo más claramente de lo que tú te ves a ti mismo". María acortó distancias,

apoyando ligeramente los dedos en el antebrazo de él.

Eli volvió a mirarla y vio algo que le inquietó más que cualquier banda de forajidos: un atisbo de esperanza mezclado con afecto.

"No soy tu salvador, María".

"No". Su boca tenía una leve sonrisa que no llegaba a sus ojos. "Pero podrías ser nuestro".

Se apartó de su contacto y se dirigió hacia una de las ventanas de la taberna, asomándose a la luz mortecina que pintaba el Barranco Sombrío de un azul melancólico. Sentía los ojos de María clavados en su espalda, pacientes pero expectantes.

Eli rompió el silencio primero. "Siento algo por ti". Su confesión se sintió como dejar caer una cerilla encendida en hierba seca. "Sentimientos que complican las cosas".

"Lo sé", dijo María.

"Saber no es lo mismo que entender lo que significa". Eli la encaró de nuevo. "Si vuelvo a ser ese hombre, si tomo mi arma, todo cambiará".

"Quizá no tenga que cambiarnos".

"¿Cómo no?" Dio un paso hacia ella. Llevado por un impulso que no podía comprender del todo. "María Álvarez", dijo con una intensidad que reflejaba la de ella antes. "Has visto lo que la violencia le hace a la gente... a mí".

"He visto lo que pasa cuando los hombres buenos no hacen nada". Su voz no vaciló. "Y he visto lo que pasa cuando defienden lo que es correcto".

Quiso seguir discutiendo, pero se quedó sin palabras. En lugar de eso, dejó escapar un largo suspiro y asintió lentamente con la cabeza, como si cediera a un debate interno.

María se acercó hasta que quedaron a escasos centímetros. "No le estoy pidiendo a Elijah Stone que vuelva por mí o a causa de mí. Se lo pido porque Shadow Gulch lo necesita ahora más que nunca".

Eli cerró los ojos brevemente y, cuando volvió a abrirlos, se produjo un cambio, un endurecimiento sutil de su mirada, como si se estuvieran descascarando capas que revelaban destellos del hombre de leyes que una vez fue.

"No puedo prometer que podré parar una vez que empiece".

"Entonces lo afrontaremos cuando llegue", dijo María. "Juntos."

Sus miradas se cruzaron en una silenciosa comprensión: el reconocimiento de una historia compartida y de destinos entrelazados.

En ese momento, Eli supo que ella tenía razón. A pesar de sus miedos y dudas sobre quién había sido y quién podría volver a ser, la llamada a defender Shadow Gulch resonaba más fuerte que cualquier reserva en su interior.

LOS PRIMEROS RAYOS del alba apenas tocaban el horizonte cuando el reverendo Mercer subió los escalones de la modesta iglesia de madera situada en el corazón de Shadow Gulch. Su silueta, enmarcada en el cielo cada vez más suave, infundía una reverencia que calmaba a la multitud que se congregaba. Eli se apoyó en la pared del Saloon de Maria, observando cómo los habitantes del pueblo se agrupaban como ovejas dispersas en busca de la guía de un pastor.

Mercer levantó las manos, no en señal de súplica, sino como si estuviera poniendo el mismísimo sol en su curso. "Amigos", retumbó su voz, "nos encontramos en una encrucijada, no de tierra, sino de espíritu".

Eli sintió que los ojos de Mercer lo encontraban entre la multitud, una llamada silenciosa que sabía que iba dirigida tanto a sus oídos como a los de los reunidos. El reverendo contó la historia

de un pastor que se enfrentaba a un lobo voraz que amenazaba a su rebaño. El pastor, que había sido cazador, había jurado no volver a tomar las armas. Pero cuando el lobo se acercó, tuvo que elegir: abandonar su promesa y salvar a su rebaño o mantener la paz y arriesgarse a perderlo todo.

La parábola se desplegó y Eli sintió que cada palabra lo envolvía como las correas de cuero que usaba para atar herraduras. La redención no se refería únicamente a aquello de lo que uno se había apartado. También se trataba de aquello hacia lo que uno se volvía.

Cuando Mercer concluyó, con el pastor de pie y decidido contra la oscuridad que se cernía sobre él, el corazón de Eli martilleó contra sus costillas. Sintió el peso de todas las miradas sobre él. Sabían que la historia era para él con la misma certeza que él.

Pero cuando Mercer descendió y se le acercó directamente, Eli sólo le ofreció una apretada inclinación de cabeza. "Sus palabras pesan, Reverendo".

Mercer agarró el hombro de Eli con un apretón que contradecía su complexión enjuta. "Elijah Stone, tu pasado ha sido tu desierto. Es hora de guiar a tu pueblo a Canaán".

Eli miró aquellos ojos profundos y no vio juicio, sino una fe inquebrantable en la redención. "Usted habla de guiar, Reverendo. Pero algunos caminos no se pueden recorrer por otro hombre".

Mercer soltó su agarre y retrocedió hacia la luz creciente. "Tal vez", concedió. "Pero a veces hace falta un hombre para mostrar el camino".

La multitud se dispersó con la parábola de Mercer persistiendo como el humo en sus mentes. Eli volvió a su fragua, pero esta vez el sonido del martillo sobre el yunque no ahogó sus pensamientos.

ROSE BAILEY se deslizó por la puerta con la misma vacilación que había mostrado antes. "Eli", empezó, apretando las manos ante sí como si sostuviera algo frágil entre ellas.

Eli no levantó la vista de su trabajo, pero le hizo un gesto de ánimo con la cabeza para que continuara.

"Es sólo que...", hizo una pausa, buscando las palabras en medio del ruido metálico. "La gente tiene miedo".

Sumergió la plancha al rojo vivo en el agua. El vapor surgió con un chisporroteo como si puntuara su afirmación.

"Necesitan que alguien dé un paso al frente". Sus ojos eran serios espejos que le reflejaban su propio conflicto.

Eli dejó las herramientas y se secó las manos con un paño. "El miedo puede hacer que la gente haga todo tipo de cosas de las que podría arrepentirse".

"¿Pero no es por eso que necesitamos a alguien que no lo haga?" Rose insistió con un coraje que hizo que Eli tomara nota.

"Estás hablando de algo más que de miedo", respondió Eli lentamente.

Rose asintió enérgicamente. "Yo también hablo de esperanza".

EL SHERIFF BENNETT irrumpió con noticias que sellarían sus destinos con más fuerza que cualquier herrería. Los forajidos habían sido vistos de nuevo, esta vez más de cerca.

El pueblo se reunió una vez más frente al Maria's Saloon, donde las discusiones estallaron como disparos. El sheriff Bennett pidió voluntarios. Pocos se presentaron.

María encontró a Eli en medio del caos. Su mirada era a la vez de acero y de terciopelo. "No tienes que ser lo que eras", dijo en voz baja pero con la firmeza suficiente para que sólo él la oyera. "Pero puedes ser lo que necesitamos".

Su respuesta llegó lentamente, como sacada de lo más profundo, como el agua de un pozo. "¿Y si lo que necesitas es exactamente lo que yo era?"

"Entonces lo afrontaremos juntas", prometió María con una fiereza que la sorprendió incluso a ella.

Cuando la noche cayó sobre Shadow Gulch como una cortina que se cierra sobre un acto de paz, Eli supo que el sueño le sería esquivo. Las estrellas parecían susurrar historias de redención a través de enormes distancias, un idioma que una vez conoció pero que había olvidado cómo hablar.

Reflexionó sobre la parábola de Mercer hasta bien entrada la noche, mientras afilaba herramientas que ya no servían únicamente para dar forma al hierro, sino tal vez al propio destino.

Capítulo Siete

EL SOL de la tarde se filtraba por la puerta abierta de la herrería, proyectando sombras sobre el suelo de tierra. Eli trabajaba solo, con el ritmo de su martillo dando forma al metal, una canción desafinada de chispas y sudor. Su mente, sin embargo, zumbaba con pensamientos más inquietantes que el sonido del acero.

El sonido de pasos se acercaba, pausado pero deliberado. Eli no necesitó levantar la vista para saber de quién se trataba. Había una presencia en Halcón Silencioso que se anunciaba a sí misma antes de que lo hicieran las palabras. Se detuvo a medio golpe y bajó el martillo mientras el guerrero nativo americano entraba en el oscuro interior de la tienda.

La mirada de Halcón Silencioso se cruzó con la de Eli. No había necesidad de preámbulos entre hombres como ellos; cada uno entendía demasiado bien el lenguaje de la supervivencia y los vínculos tácitos. Sin mediar palabra, Halcón Silencioso extendió el brazo, ofreciendo un tomahawk a Eli.

El arma era una obra de arte, con la empuñadura tallada con símbolos que sin duda contaban historias de honor y tradición. La hoja brillaba dulcemente en la penumbra. Un filo afilado con precisión letal. No era sólo una herramienta o un arma. Era una rama de olivo, un emblema de confianza.

La mano de Eli se posó sobre el tomahawk, las yemas de los dedos rozaron la madera pulida antes de retraerse. No pudo evitar sentirse indigno de tal gesto. No se trataba simplemente de defender Barranco Sombrío. Se trataba de curar heridas tan profundas como las raíces de las montañas que los rodeaban.

"No puedo", dijo Eli, con una voz mezcla de pesar y comprensión.

La expresión de Halcón Silencioso seguía siendo impasible, pero sus ojos, oscuros estanques que reflejaban una antigua determinación, lo decían todo. "Esto no es sólo por ti", dijo en voz baja, cada palabra con peso. "Es por el futuro de todos nosotros".

Eli percibió la solemnidad grabada en el rostro de Halcón Silencioso y supo que este momento trascendía sus individualidades. Se trataba de sus pueblos, de su historia común de derramamiento de sangre y promesas rotas.

El tomahawk aún extendido entre ellos se convirtió en un puente sobre abismos demasiado tiempo ignorados.

"No se trata sólo de confianza", dijo Eli, con voz firme a pesar de la tormenta en su interior. "Se trata de lo que viene después: la reparación".

Halcón Silencioso asintió una vez, con brusquedad: el reconocimiento de un guerrero. "El tomahawk no olvida cómo cortar porque planta semillas", respondió.

Eli miró a Halcón Silencioso y luego de nuevo al arma -un símbolo tanto de la guerra como

de la paz- y rodeó lentamente su empuñadura con los dedos. El agarre de Halcón Silencioso hizo que la madera se sintiera cálida y llena de vida.

La puerta del pasado de Eli se abrió de par en par con aquel apretón: el hombre de leyes que había tratado con absolutos podía estar enterrado bajo capas de ceniza y remordimiento, pero no estaba muerto. El tomahawk que tenía en la mano era prueba suficiente de que una parte de él anhelaba justicia, una justicia capaz de salvar las diferencias en lugar de ahondarlas.

Halcón Silencioso se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo en el umbral y miró hacia atrás por encima del hombro con una inclinación de cabeza que parecía decir: Ahora empezamos.

Eli le observó antes de volver a centrar su atención en el tomahawk que tenía en la mano. La herramienta le resultaba extraña pero familiar, como si reconociera a un viejo amigo que había intentado olvidar durante mucho tiempo. La colocó con cuidado en su banco de trabajo, junto a herraduras y rejas de arado inacabadas, utensilios de paz ensombrecidos por una promesa de protección.

Luchó con lo que implicaba esta promesa: si aceptar el regalo de Halcón Silencioso significaba aceptar de nuevo su viejo yo o si tal vez había una forma de forjar algo nuevo a partir del fuego de la necesidad.

UN CLAMOR en el exterior devolvió a Eli a la realidad, un recordatorio de que la vida en Barranco Sombrío continuaba sin que su agitación interior le hiciera mella. Probablemente, los habitantes del pueblo seguían discutiendo sobre qué pasos dar a continuación, debatiendo la advertencia de Halcón Silencioso con palabras acaloradas mientras las amenazas se cernían invisibles más allá de sus puertas.

Eli se secó el sudor de la frente con un antebrazo manchado de hollín y miró una vez más el tomahawk antes de salir a la luz menguante. El sol de última hora de la tarde bañaba Barranco Sombrío con tonos ámbar que ocultaban el creciente malestar entre sus habitantes.

Necesitaba aire para pensar sin muros a su alrededor, y tal vez encontrar algo de claridad en medio de toda esta charla sobre el peligro que se avecinaba y la acción necesaria.

Cuando salió a la calle, se oyeron voces procedentes del Maria's Saloon, un alboroto nacido del miedo y el desafío que se mezclaban como el polvo levantado por caballos inquietos.

Eli permaneció allí un momento, atrapado entre dos mundos: la ciudad a la que había llegado a llamar hogar y un pasado que se negaba a permanecer enterrado bajo las brasas y los martillazos. El peso de la confianza de Halcón Silencioso recaía sobre él, no sólo en forma física, sino como un eco a través del tiempo, una llamada a la unidad contra la división que había asolado esta tierra durante generaciones.

Se avecinaba una elección llena de riesgos, pero llena de esperanza en algo más grande que él mismo: la redención no sólo de un hombre, sino de toda una comunidad que se tambaleaba entre el caos y el orden.

EL ESTRÉPITO de los cubiertos y el murmullo de las voces llenaron el comedor del doctor Timmons cuando una pequeña reunión de ciudadanos influyentes de Shadow Gulch se sentó a cenar. Eli se encontró sentado entre el sheriff Bennett y el doctor Timmons, con el peso de la expectación en el aire. Se habían reunido con el pretexto de una comida amistosa, pero el verdadero propósito estaba tan claro como el whisky de sus vasos: deliberar sobre la defensa de la ciudad.

Eli cogió un trozo de pan de una cesta, con movimientos pausados y la mirada fija en el grano mientras lo partía. Mojó un trozo en el estofado, saboreando el aroma antes de darle un bocado, consciente de la conversación que se desarrollaba a su alrededor.

"Tenemos que ser proactivos", decía Bennett, con voz firme. "No podemos esperar a que esos forajidos lleguen cabalgando a la ciudad".

El doctor Timmons asintió con la cabeza y miró a los presentes. "La cuestión no es sólo luchar contra una banda. Se trata de cómo hacerlo sin destrozarnos".

Mientras el estofado le calentaba, Eli escuchaba sus idas y venidas. Hablaban de estrategia y logística, pero todos buscaban algo más: liderazgo.

"Stone", dijo Bennett, volviéndose hacia Eli con mirada expectante. "Has estado callado. ¿Qué opinas de esto?"

Eli masticaba despacio, ganando tiempo. Cuando habló, su voz era mesurada. "Las fortificaciones podrían ralentizarlos, darte tiempo para medir su fuerza".

"¿Y después?"

Eli miró fijamente al sheriff por un momento antes de apartar la mirada. "Y entonces sabrás si estás en desventaja".

Algunos asintieron con la cabeza. Otros fruncen el ceño o miran perplejos.

El doctor Timmons se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa. "¿Pero qué hay de la mano de obra? La mayoría de la gente de aquí nunca se ha enfrentado a más de un buey furioso".

"Usa eso", dijo Eli sin comprometerse con ningún plan. "Prepáralos para proteger a los suyos, sin sembrar el pánico".

Los demás intercambian miradas mientras reflexionan sobre sus palabras.

"Creo que es una buena idea", dijo uno de los rancheros, partiendo el pan con manos callosas. "No es necesario que todos disparen".

Se hizo un breve silencio antes de que Bennett lo rompiera con un gruñido de aprobación. "Se trata de equilibrio".

La conversación continuó mientras comían, pero Eli volvió a encerrarse en sí mismo. Daba consejos cuando podía, procurando no hacerse cargo. Sin embargo, con cada palabra que pronunciaba, tenía la sensación de estar quitando otro ladrillo del muro que había construido a su alrededor.

Cuando se sirvió el postre -un humilde pastel hecho con manzanas de la zona-, la conversación adquirió un tono más ligero. Pero incluso entre risas y anécdotas de hazañas pasadas, había un trasfondo de inquietud que ninguna cantidad de azúcar podía endulzar.

Eli se excusó temprano, alegando el cansancio de un largo día en la forja. Cuando salió al aire fresco de la noche, se sintió de todo menos cansado. Las estrellas parecían ser testigos de su lucha interna: un hombre dividido entre una vida pacífica y la inevitable atracción hacia el liderazgo en tiempos difíciles.

Caminó despacio de vuelta a su tienda, cada paso resonando en la quietud de las calles de Shadow Gulch, un ritmo para sus pensamientos y la innegable verdad de que sus defensas estaban disminuyendo.

La mano de Eli se detuvo en el frío metal del tomahawk que Halcón Silencioso había dejado atrás. El gesto, un puente entre mundos, parecía cargado de promesas tácitas. La herrería, antaño llena de la claridad del acero sonando y el fuego rugiendo, resonaba ahora con un silencio que lo decía todo.

El anochecer encontró a Eli solo, salvo por las herramientas de su oficio y las sombras que

danzaban por las paredes, parpadeando con la luz menguante de su forja. Se apoyó en el banco de trabajo, con los ojos recorriendo las vetas de la madera, cada línea como testimonio de sus intentos de llevar una existencia pacífica.

Un alboroto en el exterior le sacó de sus pensamientos. El crujido de las puertas de las tabernas y el murmullo de las voces flotaban en el aire nocturno. Las risas se extendían por las calles mientras los hombres intentaban ahogar sus preocupaciones en whisky y cartas. Eli permanecía apartado de todo aquello, su presencia como un fantasma en su propia vida.

Salió, con las botas crujiendo en el camino de tierra que atravesaba Shadow Gulch como una cicatriz. Las caras se desdibujaban a su paso, sus rasgos se fundían en un lienzo de aprensión y bravuconería. La mirada de Eli no se detuvo. Éstas no eran sus batallas, o eso se decía a sí mismo.

La voz de María se abrió paso entre el ruido, como un faro en mares agitados. "Eli", llamó desde su posición en el porche del salón, sus ojos buscando los de él. "¿No quieres unirte a nosotros? La noche es joven y está llena de amigos".

Sus palabras le envolvieron como un cálido chal en una tarde fría, tentadoras pero sofocantes en sus implicaciones. "Te lo agradezco, María", dijo con una sonrisa que no le llegaba a los ojos. "Pero creo que necesito un poco de aire".

La preocupación en su mirada le aguijoneó mientras se daba la vuelta.

Las afueras de la ciudad ofrecían soledad bajo el manto de la noche. Eli se sintió atraído por un viejo roble que vigilaba el paisaje. Sus ramas se alzaban hacia el cielo como si rezaran en silencio.

Se acomodó bajo el dosel, con la espalda apoyada en la áspera corteza. Encima de él se extendía un océano de estrellas, cada una de ellas un fuego lejano que ardía solo en la vasta oscuridad.

Los pensamientos de Eli se desviaron hacia el cielo mientras consideraba la advertencia de Halcón Silencioso y lo que significaba para Barranco Sombrío... para él. Se llevó la mano al costado, donde antes colgaba el hierro con un propósito. El vacío era a la vez consuelo y maldición.

¿Puedo hacer lo correcto sin convertirme en quien era?

La pregunta le atormentaba más de lo que podría hacerlo cualquier banda de forajidos. La redención era un camino plagado de sombras y susurros de duda. Eli sabía que dar un paso adelante significaba arriesgar algo más que su propia vida. Era su alma la que se tambaleaba al borde del abismo.

La ciudad le necesitaba, eso estaba claro. Pero no necesitaban a Elijah Stone, representante de la ley y verdugo. Necesitaban a Eli Stone, herrero y guardián a regañadientes.

Un aullido lejano hendió el silencio, provocando escalofríos en Eli. No era ni lobo ni viento, sino el grito de un cambio inminente.

Las estrellas parecían palpitar en respuesta, en una danza celestial de caos y orden entrelazados. En su luz, Eli vio fragmentos de sí mismo esparcidos por el tiempo: algunos brillantes por la esperanza, otros oscurecidos por el arrepentimiento.

"Maldito seas si lo haces", murmuró a nadie más que a sí mismo y al cielo nocturno.

Un susurro cercano atrajo su atención de nuevo hacia la tierra. Una figura emergió de la oscuridad: Rose Bailey, abrazada a su chal para protegerse del frío.

"Eli, te vi caminando solo por aquí". Sus ojos contenían preguntas que no expresó. "No estás solo en esto."

Su presencia era un ancla en mares tormentosos. Sin embargo, Eli no podía evitar sentirse a

la deriva incluso cuando ella estaba frente a él.

"Gracias, Rose", dijo con gratitud mezclada con una pizca de tristeza. "Pero algunos viajes tenemos que hacerlos solos".

Asintió lentamente con la cabeza y se volvió hacia el pueblo sin decir nada más.

Sola de nuevo bajo la extensión de estrellas, Eli consideró las palabras de Rose. Resonaban en su interior como una promesa o tal vez una advertencia.

Tampoco podía quitarse de la cabeza las palabras de María de antes: amigos que le esperaban en calor y camaradería mientras él se sentaba apartado bajo cielos fríos lidiando con fantasmas de antaño.

Un hombre puede huir de muchas cosas en la vida, pero nunca de sí mismo: esta verdad resonaba en el interior de Eli con más claridad que cualquier sermón que pudiera predicar el reverendo Mercer.

Un coyote ladró a lo lejos, como si se riera de las locuras humanas o tal vez animara las batallas silenciosas que se libran en los corazones cansados.

Eli volvió a mirar hacia arriba. Cada estrella parecía un ojo expectante ante su próxima elección.

"Haz lo correcto", parecían susurrar a través de eones y años luz, pero ¿a qué precio?

Capítulo Ocho

ELI ATIZABA las brasas de la fragua, con movimientos medidos, mientras el resplandor de las brasas arrojaba una cálida luz sobre su rostro curtido por la intemperie. El tintineo del martillo sobre el yunque se había convertido en su meditación diaria, cada golpe era una nota resonante en la tranquila sinfonía de su nueva vida. Pero esta mañana, cuando el metal se encontró con el metal, un peculiar sonido permaneció en el aire, un eco agudo que se apoderó del corazón de Eli y lo arrastró a través del tiempo a otro lugar y a otra versión de sí mismo.

EL SOL COLGABA alto sobre una calle polvorienta años atrás, sus rayos tan implacables como la tarea que tenía entre manos. Eli se mantuvo firme, con el revólver en la empuñadura y los ojos entrecerrados contra el resplandor. Un hombre yacía a sus pies, jadeando, un conocido ladrón y asesino. La voz de Eli era firme al dictar sentencia.

"Has tenido tu racha de terror", habló Eli al hombre que se retorcía en el suelo. "La justicia no está ciega hoy".

La multitud reunida a su alrededor guardó silencio, con los ojos clavados en Elí, algunos con reverencia, otros con el miedo deslizándose en su mirada. Sabían lo que venía a continuación: la finalidad de la ley de Elí.

El revólver ladró alto y claro, un sonido que pareció ondear en el aire y adentrarse en la eternidad. Las súplicas del hombre cesaron con una brusquedad que dejó un vacío a su paso.

Eli se sacudió el recuerdo como el polvo de su abrigo. Se concentró en la herradura que estaba fabricando, cuyo brillo rojo no conseguía ahuyentar el escalofrío de sus actos pasados. Cada golpe en el yunque era un esfuerzo por forjar una nueva vida a partir del hierro candente de la anterior.

Un gorrión gorjeó en el exterior, interrumpiendo la concentración de Eli. La sencillez de su canto chocaba con la complejidad de sus pensamientos. Le recordó que la vida continuaba sin cesar fuera de su exilio autoimpuesto entre estas cuatro paredes.

Sumergió la herradura en el agua, el vapor se elevó con un siseo, un sonido no muy distinto de los suspiros de alivio de quienes habían presenciado cómo se hacía justicia bajo su mano. La ciudad había estado más segura, pero ¿a qué precio? Y ahora, cuando las sombras se alargaban y los murmullos de peligro volvían a agitarse en Shadow Gulch, ¿volverían a mirarle? ¿Esperarían que él fuera ese hombre?

Eli colgó sus herramientas al acercarse el mediodía y salió a la calle iluminada por el sol. Se sentía expuesto sin el familiar estruendo del metal llenando sus oídos, vulnerable a los recuerdos que lo atormentaban y a los ojos que lo seguían con expectación.

Rose Bailey lo alcanzó en la puerta de su tienda, con una expresión de preocupación mezclada con curiosidad.

"Eli", gritó suavemente, tocándole el brazo. "Ese sonido de tu tienda antes . . . ¿Estás bien?"

Eli asintió sin mirarla a los ojos. "Sólo un viejo recuerdo, eso es todo".

Sus dedos se detuvieron en su manga antes de soltarla, una silenciosa oferta de consuelo que él no estaba seguro de merecer.

Mientras se alejaba de la mirada preocupada de Rose, Eli sintió una punzada de algo parecido al arrepentimiento, no por lo que había hecho como agente de la ley, sino por lo que podría tener que volver a ser.

Llegó al Maria's Saloon justo cuando empezaban a bullir las conversaciones de la hora del almuerzo. El clamor en el interior era una mezcla de risas y debates, muy lejos de aquellos momentos en los que la vida y la muerte dependían únicamente de su palabra.

María le vio entrar y le dedicó una sonrisa de complicidad que le hizo ver a través de él todo lo que había sido y todo lo que se esforzaba por no volver a ser.

"Parece que hayas visto un fantasma", le dijo mientras deslizaba un plato delante de él.

"No son los fantasmas lo que me preocupa", respondió Eli. "Es estar a la altura de ellos".

Su conversación se vio interrumpida por la irrupción del sheriff Bennett por la puerta, con la urgencia grabada en el ceño.

"¡Eli!" Bennett llamó a través de la habitación. "Necesito tu consejo."

Siguió a Bennett al exterior, donde Doc Timmons y algunos otros ciudadanos prominentes se reunían en torno a un viejo mapa extendido sobre la tapa de un barril.

"Estamos considerando patrullas a lo largo de estas rutas", señaló Bennett con sombría determinación.

Eli se inclinó sobre el mapa, pero mantuvo sus pensamientos cerca del pecho. Trazó con un dedo una línea que conducía más allá del territorio de Halcón Silencioso, caminos que conocía muy bien de persecuciones del pasado.

"Podría funcionar", murmuró Eli. "O podría estar metiéndose en problemas".

Bennett suspiró. "Necesito más que 'podría ser', Eli".

El sol bajaba en el cielo mientras hablaban de tácticas y amenazas potenciales, un recordatorio de que el tiempo se escapaba y las decisiones estaban cada vez más cerca.

A medida que se acercaba el anochecer y las sombras se alargaban a su alrededor, Eli se excusó de su estrategia. No pudo librarse de sus miradas expectantes ni acallar sus especulaciones susurradas sobre sus glorias -o infamias- pasadas cuando se retiró a su forja.

No habría paz para él esta noche. No mientras los recuerdos sonaran más fuerte que yunques en su mente y cada golpe de martillo reverberara con preguntas sobre el deber y la redención.

El sol se abría paso hacia arriba, tostando la tierra y proyectando sombras cortas sobre los edificios de madera de Shadow Gulch. Un coro de tintineos metálicos y el relincho ocasional de un caballo enganchado marcaban el ritmo de la mañana.

El martillo de Eli Stone golpeaba el hierro al rojo vivo, dándole forma con cada golpe decidido. Sus músculos, acordonados y resbaladizos por el sudor, se movían con la precisión de un herrero, pero su mente vagaba por las corrientes de preocupaciones susurradas que se colaban por la puerta abierta.

Los oyó al pasar: la gente del pueblo, sus voces graves, llenas de preocupación. El ritmo de su martilleo se interrumpió por un momento al oír palabras como "asaltos" y "extraños en la cresta". Eli se enderezó, se secó la frente con el dorso de la mano y volvió a colocar las tenazas en su gancho. Se acercó a la puerta y entrecerró los ojos mientras se adaptaba a la dura luz.

"Buenos días, Eli", dijo Martha Higgs, con la voz temblorosa como un conejo en una trampa. Apretaba una cesta contra su pecho como si pudiera protegerla de los peligros del más allá.

Eli asintió, levantando la comisura de los labios en lo que esperaba fuera una sonrisa tranquilizadora. "Buenos días, Martha".

Se inclinó más cerca, bajando aún más la voz. "¿Escuchaste sobre las figuras que Millie vio en Tucker's Ridge?"

Le sostuvo la mirada un momento antes de responder. "La gente tiene derecho a caminar por donde le plazca", dijo.

"¿Pero por la noche? ¿A escondidas?" Sus ojos buscaron algo en la cara de él: una confirmación, tal vez, o un consuelo.

"La gente ve lo que tiene miedo de ver". Eli volvió a su yunque.

Martha se quedó un momento más antes de seguir adelante. El sonido de sus pasos en retirada se mezcló con los de otro transeúnte que retomaba la conversación donde ella la había dejado. Captó retazos -cada uno un eco de aprensión- de asaltos, ganado robado y cosas peores.

Eli se obligó a volver al trabajo, pero descubrió que el acero se había enfriado demasiado para darle forma. Volvió a arrojarlo a las brasas, bombeando el fuelle hasta que las llamas lamieron el aire con avidez. El hierro volvió a brillar, un sol cautivo en su oscura forja, pero también lo hizo su sentido del deber.

Un deber que había abandonado pero que nunca olvidó.

La puerta de la tienda volvió a chirriar. Esta vez era Jed Harper, de la tienda. "Eli", dijo a modo de saludo, pero luego vaciló al ver la mirada de Eli clavada en él.

"¿Qué puedo hacer por usted?"

Jed se rascó la barbilla cubierta de barba incipiente. "Es que... bueno... estamos pensando en abordar al anochecer".

Eli colocó el metal incandescente sobre el yunque y volvió a coger el martillo. El sonido llenó la habitación mientras evitaba los ojos de Jed.

"¿Y me lo dices porque?"

"Ya sabes por qué". Jed se apoyó en un poste de madera. "Si bajan problemas por esas colinas. . . "

El martillo se detuvo en el aire. Eli lo dejó en el suelo con cuidado y miró a Jed. "Sube si eso te tranquiliza".

Jed se movió incómodo bajo la mirada fija de Eli antes de apartarse del poste y retroceder hacia la puerta. "Pensé que debías saberlo", murmuró antes de desaparecer a la luz del día.

A medida que las horas se acercaban al mediodía, más voces se abrían paso en el santuario de humo y resplandor de brasas de Eli. Cada una de ellas transportaba fragmentos de miedo y especulación, como hojas atrapadas en un torbellino, que giraban en torno a un inevitable centro de tormenta que parecía cernirse sobre todos ellos.

Al mediodía, cuando Eli cruzó a buscar agua del pozo, sintió que le miraban: los habitantes del pueblo le observaban desde detrás de las cortinas o hacían una pausa en sus conversaciones a su paso. Le miraban, con una súplica tácita de liderazgo suspendida en sus silenciosas miradas.

En el pozo, mientras sacaba agua en su cubo, el joven Tommy se le acercó.

"¿Señor Stone?" La voz de Tommy apenas se elevó por encima de un susurro, como si temiera molestar a alguna bestia en reposo con sus palabras.

Eli se enderezó, pero no se dio la vuelta inmediatamente. En lugar de eso, observó el reflejo de Tommy ondulando en el cubo de agua que tenía delante.

"¿Sí?"

"Mi padre dice que has visto muchas peleas."

Eli exhaló lentamente. No era tanto una pregunta como un llamamiento velado de curiosidad juvenil.

"Tu papá tiene razón".

"¿Crees que tendremos que luchar contra esos forajidos?" La voz del chico se quebró bajo su propio peso, una carga demasiado pesada para alguien tan joven.

Eli dejó el cubo y se volvió hacia Tommy. El chico estaba allí con los ojos muy abiertos buscando algo más allá de las meras palabras, una esperanza que sólo la certeza podía proporcionar.

"No siempre se trata de luchar".

Tommy asintió lentamente, pero insistió. "Pero si llega el caso, ¿nos ayudarás?".

La pregunta flotaba entre ellos como el humo atrapado por la brisa, su forma clara pero intocable, y con ella flotaba la propia batalla de Eli en su interior. Entre lo que era y en lo que se había convertido, o quizá lo que aún podía ser.

Se arrodilló para mirar a Tommy a los ojos -un gesto que no pasó desapercibido a los que observaban desde lejos- y puso una mano en el hombro del chico con suavidad pero con la firmeza suficiente para que ambos se quedaran anclados en aquel momento.

"Si los problemas llaman a nuestra puerta, creo que todos haremos lo que haya que hacer".

Tommy pareció aliviado por estas palabras. Y mientras corría hacia la plaza del pueblo animado por su nuevo coraje, Eli se quedó allí solo una vez más mirándolo, un centinela silencioso consciente de que a pesar de cada intento de paz en su interior y entre estas colinas, las sombras se acercaban cada vez más alrededor de Shadow Gulch... y dentro de él también.

Capítulo Nueve

EL SONIDO DEL YUNQUE, que antes era una cadencia reconfortante, ahora parecía resonar con los fantasmas del pasado de Eli. El agudo tintineo del martillo sobre el metal no sólo daba forma al hierro. Martilleaba los muros que había construido alrededor de su vida anterior. Eli se concentró en la herradura al rojo vivo, doblándola y dándole forma como si pudiera moldear su propio destino.

Su trabajo se vio interrumpido por el sonido de cascos golpeando la tierra, rápidos e insistentes. Una nube de polvo se levantó en dirección a la carretera principal, presagiando problemas. Eli dejó las herramientas con un suspiro resignado y se secó el sudor de la frente. Salió de la tienda, protegiéndose los ojos del resplandor del sol de la tarde.

Un grupo de jinetes entró atronadoramente en el pueblo y sus estridentes carcajadas interrumpieron la actividad habitual de Barranco Sombrío. La gente del pueblo se detuvo, con expresión de aprensión. Los hombres detuvieron sus caballos en medio de una nube de polvo ante la herrería de Eli, con una sonrisa amplia y temeraria.

El líder, un hombre corpulento con una cicatriz en una mejilla, desmontó y se acercó a Eli. "¿Eres Stone?", dijo, con voz lo bastante alta como para atraer más miradas.

Eli le midió con la mirada. "Lo soy".

"Hemos oído decir que eres rápido con el hierro, y no sólo en la forja", añadió otro jinete, provocando las risas de sus compañeros.

Eli mantuvo el tono de voz. "Esos días han quedado atrás".

El líder se acercó más, invadiendo el espacio de Eli como si quisiera olerle la verdad. "¿Detrás de ti? Eso no es lo que hemos oído". Su mano rondaba cerca del cinturón de su pistola, los dedos crispados con fingida despreocupación.

El aire se llenó de tensión. Incluso la brisa parecía contener el aliento. Eli observó la posición de cada uno de los hombres, y sus viejos instintos se encendieron como la llama. Sin embargo, permaneció inmóvil como una piedra, como una montaña frente a sus bravatas.

"Creo que me has confundido con otra persona", dijo Eli.

"No creo que lo hayamos hecho", dijo otro jinete. "¿Por qué no lo demuestras? Desenfunda contra nuestro chico". Señaló con la cabeza a un hombre más joven cuyos ojos ardían de impaciencia por hacerse un nombre.

La gente del pueblo había empezado a reunirse a una distancia prudencial y los murmullos pasaban entre ellos como el viento entre la hierba seca. María estaba de pie a la entrada de su taberna, con la preocupación marcando sus rasgos.

Eli sabía lo que estaba en juego: la paz que había encontrado y fomentado en Shadow Gulch. El precario equilibrio de su propia alma. Su mano se acercó al martillo que llevaba al cinto, que

no era un arma, sino parte de lo que había llegado a ser.

"No tengo interés en demostrar nada", dijo Eli.

El líder resopló burlonamente. "¿Qué te pasa? ¿Has perdido los nervios?"

Un tipo diferente de coraje llenó entonces el pecho de Eli, un coraje que no nacía de enfrentarse a un enemigo, sino de enfrentarse a sí mismo. Miró a cada uno de los hombres por turno, con sus ojos azules acerados e inquebrantables.

"Puede que sí", dijo con una calma engañosa. "O tal vez he encontrado algo mejor que vivir a punta de pistola".

Varios jinetes soltaron una carcajada, mientras otros intercambiaban miradas inseguras. No era así como esperaban que respondiera un pistolero, desde luego no uno cuya leyenda susurraba en salones y hogueras de toda la frontera.

"¡Basta de charla!" El joven pistolero estaba impaciente y se llevaba la mano a la funda.

Eli no se movió, no parpadeó. En su lugar, metió lentamente la mano en el bolsillo y sacó algo pequeño y metálico, arrojándolo a los pies del joven con una precisión que no revelaba temblor ni duda alguna.

Era un dólar de plata. Aterrizó con un golpe decisivo en el polvo que había entre ellos.

"Ahí tienes tu empate", dijo Eli en voz baja pero lo suficientemente alto como para que todos lo oyeran. "Más rápido de lo que nunca serás".

Se hizo el silencio durante un instante antes de que estallaran de nuevo las carcajadas, esta vez de algunos habitantes del pueblo que comprendían lo que acababa de ocurrir.

El joven miró la moneda como si fuera una serpiente de cascabel a punto de atacar. La humillación tiñó de rojo su rostro mientras se inclinaba para recogerla, con la confusión luchando con la ira en sus ojos.

"Tienes suerte", murmuró un jinete en voz baja -una concesión velada como insulto-, pero todos lo sentían: Eli Stone no era un hombre con el que se pudiera jugar, ni siquiera cuando decidía no defenderse.

Mientras montaban en sus caballos y se alejaban de la ciudad bajo un manto de maldiciones murmuradas y orgullo herido, Eli los vio partir, sintiendo que un viejo yo le arañaba por dentro, haciéndole señas con cantos de sirena de adrenalina y autoridad que una vez lo definieron.

Se apartó de la multitud que se disipaba y se encontró con la mirada de María a lo lejos, un intercambio silencioso que decía más de lo que podrían decir las palabras sobre los miedos y las promesas tácitas.

Eli regresó a su forja con los hombros cruzados contra lo que pudiera venir, pero no pudo sacudirse el encuentro como el polvo de las botas. Cada golpe en el metal caliente sonaba como disparos no efectuados. Cada chispa ondulante volaba como balas nunca liberadas en la carne, un recordatorio de que, aunque había ganado esta batalla sin violencia, la guerra continuaba dentro de él entre lo que era y lo que quería ser.

Las manos de Eli danzaban sobre el metal incandescente y su martillo golpeaba con un ritmo que resonaba en las paredes de la herrería. El agudo sonido del metal sobre el metal era un estribillo reconfortante y familiar. Mantenía a raya los susurros del pasado, una canción de cuna para el espíritu inquieto que se agitaba en su interior.

EL TINTINEO del yunque se detuvo cuando la silueta del doctor Timmons oscureció el umbral de la puerta y su figura se abrió paso a través de la luz anaranjada que salía de la fragua. La presencia del viejo médico trajo una momentánea calma a los turbulentos pensamientos de Eli.

"Buenos días, doctor". Eli se secó el sudor de la frente con el dorso del antebrazo manchado de hollín.

"Buenos días", contestó Doc, entrando en la calidez de la herrería. Sus ojos recorrieron las pulcras hileras de herramientas y el caos organizado que denotaban el meticuloso cuidado de Eli por su oficio. "Tengo que pedirte un favor".

Eli dejó el martillo y las tenazas y señaló un taburete desgastado cerca del banco de trabajo. "¿Qué puedo hacer por usted?"

Doc metió la mano en la bolsa y sacó un trozo de metal retorcido que en su día formó parte de una pinza quirúrgica. "Esto ha visto días mejores", dijo, colocándolo en el banco de trabajo de Eli con un tintineo. "Con todo esto de los problemas que se nos avecinan, necesito mis herramientas en orden".

Eli cogió el instrumento dañado, le dio la vuelta entre las manos y lo examinó con ojo experto. "Voy a arreglarlo. ¿Crees que vamos a tener problemas?"

Doc se apoyó en un poste de madera, acariciándose la barba blanca pensativamente. "Los problemas suelen encontrarnos, nos dirijamos a ellos o no", dijo con tono mesurado. "Es como una vieja cicatriz: nunca desaparece del todo".

Eli sintió el peso de aquellas palabras asentarse sobre él como el polvo sobre el cuero. Tenía cicatrices en abundancia, marcas dejadas por balas y por elecciones más duras que cualquier acero que hubiera trabajado.

"Ahí dices la verdad", dijo Eli en voz baja mientras empezaba a calentar la fragua una vez más.

Eli colocó la pinza en las brasas y avivó el fuego hasta que rugió con intensidad. La mirada del médico no sólo contenía curiosidad, sino comprensión, un reconocimiento de experiencias compartidas.

"Tu pasado... ha estado hablando más alto estos días", dijo Doc tras un rato de silencio.

Eli se concentró en bombear el fuelle, sintiendo cómo cada bocanada de aire avivaba las llamas y reflejaba su propia lucha por mantener el control.

"Es más como gritar", dijo Eli sin levantar la vista.

Doc asintió lentamente. "Has estado llevando esos días como grilletes alrededor de tus muñecas", dijo suavemente.

Eli retiró la pinza del fuego. Su punta brillaba en rojo cereza, un faro entre las sombras proyectadas por recuerdos enterrados hacía tiempo, pero nunca muertos.

"He estado intentando forjar algo nuevo aquí", dijo Eli, con los ojos clavados en el metal incandescente como si buscara respuestas en su corazón ardiente. "No quiero volver a ser ese hombre".

Doc Timmons se acercó un paso más y observó cómo Eli empezaba a doblar y dar forma al acero calentado con precisión y cuidado.

"A veces, abrazar lo que fuiste es necesario para convertirte en lo que necesitas ser. Tu naturaleza no tiene por qué ser tu jaula: puede ser tu cimiento".

Eli dejó de martillear un momento y miró al doctor Timmons, encontrándose con su mirada. "Eso suena a cadenas forjadas en algo más fuerte", dijo Eli.

"Precisamente". Doc asintió. "Tienes fuerza y habilidades que esta ciudad podría necesitar. No hay vergüenza en usarlos para el bien".

El acero al rojo vivo se enfrió bajo el tacto práctico de Eli, que le devolvió la forma, reparada pero alterada para siempre por su rotura y reconstrucción.

"Es difícil saber qué es lo correcto cuando cada elección se siente como caminar a través del

fuego cruzado", dijo Eli mientras apagaba la pinza reparada en agua con un chisporroteo furioso.

"La vida aquí fuera está llena de fuego cruzado", dijo Doc. "A veces lo único que podemos hacer es mantenernos firmes y confiar en nosotros mismos para salir adelante".

Eli dejó la pinza terminada sobre el banco y se secó las manos con un trapo raído. Sentía resonar en su interior las palabras de Doc, cada sílaba golpeando su determinación como un martillo sobre un yunque.

"Creo que necesitaré tiempo para pensarlo". Eli miró hacia Doc.

Doc asintió una vez más antes de volverse hacia la puerta. "Coge todo lo que necesites", dijo por encima del hombro mientras volvía a ponerse al alcance de la luz del día. "Pero recuerda: el momento oportuno decide por sí mismo".

Mientras los pasos de Doc Timmons se desvanecían en el bullicio del despertar de Shadow Gulch, Eli Stone permanecía en el abrazo de su herrería, un santuario forjado con fuego y hierro donde el pasado y el futuro chocaban en cada golpe sobre el acero.

EL SOL del mediodía caía a plomo sobre la dura tierra de Barranco Sombrío, proyectando sombras crudas que parecían tallar el pueblo en losas de luz y oscuridad. Eli se enjugó la frente con el dorso de la mano, pues el calor de la forja competía con el implacable resplandor del exterior. El clamor de la calle principal se filtraba por las puertas abiertas de su herrería, cargado de una tensión que parecía espesar el aire.

El sheriff Bennett estaba de pie en el centro de la ciudad, con el sombrero en la mano, dirigiéndose a los habitantes. Su voz, normalmente impregnada de una confianza fácil, tenía ahora un toque de desesperación.

"¡Escuchad! No voy a endulzarlo. Necesitamos a toda persona capaz de dar un paso adelante. Estamos en extrema necesidad de diputados para reforzar nuestras filas ".

Eli se apoyó en el marco de la puerta, observando cómo la multitud se revolvía y murmuraba entre sí. Sus rostros estaban marcados por la preocupación, pero sus pies permanecían firmes, sin dar un paso al frente.

El bigote de Bennett se crispó mientras buscaba voluntarios entre la multitud. "Sé que están preocupados por sus hogares y sus familias. Por eso tenemos que unirnos..."

Un hombre enjuto con una voz como la grava cortando el cuero le cortó el paso. "¿Y qué? ¿Convertirnos en objetivos? No señor, me quedaré aquí con los míos".

El sentimiento se extendió entre los espectadores, que asintieron con la cabeza.

Eli se apartó del marco de la puerta y se acercó a Bennett. El sheriff le dirigió una mirada cansada que lo decía todo.

"Están asustados, Tom", dijo Eli lo suficientemente bajo como para que sólo Bennett lo oyera.

"Sé que lo son". Bennett se frotó la barbilla. "Pero el miedo no nos va a proteger".

Eli observó a la multitud, cuyos ojos se movían entre él y Bennett como ganado asustado en una marca.

"Quizá no sean más armas lo que necesitas ahora".

Bennett enarcó una ceja. "¿Tienes una idea mejor?"

"Puestos de observación", dijo Eli, sin apartar la mirada de la gente del pueblo. "Colóquenlos en las crestas. Verías venir los problemas mucho antes de que lleguen al pueblo".

Bennett se lo pensó un momento y luego asintió lentamente. "Es un buen comienzo, pero necesito gente dispuesta a hacer turnos de vigilancia".

Eli miró fijamente a Bennett. "Empieza con voluntarios para vigilar. Menos riesgo que salir con una placa. Podría ser más aceptable por ahora".

El sheriff se volvió a poner el sombrero sobre la cabeza y se dirigió de nuevo a la multitud. "¡Muy bien! ¿Qué os parece esto? Necesitamos vigilar las colinas. ¿Alguien dispuesto a hacer un turno en un puesto de observación?"

Algunas manos se alzaron vacilantes entre la multitud -mineros en su mayoría- y los hombros de Bennett se relajaron ligeramente.

"Eso está mejor."

Eli se apartó de la reunión y regresó a su fragua, no sin antes ver a María observándole desde el otro lado de la calle, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos se clavaron en los de él durante un instante antes de desaparecer en su taberna.

Mientras avivaba una vez más el fuego de su fragua, no podía apartar la mirada de María ni la persistente sensación de que la tormenta que se avecinaba lo estaba arrastrando a él, a pesar de todos sus esfuerzos por mantenerse fuera de su camino.

Capítulo Diez

UN REPENTINO ESTRUENDO en las afueras de la ciudad desvió la atención de Eli del hierro al rojo vivo que estaba moldeando. Era ese sonido de nuevo, cascos golpeando la tierra, urgente y acercándose rápidamente. Dejó sus herramientas y salió de la herrería justo cuando Halcón Silencioso frenaba su montura en el centro del pueblo, con el polvo ondeando a su alrededor como una nube de tormenta.

Halcón Silencioso se bajó del caballo con una elegancia que contradecía la urgencia que reflejaba su rostro. Sus ojos recorrieron la multitud antes de fijarse en Eli. Sin mediar palabra, una corriente de comunicación silenciosa pasó entre ellos, un reconocimiento de la gravedad que se abatía sobre Barranco Sombrío.

La voz del guerrero se abrió paso entre los murmullos cuando se dirigió a la asamblea. "Las señales se han hecho más claras, más cercanas. No son meras sombras en la noche, sino huellas en nuestro suelo". Su tono era acero envuelto en terciopelo, llamando la atención.

Eli vio cómo incluso los que habían dudado ahora fruncían el ceño preocupados. Las burlas y mofas que habían recibido la anterior visita de Halcón Silencioso estaban ausentes. Sustituidos por una respiración colectiva contenida demasiado tiempo.

El sheriff se adelantó, con el sombrero en la mano y una vacilación inusual en su postura. "Halcón Silencioso, ¿puedes decirnos algo más? ¿Cuántos hombres? ¿Cuándo?"

"Muchos", dijo. "Y pronto. Demasiado pronto para la comodidad".

Un murmullo recorrió la multitud mientras las cabezas se volvían hacia Eli, con los ojos llenos de expectación y miedo. Buscaban respuestas de él, liderazgo a pesar de que se había alejado de esa vida.

Eli se encontró con la mirada de Halcón Silencioso una vez más. No había necesidad de palabras. Ambos sabían lo que estaba en juego.

"Parece que tenemos que prepararnos", dijo Eli, en voz baja pero transmitiendo el tenso silencio.

El sheriff parecía aliviado de que Eli hubiera hablado. "¿Qué sugieres?"

Eli dudó un momento antes de responder: "Fortificamos todo lo que podemos: barricadas en los puntos de entrada, vigías en las rotaciones". Hizo una pausa, considerando cuidadosamente sus siguientes palabras. "Y necesitamos todas las manos capaces listas para defender Barranco Sombrío".

Los murmullos se arremolinaban a su alrededor mientras caminaba de vuelta a su forja, la gente se apartaba para dejarle pasar, como un río que fluye alrededor de una roca inamovible. Podía sentir sus ojos clavados en su espalda, pero apartó la inquietud que le corroía.

Halcón Silencioso los siguió, sus pasos se sincronizaron al llegar a la soledad de la herrería

de Eli.

"No deseas guiarlos", dijo Halcón Silencioso sin acusar ni preguntar. Era simplemente una verdad dicha en voz alta.

Eli no se volvió para mirarle, sino que empezó a organizar sus herramientas con una precisión innecesaria. "He guiado hombres antes", dijo tras una pesada pausa. "Y he enterrado a demasiados por ello".

"El pasado es una sombra que nos persigue", dijo en voz baja Halcón Silencioso mientras se apoyaba en un robusto banco de trabajo. "Pero no dicta nuestros pasos a menos que se lo permitamos".

Eli dejó escapar un suspiro que parecía llevar dentro años de arrepentimiento. "Confías en mí más que yo mismo".

Halcón Silencioso permaneció en silencio un rato antes de responder: "Tienes un corazón fuerte, Eli Stone. Por eso estoy aquí".

Eli se enfrentó por fin a Halcón Silencioso, y un vínculo tácito se estrechó entre ellos: dos guerreros que luchaban en sus propias batallas, pero que encontraban puntos en común cuando sus caminos se cruzaban.

El tintineo del metal sonó de nuevo cuando Eli volvió a trabajar en un encargo que había estado descuidando: unas herraduras que ahora parecían triviales frente al inminente derramamiento de sangre. Cada golpe en el yunque resonaba con un propósito más allá de dar forma al hierro, una llamada a la acción que ya no podía ignorar.

A medida que la tarde se convertía en atardecer y las sombras se extendían por el suelo, se trazaban planes y las conversaciones susurradas se convertían en órdenes decisivas. Eli se encontró en su centro no por elección, sino por necesidad.

Cuando María se le acercó más tarde con las cejas fruncidas y las manos apretadas delante del delantal, deseó poder ofrecerle garantías más sólidas que las meras palabras.

"Eli", empezó vacilante, su voz delataba su preocupación. "¿Estaremos . . . ¿estaremos bien?"

Puso suavemente una mano callosa sobre la de ella, una caricia que pretendía calmar tanto los temores de ella como su propia agitación. "Haremos lo que debamos", respondió con una convicción que esperaba sonara más segura de lo que se sentía.

En su pequeña habitación detrás de la herrería, Eli estaba sentado solo, con la única compañía de la vacilante luz de las velas. La oscuridad del exterior reflejaba sus pensamientos: un paisaje vasto e impenetrable.

Sabía que el sueño le sería esquivo esta noche. En lugar de eso, echó mano a su viejo cinturón de armas, que colgaba de una percha junto a la puerta, un recordatorio tangible de quién había sido... y de quién tendría que volver a ser.

Sus pensamientos se detuvieron en las premonitorias noticias que habían inquietado a Barranco Sombrío, pero el rítmico repiqueteo del metal contra el metal le devolvió al presente. Encontró consuelo en las llamas de la forja, pero cada golpe del martillo llevaba un susurro de inquietud.

Mientras el sol se ocultaba tras las escarpadas cumbres, proyectando largas sombras sobre la ciudad, un suave golpe resonó en la herrería. Eli detuvo su mano y se giró para encontrar a María enmarcada en la puerta, su silueta contrastaba con la tenue luz.

"La noche se nos echa encima", dijo, con voz cálida y hogareña. "Pensé que te apetecería un cambio de la comida de salón esta noche."

Eli se apoyó en el yunque, limpiándose las manos en un paño. "¿Ah, sí?"

María asintió, con una sonrisa bailándole en los labios. "Considéralo una invitación personal

a cenar en mi casa".

Un destello de sorpresa cruzó las facciones de Eli antes de disimularlo con un asentimiento despreocupado. "Sería muy amable de tu parte, María".

El paseo hasta la casa de María fue corto, pero permitió que el aire fresco del atardecer limpiara a Eli del trabajo del día. María le condujo a su modesta casa, donde les esperaba una mesa íntima. El aroma del estofado cocinado a fuego lento mezclado con pan recién horneado llenó la habitación, envolviendo a Eli como un abrazo reconfortante.

María les sirvió un vaso de vino tinto a cada uno mientras se acomodaban en sus asientos. "Espero que tengáis hambre", dijo con una inclinación juguetona de la cabeza.

Eli tomó un sorbo, sintiendo el rico líquido calentar su garganta. "Huele como el cielo aquí".

Su conversación serpenteó entre pequeñas charlas mientras saboreaban cada bocado, un respiro de las crecientes tensiones del exterior. Pero mientras los platos se vaciaban y los vasos se rellenaban, la mirada de María mostraba una profundidad que indicaba un cambio en su diálogo.

"Eli", empezó, con voz suave pero pausada, "has sido como una roca para este pueblo: firme y fuerte. Pero las rocas no tienen por qué estar solas". Sus ojos buscaron en su rostro algo que él mantenía oculto.

Eli la miró, sintiendo el peso de sus palabras sobre él. "Algunas cosas es mejor dejarlas estar", respondió con mesurada calma.

María se inclinó hacia delante. "¿Es eso lo que estás haciendo? ¿Dejar las cosas como están? ¿O estás evitando lo que hay que afrontar?"

Meditó detenidamente su respuesta. "Hay una diferencia entre dar un paso adelante y volver a los viejos hábitos".

"¿Pero no merece la pena aferrarse a algunos hábitos?".

Eli se removió en su asiento, la incomodidad le tiraba como una camisa mal ajustada. Admiraba su tenacidad. Le recordó por qué se sentía atraído por ella de un modo que iba más allá del mero afecto.

"Creo que sí", dijo lentamente. "¿Pero a qué precio?"

La pregunta flotaba entre ellos como el humo de una vela apagada. María extendió la mano por encima de la mesa, vacilando justo antes de tocar la suya.

"El coste es algo que todos compartimos", dijo en voz baja. "Pero creo en las segundas oportunidades".

La mano de Eli se crispó bajo la suya, pero permaneció quieta como una piedra. Miró hacia abajo, donde casi se tocaban, y luego hacia arriba, a los ojos serios de ella.

"Una segunda oportunidad no es algo que se me deba".

María retiró la mano, pero no su determinación. "Quizá no se trate de lo que te deben, sino de lo que te debes a ti mismo... y a los demás".

Se hizo el silencio mientras ambos reflexionaban sobre sus palabras. Eli sintió de nuevo la atracción de la responsabilidad, un canto de sirena que llevaba demasiado tiempo intentando acallar.

La velada siguió su curso y volvieron a hablar de temas más ligeros, dejando que la risa se filtrara de nuevo en su conversación como un bálsamo calmante sobre heridas tanto visibles como invisibles.

Pero incluso cuando Eli se levantó para marcharse más tarde aquella noche, con la gratitud y la calidez que irradiaba la sonrisa de María, no pudo librarse de sus preguntas inquisitivas ni de darse cuenta de que su reticencia se estaba convirtiendo en su propia carga, una carga que

amenazaba con pesarle tanto como lo había hecho cualquier cinturón de armas.

Salió al aire de la noche con esos pensamientos pegados a él como el polvo a sus botas: ineludibles y arraigados a partes iguales.

ELI ESTABA TUMBADO en la pequeña habitación detrás de su herrería, donde las herramientas de su oficio proyectaban sombras largas y sombrías sobre las paredes. El colchón que tenía debajo era poco más que un montón de paja y mantas viejas, pero le había servido bastante bien desde que llegó a Barranco Sombrío. Esta noche, sin embargo, bien podría haber sido una cama de clavos.

La noche era tranquila, demasiado tranquila. Se había acostumbrado al suave ruido de las herraduras enfriándose en el aire nocturno o a las risas lejanas que salían del bar de María. Pero ahora, un silencio opresivo se había instalado en la ciudad, espeso como la manta de lana que yacía sin usar a sus pies.

La mente de Eli era una tempestad. Los recuerdos, como espectros de una vida que había intentado enterrar, surgían de improviso. Los rostros de los hombres a los que había matado a sangre fría -falsarios, sí, pero hombres al fin y al cabo- se agitaban en su mente. Todos tenían la misma expresión: una mezcla de sorpresa y resignación, como si ellos también hubieran sabido que ése era su único final posible cuando se cruzaron con Eli Stone.

Una gota de sudor recorrió la sien de Eli a pesar del frío del aire. Bajó las piernas de la cama y se paseó por la habitación, sintiéndose enjaulado por sus cuatro paredes. El suelo de madera crujía bajo su peso, como si se hiciera eco de su inquietud.

El rostro de María pasó ante él, un contraste con las violentas imágenes que le atormentaban. Ella le había mirado con esperanza, quizá incluso con necesidad. ¿Y qué le había dado él a cambio? Vagas promesas y un corazón cauto.

Dejó de pasear y se asomó a la pequeña ventana, contemplando la ciudad bañada por la luz de la luna. Apoyó la mano en el alféizar. Las astillas de su superficie rugosa pinchaban sus dedos callosos. La tranquilidad del exterior se burlaba de su agitación interior.

Eli sabía que podía disparar mejor que cualquier hombre en Shadow Gulch, probablemente mejor que cualquier hombre que llegara a la ciudad con malas intenciones. Pero esa habilidad iba acompañada de un pasado sangriento y de un hombre que ya no quería ser.

Sus manos se cerraron en puños mientras luchaba contra la dualidad de su naturaleza. El hombre de la ley que llevaba dentro, el que había impartido justicia con mirada férrea y mano inquebrantable, nunca estaba lejos de la superficie. Y, sin embargo, temía que el resurgimiento de ese hombre borrara cualquier atisbo de paz que había encontrado aquí, entre esa gente que no conocía sus pecados.

La imagen de Halcón Silencioso ofreciéndole el tomahawk volvió a él: un símbolo de confianza y quizá de perdón de un guerrero a otro. Un puente entre los errores del pasado y la posibilidad de reconciliación. Pero, ¿merecía tal absolución?

Su determinación se resquebrajaba como la tierra seca bajo un sol implacable. ¿Cómo podía permanecer impasible mientras el peligro se acercaba? ¿Sería capaz de vivir consigo mismo si esta ciudad, María, sufriera algún daño por no haber actuado?

Pero, ¿qué le costaría actuar?

Los minutos se alargaron mientras Eli luchaba con estos pensamientos hasta que fraguaron en una verdad innegable: Barranco Sombrío era algo más que un lugar para él: era su hogar. Aquellas personas eran algo más que caras: conocía sus historias, compartía sus esperanzas y sus

miedos.

Y María... . . ella era . . .

Se le escapó un suspiro, un sonido más cansado de lo que pretendía, mientras su mirada se detenía en la taberna que ella tenía a lo lejos, oscurecida ahora, pero que seguía siendo un faro en su noche agitada.

Se apartó de la ventana y cogió la camisa que tenía colgada en el respaldo de una silla. Al ponérsela sobre la piel humedecida por el sudor, sintió como si se pusiera una armadura: cada botón abrochado reforzaba su incipiente decisión.

Con cada paso que daba hacia la puerta, Eli sentía menos que caminaba hacia algo desconocido y más que recuperaba una parte de sí mismo negada durante mucho tiempo, una parte que podía volver a representar algo bueno.

Fuera, el aire fresco de la noche le envolvió como una promesa mientras se abría paso por la ciudad bajo un manto de estrellas. Cada paso parecía aligerar su carga lo suficiente como para seguir avanzando hacia un amanecer incierto.

Se detuvo en el umbral de la puerta de María y levantó la mano para llamar. Pero entonces su rostro volvió a él, no sólo su belleza o su calidez, sino también su fuerza y sus propias cicatrices ocultas.

Eli llamó a la puerta con suavidad pero con firmeza -el sonido cortó el silencio como una decisión finalmente tomada- y esperó a lo que pudiera venir a continuación.

Capítulo Once

EL AMANECER se deslizaba sobre Barranco Sombrío, pintando el horizonte con pinceladas de ámbar y rosa. Eli estaba de pie a la entrada de su forja, con el tomahawk de Halcón Silencioso en la mano. El regalo era pesado, no sólo por su peso, sino también por su significado.

Una ráfaga de viento azotó la calle, provocando un escalofrío en Eli. Era como si la propia naturaleza percibiera la tensión que se estaba gestando entre la gente del pueblo. Las puertas chirriaron al abrirse, las botas rozaron la madera y la suciedad al salir la gente, con los rostros marcados por líneas de preocupación que reflejaban el cielo agitado.

Fuera, las voces subían y bajaban como el oleaje en un mar turbulento. Los vecinos se agrupan. Sus palabras estaban impregnadas de ansiedad mientras debatían la mejor manera de fortificar sus hogares. Miraban a los extraños con recelo, y cada crujido de una silla de montar o el ruido de los cascos atraía miradas cautelosas.

Eli martilleó una herradura, dejando que el sonido del metal al chocar puntuara sus pensamientos. Cada golpe era una pregunta: ¿cuánto tiempo más podría seguir siendo un mero observador? Con cada golpe contra el hierro, no sólo forjaba herraduras para caballos, sino tal vez su propio destino.

María pasó por delante de las puertas abiertas de su tienda y sus ojos se cruzaron con los de él durante un instante que se alargó demasiado. En su mirada también había una pregunta que él no estaba dispuesto a responder.

"Buenos días, Eli", gritó, su voz cortando a través de su introspección.

"Buenos días", respondió con un gesto de la cabeza, volviendo a su trabajo.

La sintió quedarse allí un momento más antes de que ella continuara calle abajo hacia su taberna.

A medida que el sol subía, también lo hacían los temores de la gente. Un grupo se reunió junto a la tienda, y sus voces llegaban hasta Eli mientras trabajaba.

"¡No podemos quedarnos aquí sentados como patos en un estanque!", gritó un hombre.

"Sí", dijo otro. "Deberíamos fortificar este lugar".

"¿Y entonces qué?", dijo una mujer. "¿Esperar a que vengan? Yo digo que enviemos un mensaje a Fort Dalton para pedir ayuda ".

Eli dejó a un lado sus herramientas y se secó el sudor de la frente con mano áspera. El fuerte estaba a días de distancia. La ayuda llegaría demasiado tarde, si es que llegaba.

El sheriff caminaba por la calle principal, deteniéndose de vez en cuando para hablar con la gente del pueblo. Su rostro estaba tenso mientras intentaba infundir algo de orden en medio del creciente caos.

Cuando llegó a la forja de Eli, se apoyó en el marco de la puerta, con el sombrero en la mano.

"Eli", empezó con un suspiro agotado.

Eli levantó la vista y dejó de sumergir metal caliente en agua que siseaba furiosamente al entrar en contacto con ella.

"Estamos desbordados. La gente tiene miedo. No puedo calmarlos ni convencerlos de que se mantengan unidos".

Eli miró fijamente a Bennett, pero no dijo nada. El sheriff lo miró expectante antes de negar con la cabeza y seguir adelante.

El día envejecía y las sombras se extendían por Shadow Gulch como dedos que buscan el abrazo de la noche. Las conversaciones disminuían a medida que la gente se retiraba a sus casas o se colocaba en puestos de vigilancia en los porches y junto a las ventanas.

Eli limpiaba sus herramientas metódicamente, devolviendo cada una a su lugar con esmero, en claro contraste con el desorden del exterior.

HALCÓN SILENCIOSO APARECIÓ en la entrada de la herrería como invocado sólo por el pensamiento. Su presencia imponía el silencio más eficazmente de lo que cualquier clamor pudiera perturbarlo.

"Eli Stone", dijo Halcón Silencioso con una voz que llevaba el peso mucho más allá de su volumen. "Tu corazón sabe lo que debe hacerse".

Eli lo miró de frente, pero guardó silencio, un hábito aprendido en demasiadas conversaciones en las que era mejor no decir nada.

"No puedes apartarte de lo que eres, como el águila no puede decidir no volar", continuó Halcón Silencioso. "Tomahawk no es sólo un arma. Es llamada".

"No soy ningún salvador", murmuró Eli en voz baja, tanto para sí mismo como para Halcón Silencioso.

"Ningún hombre lo es", dijo Halcón Silencioso con una leve inclinación de cabeza. "Pero algunos hombres lideran porque deben hacerlo".

Con esas palabras suspendidas entre ellos como el humo de un fuego apagado, Halcón Silencioso se dio la vuelta y dejó a Eli solo con pensamientos demasiado fuertes para su comodidad.

CUANDO EL CREPÚSCULO se asentó sobre Barranco Sombrío como el polvo después de la agitación, Eli se encontró una vez más en la puerta de María. Ella le dio la bienvenida con una calidez que no ayudó a aliviar el frío que sentía en su interior.

Se sentaron frente a frente en su modesta mesa, con la cena servida pero ignorada en gran medida, mientras la conversación giraba en torno a trivialidades antes de desviarse hacia lo que les preocupaba a ambos.

"No tienes por qué soportar esto sola", dijo María suavemente tras una pausa demasiado significativa.

"No conozco otra forma", confesó Eli, evitando su mirada, que buscaba la suya con tanta seriedad que le dolía apartar la vista.

Cruzó la mesa y colocó su mano sobre la de él, un simple toque que decía mucho en el silencioso espacio que los separaba.

"Nos tienes a nosotros, a mí", dijo ella con suavidad pero con la firmeza suficiente para que él lo sintiera como un ancla en mares tormentosos.

Entonces la miró -la miró de verdad- y no sólo vio preocupación, sino también fe. Creencia en lo que podía ser más allá de lo que había sido.

Aquella misma noche, tumbado en el sofá de María, mirando las sombras que danzaban por el techo a la luz de una hoguera mortecina, Eli luchaba contra los fantasmas de su pasado y temía volver a convertirse en ellos. Pero junto a estos espectros vagaba algo más: un hilo de esperanza entretejido por la fe de María en él y el respeto de Halcón Silencioso.

Cuando por fin se durmió bajo unas mantas desconocidas pero entre paredes que le ofrecían un consuelo inesperado, Eli Stone sintió que algo se movía en su interior: una grieta en los muros construidos durante mucho tiempo en torno a lo que él creía que tenía que ser.

EL ALBA EXTENDÍA sus dedos por el valle, y la inquietud que se había instalado sobre Barranco Sombrío se hacía más pesada con la luz. Eli estaba en el umbral de su herrería, con el martillo en la mano y la mirada fija en el horizonte. El tomahawk de Halcón Silencioso yacía sobre su mesa de trabajo, un presagio que no podía eludir.

El ruido de cascos rompió la quietud de la mañana y atrajo la atención de Eli hacia la calle principal. Un jinete, joven y demacrado, con el caballo lleno de espuma y los costados agitados, se detuvo en medio de una nube de polvo. Eli dejó el martillo en el suelo y se acercó a la conmoción.

"Ataque", jadeó el jinete mientras se deslizaba de su montura. "Nos golpearon duro, se llevaron todo".

Un murmullo recorrió la multitud congregada. Las palabras del jinete tocaron una fibra sensible en lo más profundo de Eli, resonando con una frecuencia que llamaba a sus instintos ocultos.

"Agua", gritó Eli. Se arrodilló junto al joven, cuyos ojos brillaban con frenética energía. "Dime qué ha pasado".

El jinete tosió, esforzándose por recuperar el aliento. "Llegaron al amanecer... como una tormenta. Los hombres... las mujeres... no les importaban". Su voz se quebró en un sollozo mientras agarraba el brazo de Eli. "Tienes que ayudarnos".

La noticia se extendió como un reguero de pólvora, encendiendo el miedo y desencadenando la acción. Las puertas se abren de golpe. La gente recogió sus armas y susurró estrategias apresuradas.

Eli se puso en pie y observó los rostros que lo rodeaban, rostros que ahora lo miraban en busca de orientación a pesar de su reticencia a liderar.

El sheriff Bennett se abrió paso entre la multitud, con la determinación grabada en sus rasgos. "Tenemos que fortificar la entrada con barricadas y todos los hombres armados".

Eli captó la mirada de Bennett y asintió levemente, reconociendo el plan sin palabras.

Los hombres empezaron a arrastrar barriles y cajas hacia la boca del Barranco Sombrío, construyendo una barricada improvisada bajo la silenciosa supervisión de Eli. Eli se movía entre ellos, ajustando posiciones aquí y reforzando estructuras allá, y sus acciones eran más elocuentes que su voz.

María salió de su salón con la escopeta en los brazos. Sus ojos se cruzaron con los de Eli. Entre ellos se entabló una conversación silenciosa, de preocupación y promesas tácitas.

"Necesitaremos a todos los francotiradores en esos acantilados", dijo Doc Timmons mientras se acercaba a Eli con un rifle colgado del hombro.

Eli observó las altas mesetas que flanqueaban su ciudad, la defensa natural que ahora les

servía de atalaya. "Pónganlos en posición", respondió secamente.

Halcón Silencioso apareció al lado de Eli como invocado sólo por el pensamiento. Su presencia llamó la atención de quienes trabajaban febrilmente a su alrededor.

"Los caminos a través de las rocas son estrechos. Podemos retenerlos allí si hace falta", dijo Halcón Silencioso.

Eli volvió a asentir. Las palabras eran innecesarias cuando el entendimiento era mutuo.

Al acercarse el mediodía, las mujeres y los niños fueron conducidos a sus casas, mientras los hombres tomaban posiciones en los tejados y detrás de las barreras. La tensión se cernía sobre Shadow Gulch como un sudario.

ELI REGRESÓ a su taller para descansar un momento: el golpeteo de metal contra metal siempre le había conmovido. Pero hoy era diferente. Hoy, cada golpe era un recordatorio de lo que estaba en juego: una ciudad al borde del abismo, vidas en equilibrio y un hombre atrapado entre lo que era y en lo que se había convertido.

María lo encontró allí entre chispas y sombras. "No puedes cargar con esto tú solo", le dijo en voz baja.

"No estoy solo", dijo Eli sin levantar la vista de su yunque.

"Ya sabes lo que quiero decir."

Hizo una pausa en medio del ataque y finalmente la miró. "Lo sé.

El sol comenzaba a descender hacia el atardecer cuando se acercó un segundo jinete: un explorador enviado anteriormente por el sheriff Bennett regresó con noticias que enviaron una nueva oleada de ansiedad a través de Shadow Gulch.

"Están cerca", dijo jadeante a Bennett, que se lo transmitió a Eli con sombría resolución.

"¿Cuánto tiempo?" preguntó Eli sin inflexión, conservando energía para lo que le esperaba.

"Al anochecer", respondió Bennett tras intercambiar una rápida mirada con Halcón Silencioso, que se había unido a ellos una vez más.

Eli contempló las sombras que se extendían desde la base de los acantilados hasta el pueblo; el propio nombre de Barranco Sombrío parecía profético ahora. A medida que la luz del día disminuía, los faroles se encendían a lo largo de las calles donde antes sonaban las risas. Ahora sólo había una urgencia silenciosa mientras la noche se preparaba para tragarse el día entero.

AQUELLA MISMA NOCHE, en casa de María, durante una comida no afectada por la aprensión pero cargada de significado, Eli escuchó más que habló, asimilando cada palabra como munición para una batalla interna que se libraba en su interior.

Se levantó pronto de la cena -demasiado pronto por cortesía, pero justo a tiempo por necesidad- y se excusó con una mirada de disculpa hacia María antes de salir al aire cargado de crepúsculo.

De pie frente a su puerta, solo, mientras la oscuridad se acercaba, Eli cerró los ojos por un momento, como un hombre que se prepara contra una tormenta inevitable. Cuando volvió a abrirlos, mostraban determinación, una tranquila aceptación de lo que había que hacer y, lo que quizá era aún más desalentador, en lo que debía convertirse una vez más para hacerlo.

La mirada de Eli se detuvo en el joven jinete, con el pecho agitado mientras relataba la desgarradora historia de la desaparición de su aldea. La sangre se drenaba de los rostros que lo rodeaban, dejando un rastro de espanto que se filtraba en el suelo mismo de Barranco Sombrío.

Eli también lo sintió: un escalofrío que le recorría la espalda, un fantasma de una vida que había enterrado profundamente.

Pudo ver cómo los ojos de la gente del pueblo se dirigían hacia él, algunos con esperanza, otros con una dura expectación. Recordaban quién había sido una vez, aunque no supieran todo su peso. Había pasado años forjando una vida diferente aquí, pero el pasado tenía una forma de volver a la luz.

Eli se apartó de la multitud, necesitaba espacio para respirar lejos de sus miedos y susurros. Volvió a la fragua, donde el familiar aroma del carbón y el metal lo envolvió. Pero antes de que pudiera perderse en el trabajo, una sombra cruzó la puerta.

Halcón Silencioso permaneció allí, quieto como una piedra, pero con una intensidad que parecía hacer que incluso el aire a su alrededor se erizara de urgencia.

"Eli Stone", comenzó Halcón Silencioso, su voz llevaba la misma orden tranquila que despertó algo latente dentro de Eli. "Tu pueblo te necesita. He visto lo que estos forajidos pueden hacer. Sin liderazgo, Shadow Gulch sufrirá como ha sufrido mi pueblo".

Eli se dio la vuelta, agarrando el borde de su yunque hasta que se le blanquearon los nudillos. "Ya no soy ese hombre, Hawk. No puedo serlo".

"Pero lo eres", dijo Halcón Silencioso con una convicción inquebrantable. "Lo eres porque entiendes los dos lados de esta espada: el corte y la curación".

A Eli se le hizo un nudo en la garganta al oír aquellas palabras. Se parecían demasiado a pensamientos que no se atrevía a expresar en voz alta.

"Puedo ayudarte", Halcón Silencioso se acercó. "Juntos podemos mostrarles un camino que no esté empapado en sangre".

Una parte de Eli quería ignorarlo todo, retirarse a las sombras de su nueva vida y dejar que otros se levantaran para enfrentarse a esta marea. Pero otra parte, una parte que había negado durante tanto tiempo, sabía que Halcón Silencioso decía la verdad.

"Nunca me seguirán cuando sepan lo que he hecho", susurró Eli a las brasas moribundas de la fragua.

"Seguirán al coraje", respondió Halcón Silencioso. "Y el coraje no está en lo que has hecho. Está en lo que eliges hacer ahora".

Halcón Silencioso se marchó tan silenciosamente como había venido, dejando a Eli sola con un silencio que le partía la cabeza y que rugía más fuerte que cualquier tormenta.

Eli cogió el tomahawk de Halcón Silencioso, que estaba apoyado en su mesa de trabajo, con el mango liso por el uso y la hoja con destellos de luz, como si fuera un destello de perspicacia. La sentía pesada en la mano, no sólo por su peso físico, sino también por su significado y su historia, la suya propia y la de los demás.

Salió a la calle y miró hacia la casa de María, donde le esperaba la cena más tarde, una cena que de repente parecía algo más que una comida entre amigos.

El sol bajaba, extendiendo sombras sobre la tierra como dedos oscuros que buscan algo que está fuera de su alcance. Eli sabía que no podía seguir buscando la paz. Tenía que dar un paso adelante y tomarla con ambas manos.

Se dirigió a casa de María antes de lo previsto, impulsado por una urgencia que iba más allá de la cena o incluso de las palabras de Halcón Silencioso. Mientras caminaba, cada paso era como una pieza que encajaba en su sitio, un rompecabezas que formaba una imagen que aún no podía ver pero que ya no podía ignorar.

María abrió la puerta con un gesto de sorpresa al verle llegar tan pronto.

¿"Eli"? ¿Qué te pasa? Pareces..."

"Parezco un hombre que ha estado intentando huir de sí mismo". Eli la cortó suavemente pero con una gravedad que la mantuvo en silencio.

Se hizo a un lado para dejarle entrar, sus ojos buscaban en su rostro indicios de la tormenta que veía gestarse en su interior.

Dentro de su modesta casa, Eli hizo una pausa antes de volver a hablar.

"María. "Su voz apenas supera un susurro, pero es clara como el amanecer. "Necesito que entiendas algo sobre mí, sobre quién era".

La expresión de María se suaviza y asiente para que continúe.

"Era bueno manteniendo la paz porque era bueno acabando con vidas". Las palabras le supieron amargas en la lengua. "Y tengo miedo, no, me aterroriza que si vuelvo a coger una pistola... "

"No podrás dejarlo", le dijo María, con voz firme pero preocupada.

"Así es". La mirada de Eli se apartó de la de ella como si confesar lo de las tablas del suelo pudiera disminuir su carga.

María se acercó hasta situarse frente a él, un pilar cuando estaba seguro de que se desmoronaría.

"Eli Stone", le dijo con firmeza pero con amabilidad, como si quisiera infundirle fuerza sólo con sus palabras. "No estás solo en este miedo".

Su mano se extendió para tocar el brazo de él, un gesto tan sencillo pero cargado de confianza y solidaridad.

"Aquí se te ha dado otra oportunidad, no sólo por mí o por Shadow Gulch, sino por la vida misma". Le sostuvo la mirada, inquebrantable. "Y tal vez... tal vez este sea tu camino hacia adelante, no hacia atrás".

La habitación volvió a quedar en silencio, salvo por el crujido de la madera bajo su peso cambiante y el aullido lejano del viento susurrando a través de los huecos de los marcos de las ventanas, una sinfonía que sonaba sólo para ellos en ese momento entre el pasado y el futuro.

Eli levantó la cabeza y finalmente la miró con una determinación templada por todo lo que había visto y hecho; la determinación de un hombre que sabía que, por mucho que intentaras enterrar tu historia bajo capas de polvo y sudor, siempre volvía a tus manos cuando menos te lo esperabas.

El viento se levantó como si percibiera el cambio en su aliento, un cambio que llegaba tanto si estabas preparado como si no.

Capítulo Doce

EL VIENTO LEVANTABA polvaredas cuando Eli Stone clavó los ojos en la insignia deslustrada del pecho del sheriff Bennett. Estaban fuera de la herrería, con el resplandor de una fragua proyectando largas sombras sobre el suelo.

"Eli, no voy a andarme con rodeos", dijo Bennett, rascándose el bigote. "Te necesitamos en esta lucha".

Eli se apoyó en el marco de la puerta. Los brazos cruzados sobre el pecho. "Tom, no estoy buscando llevar una estrella de nuevo."

"No te estoy pidiendo que te pongas una placa, Eli", dijo Bennett con un suspiro. "Pero tú sabes de tácticas. Puedes ayudarnos a planificar, a preparar a esta gente para lo que pueda venir".

Eli echó un vistazo a la calle donde se reunía la gente del pueblo, cuyas voces transmitían una corriente de ansiedad que zumbaba en el aire. Volvió a mirar a Bennett. "¿Y qué pasa después? ¿Hacemos retroceder a esta amenaza y luego qué? ¿Vuelvo a mi yunque y martillo como si nada hubiera pasado?".

"Eso es exactamente lo que harás", los ojos de Bennett contenían una súplica desesperada.

Eli sintió que el peso de la responsabilidad se asentaba sobre sus hombros como un yugo que creía haber dejado atrás. Vio cómo una madre introducía a su hijo en casa, con una mano protectora que guiaba la cabeza del pequeño hacia abajo. La imagen le atrajo.

"De acuerdo", dijo Eli, apartándose del marco de la puerta. "Te ayudaré a organizar. Pero una vez hecho, vuelvo a mi vida".

Bennett le dio una palmada en el hombro y el alivio inundó su rostro. "Tienes mi palabra, Eli".

Caminaron juntos hacia el ayuntamiento, con pasos sincronizados. A medida que se acercaban, una multitud se volvía hacia ellos, con ojos ávidos de orientación.

"¡Escuchad!" La voz de Bennett retumbó en la asamblea mientras Eli observaba a la multitud, fijándose en los rostros familiares marcados con preocupación y determinación.

"Tenemos una situación que requiere que seamos inteligentes y organizados", continuó Bennett. "Eli aquí nos va a ayudar a preparar nuestras defensas".

Los murmullos recorrieron la ciudad mientras asimilaban la noticia.

Eli se adelantó. "Empezaremos fortificando las entradas a la ciudad: barricadas en ambos extremos de Main Street". Su voz era firme, pero en su interior se sentía cualquier cosa menos tranquilo.

"Podemos usar los carros de mi caballeriza", dijo el dueño de un establo llamado Jenkins.

"Y necesitaremos vigías en esos acantilados", añadió Eli, señalando hacia la silueta dentada de rocas que dominaban Shadow Gulch.

Halcón Silencioso surgió de entre la multitud, asintiendo con la cabeza. Su presencia atrajo una mezcla de asentimientos y ojos entrecerrados.

"¿Y las armas?" preguntó un granjero llamado Dawes con la preocupación grabada en su curtido rostro.

"Tenemos suficientes rifles y munición en la oficina para armar a quienes estén dispuestos a vigilar", dijo Bennett.

"Y puedo instalar puestos de recarga en mi tienda", añadió Eli sin pensar, dándose cuenta demasiado tarde de que acababa de ofrecer algo más que un consejo estratégico.

La multitud empezó a dispersarse en grupos más pequeños, cada uno discutiendo su papel en la fortificación de Barranco Sombrío contra la inminente amenaza. Eli los observó marcharse, sintiendo los primeros impulsos de algo que creía haber enterrado profundamente: el orgullo de proteger a los demás.

A medida que se acercaba la noche y los planes se consolidaban, Eli se encontró de nuevo en su forja, solo entre las brasas rojas y el rítmico tintineo de metal contra metal. El tomahawk que Halcón Silencioso le había regalado yacía sobre su mesa de trabajo, testigo mudo de su lucha.

El Sheriff Bennett entró justo cuando Eli estaba apagando las llamas para la noche.

"Hoy lo has hecho bien", dijo Bennett en voz baja.

Eli se limpió las manos en un trapo y miró a su amigo. "Esperemos que sea suficiente".

"Lo será porque tiene que serlo". Bennett se apoyó en un banco de trabajo. "Y cuando todo esto acabe... seguirás siendo Eli Stone, herrero y buen hombre en general".

Eli soltó una risita, pero no respondió. Su mirada se detuvo de nuevo en el tomahawk -la promesa de unidad que representaba- y se preguntó si había algo de verdad en lo que decía Bennett o si sólo intentaba convencerse de que uno podía volver a calzarse los zapatos viejos sin recorrer el mismo camino endurecido.

Cuando se separaron para pasar la noche con un gesto de comprensión, Eli permaneció de pie frente a su fragua mucho después de que los pasos del sheriff Bennett se desvanecieran. Las estrellas parpadeaban indiferentes a su agitación, recordándole que la vida continuaría independientemente de cómo terminara este capítulo para Barranco Sombrío o para él.

Ayudaría a defender esta ciudad porque era justo y necesario, pero si podría volver a su vida normal después seguía siendo una respuesta oculta entre esas luces distantes en el cielo.

Eli Stone sintió el cambio antes de verlo, como una sombra que pasa por encima del sol. Se reflejaba en las tensas líneas que rodeaban las bocas de los mineros cuando pedían el desayuno y en las espaldas rígidas de los granjeros cuando hablaban de fortificar sus granjas. Incluso el aire del Maria's Saloon, antaño cargado de risas y humo de tabaco, era ahora tenso, teñido de susurros de la amenaza que se avecinaba.

Se acomodó en su sitio habitual en la barra, con una taza de café calentándole las manos. María se movía detrás del mostrador con soltura, pero su sonrisa no le llegaba a los ojos.

"¿Has oído hablar de la granja McAllister, en Pine Creek?", preguntó uno de los clientes habituales desde una mesa cercana.

Eli levantó las orejas. No se volvió para mirar, pero escuchó igualmente.

"Dicen que esa banda les dio un buen golpe. Quemaron casi todo el granero y se llevaron la mitad del ganado", dijo otro.

Un minero negó con la cabeza. "Eso es sólo un día de viaje desde aquí."

La sala se sumió en un silencio incómodo, cada uno sumido en sus sombríos pensamientos.

María se inclinó más cerca de Eli, su voz baja. "¿Crees que estamos preparados para algo así?"

Eli dio un sorbo lento a su café, sintiendo cómo su calor se filtraba en su interior. "Llegaremos", dijo, esperando que su calma fuera contagiosa.

Pero el silencio duró poco cuando otra voz se hizo oír desde el otro lado de la habitación. "¿Y si no? ¿Vas a dar un paso adelante entonces, Stone?"

FUERA, las calles resonaban con un sentimiento similar. El tintineo del martillo de Eli se mezclaba con el traqueteo de los carromatos que se reforzaban y los niños que eran conducidos al interior. Shadow Gulch se estaba transformando ante sus ojos. Se cerraban las contraventanas que normalmente permanecían abiertas para atrapar la brisa, y los hombres caminaban con decisión, con los rifles ya no sólo de adorno colgados al hombro.

Más tarde, ese mismo día, se dirigió a la clínica del doctor Timmons, un lugar normalmente reservado para la tos y los huesos rotos que ahora servía de improvisada sala de guerra. El doctor estaba ocupado empaquetando material médico en cajas etiquetadas para facilitar su identificación.

"Doc", dijo Eli al entrar.

El doctor Timmons levantó la vista de su tarea, con los ojos serios bajo unas cejas pobladas. "Eli, ¿vienes a ofrecer tus servicios?"

Eli se movió sobre sus pies. "Pensé que podrías necesitar una mano extra."

"Eso hago." El doctor señaló una pila de tablillas que había que ordenar.

Mientras trabajaban codo con codo en un cómodo silencio, Doc volvió a hablar. "El miedo tiene una curiosa forma de propagarse más rápido que cualquier enfermedad que haya tratado".

Eli dejó de ordenar un momento y le miró. "Pero no es sólo miedo, ¿verdad? Es saber lo que puede venir".

Doc se encontró con su mirada. "Y sabiendo que tenemos que afrontarlo juntos".

La verdad de las palabras de Doc pesaba sobre Eli mientras salía de la clínica. Shadow Gulch no sólo se estaba preparando para un ataque. Se preparaba para sobrevivir, un asedio que ponía a prueba no sólo sus defensas, sino también su unidad y su espíritu.

Pasó junto a familias que llenaban sacos de arena y mujeres que abastecían sus despensas como si el invierno se hubiera adelantado. Cada rostro contaba una historia no sólo de preocupación, sino también de determinación. Entonces Eli se dio cuenta de que ya no se trataba de si iba a luchar o no. Se trataba de cómo podía servir mejor a esta gente sin perderse a sí mismo en el proceso.

La noche cayó sobre Shadow Gulch como una pesada cortina, trayendo consigo una quietud que contradecía la tensión que se cocía a fuego lento bajo la superficie. El pueblo parecía contener la respiración mientras las lámparas de aceite parpadeaban detrás de las ventanas fortificadas y las puertas se cerraban a cal y canto.

En el Maria's Saloon, la conversación zumbaba como una mosca atrapada contra el cristal: urgente y persistente. Eli estaba en un rincón bebiendo un whisky que no probaba, absorbiendo todas las teorías y planes que se lanzaban sobre las mesas llenas de mapas y jarras vacías.

Una voz se elevó por encima de las demás, la del sheriff Bennett, que intentaba poner orden en la caótica planificación que se desarrollaba ante él. Sus ojos captaron los de Eli al otro lado de la habitación, una súplica silenciosa de apoyo que quedó sin respuesta.

María se movía por su establecimiento como si formara parte de sus cimientos, firme e inquebrantable, y su sola presencia ofrecía consuelo donde las palabras no llegaban. Se detuvo junto a Eli y su mano rozó brevemente su brazo.

"Estás haciendo eso otra vez", dijo en voz baja.

"¿Qué cosa?"

"Pensar que puedes llevar todo esto sobre tus hombros solo".

Miró la mano de ella sobre su brazo antes de que ella la retirara, un toque ligero como una pluma pero cargado de significado.

"No estoy solo", respondió al cabo de un momento, echando un vistazo a todos los rostros marcados por la preocupación, pero no por la derrota.

María le sonrió con tristeza antes de pasar a atender a sus clientes, cada uno luchando contra el miedo a su manera, pero unidos como hilos de un tapiz demasiado obstinado para desenredarse al primer tirón.

Eli abandonó el Saloon de Maria con sus palabras resonando en su mente: la responsabilidad pesaba sobre él como grilletes de los que no podía desprenderse por mucho que intentara volver a su solitaria existencia en la forja o bajo cielos tachonados de estrellas que buscaban consuelo en su silenciosa vigilia sobre el intranquilo sueño de Shadow Gulch.

LAS BOTAS de Eli resonaban en el suelo de madera de la iglesia del reverendo Mercer, como un trasfondo del murmullo de voces que llenaba el modesto santuario. Recorrió los rostros mientras caminaba por el pasillo, cada uno con una mezcla de preocupación y determinación. El sheriff Bennett le seguía, un centinela silencioso en una ciudad al borde del caos.

Se colocaron delante, cerca del sencillo altar que había visto a muchos pecadores y santos aceptar su suerte. Las vidrieras proyectaban un mosaico de colores sobre ellos, tal vez una oración silenciosa por lo que estaba por venir.

El sheriff Bennett se aclaró la garganta, imponiendo silencio con más eficacia que cualquier grito. "Amigos", empezó, su voz firme como la roca, "estamos aquí porque los problemas llaman a nuestra puerta, y no somos de los que fingen no estar en casa".

Los asentimientos ondulaban entre la multitud como el viento entre la hierba de la pradera. Eli dio un paso adelante, sintiendo que todas las miradas se posaban en él. Apoyó las manos en el altar, agarrando el borde como si quisiera estabilizarse contra la marea de su propia renuencia.

"Necesitamos un plan", empezó Eli, su voz áspera como la grava en el lecho de un arroyo. "Uno que nos mantenga a salvo sin llevarnos por un camino que derrame más sangre de la necesaria".

Una mano se levantó de un banco del centro: una mujer de mediana edad con el rostro marcado por las penurias. "¿Y cómo supones que lo haremos?", preguntó, con la voz entrecortada por el miedo y el desafío. "Esos forajidos no son conocidos por sus maneras amables".

Eli la miró a los ojos. "Fortificamos. Dejemos claro que Shadow Gulch no merece la pena". Hizo una pausa, midiendo sus reacciones antes de continuar. "No podemos ser mejores que ellos, pero podemos ser más astutos".

La sala bullía de conversaciones susurradas cuando las palabras de Eli calaron hondo. Fue Doc Timmons el siguiente en levantarse, apoyándose pesadamente en su bastón. "He visto lo que este tipo de hombres puede hacer", dijo con gravedad. "Tenemos que proteger a los nuestros, no hay duda".

Eli sintió la mirada del sheriff Bennett sobre él, un estímulo tácito cuando volvió a dirigirse a la sala. "Creo que debemos establecer guardias, hombres y mujeres que sepan manejarse". Sus ojos miraron a Halcón Silencioso en la última fila. "Y seríamos tontos si no aprovecháramos los

conocimientos de Halcón Silencioso sobre esta tierra".

Halcón Silencioso asintió, y parte de la tensión se alivió de los hombros de Eli.

Un joven del fondo se levantó bruscamente y su silla golpeó el suelo. "¿Esperas que confiemos en él?", espetó, señalando a Halcón Silencioso con un gesto de desprecio.

Antes de que Eli pudiera responder, el sheriff Bennett estaba a su lado, dando un paso adelante como un oso despertado de su hibernación. "Ahora escuchadme", atronó, con los ojos encendidos de una autoridad que silenciaba cualquier refutación. "No nos dividirá la ignorancia ni el odio".

El joven se hundió ante la mirada de Bennett, pero aún parecía poco convencido.

Eli se inclinó ligeramente hacia delante. "El miedo tiene una forma de retorcer nuestros pensamientos", dijo en voz baja pero con firmeza. "Pero he visto lo suficiente en mis días para saber que es la confianza la que nos hace más fuertes". Sus ojos recorrieron la congregación una vez más. "O estamos juntos o no estamos".

Los susurros se convirtieron en murmullos de acuerdo, las cabezas asintieron y las miradas se cruzaron de forma que lo decían todo.

A su lado había un hombre mayor, un ranchero cuyas manos curtidas hablaban de años trabajando la tierra. "¿Y nuestro ganado y nuestros campos? No podemos dejarlos para que los saqueen".

"Es justo", dijo Eli. Señaló a dos hombres más jóvenes que estaban cerca. "Jed, Tom, ¿creéis que podéis guiar a alguna gente a llevar el ganado a valles escondidos? ¿A algún lugar donde no los encuentren fácilmente?"

Los hombres asintieron con una rápida determinación iluminando sus rostros.

"¿Y cosechas?", gritó otra persona.

"Cosechamos lo que podemos ahora", dijo Eli. "Lo almacenamos aquí, en casa del reverendo Mercer, si es necesario". Su mirada se posó en María, que estaba sentada cerca de una de las ventanas. Sus ojos contenían orgullo y algo más profundo que él no podía nombrar.

A medida que las ideas se formaban y las estrategias tomaban forma, Eli sintió que una vieja parte de sí mismo se despertaba: un líder que antes se había ganado el respeto a través del miedo, ahora lo buscaba a través de la unidad.

Rose Bailey se puso en pie. Su voz, por lo general suave, tenía peso en su claridad. "¿Qué pasa con los que son demasiado jóvenes o frágiles para luchar o trabajar?"

"Prepararemos habitaciones seguras", respondió esta vez el sheriff Bennett, "las abasteceremos de suministros y nos aseguraremos de que siempre haya alguien cuidándolas".

La reunión continuó mientras el crepúsculo empezaba a colarse por las vidrieras -sombras de oscuridad que se mezclaban con la luz-, los planes se concretaron y se repartieron las tareas.

Ahora Eli escuchaba más que hablaba. Su sola presencia parecía suficiente para animar a los demás a encontrar su voz y comprometerse con su papel en la defensa de Shadow Gulch.

Cuando surgían desacuerdos, como era inevitable, mediaba con una calma que le sorprendía incluso a él mismo. Los años que había pasado resolviendo disputas a punta de pistola habían dado paso a la búsqueda de soluciones pacíficas siempre que era posible.

A medida que la noche descendía sobre Shadow Gulch fuera de la Iglesia del Reverendo Mercer, quedaba mucho por hacer, pero por primera vez desde que la advertencia de Silent Hawk había perturbado sus vidas, había un sentido de dirección y un propósito compartido que recorría a los reunidos entre sus paredes.

Eli los vio marcharse en grupos, hablando en voz baja entre ellos u ofreciendo oraciones silenciosas antes de partir. Cada uno se llevaba parte de un plan que se había forjado bajo un

mismo techo.

Sus manos ya no se aferraban al altar para apoyarse; ahora descansaban ligeramente sobre él, como si por fin estuviera dispuesto a soltar algo que pesaba mucho en su interior. Tal vez fuera la duda o el miedo, o tal vez simplemente el propio tiempo avanzaba sin él, a menos que decidiera avanzar con él.

Eli Stone se encontraba en una encrucijada imprevista, no sólo decidiendo si lideraría o no a esta gente, sino dándose cuenta de que ya los estaba liderando por el mero hecho de estar entre ellos. No sabía si aceptaría esta verdad abiertamente mientras la noche se cernía sobre Shadow Gulch como una promesa a punto de cumplirse.

Capítulo Trece

ELI OBSERVÓ a los habitantes de Barranco Sombrío reunidos en el claro que había más allá de la iglesia, un grupo variopinto que empuñaba rifles y revólveres desgastados por el trabajo. Algunos rostros estaban marcados por la impaciencia, otros por las arrugas del miedo, pero una determinación colectiva los unía. Habían decidido plantar cara a la oscuridad que se acercaba sigilosamente a sus puertas.

El sol subía, proyectando largas sombras que se extendían como dedos por el suelo polvoriento. Eli sintió el peso de la responsabilidad sobre sus hombros cuando se adelantó para dirigirse a la improvisada milicia. En ese momento, ya no era sólo el herrero. Era su comandante, un papel que había abandonado pero que ahora se le imponía.

"Muy bien, reuníos", gritó Eli, con voz firme y autoritaria. La multitud guardó silencio y todos los ojos se clavaron en él. "No somos soldados", continuó, "pero podemos luchar con inteligencia. Usaremos lo que sabemos de esta tierra en nuestro beneficio".

Eli se pasea ante ellos, con la mirada fija en cada voluntario. "Lo primero es lo primero: seguridad y disciplina. Mantened las armas apuntando hacia abajo en todo momento, a menos que estéis apuntando para disparar". Su tono no dejaba lugar al debate. Era una orden de alguien que había vivido según ese credo.

"Haremos ejercicios de tiro. Practicaréis hasta que sea algo natural". Eli señaló las dianas que había colocado antes: figuras parecidas a espantapájaros rellenos de paja. "Quiero que os sintáis cómodos con vuestros rifles. Tenéis que saber hasta dónde podéis disparar y dar en el blanco".

Observó cómo algunos voluntarios asentían solemnemente con la cabeza mientras otros agarraban con más fuerza sus armas, con los nudillos blanqueados.

"Y no se trata sólo de disparar". Eli se acercó a un tronco y cogió un trozo de cuerda. "Aprenderás a asegurar un perímetro, a hacer nudos adecuados... cualquier cosa que pueda darnos ventaja".

El día transcurrió bajo un sol implacable mientras Eli instruía a los voluntarios. Corrigió posturas, hizo demostraciones de recarga bajo presión y orquestó simulacros de escaramuzas que aprovechaban el terreno a su favor.

A medida que la tarde se convertía en noche, el cansancio se apoderaba de las filas, pero también una nueva confianza. Habían empezado a moverse como una unidad, una milicia forjada por el miedo y la necesidad.

Eli hizo una pausa para secarse el sudor de la frente con el dorso de la mano. Observó a un joven llamado Caleb que se esforzaba por cargar rápidamente su rifle bajo presión.

"Lento es suave. Suave es rápido", dijo Eli en voz baja mientras se acercaba a Caleb.

Caleb lo miró con frustración en los ojos, pero asintió.

Eli cogió el rifle de Caleb y le demostró de nuevo cómo cargarlo con eficacia.

"Cada movimiento deliberado".

Caleb volvió a intentarlo, esta vez con movimientos más medidos, y consiguió recortar unos segundos preciosos a sus intentos anteriores.

"Bien", dijo Eli antes de pasar a ayudar a otra voluntaria con problemas de puntería.

A medida que se acercaba el atardecer, Eli pidió un descanso. Los voluntarios se desplomaron donde estaban o buscaron refugio bajo la poca sombra que pudieron encontrar.

Eli se dirigió hacia donde estaba María, junto a un carro cargado de barriles de agua y víveres que había traído de su taberna para los voluntarios.

"Estás haciendo milagros con ellos", dijo María mientras le entregaba una cantimplora con agua.

Eli dio un largo trago antes de responder: "Ellos hacen todo el trabajo duro".

María sonrió pero sus ojos delataban su preocupación. "¿Crees que estaremos preparados cuando lleguen?".

Eli le devolvió la cantimplora y la miró fijamente. "Estaremos tan preparados como podamos". Sus palabras no eran sólo para María, sino también para sí mismo: un recordatorio de que no podían hacer mucho contra un enemigo desconocido.

EL DESCANSO de los voluntarios terminó demasiado pronto y Eli los llamó de nuevo a la formación. Notó su cansancio, pero también percibió que su determinación no había decaído: estaban dispuestos a más.

"Hablemos de estrategia", dijo Eli una vez que todos volvieron a estar atentos. Desenrolló un mapa aproximado de Shadow Gulch y sus alrededores sobre una mesa que habían sacado de la iglesia.

"Conocemos estas tierras mejor que cualquier banda de forajidos", dijo Eli mientras señalaba lugares clave: puntos de acceso en las carreteras que llevan a la ciudad, caminos ocultos a través de los bosques cercanos, miradores en los tejados. "Utilizamos este conocimiento en nuestro beneficio".

Los voluntarios se agolparon alrededor, entrecerrando los ojos en el mapa a la luz mortecina mientras Eli exponía posibles planes de defensa. Su aportación era valiosa. Al fin y al cabo, conocían cada rincón de su casa mejor que nadie.

La noche descendió sobre ellos como un telón de terciopelo que se cierra sobre un acto de una obra de teatro, el ensayo del día completo, pero sin dejar ninguna duda de que la actuación de mañana tendría consecuencias mucho mayores de lo que cualquier escenario podría contener.

Bajo la luna creciente, que ahora domina un cielo añil, Eli contempló a sus tropas -una mezcla de rostros decididos suavizados por la luz del fuego- y sintió que una vieja llama volvía a encenderse en su interior: un propósito sin sed de sangre, un espíritu de líder templado por la humildad.

"Nos mantenemos unidos", les dijo con firmeza mientras se dispersaban para descansar antes de que el alba los llamara de nuevo para prepararse para lo que les esperaba. "Protegemos nuestro hogar".

Y allí, en esa hora crepuscular, estaba Eli Stone, un hombre que una vez impartió justicia a través del acero y ahora ofrece esperanza a través de la unidad, un herrero cuya forja brillaba no sólo con el hierro, sino con el coraje reforzado de nuevo para la defensa de Shadow Gulch.

EL SOL de la mañana se derramaba sobre el horizonte, proyectando un resplandor dorado que se filtraba por los rincones de Barranco Sombrío. Eli observó a la gente del pueblo reunida en grupos silenciosos, con voces bajas y cargadas de preocupación. Durante la noche se había producido un cambio, un acuerdo silencioso de que había que hacer algo ante la amenaza que se avecinaba. El ritmo del martillo de Eli había sido sustituido por el tintineo rítmico del metal mientras los voluntarios afilaban herramientas y armas, una melodía sombría para acompañar el amanecer de un día grave.

Mientras se apoyaba en el marco de la puerta de su herrería, la mirada de Eli se posó en Halcón Silencioso, que se adentraba en el centro de la ciudad con una seguridad que cortaba el pánico creciente. El aire se llenó de tensión cuando la presencia del guerrero llamó la atención.

"Venimos con una oferta", dijo Halcón Silencioso, su voz firme como la roca. "Mi gente se unirá a Shadow Gulch contra aquellos que amenacen vuestra paz".

Un murmullo recorrió la multitud, una mezcla de escepticismo y franca hostilidad mezclada con susurros de esperanza. Eli podía verlo en sus ojos: el miedo a lo desconocido, que luchaba contra el miedo a lo que se sabía que estaba por llegar.

El sheriff Bennett dio un paso adelante. Arrugó la frente. "Es una oferta generosa, Halcón Silencioso", dijo, "pero no estoy seguro de cómo le sentará a todo el mundo aquí".

Los ojos oscuros de Halcón Silencioso recorrieron a los habitantes del pueblo antes de posarse en Eli. Para Eli estaba claro que Halcón Silencioso esperaba que él interviniera. Sintió la pesadez de su mirada sobre él mientras se apartaba del marco de la puerta y caminaba hacia ellos.

"No podemos permitirnos el lujo de dudar". La voz de Eli cortó la charla como un cuchillo a través de arpillera. "Estos hombres son una amenaza para todos nosotros, colonos y nativos por igual".

Las palabras le resultaban extrañas. Abogar por la unidad no era algo que se hubiera imaginado haciendo cuando se instaló por primera vez en Shadow Gulch buscando consuelo de su vida pasada. Sin embargo, aquí estaba, sintiendo cada sílaba como un peldaño que lo alejaba de su antiguo yo y lo acercaba a algo necesario pero desconocido.

"La gente de Halcón Silencioso conoce esta tierra mejor que nadie", continuó Eli, clavando los ojos en aquellos que llevaban su desconfianza abiertamente en la manga. "Saben rastrear, cazar y luchar. Los necesitamos".

Su declaración quedó suspendida en el aire, dejando una huella en el silencio que siguió. Fue María quien lo rompió primero.

"Eli tiene razón", dijo con firmeza, su voz llegó hasta los reunidos alrededor de su taberna. "Si ahora estamos divididos, no lo estaremos cuando lleguen esos forajidos".

La multitud empezó a asentir con la cabeza. Incluso los que antes se habían opuesto parecieron considerar esta nueva perspectiva.

El doctor Timmons se aclaró la garganta y añadió su apoyo. "La cooperación es nuestra mejor medicina", dijo en el tono que utiliza para hacer diagnósticos.

Cuando los demás empezaron a murmurar su acuerdo, una nueva sensación de propósito se apoderó del pecho de Eli. Vio cómo Halcón Silencioso asentía en respuesta a cada nueva voz que se unía en su apoyo.

El sheriff Bennett suspiró. Resignación grabada en su rostro. "De acuerdo entonces, aceptaremos tu ayuda, Halcón Silencioso".

Eli sintió una curiosa ligereza en ese momento: se quitó un peso de encima al ver aliados potenciales donde otros veían amenazas potenciales. Se acercó a Halcón Silencioso y le tendió la

mano.

Halcón Silencioso le estrechó el antebrazo a su vez, un apretón de manos de guerrero que selló su pacto.

Cuando los preparativos comenzaron con renovado vigor, Eli se encontró en el centro de todo: organizando grupos de entrenamiento bajo la dirección de Halcón Silencioso, trazando posiciones defensivas utilizando tanto los conocimientos de los colonos como la comprensión del terreno por parte de los nativos.

A pesar de todo, Eli avanzaba con paso decidido: cada paso que se alejaba del yunque era como caminar hacia la redención. Cada orden que recibía lo alejaba del aislamiento y lo acercaba a la responsabilidad comunitaria.

Pero no todos aceptaron esta alianza tan fácilmente. Al anochecer, cuando las sombras se alargaron y un frío descendió sobre Shadow Gulch, las dudas afloraron como piedras en el lecho de un arroyo tras una intensa lluvia.

Un grupo de mineros se apiñaba cerca de la forja de Eli tras otro largo día de entrenamiento y preparación. Sus rostros estaban manchados de hollín y sudor. El cansancio se reflejaba en sus fruncidas cejas.

"No me fío de ellos", murmuró uno en voz baja mientras miraba hacia donde Halcón Silencioso instruía a los jóvenes voluntarios sobre cómo moverse en silencio entre la maleza y las sombras.

Eli escuchó y no les reprochó su desconfianza -estaba arraigada en la vida fronteriza como una marca grabada en el cuero-, pero sabía que ahora no había lugar para esa división.

"Aquí la confianza no se da a la ligera", se dirigió Eli directamente a ellos cuando se volvieron hacia él, con los rostros desencajados iluminados por la luz del fuego y la voz afilada por la urgencia. "Pero hemos visto lo que estos hombres pueden hacer. No son nuestro enemigo".

Sus palabras se asentaron sobre ellos como el polvo tras una estampida. Algunos se removieron incómodos, otros asintieron con la cabeza.

Las estrellas se asomaron una a una por encima de ellos mientras la noche volvía a reclamar Shadow Gulch. En ese momento, antes de que el sueño se apoderara de él -antes de que los sueños pudieran atormentarlo con fantasmas de otra vida-, Eli Stone contempló esa improbable alianza forjada por la necesidad.

Fue aquí, bajo esta extensión de cielos, donde Eli encontró la claridad: la sensación de que, a pesar de todo lo que le instaba a retroceder hacia las sombras, sólo podía avanzar junto a estas personas: sus vecinos, aliados... quizá incluso amigos.

EL SOL se ocultaba en el horizonte, bañando Shadow Gulch en un crepúsculo que parecía contener la respiración. El día de Eli había sido largo y había tenido que instruir a un grupo de voluntarios que apenas conocían el funcionamiento de un rifle. Le dolían los músculos por el esfuerzo, no sólo por el desgaste físico, sino por haber sacado a relucir habilidades que había enterrado en lo más profundo.

María le observaba desde la puerta de su taberna, su silueta enmarcada por la cálida luz que se derramaba sobre la calle. Cuando él se acercó, ella dio un paso adelante para encontrarse con él a medio camino.

"Llevas ahí fuera desde el amanecer", dijo María, con voz suave de preocupación. "Los hombres te están buscando ahora. Creen en ti".

Eli apartó la mirada un momento, hacia donde se acumulaban las sombras como susurros de

duda. "Necesitan alguien en quien creer", respondió, con la voz apenas por encima del susurro del viento.

"¿Pero qué hay de ti, Eli? ¿En qué crees?" La pregunta de María se interponía entre ellos, cargando un peso que le oprimía el pecho.

Se volvió hacia ella, con los ojos reflejando la última luz del día. "Creo en la seguridad de la gente. Creo en esta ciudad".

"Prométeme algo". Su voz temblaba como hojas de álamo en la brisa.

"Cualquier cosa."

"Prométeme que pase lo que pase... no volverás a perderte". Sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas.

Eli alargó la mano y le colocó suavemente un mechón de pelo detrás de la oreja. La sencillez del gesto se sintió como un ancla en un mar agitado. "María, he estado perdido el tiempo suficiente para saber que no quiero volver allí".

Ella asintió lentamente, como si intentara convencerse a sí misma tanto como a él.

"Sabes", continuó Eli, cambiando de marcha como si estuviera tanteando un terreno incierto, "el deber no es sólo lo que debes a los demás, también es lo que te debes a ti mismo".

"¿Deber?" preguntó María.

Eli miró hacia las calles oscuras donde su futuro era incierto. "El deber es como esta ciudad: necesita cuidados o se desmorona".

María se apoyó en él. Su proximidad era un calor que se extendía por él como la luz del sol a través de las nubes de tormenta. "¿Y la protección? ¿Quién te protege?"

La miró y sonrió con pesar. "Supongo que tengo que pensar en eso".

Sonríe con tristeza, pero también con orgullo, con un rostro marcado por la preocupación y el respeto. "Proteges esta ciudad. Me proteges... Ojalá hubiera alguien que te protegiera de tus fantasmas".

"Tengo algo mejor que la protección", dijo Eli. Su mano encontró la de ella. Sus dedos se entrelazaron.

"¿Qué es eso?" preguntó María, con un destello de esperanza en los ojos.

"Tengo razones", respondió Eli en voz baja pero firme. "Razones para luchar y razones para volver".

El aire entre ellos crepitaba con algo no dicho.

"¿Y después?" María presionó suavemente.

"Después", dijo Eli, sintiéndose como si estuviera haciendo una promesa ante testigos invisibles, "reconstruiremos. Reconstruiremos juntos lo que venga".

María apoyó entonces la cabeza en su hombro, una aceptación silenciosa mezclada con confianza y un vínculo inquebrantable forjado a través de pruebas compartidas.

Permanecieron juntos mientras el crepúsculo se rendía al anochecer: su momento de tranquilidad era una rara calma antes de que las tormentas internas y externas volvieran a arreciar.

Capítulo Catorce

EL ALBA asomó en el horizonte y, con ella, los ojos de Eli se abrieron bruscamente; su sueño volvía a ser delgado y agitado. La quietud de Shadow Gulch antes del amanecer lo rodeaba con pesadez, en marcado contraste con la agitación que se agitaba en su interior. Cada mañana era como volver a un campo de batalla que creía haber abandonado para siempre.

Se levantó, con movimientos deliberados, y se dirigió a la mesita que había junto a la ventana, donde había una placa de sheriff deslustrada junto a un viejo libro de poesía. La insignia era una reliquia de su vida anterior, una vida que había enterrado profundamente, pero los flashbacks arañaban los bordes de su conciencia, amenazando con desenterrarlo todo. El libro - una muestra de su búsqueda de la paz- susurraba versos que a menudo calmaban su inquietud.

Eli cogió primero la placa, con el metal frío e implacable contra su piel. Durante un largo rato, miró fijamente al centro, donde su propio reflejo le devolvía la mirada, distorsionado por los arañazos y las abolladuras. Hace una vida, se lo habría clavado en el pecho sin pensárselo dos veces. Ahora lo sentía como un ancla que lo arrastraba a profundidades que había jurado no volver a visitar.

Con una respiración profunda que no sirvió de mucho para aliviar el peso que sentía en el pecho, Eli volvió a dejar la placa sobre la mesa y se volvió hacia el libro. Hojeó las páginas desgastadas por innumerables lecturas. Leyó en silencio, dejando que cada palabra templara la dureza que se había instalado en él durante la noche.

El sol subía más alto, derramando luz por la habitación y ahuyentando las sombras que se habían refugiado en los rincones. Era hora de que Eli pusiera en práctica un ritual que había ideado desde la advertencia de Halcón Silencioso: un acto simbólico destinado a reafirmar quién era ahora, no quién había sido.

Fuera, detrás de su herrería, donde el olor a hierro y carbón permanecía en el aire, Eli se arrodilló en la tierra con una pala en la mano. Empezó a cavar metódicamente, cavando un pequeño agujero bajo un viejo roble cuyas ramas susurraban historias de resistencia contra muchas tormentas.

En este espacio hueco, Eli colocó la placa de sheriff, un símbolo de la ley y el orden, pero también de la violencia y el dolor que ya no podía soportar. Con cada palada de tierra que volvía sobre ella, enterraba un trozo de su pasado, un pasado que le perseguía como fantasmas por las llanuras.

El suelo se removió con firmeza. Eli se apartó y examinó su trabajo. El suelo no mostraba señales de lo que había debajo, un secreto guardado entre él y el roble centinela. Este ritual diario le servía de base. Era un recordatorio físico de que, aunque no podía cambiar lo que se había hecho, cada día le ofrecía la oportunidad de moldear lo que sería.

A MEDIDA que avanzaba la mañana y Barranco Sombrío cobraba vida a su alrededor, Eli regresaba a su forja con una sensación de propósito renovado, aunque cargada de implicaciones. El calor de las llamas lo envolvía como un viejo manto familiar mientras trabajaba el metal para darle forma.

El tintineo del martillo sobre el yunque acentuaba sus pensamientos: un ritmo enraizado, pero que recordaba a los disparos de las escaramuzas que ya habían terminado. Con cada golpe, no sólo forjaba herraduras o rejas de arado, sino que se preparaba para lo que le esperaba.

Eli hizo una pausa mientras el sudor goteaba de su frente. Este lugar era algo más que trabajo: era penitencia y meditación combinadas. Podía perderse en el resplandor anaranjado del metal fundido moldeado únicamente por su voluntad. Aquí, en este refugio de fuego y fuerza, Eli se reconciliaba consigo mismo a diario.

Le interrumpieron unos pasos que se acercaban a un ritmo distinto al de los habitantes del pueblo que buscaban reparaciones o herramientas. Era María. Su presencia llenaba la puerta como la luz del sol persiguiendo sombras por las paredes del cañón.

Dudó en el umbral antes de entrar: en sus ojos se veía la línea que separaba su conexión personal de su preocupación.

"Eli", empezó en voz baja, como si hablar más alto pudiera asustarlo y alejarlo de su alcance. "Te vi afuera esta mañana... con tu pala."

Eli miró hacia la puerta y luego de nuevo a María. Su intuición siempre le permitía ver a través de él.

"Sólo atendiendo algunos asuntos personales". Eli dejó el martillo junto a las brasas.

María asintió como si entendiera más de lo que decía. Cruzó los brazos sobre el pecho -un gesto más protector que cerrado- y lo observó durante varios latidos.

"A veces, lo que enterramos no se queda en la tierra. A veces no está destinado a ello".

Sus palabras permanecieron entre ellos como el humo de las llamas apagadas, perspicaces pero enigmáticas. Se acercó hasta que solo un brazo los separó.

"Eli", continuó con más determinación ahora evidente en su tono, "sea lo que sea contra lo que estés luchando por dentro, no tienes por qué hacerlo solo".

Eli la miró entonces. No la juzgaba, sólo la preocupación mezclada con algo más profundo que lo retuvo allí más tiempo del previsto.

"Lo sé", dijo. "Pero algunas luchas son sólo mías".

"Sólo recuerda", dijo antes de volverse hacia la luz del día que le hacía señas desde más allá de su silueta en la puerta, "no tienes que llevar tus cargas a la batalla, no todas".

Con esas palabras de despedida flotando en el aire caliente espeso de polvo de carbón y posibilidades no dichas, María se fue tan silenciosamente como llegó, dejando a Eli solo con los ecos de vidas pasadas resonando en las paredes de piedra.

Volvió a coger el martillo y sintió que la herramienta era diferente, como si no sólo pesara el hierro, sino también las decisiones tomadas y las que aún se vislumbran en horizontes ocultos.

APENAS HABÍA AMANECIDO cuando Eli Stone entró en Maria's Saloon, con el reconfortante aroma del café y el tocino frito envolviéndole como una manta familiar. Se acomodó en su sitio habitual en la mesa de la esquina, cuya superficie estaba desgastada por años de clientela. Su silla crujió bajo su peso mientras se recostaba, con una taza de café negro en la mano, observando la sala

con los ojos entornados.

La taberna bullía de energía nerviosa, más ruidosa y frenética que de costumbre. Granjeros y mineros se apiñaban sobre sus platos, sus voces eran una confusa sinfonía de preocupación y escepticismo. Algunos dudaban de la eficacia de la milicia recién formada, y sus palabras iban acompañadas de gestos cortantes y ceños fruncidos. Otros miraban de reojo la silla vacía de Halcón Silencioso, cuestionando la conveniencia de confiar en su tribu.

Eli dio un sorbo a su café lentamente, dejando que el amargo líquido lo moliera mientras escuchaba. Su mirada se desplazó sutilmente por los rostros de la sala. Vio a los hermanos Fletcher cerca de la barra, con sus risas demasiado fuertes y su comportamiento demasiado bullicioso para ser tan temprano. Eran un problema en un buen día. Con rifles en las manos, podían ser un desastre.

En una mesa cercana estaba sentada Martha Collins, viuda y costurera, retorciéndose las manos mientras hablaba con quien quisiera escucharla sobre su hijo, que se alistaría en la milicia. Su preocupación era un aura que parecía oscurecer las lámparas de aceite que había sobre ella.

Junto a la ventana estaba sentado el viejo Pete, veterano de conflictos pasados, con los ojos lechosos por la edad pero agudos por la estrategia. Esbozaba posiciones defensivas en una servilleta, aunque pocos le hacían caso.

Se oyó un fuerte estruendo en la cocina cuando María dejó caer una sartén, quizá asustada por una afirmación especialmente ruidosa de Jeb Hawkins de que Halcón Silencioso y su gente los estaban engañando a todos. Eli centró su atención en Jeb, reconociendo el trasfondo de prejuicios que podía volverse peligroso si no se controlaba.

"No se puede confiar en ellos", escupió Jeb entre bocados de huevos. "No señor, somos nosotros los que debemos cuidar de los nuestros."

Eli dejó la taza con un suave tintineo contra el platillo. La habitación quedó en silencio durante un instante, como si su silenciosa acción tuviera más peso del debido. Miró a Jeb por un instante antes de volver a examinar la habitación.

Hank Miller se levantó de su asiento y su silla chocó estrepitosamente contra el suelo de madera. "Un momento", rebatió la afirmación de Jeb. "Halcón Silencioso siempre ha sido sincero con nosotros".

Los clientes de la taberna se volvieron hacia Hank. Algunos asintieron con la cabeza, mientras que otros seguían sin estar convencidos.

Eli permaneció en silencio. Pronunciaba pocas palabras, pero las elegía con cuidado. Eso lo había aprendido en sus años de placa, eso y que había que dejar que la gente sacara sus propias conclusiones sin interferencias.

María salió de detrás del mostrador, moviéndose con determinación mientras entregaba platos de comida y tazas de café recién hecho a sus clientes. Su mirada se cruzó brevemente con la de Eli, un intercambio silencioso que transmitía su preocupación no solo por él, sino por todo Barranco Sombrío.

Se inclinó ligeramente el sombrero como respuesta y se volvió para observar la sala una vez más.

Una joven pareja sentada cerca del piano susurraba ferozmente entre sí. El hombre sacudía la cabeza enérgicamente, mientras que la voz de la mujer subía de tono: el miedo se adueñaba de cada palabra que pronunciaba sobre enviar a sus padres e hijos a luchar.

Eli se frotó la sien, donde empezaba a formarse un dolor sordo, recuerdo de las noches en vela pasadas luchando con fantasmas de su pasado. El peso de aquellos recuerdos le oprimía incluso cuando volvía a sentir la mirada preocupada de María sobre él.

Los hermanos Fletcher volvieron a reír a carcajadas, atrayendo las miradas de toda la sala. Se jactaban de cuántos forajidos matarían ellos mismos si tuvieran media oportunidad. Eli los observó atentamente. Las bravuconadas solían volverse sangrientas cuando la realidad las ponía a prueba.

El viejo Pete se levantó por fin de la mesa y se acercó directamente a Eli. "Stone", dijo, "creo que tienes ideas que vale la pena escuchar sobre todo esto".

Eli pensó un momento en el viejo Pete antes de responder en voz baja, pero con la firmeza suficiente para que lo oyeran los que estaban cerca. "Necesitamos la cabeza fría si queremos tener alguna oportunidad", dijo.

Sus palabras fueron seguidas de asentimientos, algunos por respeto al propio Eli, otros quizá por respeto al sentimiento que expresaba.

La puerta del salón se abrió de golpe, dejando entrar una ráfaga de viento junto con el propio Halcón Silencioso. Su entrada hizo que las conversaciones se detuvieran en mitad de la frase cuando todas las miradas se volvieron hacia él.

Halcón Silencioso se movió con elegancia mesurada por la sala hacia la mesa de Eli. Su mirada no vaciló, ni reconoció a nadie más hasta que estuvo frente a Eli.

"Stone", lo saludó Halcón Silencioso inclinando la cabeza, un gesto similar al del Viejo Pete, pero cargado de una urgencia tácita.

Eli reconoció a Halcón Silencioso con el mismo respeto antes de señalar una silla vacía en su mesa, una invitación silenciosa que no pasó desapercibida para los que observaban atentamente a su alrededor.

Halcón Silencioso se sentó sin decir palabra mientras Eli servía otra taza de café de la cafetera que tenían sobre la mesa y se la acercaba.

Los murmullos se reanudaron a su alrededor. Algunas voces expresaban un respeto a regañadientes, mientras que otras murmuraban con una desconfianza apenas disimulada.

Cuando Eli miró fijamente a Halcón Silencioso por encima del borde de su taza de café, supo que esta alianza los salvaría o encendería unas llamas que ninguna cantidad de agua podría apagar.

EL SONIDO de las carcajadas de un grupo de vaqueros recién llegados sacudió a Eli de su ensueño. Se apartó de la mesa y se levantó con resuelta lentitud.

Eli Stone no era ajeno al sacrificio. Cada cicatriz grabada en su piel era una prueba de ello. Pero María le había dado algo precioso: un atisbo de una vida que no se definía por el derramamiento de sangre y el remordimiento.

Asintió a Halcón Silencioso y se dirigió hacia la puerta, la luz del sol se colaba por las ventanas proyectando largas sombras sobre las tablas del suelo: un presagio o tal vez sólo un truco de luz y polvo.

En el exterior, bajo la vasta extensión de cielo que había sido testigo de tantos puntos de inflexión en su vida, Eli respiró hondo.

A cada paso que daba hacia el improvisado campo de entrenamiento donde se reunía la gente del pueblo -algunos ansiosos por entrar en acción, otros temblando de inquietud-, Eli sentía que el peso de la responsabilidad comunal se asentaba firmemente sobre sus hombros.

Estaría con ellos. Los guiaría a través de cualquier fuego infernal que cayera sobre Shadow Gulch. Y si la oscuridad lo reclamaba una vez más al servicio de esta causa, esperaba que María comprendiera que algunas batallas no se libran sólo por uno mismo, sino por todos aquellos

cuyas vidas están entrelazadas con la tuya.

Un leve eco de metal chocando contra metal resonó desde atrás mientras Doc Timmons martilleaba en alguna reparación invisible, un sonido que pareció resonar con la determinación de Eli.

No miró atrás mientras se alejaba de la taberna de María. En su lugar, fijó la mirada en lo que tenía por delante: la carretera abierta que serpenteaba hacia la ciudad, donde la incertidumbre se cernía sobre él, pero también las posibilidades.

Y en algún lugar de su interior, un destello de esperanza de que tal vez, sólo tal vez, podría caminar por el filo de la navaja entre lo que era y lo que quería ser sin caer completamente en el olvido.

Capítulo Quince

ELI SE ENCONTRÓ DEAMBULANDO por las afueras de la ciudad, donde el viento llevaba susurros de la naturaleza salvaje a las calles de Shadow Gulch, que se oscurecían lentamente. El sol se hundía en el horizonte, pintando el cielo con pinceladas de carmesí y oro. Necesitaba un momento, lejos del ajetreo de los preparativos y del peso de las miradas que buscaban en él una seguridad que no estaba seguro de poder dar.

Allí, apoyado en un poste desgastado de las afueras, estaba Halcón Silencioso. Su silueta era como una estatua contra el lienzo crepuscular, una encarnación de la quietud que Eli anhelaba en su propio corazón. Cuando Eli se acercó, la grava crujió suavemente bajo sus botas, delatando su presencia.

Halcón Silencioso se volvió, sus ojos reflejaban la última luz del día.

Permanecieron un momento en silencio, observando cómo el día se convertía en noche. Fue Halcón Silencioso quien rompió el silencio entre ellos.

"Mi pueblo cree que los desafíos no son cargas". Su voz firme como la tierra bajo sus pies. "Son regalos del Gran Espíritu, oportunidades para demostrar nuestra valía a nosotros mismos y a nuestros antepasados".

Eli dejó escapar un suspiro lento. "¿Y qué ves cuando miras este desafío al que nos enfrentamos?".

"Veo una oportunidad para que mi gente y la tuya permanezcan unidas", replicó Halcón Silencioso, dirigiendo su mirada hacia Eli. "No como enemigos o aliados reacios, sino como hermanos de armas que luchan por un bien común".

El peso de aquellas palabras se posó sobre Eli como el polvo después de una tormenta. Podía sentir su verdad, pero temía sus implicaciones. Estar junto a Halcón Silencioso significaba volver a un mundo que había dejado atrás, un mundo en el que la pólvora y el plomo decidían el destino de los hombres.

Halcón Silencioso pareció leer sus pensamientos. "Temes perderte en esta lucha".

Eli le miró fijamente. "He pasado por eso antes, he visto lo que hace a los hombres". Hizo una pausa, buscando palabras que salvaran el abismo que había dentro de él. "No estoy seguro de poder recorrerlo de nuevo sin convertirme en alguien que no reconozco".

"Has cambiado, has crecido. Puedes afrontar este reto sin perder tu nuevo yo".

Eli sintió que algo se agitaba en su interior: esperanza mezclada con temor. Las palabras de Halcón Silencioso sonaban con convicción, pero ¿podía confiar tanto en sí mismo?

"Hablas de afrontar retos por un bien mayor", dijo Eli lentamente. "¿Merece la pena si te cuesta todo?".

Los ojos de Halcón Silencioso tenían una profundidad que parecía remontarse a varias

generaciones. "A veces", dijo, "el precio que pagamos es muy alto. Pero considera lo que podríamos ganar: paz para nuestro pueblo, seguridad para los que no pueden luchar".

El último rayo de sol se desvaneció más allá de los acantilados, y las sombras se agruparon a su alrededor como curiosos que esperan la respuesta de Eli.

"¿Y si fallamos?" preguntó Eli.

"No fracasaremos si permanecemos unidos". La voz de Halcón Silencioso era resuelta como la piedra.

Eli se dio la vuelta y miró hacia el Barranco Sombrío mientras las linternas comenzaban a encenderse dentro de sus límites. La gente de allí dependía de él, de los dos, para que los guiara en lo que se avecinaba.

Volviéndose hacia Halcón Silencioso, Eli encontró claridad en aquellos ojos ancestrales, un reflejo de fuerza y propósito que llamaba a algo profundo dentro de él.

"Estaré contigo", dijo Eli al fin, sintiendo que cada palabra se le grababa en el alma. "Por Shadow Gulch y por todo lo que representa".

Entre ellos se forjó un pacto tácito: enfrentarse codo con codo a la tormenta que se avecinaba y emerger no sólo como supervivientes, sino como faros de unidad en una tierra dividida por líneas invisibles trazadas en la arena y el suelo.

La noche se había apoderado por completo de la ciudad. Las estrellas atravesaban el lienzo negro mientras susurros de vida nocturna se agitaban más allá de los límites de la civilización. Eli sintió resonar en su interior la intuición de Halcón Silencioso: una llamada a superar el miedo y afrontar el desafío que tenían ante sí con un valor que no procedía del acero ni de las balas, sino de la inquebrantable determinación de proteger lo que más apreciaban.

Sin embargo, aunque la inspiración arraigaba en su corazón, seguía existiendo una espina: el miedo a que, al ponerse de nuevo el manto de protector y líder, también se envolviera en la oscuridad de la que tanto había luchado por despojarse.

Se soltaron el apretón de manos y permanecieron hombro con hombro un momento más antes de que Halcón Silencioso asintiera en dirección a la ciudad.

"La noche se enfría. Deberíamos volver".

Eli asintió. Aún quedaba trabajo por hacer antes de que el sueño se apoderara de ellos, planes que trazar y temores que calmar entre aquellos que esperaban el amanecer con inquietud más que con esperanza.

Mientras caminaban juntos de vuelta hacia las luces parpadeantes de Shadow Gulch, Eli sabía que lo que le esperaba le pondría a prueba, no sólo como herrero o antiguo agente de la ley, sino como hombre que busca la redención en un mundo implacable.

Sus miedos no le habían abandonado. Rondaban en su interior como lobos a la caza, pero también lo hacía la determinación avivada por las palabras de Halcón Silencioso y fortificada por el conocimiento de que, por muy solitario que uno pueda sentirse bajo cielos abiertos o en momentos robados por el abrazo de la oscuridad, la unidad puede forjar la fuerza a partir de la vulnerabilidad y transformar incluso al halcón más silencioso o al guerrero de corazón de piedra en "guardianes" dignos de leyenda.

A cada paso que daba hacia la ciudad, Eli sentía que esta dualidad se afinaba -el pasado y el presente se fundían en un singular camino hacia delante- y comprendía por fin que tal vez no se trataba de perderse o encontrarse a uno mismo, sino más bien de darse una nueva forma con cada amanecer saludado, no solo, sino juntos.

LOS SUAVES dedos del amanecer abrieron la noche cuando el pueblo de Shadow Gulch se despertó con un viento inquietante. No sólo traía el polvo y el aroma de las mesetas lejanas, sino también el peso de una amenaza que se cernía sobre el horizonte. Eli observó desde su fragua cómo la gente del pueblo se ponía en acción, su energía nerviosa se manifestaba en el ruido de las herramientas y el arrastrar de los pies.

El martillo de un carpintero golpeaba contra tablones de madera, un sonido que antes significaba crecimiento y construcción. Ahora, anunciaba una sombría transformación. Los edificios que antes eran símbolos de prosperidad fronteriza se convertían en baluartes contra la violencia inminente.

Eli observó la escena con ojo experto, el peso del mando se asentaba sobre sus hombros como un abrigo viejo pero familiar. Podía ver dónde había que apuntalar las defensas y dónde quedaban expuestos los puntos débiles. Su voz cortó el aire de la mañana, tranquila y decisiva.

"Doblad esos sacos de arena junto al banco. Es un punto natural para que golpeen", instruyó a un grupo de hombres que los apilaban demasiado finos.

Una mujer con voz de acero gritó desde detrás del marco de una ventana en el que se estaban colocando pesadas contraventanas. "Eli, estos no aguantarán si nos atacan con fuego".

Se acercó y examinó su trabajo. "Sumérgelos en agua ante cualquier señal de problemas. Mantén los barriles preparados", dijo.

La mujer asintió, frunciendo el ceño mientras tomaba nota mentalmente.

Era en esos momentos cuando Eli sentía que su pasado se aferraba a él, un pasado que había intentado enterrar bajo capas de hierro y fuego en su forja. Cada directiva que daba socavaba la paz que había cultivado en Barranco Sombrío, cada clavo que clavaba en la madera fortificada era como una puntada que cerraba su pacífica existencia.

Se detuvo junto al almacén general, donde Rose Bailey estaba organizando a un grupo de chicos jóvenes en la mudanza de suministros. Su mirada se cruzó con la de él, llena de preguntas tácitas sobre lo que les depararía aquel día y lo que podría arrebatarles a todos.

"Tendremos que despejar espacio dentro para suministros médicos... por si acaso", dijo Eli en voz baja al pasar junto a ella.

Rose le cogió del brazo, con firmeza. "Estamos convirtiendo nuestro hogar en una fortaleza, Eli. ¿No hay otra manera?"

Sus ojos azules se encontraron con los de ella y, por un momento, deseó poder prometerle un camino diferente, uno sin barricadas ni derramamiento de sangre. Pero los deseos eran como los dientes de león en esta dura tierra. No echaban raíces fácilmente.

"Hacemos lo que debemos para proteger lo que es nuestro", respondió Eli, con la voz áspera por la verdad que conocía demasiado bien.

En el Saloon de Maria, situado en el corazón de Shadow Gulch, Eli se vio envuelto en una acalorada discusión sobre dónde colocar los vigías y cuál era la mejor manera de racionar su limitada munición.

"Mantén tus disparos firmes y apuntados. No malgastes balas en disparos de advertencia", dijo Eli a un colono de aspecto ansioso que sostenía un rifle como si le fuera ajeno.

María le llamó la atención desde el otro lado de la habitación, mientras repartía vasos de agua a los hombres que tapiaban sus ventanas; su dominio se estaba convirtiendo en un puesto más de la línea defensiva.

"Nunca pensé que vería este lugar sin sus vistas a Main Street", dijo mientras se acercaba a él.

Eli le dedicó una media sonrisa que no le llegó a los ojos. "Las opiniones cambian, pero sigue

siendo tu salón".

Ella le tocó ligeramente el brazo -una breve conexión en medio del caos- y luego volvió al trabajo sin decir nada más. Pero incluso ese pequeño contacto bastó para recordarle lo que estaba en juego: las personas que había detrás de los muros que estaban levantando.

Al salir de la taberna de María, Eli vio a Halcón Silencioso conversando con el sheriff Bennett junto a la capilla, que ahora hacía las veces de centro de estrategia. Los dos hombres estaban estudiando un mapa toscamente dibujado sobre un viejo barril.

"Podemos utilizar algunos de sus hombres en la cresta aquí", decía Bennett, señalando un lugar al norte de la ciudad.

Halcón Silencioso asintió, comprendiendo la importancia del terreno elevado. Eli se unió a ellos en silencio observando su planificación: una trinidad de pasados que convergían con un propósito singular: la supervivencia.

Eli sintió la mirada de Halcón Silencioso sobre él, un reconocimiento silencioso de que sus destinos estaban ahora entrelazados con los de aquellos a los que intentaban proteger.

El sol subía en su arco por el cielo, proyectando sombras más cortas sobre sus trabajos. Cada hora que pasaba, más fortificaciones tomaban forma, marcando el paisaje antes abierto. Trincheras excavadas en parterres. Nidos de francotiradores encaramados en lo alto de edificios donde días antes las risas se habían derramado por las calles, ahora vacías salvo por los defensores que se escabullían.

Al mediodía, el cansancio se apoderó de los que trabajaban bajo la dirección de Eli, pero no sólo el cansancio físico. También se cobraban un precio emocional. Cada tablón clavado cortaba otro hilo de normalidad al que todos se aferraban.

El reverendo Mercer apareció junto a Eli mientras supervisaba a los hombres que reforzaban el segundo piso de la taberna, una improvisada percha de francotirador que ofrecía una clara línea de visión de Main Street.

"Has hecho bien reuniéndolos", dijo Mercer en voz baja. "Pero recuerda..."

Eli le cortó con suavidad pero con firmeza. "Recuerdo mucho, Reverendo".

Mercer le estrechó el hombro antes de alejarse para consolar a otros que miraban hacia la fe en busca de un consuelo que podría haber parecido más seguro antes del amanecer de hoy.

Las sombras de la tarde se extendían por el Barranco Sombrío como dedos oscuros que intentaban reclamar lo que quedaba de luz cuando Eli finalmente abandonó su papel de comandante de facto. Se retiró a su forja, donde los ruidos y las chispas ofrecían cierta apariencia de normalidad en medio de los preparativos exteriores, pero ni siquiera allí pudo escapar de lo que se avecinaba ni de en quién se había convertido de nuevo en ese momento, cuando más lo necesitaban.

Trabajó el metal hasta que brilló con un rojo anaranjado -un respiro temporal de los pensamientos sobre el mañana o el más allá- hasta que finalmente dejó las herramientas a un lado sabiendo que el descanso sería fugaz esta noche para todos dentro del frágil abrazo de Shadow Gulch.

ELI STONE se apoyó en la fría madera del escritorio del sheriff, el grano imprimiéndose en su piel mientras estudiaba el tosco mapa extendido ante ellos. Shadow Gulch estaba esbozado con trazos de carboncillo, sus puntos vulnerables marcados con cruces.

El sheriff Bennett se cernió sobre el pergamino, con el dedo trazando un camino a lo largo de la cresta. "Vendrán de noche, probablemente. Usarán la oscuridad a su favor".

Eli asintió, sus ojos azules escudriñaron el terreno que ambos conocían como la palma de sus manos. "Esperarán que nos relajemos tras la puesta de sol. Tal vez nos dispersemos en la guardia", dijo, cada palabra medida, cargada de un conocimiento que deseaba poder olvidar.

"Puede que estemos muy dispersos, pero no desprevenidos", dijo el sheriff Bennett, mirando fijamente a Eli. "Ya has pasado por esto antes. Conoces sus trucos".

"Conocer sus trucos no detiene las balas".

"No", dijo Bennett con un gruñido mientras se enderezaba, con la espalda protestando. "Pero nos da una oportunidad de luchar".

Se acercaron a la ventana y observaron a la gente del pueblo que se afanaba en las tareas de fortificación. "El pueblo te necesita, Eli", murmuró el Sheriff Bennett. "Más de lo que creen".

La mirada de Eli se detuvo en el Maria's Saloon, al otro lado de la calle. Casi podía oír su risa resonando en el aire, cortando la tensión que se le pegaba como el polvo al sudor.

"Creo que ellos te necesitan tanto como tú".

El sheriff puso una mano en el hombro de Eli, un apretón firme que lo decía todo. "Ahora somos un equipo. Te cubro las espaldas".

Eli sintió el peso de aquellas palabras sobre él, un consuelo y una carga a la vez. Exhaló un suspiro que no se había dado cuenta de que había estado conteniendo.

"Sheriff, esto no se trata sólo de tácticas y defensa". La voz de Eli retumbaba en su pecho cuando se enfrentó a su viejo amigo. "Esto tiene un coste, para mí".

El bigote de Bennett se movió en lo que podría haber sido un intento de sonrisa si la situación no fuera tan grave. "Lo sé mejor que la mayoría", dijo en voz baja. "Y no dejaré que lo pagues solo".

Volvieron al mapa mientras las sombras del sol poniente se extendían por la habitación.

"Vamos a recorrerlo otra vez", dijo Eli, con un tono serio pero con un trasfondo de determinación que no había estado allí antes.

El sheriff Bennett asintió y volvieron a inclinarse sobre el mapa, haciendo planes para la incierta noche que les esperaba.

Capítulo Dieciséis

ELI ESTABA de pie en el borde del campo de entrenamiento improvisado. Un terreno polvoriento que se había despejado detrás de la iglesia. Sus ojos observaron al grupo de voluntarios, un grupo variopinto de mineros, granjeros y tenderos, con los rostros marcados por la determinación y no poco miedo. Llevaban rifles y pistolas, algunos con manos firmes como robles, otros temblando como hojas de álamo al viento.

Una punzada de conciencia se apoderó de Eli mientras los observaba. No eran soldados. Eran padres, hijos y amigos, hombres que deberían preocuparse por las cosechas y las vacaciones, no por las balas y el derramamiento de sangre. Sin embargo, allí estaban, dispuestos a defender sus hogares porque él se había adelantado.

El repiqueteo de los cascos sobre la tierra atrajo su atención. Halcón Silencioso cabalgaba con un puñado de miembros de su tribu, sus caballos se movían con una gracia fácil que hablaba de un profundo vínculo entre jinete y corcel. Desmontaron y se unieron a los voluntarios.

A medida que Halcón Silencioso se acercaba, Eli podía sentir cómo aumentaba la tensión entre algunos de los habitantes del pueblo, una corriente de desconfianza que corría bajo la superficie. Hizo un gesto de asentimiento a Halcón Silencioso, un reconocimiento que le fue devuelto con la misma brevedad.

El entrenamiento comenzó con Eli dando instrucciones. "Mantén los codos metidos", le dijo a un hombre que apuntaba con su fusil como si fuera un palo de escoba con el que pretendía barrer el polvo.

Estaban a mitad de un simulacro de recarga cuando unas voces se elevaron por encima del estruendo de metal y arenilla.

"¡No recibo órdenes de ningún indio!" La voz cortó el aire de la tarde como el chasquido de un látigo.

La mirada de Eli se desvió hacia un hombre de la última fila, un minero por su aspecto, con las manos callosas y un ceño que podía cuajar la leche. Estaba señalando con un dedo acusador a uno de los hombres de Halcón Silencioso que había estado dando consejos sobre la tensión de las cuerdas de los arcos.

El miembro de la tribu de Halcón Silencioso se quedó quieto como una piedra. Su expresión era ilegible, pero su postura inflexible.

El minero escupió al suelo. "No necesitamos que los de su clase nos digan lo que tenemos que hacer".

Eli sintió que sus músculos se tensaban. Dio pasos lentos hacia el minero, sus botas levantando pequeñas nubes que flotaban en el aire quieto. "Bill", le llamó Eli por su nombre para recordarle la historia que compartían en este pueblo. "Aquí todos apuntamos al mismo objetivo:

proteger nuestros hogares".

Bill resopló. "¿Y cuánto falta para que se vuelvan contra nosotros? Si los dejamos acercarse ahora, ¿qué los detendrá después?"

Eli miró a los demás voluntarios. Algunos recelosos, otros avergonzados, pero todos esperando a que él tomara el control.

"Escucha", dijo Eli, manteniendo su voz nivelada a pesar del martilleo en su pecho. "Halcón Silencioso y sus hombres tienen habilidades que necesitamos -rastreo, exploración- y conocen esta tierra mejor que cualquier cartógrafo".

Bill negó con la cabeza. "Prefiero confiar en los míos".

Eli clavó los ojos en Bill, sosteniéndole la mirada como se sujeta a una serpiente de cascabel por la cola, con cuidado pero con firmeza. "¿Tu propia especie? Mira a tu alrededor". Señaló a su alrededor: la taberna donde bebían juntos, la iglesia donde rezaban juntos. "Se trata de la supervivencia: la tuya, la mía, la de nuestras familias. No dejes que el orgullo te ciegue".

La mandíbula de Bill se apretó tanto como para convertir el carbón en diamantes.

Halcón Silencioso se adelantó entonces. Su voz era tranquila, pero tenía peso como piedras en aguas profundas. "Mi tribu sólo desea paz y seguridad para nuestras familias también".

Eli observó a Bill mientras Halcón Silencioso hablaba, vio cómo su postura cambiaba ligeramente, un debilitamiento de su desafío.

Se volvió hacia Bill. "Si no puedes trabajar junto a los hombres de Halcón Silencioso", dijo Eli lentamente, midiendo cada palabra como una moneda demasiado preciada para desperdiciarla, "entonces tal vez esta no sea tu lucha".

Bill miró de Eli a Halcón Silencioso y viceversa antes de asentir finalmente.

Eli tendió la mano al miembro de la tribu de Halcón Silencioso que había sido insultado: una oferta de solidaridad. El hombre la miró durante un instante y luego la estrechó con firmeza.

"Volvamos al entrenamiento", dijo Eli.

El grupo reanudó sus ejercicios, pero ahora había una nueva dinámica, un cambio imperceptible para cualquiera que no estuviera atento.

Sin embargo, Eli no podía deshacerse del encuentro tan fácilmente. Reflejaba demasiado bien su propia reticencia a asumir el mando, a convertirse en alguien que temía que pudiera despertar de nuevo en su interior. Mientras caminaba entre los hombres ofreciendo orientación sobre la postura y la puntería, se preguntó si el liderazgo era algo de lo que uno podía escapar de verdad o si era como una sombra proyectada en pleno mediodía, imperceptible hasta que miras a tus pies.

La disputa había puesto de manifiesto lo frágil que era su unidad, lo frágil que él se sentía por dentro. Y, sin embargo, había algo más: un sentido de propósito que se hacía más fuerte cada vez que tomaba una decisión o resolvía una discusión.

El sol comienza a descender hacia el horizonte mientras terminan el entrenamiento del día. Los voluntarios se dispersaron en silencio. El cansancio se grabó en sus frentes junto con algo más: una chispa de camaradería nacida de un propósito y unas dificultades compartidos.

Eli se quedó atrás mientras las sombras se alargaban por el áspero paisaje de Shadow Gulch. Aún quedaba mucho por preparar antes de que la oscuridad cayera por completo. La imagen del reticente asentimiento de Bill permaneció en la mente de Eli, un recordatorio de que a veces incluso la unidad tenía que forjarse en el fuego.

EL SOL se ocultaba en el horizonte y su luz se filtraba por las vidrieras de la iglesia del reverendo Mercer, proyectando un mosaico de colores sobre los bancos de madera. Eli Stone entró, el

crujido de la puerta resonó en el silencio del santuario. Caminó por el pasillo, cada pisada como un solemne tamborileo en el silencio.

Eli se sintió atraído por aquel lugar de culto, como si le prometiera un respiro de la agitación que le invadía por dentro. Se acomodó en un banco y sus ojos recorrieron las escenas de redención y esperanza que parecían burlarse de su situación actual.

El reverendo Mercer surgió de entre las sombras cercanas al altar, su presencia tan discreta como un susurro pero tan innegable como un trueno. Se acercó a Eli con pasos mesurados.

"Elías, puedo ver que tu alma ha estado luchando con demonios otra vez."

Eli no se volvió para mirar al reverendo. En lugar de eso, miró fijamente la cruz que colgaba detrás del púlpito. "No son demonios, Isaías. Es mi propia sombra con la que estoy luchando".

El reverendo tomó asiento a su lado. "A veces nuestras sombras son nuestros adversarios más formidables. Conocen todos nuestros movimientos antes de que los hagamos".

Una risita tibia escapó de los labios de Eli. "Supongo que eso hace del mío un poderoso adversario".

Mercer puso una mano reconfortante en el hombro de Eli. "Así es. Pero recuerda, las sombras sólo existen donde hay luz para proyectarlas".

Eli suspiró y su mirada se posó en las manos que descansaban sobre sus rodillas, manos que habían creado la vida y la muerte. "Parece que la luz de esta ciudad se está apagando rápidamente".

"La hora más oscura es justo antes del amanecer", dijo Mercer suavemente. "Y a menudo es en esos momentos cuando encontramos la claridad y la fuerza que no sabíamos que teníamos".

Eli se movió incómodo. "Fuerza que no estoy seguro de querer volver a encontrar, Reverendo".

"La fuerza puede ser una carga o una bendición, dependiendo de cómo se ejerza". La voz de Mercer era tranquila, pero transmitía una autoridad innegable. "Temes convertirte en el hombre que una vez fuiste: un hombre violento".

"No es sólo miedo", admitió Eli. "Es saber que una vez que deje salir de nuevo esa parte de mí, podría no volver tan fácilmente".

"Estás pensando en lo que podrías llegar a ser", dijo Mercer, mirando a Eli con ojos que parecían atravesarle hasta la médula. "Pero considera lo que ya eres: un hombre que se preocupa profundamente por esta ciudad y su gente".

Eli se encontró con la mirada de Mercer por primera vez desde que entró en la iglesia, sus ojos azules reflejaban una agitación interior parecida a un mar tempestuoso.

"He visto lo que la violencia desenfrenada puede hacerle a un hombre", dijo Eli en voz baja.

"Y sin embargo, aquí estás, buscando la paz en la casa de Dios". El tono de Mercer era suave pero firme.

"No estoy seguro de si busco paz o permiso", confesó Eli.

Mercer asintió lentamente. "Quizá busque ambas cosas". Se levantó y se acercó al altar, donde yacía abierta una vieja Biblia, centinela de sabiduría curtida por innumerables sermones y oraciones.

"¿Puedo compartir algo contigo?" preguntó Mercer sin darse la vuelta.

Eli asintió en silencio.

Mercer hojeó las páginas hasta encontrar lo que buscaba y empezó a leer en voz alta. Las palabras flotaban en el aire como hojas atrapadas por una suave brisa:

'"Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos"'.

Eli absorbía cada palabra como si fueran gotas de lluvia en un desierto reseco.

"No se te pide que entregues tu vida, Elías", continuó Mercer, cerrando la Biblia y volviendo a sentarse a su lado. "Pero tal vez haya algo desinteresado en defender a los que no pueden defenderse".

Se hizo un silencio pensativo entre ellos.

"La redención no consiste sólo en expiar los pecados del pasado", dijo Mercer al cabo de un momento. "También se trata de forjar nuevos caminos, caminos de valor y sacrificio por algo más grande que uno mismo".

"¿Y si esos caminos conducen de nuevo a la oscuridad?"

"Entonces lleva tu luz contigo."

El peso de la responsabilidad se asentó sobre Eli como el polvo sobre una vieja estantería: le resultaba familiar y, a la vez, inoportuno.

"Tienes dones, Elijah", añadió Mercer con convicción. "Tu habilidad con el arma, tu liderazgo... pueden ser instrumentos de paz cuando se usan correctamente".

Eli pensó en el tomahawk de Halcón Silencioso -en la confianza que simbolizaba- y sintió una alineación entre su ofrenda y las palabras de Mercer.

"¿Y si fallo?" La pregunta apenas se oyó al salir de los labios de Eli.

Mercer se levantó y puso ambas manos sobre los hombros de Eli, mirándole a los ojos con fe inquebrantable. "Entonces fracasas sabiendo que lo hiciste esforzándote por proteger a los demás en lugar de hacerte a un lado".

El sol proyectaba ahora largas sombras sobre el suelo de la iglesia a medida que el día cedía al abrazo de la tarde.

Eli se levantó despacio y miró alrededor del santuario -las paredes que albergaban innumerables confesiones y súplicas de guía a lo largo del tiempo- y se sintió menos solo en su lucha.

"Creo que es hora de que deje de luchar contra mi sombra y empiece a usarla", murmuró Eli más para sí mismo que para Mercer.

"Ese sería tu primer paso hacia la redención", dijo Mercer con una sonrisa alentadora.

Caminaron juntos hacia la puerta de la iglesia, sin hablar más. Su compañía lo decía todo allí donde las palabras eran innecesarias.

Cuando llegaron a la puerta, se detuvieron y contemplaron Shadow Gulch, su pueblo, donde cada edificio era a la vez un hogar y una fortaleza contra la incertidumbre inminente.

"Gracias, Isaías", dijo Eli rompiendo por fin el silencio que compartían.

El reverendo Mercer se limitó a asentir con la cabeza antes de ver cómo Eli se alejaba a grandes zancadas hacia el crepúsculo, la calma previa a cualquier tormenta que pudiera llegar a Shadow Gulch con la luz de la mañana o el capricho de un forajido.

EL SOL se ocultaba en el horizonte, pintando el cielo de tonos carmesí y dorados. Eli estaba de pie al borde del Campo de Tiro, un lugar que había acumulado polvo y ecos de sus intentos de distanciarse de una vida a la que había renunciado. El viento llevaba el aroma de la artemisa y susurraba entre las dianas que se mecían suavemente, intactas.

Metió la mano en el bolsillo y los dedos rozaron el frío metal: los cartuchos que no había tocado en años. Con cada bala que cargaba en su pistola, el peso de sus decisiones pasadas le presionaba, pesado como el hierro en su mano. Los chasquidos de la recámara al cerrarse eran nítidos en la quietud del atardecer, un duro recordatorio de la decisión que estaba tomando.

La mano de Eli se estabilizó mientras levantaba el arma y apuntaba a un blanco con forma de

hombre. La silueta era oscura a contraluz, un adversario silencioso que aguardaba su juicio. Su dedo vaciló sobre el gatillo, los recuerdos surgieron como las aguas contra un dique que había construido meticulosamente.

Sonó el primer disparo, rompiendo la tranquilidad que se había apoderado de Shadow Gulch. Fue algo más que el sonido de la pólvora al encenderse. Fue una admisión, un reconocimiento de quién era y siempre sería Eli Stone. Un protector. Un guerrero. Un hombre cuya esencia estaba entrelazada con la justicia y la supervivencia.

Mientras recargaba, los pensamientos de Eli se dirigieron a la mirada preocupada de María ese mismo día, sus palabras resonando en sus oídos. "Por favor... no dejes que esto te aleje de nosotros". Su súplica lo ancló al presente, recordándole lo que estaba en juego: las vidas de Shadow Gulch que contaban con él.

El segundo disparo hendió el aire mientras el crepúsculo avanzaba y las sombras se alargaban sobre la tierra yerma. La bala dio en el blanco con precisión infalible, confirmando que su destreza permanecía intachable al paso del tiempo o a sus propias dudas. La verdad se asentó en su interior como piedras en sus botas. No había forma de eludir quién era.

Eli disparó una y otra vez, y cada disparo resonó en el valle como un trueno en la llanura. El sonido le devolvía el eco, y cada reflejo era una faceta de sí mismo que había intentado negar: hombre de ley, guardián, vengador.

Hizo una pausa para recargar una vez más, moviendo las manos con una facilidad práctica que contradecía sus años lejos de esta vida. Mientras colocaba otro cartucho en su sitio, la expresión resuelta de Halcón Silencioso apareció ante él: un guerrero reconociendo a otro a pesar de sus mundos diferentes.

Eli asintió para sí mismo, como si respondiera a una pregunta no formulada. No podía escapar de lo que era, como tampoco podía evitar que el sol se pusiera o que el río fluyera. Ahora formaba parte de esta tierra. Su paz y su furia también eran suyas.

Con un último disparo que desgarró la oscuridad, Eli supo que esta claridad tenía un precio, un precio medido en humo de armas y sangre aún por derramar. Pero Shadow Gulch era algo más que edificios y calles polvorientas. Era el hogar de sus seres queridos, de aquellos que buscaban seguridad en él cuando el miedo les arañaba el corazón.

Bajando su arma, Eli observó cómo el crepúsculo se apoderaba de lo que quedaba de luz diurna. Su silueta se proyectaba en el suelo ante él, una figura solitaria marcada en un mundo que se deslizaba hacia el abrazo de la noche.

En ese momento de tranquilidad entre el día y el anochecer, Eli Stone hizo las paces consigo mismo. Ahora comprendía que no podías enterrar tu naturaleza como tampoco podías enterrar tu sombra: siempre te seguía.

La última luz del atardecer se reflejaba en el rostro de Eli mientras hacía balance de todo lo que le esperaba: las sesiones de entrenamiento con los ansiosos voluntarios que pretendían defender su ciudad. Los guerreros de Halcón Silencioso preparados para estar junto a ellos. Conversaciones llenas de estrategia y fortificaciones surgiendo donde antes no había ninguna.

Su determinación se endureció como el acero forjado en el fuego. Ya no habría vuelta atrás. Eli guardó su arma con una firmeza que resonó en su corazón: una sombría aceptación del camino que tenía ante sí.

Barranco Sombrío lo necesitaba, no sólo como herrero que moldeaba el metal, sino como líder que forjaba el destino. Y aunque una parte de él se lamentaba por la vida tranquila que anhelaba. Otra parte aceptó esta vuelta a las armas con sombría determinación.

A medida que la oscuridad se apoderaba del Campo de Tiro y las estrellas se despertaban una

a una sobre él, Eli comprendió que no se trataba sólo de sobrevivir, sino de vivir fiel a uno mismo y salvaguardar el futuro de los que llamaban hogar a esta tierra dura pero hermosa.

Capítulo Diecisiete

ELI SALIÓ al aire fresco de la mañana y cerró la puerta de su tienda tras de sí. Los familiares crujidos y gemidos de las estructuras al despertar acompañaron sus pesados pasos. Las calles seguían casi vacías. Sólo unos pocos madrugadores saludaban con la cabeza mientras se ocupaban de sus asuntos.

Sus ojos, agudos y penetrantes como siempre, no delataban nada de la agitación que se agitaba en su interior. Eran ojos decididos, resignados al camino que les aguardaba. Sabía lo que se avecinaba: la violencia, el caos, todo aquello de lo que había huido. Y sin embargo, allí estaba, preparado para volver a sumergirse en él.

Eli caminó con determinación hacia las afueras del pueblo, donde la tribu de Halcón Silencioso había acampado. A cada paso, sentía como si se despojara de años de soledad y silencio. El peso de sus armas a su lado le resultaba desconocido después de tanto tiempo sin ellas, pero su presencia era un duro recordatorio de la realidad a la que ahora se enfrentaba.

Cuando se acercó al campamento, Halcón Silencioso le saludó con una inclinación de cabeza. "Comenzaremos los preparativos al amanecer", su voz llevaba el peso de un conflicto inminente.

Eli miró a los hombres y mujeres que ya empezaban a organizar los suministros y las armas. "Creo que no tenemos mucho tiempo antes de que decidan hacernos una visita".

"El tiempo es un lujo que no podemos permitirnos", dijo Halcón Silencioso.

Un joven de la tribu se acercó a Eli con un fardo en los brazos: una colección de flechas recién ensartadas. Eli cogió una y la examinó. Incluso en cosas tan sencillas como éstas había cuidado y precisión.

"Servirán bien", dijo Eli, devolviéndole la flecha.

El chico sonrió con orgullo antes de salir corriendo a ayudar a los demás. Al verlo marchar, Eli sintió una punzada en el pecho: un recordatorio de que no se trataba sólo de defender la tierra o la propiedad. Se trataba de proteger vidas.

Mientras caminaba de vuelta a la ciudad con Halcón Silencioso a su lado, hablaban poco pero entendían mucho. Su objetivo común les unía: la defensa contra el caos y, para Eli, quizá una oportunidad de redención.

En la ciudad, María le esperaba fuera de su taberna. Su expresión era de preocupación mezclada con algo más feroz: admiración, tal vez, o quizá miedo.

"Estás entrando en la tormenta", dijo en voz baja cuando él se acercó.

Eli se detuvo ante ella y tomó su mano suavemente entre las suyas.

María buscó en su rostro algún signo de duda, pero no encontró ninguno. Asintió despacio y apretó su mano un instante más antes de soltarla.

Mientras Maria se retiraba a su saloon y Eli continuaba calle abajo hacia la oficina del sheriff Bennett, no podia evitar sentir como si cada paso adelante fuera tambien un paso lejos de lo que podria haber sido, lejos de la calida sonrisa y la tranquila fuerza de Maria.

El sheriff Bennett estaba delante de la puerta de su despacho, mirando hacia Shadow Gulch con un aire de resolución que coincidía con el de Eli.

"¿Ya es la hora?" Bennett preguntó mientras Eli se acercaba.

"Lo es. Tenemos que empezar a organizar a la gente, cualquiera que pueda sostener un rifle o hacer una barricada en una ventana".

Bennett asintió. "Necesitaremos algo más que cuerpos. Los necesitaremos afilados y listos".

"Por eso estoy aquí". Las palabras salieron firmes y seguras, un reflejo no sólo de lo que Eli ofrecía, sino de quién era en el fondo: alguien capaz de poner orden cuando el caos amenazaba con consumirlo todo a su alrededor.

Juntos entraron en el despacho de Bennett, donde había mapas esparcidos por todas las superficies, planes a medio hacer a la espera de que alguien como Eli les diera forma.

Mientras se inclinaban sobre los mapas para discutir las líneas de visión y las posiciones de repliegue, Eli se dio cuenta de que estaba volviendo a sus viejos hábitos, unos hábitos que hablaban de estrategia y supervivencia más que de herrería y soledad.

No pasó mucho tiempo antes de que Doc Timmons llegara seguido de otras figuras clave de la ciudad, el herrero convertido en estratega, de repente en el centro de sus esfuerzos de planificación. Escuchaba más que hablaba. Pero cuando hablaba, cada palabra tenía el peso de una experiencia que ninguno de los presentes podía igualar.

Ya estaban planeando todo cuando María apareció en la puerta con unos sándwiches y café. Sus ojos se cruzaron con los de Eli al otro lado de la habitación, un intercambio silencioso que nadie más podía interpretar pero que contenía todas sus esperanzas y temores en una sola mirada.

A última hora de la tarde, los planes habían tomado forma. No eran perfectos ni mucho menos, pero sí lo bastante sólidos dado el poco tiempo que les quedaba antes de que la oscuridad cayera una vez más sobre Shadow Gulch, y con ella algo potencialmente mucho peor de lo que el anochecer podría traer por sí solo.

Eli se excusó saliendo a tomar el aire o tal vez la claridad, ambas cosas igualmente vitales ahora que el crepúsculo se acercaba trayendo consigo sombras que contenían algo más que temperaturas frescas dentro de su abrazo.

Caminó solo hacia el campo de tiro, reconfortado por la familiaridad que le inspiraban, aunque hoy tenían un propósito distinto al de la mera práctica o competición: ahora eran el escenario de la preparación de la defensa contra un enemigo que amenazaba todo lo que apreciaban.

CUANDO EL SOL se asomaba por el horizonte, proyectando largas sombras entre los edificios de Barranco Sombrío, Eli Stone salió de su herrería, con el delantal sustituido por un cinturón de armas que parecía demasiado familiar alrededor de su cintura. En el pueblo ya se respiraba una energía nerviosa. Los aldeanos iban de un lado a otro cargados con tablones de madera y barriles de provisiones. Fortificaban sus casas y tiendas con un fervor impulsado por las escalofriantes noticias que les habían impulsado a la acción.

Los ojos de Eli recorrieron la calle, observando cada posición en la que se levantaba una barricada o se construía a martillazos un puesto de vigilancia. Caminó con decisión y sus pasos le condujeron hasta donde un grupo se esforzaba por levantar una pesada puerta de madera en la

entrada principal de la ciudad.

"Crúzalo". La voz de Eli era tranquila, pero se imponía sobre el clamor. "Y cavad una zanja justo ahí, forradla con estacas. Ralentizará cualquier carga si se da el caso".

Los hombres se detuvieron, mirándolo con incertidumbre por un momento antes de asentir y ponerse a trabajar con renovado vigor. Los conocimientos de Eli en materia de defensa eran innegables, aunque su confianza en él les pareciera un arma de doble filo.

Mientras avanzaba por Shadow Gulch, Eli tomaba notas mentales de todo: la ubicación de los barriles de agua, las reservas de munición, las líneas de visión de los francotiradores. Compartió sus observaciones con moderación, pero con eficacia, dando forma a sus preparativos sin sobrepasarlos.

Al pasar por delante de la taberna de María, ahora cerrada a excepción de una pequeña ventana desde la que podía servir comida y bebida a los voluntarios, María le llamó la atención desde dentro. Su mirada estaba llena de una pregunta silenciosa que permanecía en el aire entre ellos: ¿Se estaba volviendo a meter en la piel del hombre que una vez fue?

Le dedicó una sonrisa tensa, una promesa de que no había olvidado a lo que se arriesgaba, pero se dio la vuelta antes de que ella pudiera leer algo más en su expresión.

La atención de Eli volvió a centrarse en la gente del pueblo, que martilleaba clavos y serraba madera. Captó fragmentos de conversaciones llenas de miedo y bravuconería a partes iguales. Su confianza en él se sentía tan sólida como un castillo de naipes en este incipiente viento. Sabía que bastaría un rumor o un error por su parte para que todo se viniera abajo.

"Stone", dijo el Sheriff Bennett mientras se acercaba a Eli. "Me han dicho que algunas personas de Miller's Ridge están dispuestas a prestarnos algunos rifles e incluso algunas manos".

"Son buenas noticias". Eli se volvió hacia Bennett. "Pero asegurémonos de no dispersarnos demasiado".

Bennett se rascó la barba incipiente. "¿Tienes más ideas como esa puerta? Somos todo oídos".

Eli dudó antes de responder. Comprendía que cada consejo que daba ahora era un paso más para alejarse del yunque y entrar en la refriega, una refriega que había estado evitando durante tanto tiempo.

"Necesitamos vigías en esas crestas". Eli señaló hacia las mesetas que los rodeaban. "Y no sólo para mostrar. Tienen que estar listos para encender fuego a la primera señal de problemas".

Los ojos de Bennett siguieron la mano de Eli antes de volver a encontrarse con su mirada. "Nos pondremos a ello".

Eli observó cómo Bennett se alejaba para organizar a los vigías. El sheriff se movía con decisión, pero miraba a Eli a menudo, como si quisiera que su presencia le tranquilizara.

A lo largo del día, Eli se movió entre la gente del pueblo como una aparición de su antiguo yo, presente pero separado, ofreciendo orientación sin asumir el mando. Vio caras tensas por la ansiedad y manos temblorosas a pesar de sus movimientos impulsados por la tarea.

Se dirigió hacia donde estaba Halcón Silencioso con algunos hombres que preparaban flechas y afilaban hachas. El aire que les rodeaba era diferente, cargado de una energía que parecía contradecir la aprensión reinante.

"Tu gente es hábil", dijo Eli.

Halcón Silencioso levantó la vista de una punta de flecha y miró directamente a Eli. "Entendemos lo que está en juego".

Eli asintió con la cabeza antes de darse la vuelta para ocultar la tensión de su mandíbula, el eco de batallas pasadas reverberando en su interior.

En el calor del mediodía, mientras el sudor goteaba de las cejas al suelo polvoriento y los niños repartían agua a los que trabajaban bajo el sol, Eli continuó sus rondas. Se detuvo en la clínica de Doc Timmons, ahora reforzada como una fortaleza, y encontró a Doc organizando suministros médicos junto a Rose Bailey.

"Necesitaremos más vendas", decía Rose cuando entró Eli.

"Y láudano", añadió el doctor Timmons sin levantar la vista de su lista.

Eli se apoyó en el marco de la puerta, observando en silencio antes de hablar. "Instala puestos por toda la ciudad, no sólo aquí en tu clínica".

Doc Timmons levantó por fin la mirada hacia Eli, con ojos agudos pero agradecidos por la percepción.

Cuando la tarde se convertía en noche, Eli se encontraba en lo alto de una de las plataformas parcialmente construidas a la entrada de Barranco Sombrío. Desde allí observó todo lo que se había logrado, una transformación forjada por la necesidad y guiada por su mano renuente.

El sheriff Bennett se unió a él en las alturas, entregándole una cantimplora que Eli aceptó con un movimiento de cabeza.

"Estamos dando forma lo mejor que podemos", dijo Bennett mientras escaneaba su obra abajo.

"Tendrá que ser suficiente". Eli dio un trago a la cantimplora y se la devolvió.

Los dos hombres permanecieron en silencio uno junto al otro durante unos instantes -el peso del conflicto inminente pesaba sobre ambos- antes de descender de nuevo a la fortaleza improvisada de Shadow Gulch bajo un cielo teñido de naranja.

ELI ESTABA de pie ante la gente del pueblo, con el peso de su mirada colectiva descansando sobre él. El podio improvisado de la iglesia distaba mucho de los yunques y martillos a los que estaba acostumbrado, pero sabía que su siguiente tarea era forjar algo más fuerte que el hierro: la esperanza.

El murmullo de las conversaciones cesó cuando dio un paso al frente, con el sol de la mañana proyectando largas sombras a sus espaldas. El viento arrastraba el aroma del sudor nervioso y la anticipación polvorienta. Observó a la multitud y sus ojos se fijaron en los rostros que había llegado a conocer, no sólo como herrero, sino como hombre que compartía sus miedos y sus sueños.

Se aclaró la garganta y su voz rompió el silencio con una resonancia que le sorprendió incluso a él. "Gente de Barranco Sombrío", comenzó, sus palabras medidas como el golpeteo cuidadoso de un clavo que se coloca en su lugar. "Hoy no estoy aquí como vuestro líder, sino como vuestro vecino. Como alguien que cree en este pueblo y en cada una de sus almas".

Un silencio se apoderó de la multitud y Eli sintió los latidos de cada corazón, cada uno de ellos como un tambor que le instaba a seguir adelante. "Todos hemos oído las historias", continuó. "Forajidos cabalgando por la noche, llevándose lo que no se han ganado, dejando tristeza a su paso. Pero esas historias no tienen por qué ser las nuestras".

Eli hizo una pausa y dejó que su mirada recorriera el mar de rostros que tenía delante, rostros marcados por la preocupación y la duda. Conocía bien esas expresiones. Reflejaban su propia confusión interior. "Los hombres que nos amenazan no saben lo que significa construir algo, plantar raíces profundas y extraer vida de un suelo duro".

Se acercó un paso más al borde del podio, sintiendo una energía que le recorría. "Ellos ven nuestros hogares, nuestro sustento, como un botín. Pero nosotros", señaló con un amplio gesto de

su brazo, "los vemos como algo por lo que merece la pena luchar".

Unos cuantos asentimientos recorrieron la multitud. Eli percibió un cambio en el ambiente. La incertidumbre empezó a disiparse bajo sus palabras.

"La unidad es nuestra fuerza", afirmó con una convicción que parecía solidificarse con cada sílaba. "Somos mineros que se adentran en la oscuridad para encontrar la luz. Agricultores que extraen vida de la tierra. Comerciantes que tejen hilos de comercio en comunidad".

Sus ojos encontraron los de María entre la multitud, su presencia era un ancla silenciosa en medio de mares agitados. Ahora no hablaba sólo por Shadow Gulch, sino por ella, por su futuro.

"Y somos familias", la voz de Eli se suavizó pero no vaciló. "Padres e hijos unidos por el amor y la esperanza: esperanza de paz, de prosperidad". Volvió a hacer una pausa para que sus palabras arraigaran en sus corazones.

"Nos encontramos en una encrucijada entre el miedo y el valor". Las manos de Eli se cerraron en puños a sus costados, no con rabia, sino con determinación. "Si dejamos que el miedo nos divida, si nos damos la espalda ahora, daremos a estos forajidos más poder del que merecen".

Un murmullo de acuerdo surgió de algún lugar de la asamblea.

"Pero si nos mantenemos unidos, si nos apoyamos unos a otros, nos convertiremos en algo más que blancos a la espera de una flecha". La mirada de Eli volvió a recorrerlos a todos. "Nos convertimos en un baluarte contra el caos, un testimonio de lo que se puede lograr cuando nos une una causa común".

Las cabezas empezaron a asentir con más vigor. Los ojos se iluminaron con creciente determinación.

"No te voy a mentir", continuó Eli. "El camino que tenemos por delante está lleno de riesgos y dificultades". Dejó que esas palabras pesaran entre ellos durante un momento antes de añadir en voz baja: "Pero también está iluminado por algo más fuerte: nuestra voluntad de proteger esta ciudad, nuestro hogar".

El silencio era completo ahora, un lienzo sobre el que Eli pintaba visiones de resiliencia.

"Enseñemos a estos forajidos de qué está hecho Shadow Gulch". Su voz se alzó con una pasión que le sorprendió incluso a él, una pasión nacida no de la violencia, sino del amor feroz por este pedazo de civilización en medio de la naturaleza.

"Demostrémosles que, cuando nos amenazan, no nos dispersamos como ganado asustado, sino que nos unimos como una manada que defiende su territorio". Extiende las manos como si quisiera reunir su espíritu colectivo.

"Fortificamos no sólo nuestros edificios, sino nuestros vínculos", el tono de Eli se volvió ferviente y a la vez cálido, como brasas que chisporrotean hasta convertirse en llamas. "Nos entrenamos no sólo en el manejo de las armas, sino en aferrarnos a la esperanza".

La gente del pueblo era ahora más alta. Con los hombros erguidos y los ojos llenos de determinación.

"Y cuando vengan, y vendrán, no nos enfrentaremos a ellos como individuos temblando de miedo, sino como Shadow Gulch unidos". Su puño se alzó involuntariamente hacia el cielo, emblema de su determinación común.

El discurso de Eli fue in crescendo hasta convertirse en un silencio que sonó más fuerte que cualquier disparo, un momento tensado por la solidaridad recién descubierta.

Entonces, lentamente, casi con vacilación al principio, estallaron los aplausos entre ellos: un par de manos al principio, luego más, hasta que los aplausos tronaron a su alrededor como un aguacero sobre tejados de hojalata.

Eli se apartó del podio. Su corazón latía con fuerza contra sus costillas, un tambor que ya no era solitario, sino que resonaba a su alrededor.

A medida que se abría paso entre la multitud, las manos le daban palmadas en la espalda o le agarraban del brazo, prueba física de su ascenso verbal momentos antes.

Estaban dispuestos a estar con él, a luchar por Shadow Gulch, y en ese instante, sin buscarlo ni desearlo, se convirtió en su líder.

La renuente insignia se posó sobre él como el polvo después de una tormenta, invisible pero innegable, mientras se movía entre ellos, no por encima de ellos, sino como uno de ellos, listo para enfrentarse juntos a lo que fuera.

Capítulo Dieciocho

LA PRIMERA LUZ del alba se colaba por las ventanas de la oficina del sheriff, proyectando largas sombras sobre las paredes forradas de carteles de búsqueda y mapas de los territorios circundantes. La sala bullía con una energía tensa, en marcado contraste con la calma del exterior, donde Shadow Gulch apenas empezaba a agitarse.

Eli Stone estaba de pie con las manos firmemente plantadas sobre la mesa de madera que ocupaba la mayor parte de la habitación, con la mirada fija en el mapa que se extendía ante él. A su lado, el sheriff Bennett fruncía el ceño mientras trazaba con el dedo posibles vías de aproximación. Frente a ellos, Halcón Silencioso se inclinó hacia delante, sus ojos oscuros reflejaban una intensidad solemne.

La mesa estaba rodeada de otras figuras clave: Doc Timmons, cuya sabiduría a menudo iba más allá de la medicina; Rose Bailey, cuya aguda mente para los números la hacía inestimable para la logística. Y el reverendo Mercer, que a pesar de su papel espiritual tenía una visión pragmática de la defensa.

"Ahora bien, si vienen del norte", comenzó el sheriff Bennett, señalando una serie de crestas que se embotellaban en el valle que conducía a Shadow Gulch, "podríamos utilizar el terreno elevado en nuestro beneficio".

Eli asintió pero no dijo nada. Sabía que el terreno podía ser tanto un aliado como un enemigo, pero fue Halcón Silencioso quien habló a continuación, desafiando la estrategia imperante.

"Tus hombres no son cabras montesas. El terreno elevado es traicionero y dispersará tus fuerzas".

El sheriff Bennett pareció desconcertado por un momento antes de poder responder. Eli lo vio entonces: la intersección del orgullo y el sentido práctico. Pero no era momento para egos. Era el momento de la dura verdad.

"Halcón Silencioso conoce estas tierras mejor que nadie", dijo Eli. "Escuchémosle".

Halcón Silencioso asintió a Eli y se inclinó sobre el mapa. Su dedo se deslizó sobre un estrecho paso al este.

"Los forajidos no esperarán resistencia aquí. Sólo lo conoce mi gente: un camino oculto por la propia tierra".

Eli estudió la zona indicada por Halcón Silencioso. Había cabalgado por allí una vez, años atrás: una hendidura oculta en el paisaje que casi había pasado por alto incluso buscándola.

"Eso podría conducirlos directamente a una emboscada si nos posicionamos correctamente", dijo Eli, imaginando la escena: hombres ocultos por rocas y maleza, esperando con los rifles preparados.

Rose Bailey intervino. "Necesitaremos suministros allí con antelación. No podemos ser sorprendidos moviéndolos bajo amenaza".

El doctor Timmons asintió. "Y necesitaré instalar una estación de campo cerca, en algún lugar fuera de la vista pero accesible".

La voz del reverendo Mercer trajo otra capa de consideración. "También debemos prepararnos para aquellos que no lucharán: los jóvenes, los ancianos. Necesitamos un lugar para ellos que sea seguro pero distante de cualquier confrontación".

La conversación fluye y refluye en torno a Eli, que asimila cada aportación. Cada persona aportaba una perspectiva que colmaba lagunas que él no había visto: una miríada de ideas que creaban una imagen más clara.

El sheriff Bennett pareció relajarse al escuchar las sugerencias de Halcón Silencioso. "De acuerdo entonces", dijo con un nuevo respeto en su tono, "necesitaremos exploradores posicionados en puntos clave-ojos que puedan avisarnos ante cualquier señal de movimiento".

Halcón Silencioso asintió de nuevo. "Tendré a mis hombres listos".

A medida que se establecían las estrategias pieza por pieza, Eli sintió que algo cambiaba en su interior: el resurgimiento de algo que creía haber enterrado en lo más profundo: el estratega, el agente de la ley que una vez había dictado decisiones de vida o muerte sin inmutarse.

Repasaron todos los detalles -rutas de abastecimiento, señales de comunicación, posiciones de repliegue- hasta que forjaron no sólo un plan, sino un acuerdo entre mundos que habían permanecido separados durante demasiado tiempo.

Mientras hablaban, el sol de la mañana subía por el cielo y sus rayos iluminaban las motas de polvo que bailaban en el aire, un recordatorio silencioso de que la vida continuaba al margen de sus preparativos para la guerra.

Eli se quedó mirando los tatuajes tribales de Halcón Silencioso que asomaban bajo su manga: la tinta contaba historias de unidad y supervivencia. Hablaba de una lealtad más fuerte que la sangre, una hermandad ganada a través de pruebas compartidas.

En esta pequeña sala llena de vestigios de ley y orden se encontraban representantes de vidas dispares unidos por la necesidad, cada uno indispensable para el futuro del otro.

Los ojos de Eli volvieron al mapa mientras concluían su reunión con silenciosos asentimientos y acuerdos murmurados; sus palabras ya no eran necesarias. Sus intenciones estaban claras.

Se dispersaron tranquilamente con las tareas entre manos: el peso de sus decisiones pesaba sobre sus hombros, pero lo llevaban con una resolución nacida de la comprensión y el respeto mutuos.

La sala se vació hasta que sólo quedaron Eli y el sheriff Bennett, la quietud asentándose a su alrededor como el polvo tras una estampida.

El sheriff Bennett estrechó el hombro de Eli, un silencioso agradecimiento por unir mundos que, de otro modo, habrían chocado en la ignorancia en lugar de unirse contra un enemigo común.

Cuando Eli salió a la luz del día, dejando atrás la madera oscura y las estrategias de papel por la realidad de carne y hueso, no sólo llevaba consigo planes de defensa, sino también un respeto recién descubierto por las alianzas que nunca había previsto formar, una alianza sellada no por apretones de manos o firmas, sino por la convicción y la esperanza compartidas en la palabra del otro.

Eli observó a los colonos rodear a Halcón Silencioso, con una expresión mezcla de curiosidad y aprensión. El guerrero nativo americano estaba de pie ante ellos, una encarnación de

la tierra implacable que rodeaba Shadow Gulch, su presencia imponía atención sin una palabra.

La gente del pueblo, vestida con un mosaico de cuero y tela vaquera, empuñaba las armas con cautela, mirando a Eli en busca de seguridad. Él les asintió con la cabeza, un estímulo tácito para que mantuvieran la mente abierta. Hoy no se trataba sólo de sobrevivir. Se trataba de comprender.

Halcón Silencioso levantó las manos, con movimientos deliberados. Habló del equilibrio entre el hombre y la naturaleza, de cómo el flujo del río reflejaba el flujo del combate. Los colonos se agitaron inquietos sobre sus pies, con los ojos desviados entre Eli y el guerrero que tenían delante.

Con un gesto suave, Halcón Silencioso hizo una seña a uno de los hombres más jóvenes de la multitud. El chico se adelantó. Llevaba el rifle colgado del hombro. Eli pudo ver la duda en sus ojos, un reflejo de su propia reticencia pasada a aceptar lo que no entendía.

El guerrero habló en voz baja, pero con convicción, mientras demostraba una técnica de desarme. Sus manos se movían como el viento sobre la hierba de la pradera, rápidas e invisibles hasta alcanzar su objetivo. El rifle cayó al suelo, dejando al joven con los ojos abiertos de incredulidad.

Eli se adelantó. "Caballeros. Lo que Halcón Silencioso nos está enseñando podría inclinar las probabilidades a nuestro favor". Recogió el rifle y se lo devolvió a su dueño. "Prestemos atención".

Los colonos se prepararon mientras Halcón Silencioso continuaba. Les enseñó a utilizar el entorno en su beneficio: rocas para cubrirse, polvo para distraerse. Eli tradujo estas lecciones en consejos tácticos, sacándolos de su propia reserva de conocimientos duramente adquiridos.

Practicaron técnicas de agarre que hicieron que algunos se sintieran incómodos por la proximidad entre ellos, a la que no estaban acostumbrados con sus enemigos. Pero mientras Halcón Silencioso se movía entre ellos, corrigiendo agarres y demostrando lanzamientos, se produjo un sutil cambio en el grupo.

Una mujer de mediana edad llamada Margaret se acercó a Halcón Silencioso con una pregunta sobre una postura defensiva con la que tenía problemas. Eli observó cómo Halcón Silencioso escuchaba antes de ajustar suavemente su postura.

Cuando repitió el movimiento con otra voluntaria, su rostro se iluminó con una nueva confianza. Las barreras entre ellas parecieron disolverse en ese momento de triunfo compartido.

Un fornido minero fue el siguiente, ansioso pero torpe en su intento de realizar un movimiento que acababan de aprender. Su oponente, un pastor larguirucho llamado Thomas, era rápido de pies pero menos musculoso. Mientras luchaban bajo la mirada de Halcón Silencioso, Eli lo vio: el respeto mutuo florecía como las flores del desierto después de la lluvia.

Thomas acabó de espaldas la mayoría de las veces, pero cada vez se levantaba con una sonrisa. "Creo que pronto lo haré bien".

Eli se encontró emparejado con Halcón Silencioso para una demostración de cómo contrarrestar una emboscada por la espalda, una situación demasiado familiar de días que es mejor olvidar. Sin embargo, aquí estaba de nuevo, cara a cara con la violencia que se avecinaba en el horizonte.

La mano de Halcón Silencioso agarró el hombro de Eli en señal de amenaza. Eli respondió zafándose de su agarre con facilidad, una danza que bailaron para los que los observaban atentamente.

"Utiliza el impulso de tu oponente", dijo Eli mientras se estabilizaba tras la maniobra. "No luches contra él. Redirígelo".

Al moverse juntos, guerrero y agente de la ley, su fluidez se convirtió en un lenguaje silencioso. No pasó mucho tiempo antes de que otros intentaran imitar su sinergia, con tropiezos al principio, pero mejorando gradualmente.

A medida que el sol subía en el cielo y el sudor brillaba en las cejas fruncidas por la concentración, las risas empezaron a sonar en el campo de entrenamiento, un sonido que Eli no esperaba pero que acogió como la primavera después de un duro invierno.

La gente del pueblo practicaba caerse y rodar por el suelo para evitar disparos o flechas, acciones que les hacían parecer más niños jugando que adultos preparándose para un conflicto. Sus risas resonaban en las paredes de Shadow Gulch cuando cada caída se convertía en una oportunidad para la frivolidad en medio del miedo.

Al mediodía, cuando los estómagos rugían y las gargantas resecas por el esfuerzo pedían un respiro, Eli pidió un descanso. Hombres y mujeres se reunieron en torno a barriles de agua y cestas de comida.

Eli se apoyó en un viejo roble y observó a Halcón Silencioso sentado junto al sheriff Bennett en un tronco caído, compartiendo cecina y galletas, mientras el sheriff escuchaba atentamente a Halcón Silencioso que le explicaba las técnicas de rastreo que podían alertarles del peligro que se acercaba.

Frente a ellos se sentaban el doctor Timmons y Margaret, que seguía practicando su nueva postura defensiva bajo la divertida mirada del doctor: la medicina se mezclaba a la perfección con la instrucción marcial.

Mientras Eli contemplaba la escena, la unidad que se formaba ante él, sintió que algo se agitaba en su interior: esperanza mezclada con temor, un cóctel lo bastante potente como para adormecer el espíritu de cualquier hombre.

María se le acercó con dos platos llenos de comida, una ofrenda silenciosa que tenía más peso del que podría sugerir un simple alimento.

"Pensé que tendrías hambre", le dijo, con los ojos clavados en su rostro, quizá buscando signos de tensión o determinación.

Aceptó un plato y esbozó una pequeña sonrisa mientras la gratitud le calentaba más que cualquier sol de mediodía.

"Siempre sabes lo que necesito". Dejó que sus dedos se rozaran brevemente, una conexión momentánea que prometía más de lo que las palabras podrían revelar.

Su almuerzo transcurrió en un cómodo silencio, el que sólo se da entre dos almas que se entienden más allá del lenguaje hablado, el que deja espacio para preguntas y preocupaciones no expresadas, pero que sirve de consuelo.

Después, mientras los hombres y las mujeres volvían a sus puestos de entrenamiento y se preparaban una vez más para afrontar las incertidumbres del futuro, Eli se encontró junto a Halcón Silencioso, dos líderes que forjaban la esperanza a partir de la implacable piedra: un golpe cada vez, un aliento cada vez, un corazón cada vez.

EL AIRE se llenó de tensión cuando Clarence, un hombre con el rostro endurecido no por el sol sino por el descontento, dio un paso al frente. Los ojos del aldeano, estrechos e inflexibles, se clavaron en Eli.

"¿Estás seguro de que podemos confiar en estos planes tuyos, Stone?" La voz de Clarence cortó el murmullo de actividad. "¿Y qué pasa con él?" Dirigió la cabeza hacia Halcón Silencioso, que estaba cerca, observando con silenciosa intensidad.

Eli miró a Clarence a los ojos. El desafío de aquellos ojos era tan ardiente como el calor que irradiaba el yunque de su herrería. Apretó la mandíbula, eligiendo sus palabras como balas en una recámara.

"Estamos trabajando con lo que sabemos", dijo Eli. "El conocimiento de Halcón Silencioso de esta tierra podría significar la diferencia entre la vida y la muerte para todos nosotros".

Un murmullo recorre la multitud: algunos asienten con la cabeza mientras otros se mueven incómodos.

"¿Y qué hay de ti?" Clarence continuó. "Todos hemos oído rumores sobre tu pasado. ¿Puede un hombre que se ha pasado la vida traficando con la muerte liderarnos de verdad sin que esa violencia caiga sobre nuestras cabezas?".

Los ojos oscuros de Halcón Silencioso se desviaron hacia Eli y luego volvieron a Clarence, dispuesto a saltar en su defensa, pero Eli levantó ligeramente una mano: no hacía falta echar más chispas a un barril de pólvora.

"No mentiré sobre quién he sido". Eli miró fijamente a Clarence. "Pero gracias a ese pasado sé lo valiosa que es la paz y lo duro que debemos luchar cuando se ve amenazada".

La multitud contenía la respiración, observando cómo Clarence parecía sopesar la convicción de Eli frente a sus propias dudas.

"Parece conveniente", dijo Clarence. "Tienes una respuesta para todo".

"No se trata de comodidad. Se trata de supervivencia". El tono de Eli era uniforme, pero tenía un matiz que le recordaba que, aunque no buscaba pelea, tampoco rehuiría una.

Algunos aldeanos intercambiaron miradas y susurros. Algunos se pusieron más firmes, con los hombros erguidos. Clarence frunció el ceño, pero no encontró ningún otro desafío que ofrecer. En lugar de eso, resopló y se dio la vuelta, disolviéndose de nuevo entre la multitud de gente del pueblo.

Halcón Silencioso se acercó a Eli una vez que Clarence se hubo retirado entre la multitud. Su sola presencia transmitía solidaridad, una declaración silenciosa contra cualquier voz discordante.

"Somos diferentes corrientes del mismo río", dijo Halcón Silencioso para que sólo Eli pudiera oír. "Su miedo no hace que se equivoque al cuestionar".

Eli miró a Halcón Silencioso. "La duda puede ser tan mortal como cualquier bala si se instala", dijo en voz baja. "Tenemos que asegurarnos de que no se encona".

Mientras hablaban, el sheriff Bennett se les unió, dándole una palmada en el hombro a Eli.

"Lo has manejado bien", dijo Bennett con un movimiento de cabeza hacia donde Clarence había estado antes. "La gente seguirá la confianza así".

Eli se encogió de hombros ante el cumplido y el malestar que se instalaron en su interior como invitados no deseados en su mesa. Sabía que cada semilla de duda necesitaba un cuidado especial para que no creciera sin control.

El día avanzaba y Shadow Gulch se transformaba ante sus ojos: una ciudad que se preparaba para el impacto como un barco que cierra las escotillas ante una tormenta que se aproxima. Eli los observaba trabajar. Cada clavo que clavaban era un testimonio de su voluntad de sobrevivir a lo que se les viniera encima.

Capítulo Diecinueve

A MEDIDA que el crepúsculo descendía sobre Barranco Sombrío, los últimos rescoldos de luz solar se deslizaban tras las escarpadas montañas, proyectando sombras alargadas sobre la tierra. Eli estaba de pie frente a su forja, mirando al horizonte, los colores pintando un vívido recuerdo de tiempos menos agobiantes. Una suave brisa traía el aroma de la artemisa y el lejano sonido de las risas de los niños que aún jugaban, ignorantes del peligro que se cernía sobre ellos.

No podía evitar añorar aquellos días en los que su vida tenía un ritmo sencillo: calentar el hierro, martillear el metal y la satisfacción de una herradura bien forjada. El yunque había sido su confidente, absorbiendo sus silenciosas confesiones con cada golpe decidido. Pero ahora, ese ritmo constante se veía salpicado por el peso de un conflicto inminente y un liderazgo que nunca quiso recuperar.

Eli se apartó de la pared, sus botas crujieron sobre la grava mientras caminaba hacia la parte trasera de su tienda y colocaba unas cuantas latas en un viejo poste de la valla, a una distancia que en otro tiempo le habría parecido trivial. La pistola colgaba pesada a su lado mientras cuadraba los hombros y respiraba hondo. No necesitaba practicar. La memoria muscular le guiaba tanto como la vista. Pero no se trataba de habilidad, sino de fortalecer su determinación.

Sonó el primer disparo, rompiendo el silencio y la primera lata en un movimiento limpio. Disparó metódicamente una y otra vez, cada disparo como una puntuación en el silencioso aire nocturno, una declaración de que se mantendría en pie y lucharía no sólo por Shadow Gulch, sino por lo que representaba en su búsqueda de la redención.

Con cada disparo, los sentidos de Eli se agudizaban. El sabor metálico de la pólvora en el aire, el eco resonante que rebotaba en las paredes del cañón y el leve escozor que le producía en la mano el retroceso del arma le hacían sentirse en aquel momento. Fue aquí, bajo el creciente manto de estrellas, donde Eli se reconcilió consigo mismo. Aceptó que el liderazgo lo había encontrado una vez más, no como una maldición, sino como una vocación.

Su último disparo resonó en el silencio y Eli permaneció allí varios latidos más de lo necesario antes de recargar cada recámara con deliberado cuidado. Este acto no era sólo una preparación para lo que estaba por venir. Era simbólico: un compromiso para proteger esta ciudad y a su gente.

Cuando se hizo de noche, Eli limpió su revólver antes de volver a guardarlo en la funda. Sus movimientos eran precisos e intencionados, y cada acción servía para atarlo al camino que había elegido, o que tal vez habían elegido para él.

Al volverse hacia la ciudad, pudo ver luces parpadeando en las ventanas y antorchas encendidas a lo largo de la calle principal: la gente se aferraba a la normalidad incluso mientras se preparaba para el asedio. Confiaban en él para guiarles en esta oscuridad. Su confianza en él

era un honor y un ancla.

Eli atravesó la ciudad con paso decidido. Cada paso le llevaba más allá de los edificios ahora transformados en barricadas contra un enemigo invasor: ventanas tapiadas. Puertas reforzadas. Su mirada se posó en rostros marcados por la preocupación. Miraron hacia él con expresiones que mezclaban el miedo con la esperanza.

En los momentos previos a que el sueño se apoderara de los habitantes de Shadow Gulch, Eli se esforzaba por ofrecer palabras de aliento o consejo cuando era necesario, sin demorarse demasiado pero asegurándose siempre de que cada interacción fuera significativa.

En casa de María, se detuvo antes de llamar suavemente a su puerta. Ella respondió con rapidez, como si hubiera estado esperando toda la noche. Sus ojos buscaron su rostro en busca de consuelo o quizás una señal de que todo iría bien.

"Hacemos todo lo que podemos", dijo Eli en voz baja pero con firmeza.

"Lo sé. La voz de María era firme a pesar de la preocupación que persistía como un humo inoportuno. "Sólo... vuelve cuando esto termine".

Le tendió la mano y le tocó suavemente el brazo, una conexión fugaz cargada de promesas tácitas y temores compartidos. Luego se apartó, asintiendo una vez con la cabeza antes de volver a adentrarse en la noche.

El resto de las rondas de Eli fueron más tranquilas, ya que muchos se habían retirado al interior para descansar o rezar, o simplemente para mantener cerca a sus seres queridos ante un futuro incierto.

Cuando regresó a su forja, Eli echó un último vistazo al tomahawk que Halcón Silencioso le había regalado. Estaba sobre su mesa de trabajo, un símbolo de confianza de un líder a otro. Dejó que sus dedos recorrieran sus intrincadas tallas antes de volver a dejarla en el suelo con reverencia.

En estas últimas acciones del día -las prácticas de tiro a puerta cerrada y las rondas tranquilizadoras a la población-, Eli se aferró no sólo al deber, sino a la esperanza. La esperanza de que incluso durante el conflicto podía haber unidad y de que tras la violencia podía llegar la curación.

Su último acto antes de buscar descanso no fue ni grandioso ni visto por ninguna otra alma en Barranco Sombrío. Se limitó a permanecer una vez más frente a su fragua, contemplando las constelaciones esparcidas por los cielos -testigos celestiales tanto de la locura como de la fortaleza humanas- y susurró una promesa al aire fresco de la noche.

"Os defenderé", dijo en voz baja tanto a la ciudad como a las estrellas. "Estaré por todos nosotros".

ELI ESTABA de pie en las mesetas, su silueta marcada contra el lienzo añil del cielo crepuscular. El aire fresco de la noche le llenaba los pulmones, llevando consigo el aroma de la artemisa. Su mirada se fijó en el resplandor maligno que empañaba el horizonte: hogueras distantes como ojos malévolos que observan desde lejos.

Su mano descansaba sobre la culata de su revólver, un peso familiar contra su muslo, un recordatorio de lo que una vez fue y de lo que podría tener que volver a ser. Eli sabía que aquellas hogueras auguraban problemas. Eran faros de una tormenta inminente que amenazaba con engullir el pueblo que había llegado a ver como un refugio de su pasado.

Podía oír el inquieto arrastrar de pies a sus espaldas, los murmullos de Halcón Silencioso y de algunos hombres de confianza que le habían acompañado a explorar el perímetro. Los

hombres le miraban, con rostros marcados por la preocupación y la expectación. Sus ojos buscaban seguridad en su firmeza, una seguridad que él no estaba seguro de poder dar.

El susurro de un movimiento silencioso llamó la atención de Eli cuando Halcón Silencioso se acercó. La presencia del hombre era como una sombra, silenciosa pero innegable. "Están más cerca de lo que pensábamos", dijo Halcón Silencioso en voz baja, casi mezclándose con el viento.

"Tendremos que ajustar nuestros planes", dijo Eli. "Reforzar la vigilancia nocturna, duplicar nuestras patrullas".

La mirada de Halcón Silencioso siguió la de Eli hacia los fuegos en la distancia. "Mi gente está preparada. Estaremos a tu lado".

Descendieron juntos de las mesetas y regresaron a Shadow Gulch. El pueblo estaba lleno de actividad a pesar de lo tarde que era. Las linternas parpadeaban mientras la gente fortificaba sus hogares y afilaba su determinación junto con sus armas.

Eli avanzaba por las calles con determinación, y cada paso le llevaba a tomar decisiones que desearía no tener que tomar. Se detuvo frente al Maria's Saloon, cuyas ventanas brillaban cálidamente en contraste con el frío pavor que parecía asentarse sobre él como escarcha.

María salió al porche de madera y se ciñó el chal alrededor de los hombros cuando lo vio. "Eli", gritó en voz baja, con el ceño fruncido por la preocupación.

La recibió a medias, sintiendo un dolor en el pecho ante su expresión ansiosa. "Los vi", dijo antes de que ella pudiera preguntar.

Extendió la mano como para tocarlo, pero vaciló en el aire. "¿Qué vamos a hacer?"

"Seguiremos preparándonos", dijo Eli, ofreciendo el consuelo que podía con una firmeza que esperaba fuera convincente. "Nos mantendremos firmes".

Ella asintió lentamente y su mano se posó brevemente en el brazo de él, una conexión fugaz que lo decía todo.

Cuando se separaron, Eli sintió los ojos de ella en su espalda, una súplica silenciosa por algo que nadie podía prometer.

La oficina del sheriff bullía cuando entró Eli. Había mapas esparcidos por una gran mesa. El sheriff Bennett y otras personas los examinaban con el ceño fruncido.

"Te necesitamos aquí", dijo Bennett cuando Eli se acercó. "Tu experiencia".

Eli escudriñó los mapas, anotando las características del terreno y los posibles puntos de estrangulamiento: una visión táctica que le venía tan natural como respirar. Señaló un paso estrecho que conducía a Shadow Gulch. "Aquí", dijo con firmeza. "Si podemos retenerlos aquí".

Los que antes lo veían con escepticismo asintieron a su sugerencia.

Pasó horas allí, entre mapas y hombres, planeando defensas para un ataque que todos esperaban que nunca llegara, pero que estaban seguros de que llegaría al amanecer.

La campana de la iglesia tocaba a medianoche cuando Eli volvió a salir. Shadow Gulch estaba ahora más tranquilo, pero aún lejos de estar dormido. Un perro ladraba a lo lejos, un sonido solitario que resonaba en las paredes de piedra del valle.

Se dirigió a su casa, pero se encontró con que se desviaba hacia la de María. Ella le esperaba en la puerta, con una linterna que iluminaba sus rasgos con luz dorada.

"¿No puedes dormir?", preguntó en voz baja cuando él se acercó.

Eli sacudió ligeramente la cabeza. No siguieron hablando. Las palabras parecían demasiado frágiles para lo que sentían: miedo mezclado con determinación y algo más delicado entre ellos que ninguno se atrevía a nombrar en momentos tan oscuros.

Compartieron el café en silencio en la mesa de la cocina de ella: el calor amargo no ayudaba

a aliviar el frío que sentía en su interior.

"Tengo que irme", dijo Eli después de un rato, poniéndose de pie. Sus manos se rozaron cuando él le devolvió la taza, un roce lo bastante eléctrico como para detenerlo en la puerta.

"Ten cuidado", le susurró María, una simple petición que tenía más peso que cualquier promesa o juramento.

Eli la dejó allí, en aquella cálida cocina llena de sombras suaves y cosas sin decir, la dejó allí porque quedarse hacía demasiado real lo que podría perderse con la luz de la mañana.

De vuelta en casa, Eli estaba sentado en su saco de dormir, sin botas pero con el cinturón de armas puesto, y el tomahawk que Halcón Silencioso le había regalado descansaba al alcance de la mano sobre su pequeña mesa de madera. El arma le resultaba extraña, pero encajaba a la perfección entre sus herramientas de herrero, otro signo del cambio al que se había visto obligado por las circunstancias y no por elección propia.

En estas tranquilas horas antes de que la batalla lo devolviera a un mundo del que había huido hacía mucho tiempo, Eli luchaba con los fantasmas de sus actos pasados, los espectros de aquellos que se habían enfrentado a su juicio bajo cielos sin ley no muy distintos de estos.

Pero ahora no se trataba de justicia ni de castigo, sino de supervivencia. Se trataba de proteger un futuro que acababa de empezar a revelarse a través de manos agrietadas y miradas esperanzadas intercambiadas mientras se tomaba el café de la mañana.

Se levantó antes de que amaneciera en Shadow Gulch, con el sabor metálico de la anticipación en la lengua mientras se ajustaba el cinturón de su arma con manos resueltas.

La ciudad se despertó a su alrededor: las contraventanas se abrieron de par en par contra la oscuridad, mientras las madres susurraban coraje al oído de sus hijos.

Eli se unió al sheriff Bennett y a Halcón Silencioso en lo alto de una de las pasarelas de madera de Shadow Gulch, donde podían supervisar los preparativos.

"Se acabó", murmuró Bennett en voz baja, una afirmación dirigida a sí mismo más que a nadie.

Eli se limitó a asentir una vez, con la mirada escrutando tejados y callejones en busca de señales de preparación.

Las hogueras lejanas se habían apagado, sólo quedaba ceniza fría donde antes brillaban las amenazas a la luz de la luna.

Pero todos sabían que no habían desaparecido sin más. Esos hombres llegarían con la salida del sol, trayendo la guerra a su tranquilo pueblo fronterizo enclavado entre rocas y lugares duros.

Y mientras las primeras luces del alba proyectaban largas sombras sobre los caminos de tierra que pronto se verían empañados por el conflicto, Eli Stone supo que ya no se trataba de redención ni de fantasmas, sino de mantenerse firme por algo que valía más que todos los remordimientos juntos: el hogar.

Capítulo Veinte

ELI STONE ENTRECERRÓ los ojos contra el cielo cada vez más brillante mientras cabalgaba junto a Halcón Silencioso, con el suave crujido de los cascos de sus caballos como contrapunto al coro de la fauna que se despertaba. El aire estaba helado, anunciando un día que aún no había sido tocado por el pleno abrazo del sol.

Halcón Silencioso guió a su montura con facilidad, conduciéndolos a un mirador que dominaba la vasta extensión de tierra que acunaba Barranco Sombrío. Eli observó cómo la mirada de Halcón Silencioso recorría el paisaje, como un guardián silencioso que evaluaba cada detalle.

"Conoces esta tierra como si fuera parte de ti", dijo Eli, rompiendo el silencio de la mañana.

Halcón Silencioso se volvió hacia él, con una leve sonrisa en los labios. "Es más que conocimiento. La tierra es parte de nuestro espíritu, el lugar de descanso de nuestros antepasados. Cada roca y cada arroyo guardan historias de generaciones pasadas".

Eli asintió, considerando las palabras de Halcón Silencioso mientras desmontaban para inspeccionar la zona a pie. El guerrero se agachó y sus dedos trazaron patrones en la tierra, leyendo signos invisibles para Eli.

"Mi padre solía traerme aquí". La voz de Halcón Silencioso se transmite por el viento. "Me enseñó a escuchar, a oír los susurros de nuestros antepasados y a entender lo que nos dicen".

Eli observó a Halcón Silencioso con una curiosidad recién descubierta. "¿Y qué te dicen?"

"Que no somos más que administradores", dijo Halcón Silencioso, enderezándose. "No pertenecemos a esta tierra más de lo que el halcón pertenece al cielo. Se nos concede tiempo aquí para honrarla y protegerla".

Subieron más alto hasta llegar a un acantilado que ofrecía una vista panorámica. Bajo ellos se extendía un intrincado tapiz de cañones y mesetas, un mundo agreste donde la vida se aferraba tenazmente entre piedra y polvo.

Halcón Silencioso señaló un río que serpenteaba por el valle. "El río lleva recuerdos en su caudal, de sequías sufridas y temporadas de abundancia. Ha visto a mi pueblo levantarse y caer, igual que ha visto a los forasteros ir y venir".

Eli se sintió atrapado por la reverencia de Halcón Silencioso hacia su entorno. Siempre había visto este terreno como implacable, un lugar que ponía a prueba la determinación de un hombre, pero a través de los ojos de Halcón Silencioso, estaba lleno de historia.

"Creo que siempre he estado buscando dónde encajo en todo esto".

Halcón Silencioso le dirigió una mirada comprensiva. "Tu viaje es como ese río: serpentea y gira con el tiempo, moldeado por cada roca y recodo que encuentra".

Un halcón gritó por encima de ellos, su llamada resonó entre la tierra y el cielo. Halcón

Silencioso lo observó elevarse con una expresión que decía mucho de su tocayo.

"Me llamaron así por mi naturaleza", dijo tras una breve pausa. "Pero también por cómo me muevo por la vida: viendo mucho pero hablando poco, conservando la fuerza para cuando más importa".

Eli sintió entonces un parentesco, una conexión forjada no sólo por las circunstancias, sino por las cualidades compartidas de moderación y contemplación.

"¿Crees que estaremos listos cuando lleguen?" preguntó Eli al cabo de un rato.

Halcón Silencioso miró hacia Barranco Sombrío, ahora sólo una pequeña colección de formas en la distancia. "Nos preparamos lo mejor que podemos. Pero la preparación viene de algo más que la preparación, viene de la unidad".

Eli reflexionó sobre ello mientras descendían del mirador hacia sus caballos. La unidad era algo por lo que había luchado antes, pero que nunca había estado seguro de conseguir.

Mientras cabalgaban de vuelta a la ciudad, Halcón Silencioso contaba historias de sus antepasados, historias que daban vida a cada lugar por el que pasaban. Habló de batallas libradas no sólo por la supervivencia, sino por la armonía con la naturaleza. De celebraciones que no marcaban conquistas, sino momentos en los que se restablecía el equilibrio.

Cada historia parecía reflejar las propias luchas de Eli: la búsqueda de la justicia sin perderse a sí mismo. Encontrar la paz en el caos. Buscar la redención en un camino plagado de viejos fantasmas.

Regresaron a Barranco Sombrío con las sombras extendiéndose por el suelo, pintándolo todo de tonos anaranjados y dorados a medida que el día se acercaba al atardecer. La gente del pueblo había estado muy ocupada fortificando sus casas y reuniendo provisiones, un hervidero de actividad impulsada por la necesidad.

Halcón Silencioso hizo una pausa. "Pronto, bailaremos para honrar a nuestros ancestros y pedir su guía en la batalla que se avecina".

Eli sintió una invitación en esas palabras, una oferta para compartir algo sagrado.

"Sería un honor que te unieras a nosotros", dijo Halcón Silencioso.

Eli dudó sólo un instante antes de asentir. Era un paso más para unir mundos que llevaban demasiado tiempo separados, un paso que él necesitaba tanto como ellos.

Cuando Halcón Silencioso se marchó para reunirse con su gente, Eli se volvió hacia su forja, sintiendo de nuevo el peso de la responsabilidad sobre él. Pero ahora también había expectación, por lo que podría aprender de aquellos que habían caminado por estas tierras mucho tiempo antes que él y por cómo su sabiduría podría guiarle para encontrar su propio lugar en todo esto.

La forja aguardaba silenciosa y fría mientras él se acercaba a ella -acero esperando a que el fuego insuflara vida a su forma una vez más- y Eli se dio cuenta de que tal vez esto también formaba parte del ciclo: el frío dando paso al calor, la quietud rota por la acción.

Esta noche estaría con Halcón Silencioso bajo estrellas más antiguas que cualquier cuento, ¿y mañana? El mañana aún no estaba escrito, su historia la contarían juntos.

BAJO EL SOL NACIENTE, Shadow Gulch se transformó. El otrora tranquilo asentamiento, que zumbaba con los suaves estruendos de la industria y los susurros del comercio diario, resonaba ahora con las nítidas órdenes de los ejercicios de entrenamiento. Eli estaba de pie en medio de todo, su postura era una columna de autoridad silenciosa. A su lado, Halcón Silencioso se movía con fluida gracia, demostrando una maniobra de combate a un grupo de colonos con los ojos muy abiertos.

La gente del pueblo había cambiado sus herramientas por armas, y el olor terroso de la tierra recién removida se mezclaba ahora con el acre aroma de la pólvora. Eli observó cómo el martillo de un herrero yacía abandonado junto a un yunque, mientras las manos de su propietario sujetaban los contornos desconocidos de un rifle. Su mirada recorrió la multitud. Los rostros estaban decididos a seguir los movimientos de Halcón Silencioso y sus cuerpos intentaban imitar su precisión.

En esos momentos, Eli vio algo más que un simple entrenamiento: fue testigo de una fusión de mundos. Los miembros de la tribu compartían generosamente sus conocimientos, enseñando técnicas de sigilo y rastreo que eran naturales para ellos pero novedosas para sus nuevos camaradas. A cambio, algunos habitantes del pueblo les enseñaron técnicas de recarga que podían restar valiosos segundos al resultado de una escaramuza.

A medida que las barreras se disolvían bajo un propósito común, Eli se dio cuenta de que los asentimientos a regañadientes se convertían poco a poco en auténtico respeto. Oyó risas donde antes sólo había silencio: un minero bromeaba sobre su torpe forma de andar mientras un miembro de la tribu le corregía la postura.

"Así", la voz de Halcón Silencioso cortaba el aire de la mañana mientras mostraba a un colono cómo sostener un arco. "El equilibrio es la clave".

Eli no pudo evitar maravillarse ante aquel espectáculo: un testimonio de unidad que parecía tan frágil como hermoso. Un fornido ranchero que había expresado abiertamente su desconfianza hacia los nativos americanos se inclinaba ahora hacia ellos, entrecerrando los ojos por el astil de una flecha, tratando de encontrar ese equilibrio del que hablaba Halcón Silencioso.

El ranchero soltó la flecha. Dio en el blanco y se volvió hacia Halcón Silencioso con algo parecido a la admiración brillando en sus ojos.

"Nunca pensé que aprendería de vosotros", dijo, pero su tono contenía un trasfondo de respeto.

Halcón Silencioso asintió, con el fantasma de una sonrisa.

Eli sintió una punzada de algo que no se atrevía a nombrar: ¿esperanza, tal vez? Era un sentimiento que había enterrado durante mucho tiempo bajo capas de cinismo y arrepentimiento. Pero ahora parpadeaba en su interior, contenida pero insistente.

Se movía entre los grupos ofreciendo orientación cuando era necesario; su voz nunca se elevaba por encima del nivel de conversación, pero transmitía un aire de mando que incitaba a prestar atención inmediata. Cuando corrigió la postura de tiro de una joven, ésta escuchó atentamente y ajustó su posición.

"Codos firmes", instruyó Eli. "No luches contra el retroceso. Deja que pase a través de ti".

Volvió a disparar, y esta vez su tiro no se desvió mucho del centro. Se le dibuja una sonrisa en la cara, mezcla de sorpresa y orgullo, y da las gracias con la cabeza.

En medio de esta incipiente camaradería, Eli vio a Clarence merodeando por los márgenes, con el ceño fruncido cada vez que se producía una muestra de cooperación entre el pueblo y la tribu. El desdén del hombre flotaba a su alrededor como el humo de un fuego apagado. Eli tomó nota mental de que debía vigilarlo. La disidencia podía extenderse tan rápido como un incendio si no se controlaba.

Más tarde, Eli se encontró codo con codo con Halcón Silencioso mientras observaban a su improvisada milicia. Sentía un extraño parentesco con el guerrero que tenía a su lado: dos líderes unidos por la necesidad, con un respeto mutuo duramente ganado y no expresado.

Observaron cómo los colonos practicaban la carga y el disparo al unísono, una sinfonía de chasquidos y estampidos que se convirtió en música por derecho propio: el sonido de la

supervivencia. Frente a ellos, los miembros de una tribu practicaban técnicas que casi parecían danzas, elegantes pero mortales.

"¿Crees que estarán listos?" El Sheriff Bennett se acercó a ellos.

Eli siguió la mirada de Bennett -que se posaba en los niños que fingían ser soldados- y sintió una punzada en el pecho por lo que esto podía costarles a todos.

"Hacemos lo que podemos", dijo Eli tras una pausa. "Son más fuertes de lo que creen".

El sheriff asintió con la cabeza, pero no dijo nada más antes de alejarse para controlar a otro grupo.

A medida que se acercaba el anochecer y las sombras se extendían por el campo de entrenamiento, Eli pidió a todos que se reunieran. Los cuerpos cansados se desplomaban sobre los troncos o simplemente se quedaban donde estaban, con el cansancio grabado en cada línea de sus rostros.

"Esta tierra", dijo Eli con voz clara en el aire fresco, "no pertenece a un solo hombre ni a un solo pueblo. Es nuestra porque sangramos juntos por ella".

Las cabezas se alzaron. Las miradas se cruzaron por encima de diferencias culturales que días atrás parecían insalvables.

"No tenemos más remedio que confiar los unos en los otros", continuó Eli. "A esos forajidos que vienen no les importarán nuestras diferencias, sólo nos verán como algo que conquistar".

Halcón Silencioso se adelantó entonces y pronunció unas palabras en su lengua materna -una plegaria o tal vez una bendición-, con una voz resonante y llena de un poder ancestral que parecía conmover a todas las almas presentes.

Cuando terminó de hablar, se hizo el silencio, un momento compartido en el que cada respiración tenía peso y cada latido era comunitario.

ELI ESTABA de pie al borde del campo de entrenamiento, con la mirada fija en el horizonte, donde el crepúsculo había empezado a pintar el cielo con vetas naranjas y púrpuras. Sus manos, encallecidas por años de empuñar un martillo y un arma, descansaban ligeramente sobre sus caderas. Sentía cada par de ojos clavados en él, su confianza era a la vez una carga y un honor. Sus afilados ojos azules se fijaron en los hombres y mujeres que se habían reunido, mineros y granjeros que aprendían a estar codo con codo con los guerreros de Halcón Silencioso.

El tintineo del metal y el ruido sordo de los cuerpos luchando en un simulacro de combate llenaban el aire, pero la atención de Eli cambió cuando María Álvarez se abrió paso entre la bulliciosa multitud. Llevaba los brazos cargados de cestas repletas de comida y provisiones, y el pelo largo y oscuro recogido en una práctica trenza. Se movía con un propósito que coincidía con la determinación de su mandíbula.

"Stone", gritó, su voz se elevó por encima del estruendo.

Eli se giró por completo y su expresión sombría se suavizó al verla. Caminó hacia ella, cogiéndole una cesta de los brazos.

"No tenías que traer todo esto tú solo", dijo.

María le miró fijamente, sus ojos marrones desprendían calidez. "¿Y dejárselo a esos chicos que apenas saben atarse las botas? Tenía que asegurarme de que llegaba aquí".

No pudo evitar sonreír. María nunca hacía las cosas a medias. Caminaron codo con codo hacia una mesa improvisada bajo un roble, cuyas hojas susurraban secretos al viento.

"Cada día están más fuertes". dijo María mientras descargaban las cestas.

"Lo son", convino Eli, aunque sus ojos delataron un destello de preocupación. "Pero no se

trata sólo de fuerza".

María siguió su mirada hacia donde Halcón Silencioso demostraba una técnica de agarre a un joven minero que parecía más acostumbrado a blandir un pico que a entablar un combate cuerpo a cuerpo.

"¿Qué tienes en mente?", preguntó.

Eli dudó antes de hablar. "Unidad", dijo finalmente. "Hace falta algo más que saber luchar: hay que luchar los unos por los otros".

María asintió pensativa. "Llegarán", le aseguró. "Tienen a alguien bueno guiándoles".

Eli sintió que sus palabras le quitaban un peso de encima: su confianza en él era inquebrantable. Pero antes de que pudiera responder, ella le entregó una petaca llena de café.

"Bebe esto, parece que te vendría bien".

Bebió un sorbo agradecido, sintiendo cómo el calor le calaba hasta los huesos mientras se recostaba contra el tronco del árbol. María se unió a él y su presencia fue un consuelo que no se había dado cuenta de que ansiaba.

Permanecieron sentados en silencio durante un momento, observando cómo el crepúsculo empezaba a asentarse sobre el campo de entrenamiento. Eli sentía que cada segundo transcurría como el ritmo de un tambor, un tambor que los conducía hacia una confrontación inevitable.

"A veces olvido cómo suena la tranquilidad".

María se inclinó más hacia él y apoyó la cabeza en su hombro un instante antes de volver a sentarse. "Está ahí si escuchas lo suficiente, debajo del ruido y el miedo".

Sus palabras colgaban entre ellos como un lazo sin cuerda, lleno de potencial si él se atreviera a alcanzarlo y agarrarlo.

"Tengo miedo de lo que venga después", dijo Eli en voz baja.

"Lo sé". María volvió a mirarle a los ojos. "Pero también sé que no nos dejarás afrontarlo solos".

Su certeza era como acero reforzando su columna vertebral. Se enderezó ligeramente.

"Tienes tus propias preocupaciones", dijo suavemente. "No deberías tener que cargar también con las mías".

Le dedicó una media sonrisa que tenía más de valentía que de humor. "¿Quién dice que los estoy soportando? Tal vez sólo estoy a tu lado para que podamos enfrentarlos juntos".

Sus palabras se le clavaron en el pecho como un ancla. Ahora ambos se encontraban en aguas profundas, pero de algún modo menos desalentadoras con ella a su lado.

"Siempre sabes qué decir".

"Es mi superpoder". María sonrió, pero había un trasfondo de seriedad bajo su tono bromista.

Eli bebió otro sorbo de café antes de dejar la petaca a un lado. Extendió la mano y cogió una de las manos de María entre las suyas. Ella no se apartó. Le dio un apretón tranquilizador.

"No te perderás en esta lucha. Ya no eres ese hombre".

Ojalá pudiera creerlo tan plenamente como ella -el pasado era como una vieja cicatriz que palpitaba ante la insinuación del mal tiempo-, pero la fe de María brillaba como un faro a través de las brumosas dudas.

"¿Me prometes algo?" preguntó Eli al cabo de un momento.

"Cualquier cosa."

"Prométeme que estarás a salvo si... cuando las cosas se pongan feas".

Su mano se estrechó alrededor de la de él. "Te prometo que me esforzaré, pero sólo si tú haces lo mismo".

Una sonrisa se dibujó en los labios de Eli a su pesar. No se podía negociar con María Álvarez

cuando se proponía algo.

Su momento de respiro fue fugaz. Los gritos procedentes del campo de entrenamiento devolvieron a Eli a la realidad, una realidad en la que cada decisión pesaba sobre su conciencia.

"Debería volver", dijo, soltando su mano pero sintiendo su calor como un eco en su piel.

María también se puso en pie, recobrándose con la misma resolución inquebrantable que parecía estar entretejida en su propio ser. Lo observó un momento más antes de asentir una vez, una orden tácita para que fuera a hacer lo que tenía que hacer.

Capítulo Veintiuno

ELI SE SECÓ el sudor de la frente con el dorso de la mano, la arenilla de la herrería había sido sustituida por el fino polvo de los campos de entrenamiento. Observó cómo los colonos imitaban torpemente los fluidos movimientos de Halcón Silencioso; sus cuerpos no estaban acostumbrados a tanta gracia en combate. Era una belleza que Eli respetaba, aunque le dolieran los músculos por el esfuerzo de mantener la compostura.

Se apartó un momento, buscando consuelo en un raro momento de soledad. El descanso era necesario, no sólo para él, sino para todos los que habían estado forzando sus límites bajo el implacable sol. Sus penetrantes ojos azules escrutaron el horizonte, siempre vigilantes, incluso en el descanso.

Fue entonces cuando captó fragmentos de conversaciones en voz baja que el viento arrastraba desde un pequeño grupo de colonos acurrucados como ganado que presiente una tormenta.

"No me fío de ellos", se oyó decir a un hombre, apenas por encima de un susurro, pero lleno de inquietud. "¿Cómo sabemos que no se volverán contra nosotros cuando les convenga?".

"Sí", coincidió otro, el miedo evidente en su tono. "Es como hacer un trato con un coyote: tarde o temprano morderá".

Eli apretó la mandíbula al oír sus palabras. Se acercó a ellos y su presencia impuso el silencio incluso antes de hablar.

"Todos tenéis preocupaciones", empezó Eli, con voz firme y los ojos fijos en cada hombre por turno. "Lo entiendo. Confiar en quienes no entiendes es como intentar montar un caballo que nunca has domado. Pero dejad que os pregunte esto: ¿alguno de los guerreros de Halcón Silencioso os ha dado motivos para dudar de ellos desde que están aquí?".

Los hombres se revolvieron incómodos, mirándose unos a otros, pero sin encontrar ningún aliado en su incertidumbre compartida.

"No", continuó Eli, respondiendo a su propia pregunta. "No lo han hecho. Están aquí para ayudarnos a proteger nuestros hogares... vuestras familias".

Hizo una pausa, dejando que su mirada se detuviera en cada colono, dando peso a sus palabras.

"Se avecina una tormenta", dijo Eli con serena intensidad. "Y se avecina, estemos juntos o separados. Ya he visto lo que pasa cuando el miedo divide a la gente: no es bonito y seguro que no acaba bien".

Un joven se adelantó, con el ceño fruncido por la preocupación. "Pero, Sr. Stone-Eli, ¿cómo podemos estar seguros?".

Eli asintió lentamente, comprendiendo el miedo que atenazaba el corazón del hombre.

"Mira lo que ofrecen", Eli señaló hacia Halcón Silencioso y sus hombres, que seguían demostrando sus habilidades con paciencia y precisión. "Su conocimiento de esta tierra supera diez veces el nuestro. Sólo sus habilidades de rastreo podrían significar la diferencia entre la vida y la muerte al enfrentarse a un enemigo como estos forajidos."

Dejó que esas palabras calaran hondo antes de añadir: "Y si eso no es suficiente para que empieces a generar confianza, considera esto: ellos tienen tanto que perder como nosotros".

Los hombres volvieron a guardar silencio. La duda persistía en sus ojos, pero también la reflexión.

"No obligaré a nadie a formar parte de esta alianza", dijo Eli. "Pero te pediré que les des -y a mí- una oportunidad para demostrar que es nuestra mejor opción para sobrevivir".

El silencio que siguió no fue cómodo, pero sí reflexivo: un paso para alejarse de la sospecha y acercarse a la unidad.

"De acuerdo, entonces", dijo finalmente uno de los colonos con reticente resolución. "Le daremos una oportunidad".

Eli asintió una vez más antes de volverse hacia Halcón Silencioso y hacer una señal para que se reanudara el entrenamiento.

La prueba del liderazgo había llegado de nuevo de improviso, pero de frente: podía avecinarse una tormenta en Shadow Gulch, pero Eli Stone se mantenía firme ante sus ojos.

EL CAMPO de entrenamiento estaba desierto, el ruido de las armas y las voces de los hombres se habían desvanecido cuando el crepúsculo se asentó sobre Barranco Sombrío. Eli estaba sentado sobre un barril volcado, con la mirada perdida en el horizonte que se oscurecía. Pasó un trapo por el cañón de su revólver, un movimiento más habitual que necesario.

Halcón Silencioso se acercó. Su presencia era casi fantasmal en medio del murmullo. Se sentó junto a Eli sin decir palabra, y su silencio compartido fue una cómoda manta en el aire fresco del atardecer.

Eli finalmente habló, su voz apenas superaba un susurro. "Una vez le quité la vida a un hombre, no en una pelea justa ni defendiendo a alguien. Fue frío... deliberado".

Halcón Silencioso giró la cabeza, prestando toda su atención a Eli pero sin presionarle. El respeto en su postura animó a Eli a continuar.

"Era un asesino y un ladrón -continuó Eli-, pero no fue mi bala la que debió acabar con él. Yo fui juez, jurado y verdugo. Me atormenta. El poder que sentí... era embriagador y aterrador a la vez".

La confesión pendía entre ellos, pesada como el cielo plomizo.

"Yo también he conocido ese poder", dijo Halcón Silencioso, su voz llevaba el peso de historias no contadas. "Cuando era más joven, busqué venganza por la muerte de mi hermano a manos de los colonos. Mi ira me consumió, me llevó a lugares oscuros dentro de mi alma".

Hizo una pausa, recopilando pensamientos dispersos por viejas emociones. "Quité vidas. Y con cada una, perdí trozos de mí mismo hasta que quedó poco que reconocer".

Sus miradas se cruzaron: un guerrero y un agente de la ley unidos por sus pecados pasados.

"En mi tribu", continuó Halcón Silencioso, "creemos que nuestras acciones son hilos en el gran tapiz de la vida. Algunos hilos se oscurecen con nuestras elecciones. Otros pueden brillar de nuevo con actos de valor y bondad".

Eli asintió agradeciendo las palabras de Halcón Silencioso. Sentía una afinidad en la carga que compartían, una comprensión mutua que pocos podían comprender.

"Quizá sea nuestra oportunidad", dijo Eli, "de tejer hilos más brillantes en nuestro tapiz".

Halcón Silencioso sonrió, con una expresión que contenía tristeza y esperanza a la vez.

Los dos hombres se sentaron en silencio reflexivo mientras la noche se apoderaba de los últimos restos del día. Su alianza se había forjado en la necesidad, pero ahora se profundizaba al reconocer la humanidad del otro.

ELI STONE CRUZÓ el umbral de la clínica del doctor Timmons y la puerta se cerró tras él con un suave crujido. El familiar aroma antiséptico del alcohol carbólico flotaba en el aire, mezclado con las sutiles notas de los remedios herbales y el sabor metálico de las herramientas recién esterilizadas. Sobre una mesa había hileras de vendas limpias cuidadosamente dobladas, junto a botellas de whisky y láudano alineadas como soldados listos para la batalla.

El doctor Timmons, encorvado sobre su mesa de trabajo, miró hacia la entrada de Eli. Sus manos, nudosas por años de suturar heridas y colocar huesos, organizaban meticulosamente los instrumentos que brillaban bajo la luz de la clínica.

"Doc", la voz de Eli tenía una gravedad que hacía juego con los solemnes preparativos del médico.

Doc se secó la frente con el dorso de la mano. "Supongo que no estás aquí para una visita social".

Eli sacudió la cabeza, los ojos escudriñando la clínica convertida en improvisado centro de triaje. "Sólo pensé en ver cómo lo llevas".

El médico resopló, con un breve destello de humor en su curtido rostro. "¿Aguantando? Hijo, me estoy preparando para lo que he visto demasiadas veces. Hombres llenos de plomo o algo peor. No es mi primer baile con la muerte".

Eli se acercó a la mesa cargada de material médico. "¿Crees que será malo?"

El doctor Timmons hizo una pausa y miró fijamente a Eli. "¿Cuándo es bueno que los hombres decidan ajustar cuentas con balas y sangre?". Suspiró y reanudó su tarea. "Me estoy preparando para las bajas porque tengo que estar preparado para todo. Y porque sé que lo que se avecina es algo más que unos cuantos rasguños y magulladuras".

La crudeza de las palabras de Doc se hizo eco de la pesadez en el pecho de Eli. Había visto suficientes tiroteos como para conocer la verdad: la danza caótica de la vida y la muerte en la que cada paso era incierto.

"¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?" preguntó Eli.

"Has hecho mucho", dijo Doc mientras doblaba una tira de tela. "Organizar a esos chicos de ahí fuera. . entrenándolos no sólo para luchar, sino para sobrevivir-eso podría ser lo que mantiene mi mesa menos llena".

Eli asintió, considerando el punto de Doc. Cada hombre que entrenaba era una vida menos en la conciencia de Doc... y en la suya propia.

"Mi objetivo es mantener fuera de aquí a tanta gente como sea posible", dijo Eli.

"Sé que lo haces. Llevas ese peso como el yugo de un buey: firme y sin quejas".

Eli sintió que la comisura de sus labios se crispaba en una casi sonrisa, un calor fugaz en medio del frío de la violencia inminente.

Doc continuó, con voz baja y firme mientras extendía rollos de vendas. "Pero recuerden esto: cada hombre que salga vivo de cualquier infierno que se avecine les debe esa vida. Y esa es una deuda que nunca podrán pagar".

La seriedad de aquellas palabras se cernió sobre Eli como un sudario. El precio era alto,

demasiado alto, pero sabía que se había comprometido a pagarlo si era necesario.

"No quiero sus deudas", susurró Eli, casi tanto para sí mismo como para el doctor Timmons.

"No." Doc cogió un bisturí e inspeccionó su filo antes de volver a colocarlo en el suelo con cuidado y precisión. "Pero te llevarás su gratitud de todos modos porque significa que están respirando y tú también".

Eli inspeccionó la habitación una vez más, cada venda y cada botella eran un recordatorio más de lo que les esperaba fuera de aquellas paredes, una realidad aleccionadora contra la que todos se preparaban, pero para la que nunca podrían prepararse del todo.

Se acercó a una de las mesas, cogió una gasa y la enrolló entre los dedos, pensativo, antes de dejarla en su sitio.

"¿Tienes suficientes provisiones?", preguntó al cabo de un momento, rompiendo el silencio que se había hecho entre ellos.

"Por ahora". Doc echó un vistazo a sus estantes. "Pero si las cosas van hacia el sur rápido, vamos a ser estirado delgada más rápido que usted puede decir 'torniquete'."

Los ojos de Eli se detuvieron en un frasco lleno de sondas de bala: finas piezas de metal diseñadas para perseguir a la muerte dentro del cuerpo de un hombre.

"Haremos todo lo posible para que no los necesiten", dijo Eli.

"Es todo lo que podemos hacer", respondió Doc con un gesto de la cabeza.

Permanecieron en silencio un rato más antes de que Eli se volviera hacia la puerta.

"Cuídate, Doc", dijo suavemente por encima de su hombro.

"Tú también", fue la respuesta desde detrás de él, una simple despedida cargada de un entendimiento tácito compartido entre dos hombres que habían visto demasiado y aún así esperaban algo mejor que el derramamiento de sangre.

Cuando Eli salió de nuevo a la luz del día, sintió que toda la intensidad de su conversación le afianzaba aún más en su determinación. Haría lo que hiciera falta -llevarlo como fuera- para minimizar lo que entrara por las puertas de la clínica cuando los disparos acabaran por romper su frágil paz.

La ciudad dependía de él ahora más que nunca, no sólo como herrero, ni siquiera como líder, sino como guardián contra la tormenta que se les venía encima a toda velocidad. Y aunque cada golpe de martillo en el yunque le recordaba a las balas disparadas con rabia, cada uno de ellos también le preparaba para lo que le esperaba: defender la vida a toda costa.

Capítulo Veintidós

EL SOL se ocultó bajo el borde del mundo y sus últimos rayos se desvanecieron en el púrpura del cielo vespertino. Eli se detuvo al borde del Barranco Sombrío, donde el pueblo se encontraba con la naturaleza, y observó cómo la gente de Halcón Silencioso se disponía en torno a una serie de hogueras. Los fuegos crepitaban y estallaban, lanzando chispas que se mezclaban con las primeras estrellas. La mano de Eli rozó el tomahawk que llevaba al cinto, un regalo de Halcón Silencioso que ahora sentía como una extensión de sí mismo.

La gente del pueblo, atraída por la curiosidad y la solemnidad de un conflicto inminente, se acercó a las hogueras. Eli los siguió, atraído por un hilo invisible que parecía tejer a través de cada una de las personas que allí se encontraban: un destino compartido, una esperanza común para el mañana.

El aire estaba helado y la noche reclamaba su dominio sobre la tierra. Alrededor de una hoguera, un anciano de la tribu de Halcón Silencioso entonó un cántico en voz baja. Su voz subía y bajaba al ritmo de una antigua canción, una melodía que hablaba de montañas y ríos, de viento y truenos. Otros se unieron, armonizando sus voces con la suya, hasta que la canción se convirtió en un poderoso himno a la naturaleza.

Eli observó cómo Halcón Silencioso se adentraba en la luz proyectada por otra hoguera. Su presencia imponía silencio. Todos los ojos se fijaron en él cuando empezó a hablar en su lengua nativa. Habló de sus antepasados, de las batallas libradas y de la paz forjada. Aunque Eli no entendía las palabras, sentía su peso en el pecho: una historia transportada en el sonido.

Un joven de la tribu tradujo para los reunidos. "Halcón Silencioso nos habla de su abuelo, que se enfrentó a muchos enemigos para proteger estas tierras. No luchó por la gloria, sino por las generaciones futuras, para que pudieran vivir sin miedo".

Eli vio asentimientos entre la gente de su pueblo. Comprendían que luchaban por algo más allá de ellos mismos. La distancia entre ellos y la tribu parecía reducirse a medida que compartían esta historia común.

Los niños de la tribu correteaban entre los adultos como polillas atraídas por las llamas, y sus risas resonaban contra el sombrío telón de fondo. Se detenían para compartir baratijas con los pequeños de Shadow Gulch: cuentas y plumas intercambiadas por figuras de madera tallada y trozos de tela de colores brillantes.

Una mujer de la tribu comenzó a bailar junto a una de las hogueras, sus movimientos contaban una historia sin palabras. Otras se unieron a ella hasta formar un círculo de bailarinas alrededor de la hoguera, cuyas sombras se alargaban y parpadeaban en el suelo como espíritus que se unen.

Una a una, algunas almas más valientes de Shadow Gulch dieron un paso adelante. Al

principio se movían con torpeza, pero pronto se vieron envueltos en el flujo y reflujo de la danza. Eli sintió que se le dibujaba una sonrisa en los labios al ver al viejo Tom Barker -el canoso prospector del pueblo- intentando imitar los pasos de una joven bailarina.

Un miembro de la tribu ofreció a Eli un tambor de mano, con la piel tensa y suave bajo sus dedos. Sólo dudó un momento antes de aceptarlo. Con cada golpe que daba, Eli sentía que algo se aflojaba en su interior, un nudo que no sabía que existía y que se deshacía hilo a hilo.

El ritmo atrajo a más ciudadanos. Los pies golpeaban, las manos aplaudían, las voces se unían en canciones o risas: el sonido se convertía en un puente entre dos mundos.

A medida que avanzaba la velada, todos compartieron la comida: bisontes del pueblo de Halcón Silencioso y pan horneado por las manos de María. Cada sabor era nuevo pero familiar. Diferentes ingredientes entretejidos en una sola comida al igual que diferentes vidas estaban ahora entretejidas en un solo propósito.

Halcón Silencioso se acercó a Eli donde estaba sentado cerca del borde de una hoguera. "En mi cultura", dijo en voz baja para que sólo Eli pudiera oírlo por encima del barullo de la confraternidad que los rodeaba, "creemos que compartir canciones e historias mantiene vivo nuestro espíritu a través de las generaciones".

Eli asintió lentamente. "Y en la mía", replicó con igual tranquilidad, "a menudo olvidamos que nuestras historias no son tan diferentes después de todo".

Su intercambio se mantuvo en silencio antes de que Halcón Silencioso se diera la vuelta para hablar con otra habitante del pueblo que se había acercado con un cauto interés grabado en su rostro.

La noche se hizo más profunda. Las estrellas ardían ferozmente sobre ellos como incontables ojos vigilantes. Había belleza en esta frágil tregua, una belleza que Eli sabía que podría romperse al amanecer, cuando el humo de las armas sustituyera al de las hogueras.

Pero aquí, en este momento suspendido entre la paz y la guerra, sólo había humanidad compartida reflejada en llamas parpadeantes.

Eli se levantó de su lugar entre ellos cuando las voces volvieron a alzarse en una canción, esta vez una que contenía notas de ambas culturas mezclándose a la perfección. Se apartó de la luz para observar desde el borde de la sombra, como un guardián que vigila lo que ha ocurrido esta noche.

A su alrededor resonaban melodías que hablaban de valor y miedo entremezclados, la esencia misma de lo que significaba estar juntos en este precipicio.

LA NOCHE envolvía Shadow Gulch en un manto de oscuridad, sólo el parpadeo ocasional de la luz de una ventana atravesaba el velo. Eli estaba frente a la casa de María, su silueta se confundía con el cielo añil. Las estrellas eran meros susurros frente a la amenaza que se cernía sobre él, y podía sentir el pulso de la ansiedad de la ciudad como si fuera su propio corazón el que latiera.

María salió, su presencia contrastaba con la agitación que sentía en su interior. Se envolvió los hombros con un chal, una protección contra el frío que no tenía nada que ver con la temperatura.

"Deberías descansar", dijo Eli, con una voz apenas más fuerte que el susurro de las hojas.

"Podría decirte lo mismo", respondió ella, con un suave reproche en el tono. "Te has estado exigiendo demasiado".

Eli se apoyó en la barandilla de madera del porche, sintiendo su solidez contra la espalda. "Descansar no cambiará lo que viene".

"No", María se sentó a su lado, "pero podría darte fuerzas cuando más las necesites".

Sus miradas se cruzaron en la penumbra, y entre ellos se entabló una conversación silenciosa.

"María", la voz de Eli se tiñó de una emoción que rara vez dejaba aflorar. "Cuando esto termine..."

Le puso un dedo en los labios, deteniéndole a mitad de frase. "No hagas promesas, Eli. Ahora no".

El contacto se prolongó más de lo necesario antes de que ella retirara la mano y la doblara sobre su regazo.

Los ojos de Eli recorrieron su perfil mientras ella contemplaba la oscuridad. Admiraba su fortaleza, su capacidad para erigirse en pilar de los demás mientras las tormentas arreciaban a su alrededor. Ahora quería ser eso para ella, pero la duda ensombrecía su determinación.

"¿Recuerdas cuando nos conocimos?" preguntó María tras una pausa llena de cantos de grillos.

"¿Cómo podría olvidarlo? Casi me echas de tu taberna por causar problemas".

"Y ahora míranos", dijo con una pizca de nostalgia. "Estás intentando salvar esta ciudad y yo... Tengo miedo de perderte antes de que tengamos la oportunidad de ver lo que podría ser".

Eli alargó la mano y se la cogió, un áspero apretón de herrero que envolvía una delicada calidez. "Pase lo que pase, que sepas que estoy aquí por ti, por lo que este pueblo significa para los dos".

Se inclinó hacia él, buscando consuelo en su cercanía. "No quiero ser la razón por la que os peleáis".

"No lo harás. Lucho por Shadow Gulch, por cada alma que lo llama hogar". Su voz se suavizó de nuevo al añadir: "Pero tener algo personal por lo que luchar no hace daño".

Se sentaron juntos en un silencio agradable hasta que María lo rompió con una pregunta que parecía tan frágil como su situación.

"Eli . . . si las cosas fueran distintas -si no hubiera una amenaza cerniéndose sobre nosotros- ¿qué desearías?".

Eli miró a lo lejos, donde la oscuridad se encontraba con el incierto amanecer. Su deseo era simple, pero parecía un sueño difícil de alcanzar: paz, una vida libre de violencia en la que pudiera forjar algo más que armas y herraduras.

"Desearía días llenos de nada más apremiante que herrar caballos y tardes pasadas escuchando tus historias en el saloon".

María le apretó suavemente la mano. "Y desearía más noches como ésta, hablando sin que el miedo ensombrezca cada una de nuestras palabras".

Lo no dicho pesaba mucho entre ellos: la posibilidad de que sus deseos no se cumplieran al amanecer.

"Eli", empezó de nuevo, esta vez con la determinación estabilizando su voz, "no importa lo que pase mañana o cualquier día después. . . "

Se giró entonces para mirarla de frente y vio en sus ojos un reflejo de su propio conflicto: quería luchar, pero temía lo que podría despertar en su interior.

Se levantaron juntos, sabiendo que el sueño sería esquivo pero necesario. En la puerta de María, compartieron una última mirada -un compromiso silencioso que trascendía palabras o promesas- y luego se separaron.

Eli caminó de vuelta por las tranquilas calles de Barranco Sombrío hacia su propio alojamiento, encima de la herrería. El peso del liderazgo se asentaba sobre sus hombros como un viejo abrigo que le resultaba familiar, uno que había desechado hacía tiempo pero que ahora

usaba por necesidad.

Se detuvo frente a su puerta y miró hacia la casa de María. En la tranquilidad de la noche, habían compartido algo más que temores sobre el futuro. Habían vislumbrado lo que había bajo el exterior canoso de Eli: un aspecto más suave nacido de la vulnerabilidad y la confianza.

Con una última respiración profunda que sabía a polvo y anticipación, Eli entró para prepararse para lo que le deparara el mañana.

ELI SE ENCONTRABA FUERA de los límites de Barranco Sombrío, donde la tierra se unía con el cielo en una línea irregular de oscuridad contra la pálida lluvia de estrellas. La noche había envuelto la ciudad con sus fríos dedos, y sólo los suaves murmullos de las criaturas nocturnas rompían el silencio. Podía sentir el cambio que se avecinaba, tan tangible como el frío del aire, una corriente subterránea que susurraba entre las hierbas a sus pies.

Halcón Silencioso había sido una presencia constante desde que llegó, con advertencias funestas y un hacha de guerra que pesaba en el pecho de Eli, un peso que no había pedido pero que se sentía obligado a llevar. Y María, cuyos ojos reflejaban una profundidad de emociones que él no se había atrevido a explorar del todo, permanecía en sus pensamientos como una promesa de calor contra el frío que se avecinaba.

Dirigió la mirada hacia arriba, donde la luna colgaba baja y pesada, con su superficie llena de cráteres vigilándole como un guardián milenario. Había estado allí antes que él y permanecería mucho después de que él volviera al polvo. Eli saludó con un gesto de cabeza a este centinela silencioso, el simple reconocimiento de un hombre al universo.

Las horas habían estado repletas de ejercicios de entrenamiento y charlas sobre estrategia, y cada palabra suya era respondida con asentimientos y el peso de la responsabilidad. Observó cómo hombres y mujeres se preparaban para la batalla, y su determinación se reflejaba en la suya. Le pedían consejo, y él se lo proporcionaba con manos firmes y una actitud tranquila, aunque por dentro el corazón le retumbaba contra las costillas.

Ese mismo día, en compañía de Halcón Silencioso, habían recorrido el perímetro de Barranco Sombrío, discutiendo puntos de observación y rutas de escape. El guerrero hablaba poco pero decía mucho, cada palabra cuidadosamente elegida como una flecha bien dirigida.

"Ves más allá de las colinas", había dicho Halcón Silencioso, señalando hacia donde la tierra se encontraba con el cielo. "Nuestros enemigos no".

Eli había asentido, asimilando no sólo la disposición del terreno, sino también la lección tácita de Halcón Silencioso: la importancia de la previsión y la preparación. Era una lección que apreciaba más de lo que podía expresar. Le dio un enfoque más allá de sus dudas.

En la taberna de María, se había deslizado silenciosamente a su lado mientras otros discutían sobre fortificaciones y reservas de leña. Su tacto era suave en su brazo, pero lo anclaba en medio del mar de voces ansiosas.

"Llevas esta carga como si hubieras nacido para ella", susurró. "Pero recuerda que no estás sola".

Quería creer en sus palabras, quería creer en algo más que en el deber y la defensa. En su presencia, encontró una paz fugaz que parecía tan esencial como la respiración misma.

Ahora, a solas con sus pensamientos bajo la atenta mirada de la luna, Eli consideró estas dos fuerzas en su vida: Halcón Silencioso, con su fuerza silenciosa, y María, con su apoyo inquebrantable. Eran como las dos caras de una moneda que no paraba de girar entre sus manos: una cara le instaba a la unidad y al liderazgo, la otra le recordaba que aún había vida más allá del

derramamiento de sangre.

Una brisa se agitó a su alrededor, trayendo consigo el aroma de la artemisa y algo ligeramente metálico: el olor de la lluvia inminente o quizás del hierro... o de la sangre. Su mano se dirigió inconscientemente hacia la pistola que llevaba en la cadera, una vieja amiga que prometía seguridad tanto como destrucción.

El pasado de Eli estaba lleno de fantasmas que bailaban fuera de su vista cada vez que miraba demasiado tiempo hacia la oscuridad. Pero ahora esos fantasmas parecían menos desalentadores comparados con lo que le esperaba en Shadow Gulch. No podía deshacerse de quien era -el hombre de la ley que una vez impartió justicia sin inmutarse-, pero tal vez aquí había una oportunidad para la redención.

La gente de Shadow Gulch no necesitaba un vengador frío. Necesitaban un escudo. Un escudo forjado a partir de la experiencia y la necesidad, un papel que Eli se encontró asumiendo con reticencia, pero también con un profundo sentido de lo correcto.

Su promesa de proteger esta ciudad no se dijo en voz alta. No era necesario. La luna fue testigo suficiente tanto de su lucha interna como de su aceptación final de lo que debía hacerse.

Independientemente de lo que le esperara o de lo que pudiera costarle personalmente -la paz que había encontrado aquí o incluso los tímidos pasos hacia algo más con María-, Eli tenía una cosa clara: se interpondría entre Barranco Sombrío y cualquier oscuridad que lo amenazara.

Eli permaneció bajo el cielo nocturno hasta que el frío le caló hasta los huesos y le recordó que incluso los héroes reacios necesitaban descansar. Con una última mirada a la luna -una promesa silenciosa grabada en kilómetros de espacio vacío- se volvió hacia la ciudad.

Barranco Sombrío dormía tranquilo por ahora, su gente confiaba en él para afrontar las batallas de mañana en su nombre. Eli sabía que el sueño le sería esquivo esta noche. Aún quedaban planes por hacer y oraciones que susurrar en la quietud para que le dieran fuerzas cuando amaneciera.

Pero esta noche pertenecía a las promesas hechas bajo el cielo abierto y a los votos hechos sin fanfarria ni más testigos que los cuerpos celestes que colgaban indiferentes pero reconfortantes sobre él.

Caminó despacio hacia donde María le esperaba sin saberlo: una luz que ardía fija en su ventana, igual que su presencia ardía fija en su interior, y el tomahawk de Halcón Silencioso, que yacía en silencio sobre su mesa de trabajo, un testamento de confianza otorgada libremente a pesar de años de división.

Eli comprendió ahora más que nunca que algunas promesas son demasiado sagradas para las palabras y que, en cambio, se hacen en momentos tranquilos, a solas, cuando uno mira a la luna y sabe sin duda lo que debe hacer.

Capítulo Veintitrés

EL SOL ASCENDÍA por encima de los acantilados de Barranco Sombrío, y su luz se derramaba sobre el improvisado campo de tiro que Eli había instalado en las afueras del pueblo. Con un telón de fondo de rocas rojas y escasa vegetación, la gente del pueblo se reunió, con posturas que oscilaban entre la impaciencia y la aprensión. Eli no pudo evitar esbozar una media sonrisa ante el variopinto grupo que tenía delante. Era un marcado contraste con las disciplinadas filas que una vez había comandado, pero había algo entrañable en su cruda determinación.

Halcón Silencioso estaba a su lado, su sola presencia bastaba para acallar a la multitud. Ambos sabían que no se trataba sólo de enseñar a disparar. Se trataba de crear confianza y camaradería ante la amenaza inminente.

"Muy bien", dijo Eli, "empecemos por lo básico. Sujeta el rifle así..." Hizo una demostración, colocando el cuerpo con la facilidad que da la larga práctica. "La postura es importante. Se trata de equilibrio".

Uno a uno, intentaron imitar su postura, algunos con más éxito que otros. Halcón Silencioso se movía entre las filas, haciendo ligeros ajustes -un empujón aquí, una inclinación allá-, sus manos hablaban donde no lo hacía su voz.

Los primeros disparos fueron torpes, con más probabilidades de dar a un cactus que a un forajido. Un fornido minero llamado Hank se las arregló para disparar a su propio sombrero, que cayó por el campo de tiro. El espectáculo provocó las risas y las burlas de los espectadores.

"Hank refunfuñó mientras se quitaba el sombrero y se quitaba el polvo de encima.

Eli le dio una palmada en el hombro. "Es un comienzo. Lo conseguirás".

Las risas volvieron a estallar cuando Mabel Turner, que regentaba la tienda de ramos generales y era conocida por su carácter meticuloso, entornó los ojos hacia su rifle con tal intensidad que no se dio cuenta de que su dedo apretaba el gatillo. El rifle chasqueó y su disparo rebotó en un cubo metálico a cierta distancia de cualquier objetivo.

"Bueno", resopló, con las mejillas teñidas de rosa por la vergüenza pero los ojos brillantes de humor. "Supongo que he encontrado mi vocación como cazadora de cubos".

Eli se inclinó y susurró para que sólo ella pudiera oír: "Ahora mantén los cubos a raya".

Se rió y asintió, volviendo a la fila con renovada concentración.

A medida que avanzaba la mañana, Eli se dio cuenta de cómo la risa suavizaba las duras líneas grabadas por el sol y la preocupación en los rostros que había llegado a conocer bien. Incluso la boca de Halcón Silencioso se curvó ligeramente hacia arriba cuando el pequeño Tommy -que ya no era tan pequeño- logró un impresionante disparo que partió un nudo en una de las dianas de madera.

El espíritu competitivo corrió como la pólvora entre ellos. Eran rancheros y tenderos de día,

pero se transformaron en francotiradores bajo la atenta mirada de Eli. Halcón Silencioso también parecía apreciar su espíritu. Sus asentimientos se hicieron más frecuentes a medida que mejoraba su precisión.

"El que golpee más cerca del centro tendrá una copa gratis conmigo esta noche en Maria's", anunció Eli.

Ese incentivo renovó el vigor y la concentración de todos ellos.

Entonces llegó el turno de Clarence, el mismo Clarence que días antes había dudado del liderazgo de Eli. El hombre adoptó su posición con un aire de exceso de confianza que parecía incongruente con sus manos temblorosas.

"Relájate", dijo Eli en voz baja al pasar.

Clarence asintió con la cabeza y levantó el rifle. Un silencio se apoderó de la multitud, el que precede a una expectativa o a un desastre. Disparó.

El disparo resonó en el silencio, pero en lugar de dar en el blanco, hizo chispas en una roca y rebotó hacia ellos, haciendo que todos se pusieran a cubierto.

Cuando se dieron cuenta de que todos estaban ilesos, las risas de alivio brotaron de todos los rincones del campo de tiro. Incluso Clarence no pudo evitar unirse a ellos tras un momento de estupefacción por su propio fallo.

Eli le dio una palmada en la espalda mientras sacudía la cabeza con alegría en los ojos. "Quizá la próxima vez empecemos con algo que no te devuelva los disparos".

Halcón Silencioso ofreció a Clarence un gesto de apoyo y le indicó que volviera a intentarlo cuando estuviera preparado.

El resto de la mañana transcurrió con tan buen humor que Eli casi pudo olvidar por qué estaban entrenando... casi. Pero cada risa compartida entre vecinos era como una puntada que remendaba los bordes deshilachados del espíritu comunitario. Era vital de un modo en que las balas nunca podrían serlo.

Eli observó a Halcón Silencioso conversar mediante gestos y demostraciones con algunos niños que se habían reunido a su alrededor, curiosos por todo, desde sus tatuajes hasta cómo podía disparar con tanta precisión sin decir una palabra. Su inocencia contrastaba fuertemente con lo que podría venir, pero hoy reían libremente bajo la paciente tutela de Halcón Silencioso.

"Parece que tienes un club de fans", dijo Eli cuando se acercó a Halcón Silencioso después de despedir a todos para el almuerzo.

"Son espíritus jóvenes ansiosos de historias", dijo suavemente Halcón Silencioso con una calidez iluminando sus ojos que no había estado allí antes de la frivolidad de esta mañana.

"Está bien", Eli asintió hacia la multitud que se dispersaba. "Hoy ha estado bien".

Halcón Silencioso asintió con una simple inclinación de cabeza antes de añadir en voz baja para que sólo Eli lo oyera: "La risa es una buena medicina para los corazones pesados".

Mientras caminaban juntos de vuelta a la ciudad, Eli, reflexionando sobre lo fácil que había sido volver a meterse en ese papel, se dio cuenta de que algo vital también había cambiado dentro de él. La camaradería de hoy había derribado un muro que había construido a su alrededor desde que colgó su sombrero de pistolero. Y tal vez no era tan malo después de todo.

ELI OBSERVÓ la polvorienta extensión de Barranco Sombrío, su mente trazaba los contornos del terreno con precisión táctica. Sus dedos, callosos y manchados por la forja, se agitaban con el impulso de moldear las defensas como antes moldeaba el metal. La gente del pueblo se reunió a su alrededor, con la expectación frunciendo el ceño mientras esperaban a que hablara.

Se aclaró la garganta, el sonido cortó los murmullos como una pala en la tierra seca. "No tenemos mucho tiempo", empezó, con la voz transmitiéndose entre la multitud. "Pero lo que nos falta de tiempo, lo compensamos con ingenio y voluntad".

Los colonos se acercaron arrastrando los pies, con un mosaico de determinación y temor en la mirada. Eli señaló una serie de diagramas grabados en la tierra con un palo. Representaban diversos artilugios: lazos, trampas y mucho más.

"Estas son trampas simples. Nada del otro mundo, pero son ingeniosas y servirán si las preparas bien". Les enseñó cada uno de los diseños: cómo utilizar cuerdas tensadas para crear cables trampa, fosos ocultos con matorrales ligeros para atrapar a los caballos y redes con peso que podían lanzarse desde los tejados.

Un hombre con sombrero de ala ancha se rascó la cabeza. "¿Crees que estos realmente detendrán a esos forajidos?"

Eli se encontró con su mirada. "No deben detenerlos. Sólo ralentizarlos o romperlos un poco. Nos da una ventaja, eso es todo".

Un murmullo de asentimiento recorrió el grupo mientras Eli demostraba cómo retorcer un trozo de cuerda hasta convertirlo en un lazo que se tensaría alrededor de un tobillo al accionarlo. Los colonos observaban atentamente y algunos asentían al comprender el mecanismo.

María se quedó al margen de la multitud. Cruzada de brazos, observaba la improvisada clase de Eli. Él la miró por un momento y le dedicó una leve sonrisa, que hablaba más de tranquilidad que de alegría.

"Vamos a dividirnos en grupos", dijo Eli. "Quiero que cada uno intente montar uno de estos por sí mismo".

Los colonos se dispersaron en grupos más pequeños alrededor de varios puestos que Eli había preparado antes con la ayuda de Halcón Silencioso. Las risas y las bromas puntuaban el ambiente mientras los vecinos se burlaban unos de otros por los nudos mal hechos y los torpes intentos de ocultar las trampas.

Eli caminaba entre ellos, guiándolos y elogiándolos cuando era necesario. No pudo evitar sentir una chispa de orgullo al ver al joven Tommy aparejar un lazo con dedos hábiles.

"¿Así?" preguntó Tommy, mirando a Eli con ojos ansiosos.

"Eso es, chico", dijo Eli con un gesto de aprobación. "Justo así."

El día avanzaba, el sol trazaba su arco por el cielo mientras Barranco Sombrío pasaba de ser un asentamiento pacífico a una fortaleza rebosante de ingenio. La gente del pueblo se movía con un nuevo propósito, espoleada por las instrucciones de Eli y su voluntad colectiva de defender sus hogares.

Al anochecer, se reunieron de nuevo en torno a Eli, que estaba de pie junto a una intrincada construcción de poleas y pesas que había montado junto a uno de los edificios.

"Esto es algo de lo que estoy especialmente orgulloso", dijo con una rara nota de emoción en su voz.

El artilugio era tosco pero ingenioso: una serie de objetos pesados en precario equilibrio sobre un callejón que podían soltarse tirando de una sola cuerda.

"Canalizamos aquí a cualquier visitante no deseado", explicó, señalando el estrecho pasadizo entre dos estructuras. "Y cuando doy la señal..."

Tiró con fuerza de la cuerda. Una cascada de barriles y cajas se desplomó con estrépitos y golpes, levantando nubes de polvo.

"-reordenamos sus planes considerablemente."

Los colonos estallaron en aplausos, dando palmadas en la espalda a Eli y felicitándole por su

astucia. Sus rostros estaban llenos de algo parecido a la esperanza, un bien escaso hoy en día.

ELI SE APOYÓ en la pulida barra, el cálido resplandor de las lámparas de aceite proyectaba un brillo dorado sobre la multitud. Las risas y los cuentos chinos flotaban en el aire como el humo de los cigarros de los mineros. Contempló a los canosos buscadores de oro, con los rostros surcados por años de trabajo, que competían en hilar historias que estiraban el tejido de la realidad.

"Juro por la tumba de mi madre que el oso medía tres metros y medio", se jactaba uno, con las manos extendidas para dar énfasis.

"Y yo soy la Reina Victoria", dijo otro, provocando una ronda de carcajadas.

María revoloteaba entre los clientes como un colibrí, su risa se mezclaba con el tintineo de los vasos y el golpeteo de las botas sobre el suelo de madera. Miró a Eli y le dedicó una sonrisa cómplice. Estaba en su elemento, una maestra dirigiendo una orquesta de alegría en tiempos inciertos.

El violinista tocó una animada melodía, con el arco bailando sobre las cuerdas con desenfreno. Las parejas se arremolinaron en la improvisada pista de baile, levantando los talones desafiando cualquier peligro que acechara más allá de las paredes de la taberna.

Eli sintió un golpecito en el hombro y se volvió para ver a Doc Timmons sonriéndole, con un vaso de whisky medio vacío en la mano.

"Vamos, Stone", dijo Doc arrastrando un poco las palabras. "Incluso tú tienes que tener una historia que valga la pena compartir".

Eli vaciló, no era de los que se vanaglorian o se regodean en glorias o fracasos pasados. Sin embargo, había algo en el espíritu despreocupado de la noche que le atraía.

"Bueno", empezó Eli, con voz tranquila pero que se oía por encima del estruendo, "hubo una vez en que un ladrón de caballos pensó que podía correr más rápido que yo por las llanuras".

La muchedumbre se calló y centró su atención en el herrero, que rara vez se permitía hablar de su vida anterior.

"Llevaba un día de ventaja y era uno de los mustangs más rápidos que había visto nunca", continuó Eli, haciendo una pausa cuando María se puso a su lado.

"Pero no tuvo en cuenta a la vieja Bess". Eli se acarició el pecho con cariño al recordar a su inquebrantable yegua. "Lo perseguimos por cañones y crestas hasta que lo acorralamos en Dead Man's Drop".

Los oyentes lanzaron un grito ahogado cuando Eli contó cómo desmontó y se enfrentó al ladrón, un enfrentamiento silencioso sólo interrumpido por el sonido del viento que silbaba a través de estrechos pasos.

"Al final", terminó Eli con un encogimiento de hombros que desmentía la tensión de aquel encuentro tan lejano, "el hombre tiró el arma y se rindió. Dijo que prefería enfrentarse a la justicia que caer muerto o ser pisoteado por Bess".

Los aplausos estallan a su alrededor. Algunos le dieron palmadas en la espalda y otros levantaron sus copas en señal de saludo. Eli asintió con la cabeza, pero buscó la reacción de María.

Sus ojos brillaban con orgullo y algo más profundo que hizo que a Eli se le apretara el pecho. Apartó la mirada antes de que nadie se diera cuenta de cómo le afectaba su mirada.

Como si percibiera su necesidad de escapar de tanta atención, María agarró a Eli de la mano y tiró de él hacia la pista de baile. El violinista aceleró el ritmo y las notas volaron más rápido

que las balas de una pistola de seis tiros.

"Yo no bailo", dijo Eli sin entusiasmo.

"Esta noche sí", rió María, girando bajo su brazo con una gracia que lo dejó embelesado.

Sus pies encontraron un ritmo que no sabía que poseían. Tal vez fue el galope constante de Bess el que les enseñó el ritmo. O tal vez fue la presencia de María la que le guió, su calidez rompiendo años de soledad autoimpuesta.

Dieron vueltas y pasos entre vecinos y amigos que aplaudían al ritmo de la música. En esos momentos, en el abrazo de María, los problemas se desvanecían como el polvo antes de la lluvia.

Eli vio a Halcón Silencioso apoyado en el marco de una puerta, con una sonrisa divertida en los labios mientras observaba cómo Barranco Sombrío cobraba vida a través de la danza y la canción. Los ojos del guerrero se cruzaron brevemente con los de Eli y se intercambiaron una silenciosa inclinación de cabeza que decía mucho sobre el respeto compartido y la unidad en medio del caos.

Entonces llegó la voz del joven Tommy cortando la música y la charla: "¡Sr. Stone! Seguro que sabe bailar!"

Eli soltó una risita rara mientras María le guiñaba un ojo juguetón a Tommy antes de volverse hacia su compañera con picardía en los ojos.

"Esta noche estás llena de sorpresas", dijo ella sin aliento mientras aminoraban la marcha al compás de una melodía más suave que salía de las teclas del piano como gotas en el agua quieta.

"Sólo intento mantener el ritmo", dijo Eli con una ligereza inusual.

Pero había algo de verdad en la broma: seguir el ritmo de María era algo más que hacer coincidir los pasos sobre suelos de madera. Se trataba de mantener su esperanza a pesar de lo que pudiera deparar el mañana. Y tal vez por esta noche, eso era suficiente: vivir plenamente cada nota que se tocaba y cada paso que se daba bajo la luz resplandeciente de las lámparas de araña del Maria's Saloon.

ELI OBSERVÓ cómo las risas de la taberna se extendían hacia el atardecer, la cálida luz contrastaba con el frío que le calaba los huesos. Se quitó el sombrero ante María y se escabulló en busca de soledad. El peso de un conflicto inminente se apoderó de él, pero se lo quitó de encima por el momento. Tenía que cumplir una promesa que le había hecho a un niño de ojos muy abiertos con un ferviente deseo de aprender.

En el establo, Tommy esperaba, el caballo de su padre se agitaba inquieto bajo su incierto agarre. Eli se acercó y el animal se calmó, como si reconociera la firme presencia del herrero.

"Buenas noches, Sr. Stone", dijo Tommy, su voz delataba una mezcla de reverencia y nerviosismo.

Eli asintió. "Buenas noches, Tommy. ¿Listo para aprender?"

El chico asintió enérgicamente, su impaciencia era evidente. Eli se adelantó y le quitó suavemente las riendas de las manos a Tommy, mostrándole la forma correcta de sujetarlas.

"Tienes que ser firme pero suave", dijo Eli mientras volvía a guiar las manos de Tommy hacia las correas de cuero. "Un caballo puede sentir tu estado de ánimo. Si estás tenso, él también lo estará".

Tommy absorbió cada palabra, con el ceño fruncido por la concentración mientras imitaba el apretón de Eli.

"Ahora, sube ahí". Eli ofreció un empujón en la silla de montar.

Tommy montó con una brusca sacudida que hizo que el caballo esquivara. Un rápido ajuste

de Eli calmó de nuevo al corcel.

"Ahí lo tienes", dijo Eli con una pequeña sonrisa. "Ahora tú mandas".

Los dos pasaron la siguiente hora trabajando juntos: Eli daba instrucciones y hacía demostraciones mientras Tommy practicaba. Con cada orden acertada y cada trote suave alrededor del corral, la confianza de Tommy aumentaba. Y con ella, la satisfacción de Eli.

"Mantén la espalda recta, los talones abajo", le recordó Eli. "Deja que tus movimientos fluyan con los suyos".

Tommy sonreía con cada cumplido y se tomaba cada corrección con calma. Fue esto -la formación del carácter y la habilidad- lo que hizo que Eli sintiera un calor en el pecho que hacía tiempo que no sentía.

Cuando el crepúsculo se hizo más profundo y las estrellas se abrieron paso en el cielo cada vez más oscuro, hicieron una pausa. Tommy estaba sentado sobre el caballo que ahora permanecía inmóvil bajo sus órdenes, y tanto el muchacho como la bestia respiraban agitadamente por el esfuerzo.

"¿Crees que algún día podré ser un buen jinete como tú?" preguntó Tommy.

"Estarás mejor".

La cara del chico se iluminó como el amanecer sobre los acantilados de Shadow Gulch. Por un momento, Eli vio no sólo a un niño y su caballo, sino un reflejo de tiempos más sencillos, una vida sin el peso del humo de las armas y los recuerdos manchados de sangre.

Una vida que ahora parecía un sueño imposible.

"¿Has pensado alguna vez qué harías si no fueras herrero?". La pregunta de Tommy cortó la ensoñación de Eli como un cuchillo a través de cuero suave.

Eli se apoyó en la valla, sintiendo su áspero grano morderle las palmas de las manos. "A veces", admitió en voz baja.

No le habló a Tommy de la placa de agente de la ley escondida en el fondo de un baúl ni de cómo cada golpe de martillo sobre el yunque era una lucha contra su propia naturaleza, una lucha por forjar un nuevo camino a partir de uno que parecía predestinado a volver sobre sí mismo.

En cambio, observó cómo Tommy acariciaba el cuello del caballo, calmándolo con palabras de gratitud por su paciencia y su fuerza.

"Tendrás muchas opciones por delante", dijo Eli al cabo de un rato. "Sólo asegúrate de que son con las que puedes vivir".

Tommy se deslizó de la silla y aterrizó con un suave golpe en el suelo. Le devolvió las riendas a Eli antes de enfrentarse a él con una seriedad superior a la de su edad.

"Lo haré, Sr. Stone".

La seguridad del chico resonó en el interior de Eli: Tommy representaba la esperanza. No sólo para él, sino para el propio Barranco Sombrío: un futuro en el que tal vez los hombres no necesitaran armas en la cintura para sentirse seguros caminando por sus propias calles.

Pero cuando Tommy le dio las buenas noches y salió corriendo hacia su casa, Eli sintió que el futuro se le escapaba de las manos como arena entre los dedos. Sabía lo que se avecinaba -una tormenta que sacudiría la ciudad hasta sus cimientos- y le aterrorizaba no sólo por lo que tenía que hacer, sino por en quién podría convertirse al hacerlo.

Con una última palmada en el flanco del caballo, enviándolo hacia el establo para que descansara, Eli miró las primeras estrellas que brillaban como ojos vigilantes sobre él. Se sentía pequeño bajo ellas, pero sabía que, aunque anhelaba la sencillez -días dedicados a enseñar a los niños en lugar de dirigir a los hombres en la batalla-, ya no podía permitirse tales sueños.

Capítulo Veinticuatro

ELI OBSERVÓ cómo Halcón Silencioso los alejaba del polvo familiar y de las estructuras de madera de Barranco Sombrío, hacia la extensión salvaje que se extendía más allá. La tierra se extendía como un tapiz interminable de oro y verde, salpicado por la escarpada espina dorsal de montañas lejanas. Había un propósito en el paso de Halcón Silencioso, una dirección en su mirada que hablaba de cosas no vistas por los no iniciados.

El grupo que caminaba detrás de Halcón Silencioso era variopinto: mineros canosos, granjeros con los ojos muy abiertos e incluso el joven Tommy, con los ojos redondos como platos. Siguieron al guerrero a través de hierbas que se mecían susurrando secretos antiguos, y Eli sintió que la división entre su mundo y el de Halcón Silencioso empezaba a difuminarse.

Llegaron a un claro rodeado de imponentes piedras que se erguían como centinelas a su alrededor. Halcón Silencioso levantó la mano, indicándoles que se detuvieran. Se dirigió al centro del círculo y se arrodilló, tocando la tierra con reverencia.

"Esta es tierra sagrada", empezó, su voz firme como el latido de la tierra bajo ellos. "Nuestros antepasados venían aquí a buscar la guía de los espíritus de la tierra y el cielo".

Los colonos intercambiaron miradas inseguras, pero Eli mantuvo la vista fija en Halcón Silencioso. Había una resonancia en aquel lugar que le atraía desde lo más profundo de su ser: el reconocimiento de una humanidad compartida por la tierra que todos llamaban hogar.

Halcón Silencioso metió la mano en una bolsa de cuero que llevaba a un lado y sacó un puñado de ocre rojo. Dejó que se deslizara por sus dedos hasta el suelo. "El ocre nos une a la tierra", dijo. "Nos recuerda que formamos parte de algo más grande".

Uno a uno, invitó a los miembros del grupo a hacer lo mismo. Sus manos temblaban, pero cuando soltaron sus propios puñados de ocre, sus expresiones se suavizaron con asombro.

Eli tomó su turno, sintiendo el fino polvo caliente en su palma antes de soltarlo para unirse al de Halcón Silencioso en el suelo. Una conexión se encendió en su interior: esto era más que un ritual. Era una promesa de honrar y proteger.

Halcón Silencioso se levantó y señaló un grupo de plantas cerca de una de las piedras. "Esto es equinácea", dijo, arrancando una flor púrpura de su tallo. "Cura las heridas y fortalece la determinación".

Los colonos escuchaban atentamente a Halcón Silencioso, que compartía conocimientos transmitidos de generación en generación: hierbas curativas, señales en los movimientos de los animales que podían predecir el tiempo o incluso la llegada de enemigos. Cada uno de sus conocimientos era una herramienta de supervivencia.

A medida que avanzaban en cada enseñanza, Eli observaba cómo los ojos, antes llenos de recelo, reflejaban ahora respeto. La brecha entre ellos se estaba estrechando. Estas lecciones no

eran sólo prácticas, sino que se estaban construyendo puentes espirituales.

Cuando llegaron a un arroyo que brillaba como plata líquida a la luz del sol, Halcón Silencioso volvió a hablar. "El agua es vida", dijo simplemente. "Escuchamos su canto en busca de sabiduría".

Se reunieron a su alrededor mientras él demostraba cómo leer las ondas en la superficie del agua, patrones que podían revelar si alguien o algo había perturbado su flujo río arriba.

Eli se inclinó más, estudiando el lenguaje del agua junto a sus compañeros. El concepto era extraño pero familiar, como rastrear una presa o anticiparse a los movimientos de un adversario en la batalla.

Halcón Silencioso los condujo a un claro donde los rayos de luz pintaban dibujos en el suelo del bosque. Recogió una rama del suelo y empezó a dibujar en la tierra mientras les explicaba las estrategias que utilizaban sus antepasados en combate.

"La tierra lucha con nosotros", dijo Halcón Silencioso, esbozando posiciones y movimientos que utilizaban las características naturales como ventaja: cómo las sombras podían ocultar y el terreno podía hacer caer a los enemigos en trampas.

Eli asintió lentamente. Estas tácticas le resonaban profundamente: un recordatorio de que, a pesar de los diferentes caminos, había verdades universales en la guerra: conoce tu terreno, úsalo contra tu enemigo.

Cuando las sombras de la tarde se hicieron más largas, recogieron hierbas bajo la guía de Halcón Silencioso. Todos los colonos ataron los manojos con gemelos -símbolos de su aprendizaje- y se los echaron al hombro como mochilas rebosantes de un nuevo respeto por la tierra y la tribu.

Mientras se preparaban para regresar a la ciudad, Eli captó la mirada de Halcón Silencioso y un reconocimiento tácito pasó entre ellos. Eran líderes entrelazados por la necesidad, unidos por la tierra y el conflicto que se avecinaba.

El camino de vuelta fue menos silencioso que antes. Los murmullos recorrieron sus filas, una fusión de asombro por lo que habían aprendido y sobria conciencia de lo que les esperaba.

Eli también lo sintió: el pesado manto del liderazgo que volvía a cubrir sus hombros, pero ahora matizado con una pizca de esperanza fomentada por la unidad en un propósito compartido. El sol poniente proyectaba largas sombras sobre su camino mientras regresaban a Barranco Sombrío, tal vez un símbolo de que incluso en la oscuridad puede haber luz en la alianza y el entendimiento.

MIENTRAS LOS PRIMEROS rayos de la mañana se deslizaban por el horizonte, proyectando largas sombras sobre el improvisado campo de tiro, Eli Stone observaba a los habitantes de Barranco Sombrío reunidos con una mezcla de curiosidad y recelo. Sus risas y bromas contrastaban con la tranquilidad habitual del amanecer. Un joven minero demasiado entusiasta había propuesto una competición no letal de "tiro rápido" para animar los ánimos, un raro momento de frivolidad en medio de la tensión.

Eli estaba apoyado en un poste de madera, cruzado de brazos, con sus penetrantes ojos azules observando la escena. Podía ver a Tommy, el chico al que había ayudado con la equitación, saltando excitado sobre las puntas de los pies, ansioso por demostrar su valía entre los hombres. El entusiasmo de la gente del pueblo era contagioso. Incluso María había llegado para observar, y su presencia era un calor reconfortante en la visión periférica de Eli.

El sheriff Bennett se acercó a Eli, echándose el sombrero hacia atrás con una sonrisa. "¿Qué

te parece, Stone? ¿Te apetece mostrarnos algo de esa legendaria velocidad?"

Eli esbozó una media sonrisa, recordando días que era mejor olvidar. "Creo que he colgado las armas para siempre, Sheriff".

El sheriff se rió entre dientes. "Bueno, si cambias de opinión, nos vendría bien una demostración de alguien que haya visto algo más que botellas en postes de valla".

La competición comenzó con los más jóvenes tomando su turno, y sus intentos a menudo daban en las nubes más que en las latas de hojalata colocadas ante ellos. Las carcajadas del público sonaban cada vez que los tiros salían desviados o se estrellaban contra el suelo.

Halcón Silencioso estaba de pie junto a Eli. Su expresión era ilegible mientras observaba. "Tu gente encuentra la alegría de formas extrañas".

Eli asintió. "A veces la risa es la mejor manera de hacer retroceder el miedo".

La competición continuó y, finalmente, gracias a su persistencia más que a su habilidad, uno de los peones del rancho, llamado Jeb, se hizo con el título de tirador más rápido. Su éxito fue recibido con vítores y algunas palmadas en la espalda.

Mientras Jeb se regodeaba en su pequeña gloria, Clarence dio un paso al frente. Era uno de los que habían expresado dudas sobre la participación de Halcón Silencioso. Ahora miraba a Eli con una mueca desafiante.

"¿Seguro que nuestro herrero residente no tiene miedo de enseñarnos cómo se hace? ¿O esas manos se han vuelto blandas de tanto martillar hierro?"

La multitud enmudeció. Todos los ojos se volvieron hacia Eli. Sintió sobre todo la mirada de María, una súplica silenciosa para que no se dejara arrastrar a esta locura.

Pero había algo en la burla de Clarence que calaba más hondo que el orgullo: hablaba de los temores de Eli sobre sí mismo y sobre lo que era capaz de volver a ser.

Con un suspiro que parecía llevar sus cargas pasadas, Eli dio un paso adelante. No sacó su propia arma. En su lugar, pidió prestada una a un transeúnte, un pequeño gesto que de algún modo lo mantenía anclado a su vida actual como herrero.

Miró al objetivo, no a Clarence, como si fuera otro trozo de hierro esperando a que le diera forma bajo su mano. Cuando llegó la señal, fue como si el tiempo se detuviera: el brazo de Eli se puso en movimiento y el arma chasqueó bruscamente una vez.

La lata salió volando como alcanzada por un rayo. Un grito ahogado recorrió a la multitud, seguido de una erupción de aplausos.

Eli devolvió el arma sin ceremonias y se apartó del objetivo como si quisiera distanciarse de lo que acababa de hacer. La gente del pueblo se arremolinó a su alrededor con un respeto recién descubierto que brillaba en sus ojos, un respeto que se acercaba demasiado al asombro.

Tommy se abrió paso entre la multitud hasta llegar al lado de Eli. "¡Sr. Stone! ¡Ha sido increíble! ¿Me enseñará?"

La inocente admiración del chico fue suficiente para arrancar una sonrisa reticente de los labios de Eli. "Quizá otro día".

Cuando el silencio se apoderó de Shadow Gulch y los espectadores volvieron a sus rutinas diarias, Eli encontró a María esperándole al borde del claro.

"No tenías por qué hacerlo", dijo en voz baja.

Eli se encogió de hombros ante su preocupación con un intento de ligereza. "Sólo mantengo las cosas interesantes".

María le miró entonces -como hacía siempre que veía a través de sus defensas- y negó con la cabeza. "Tengo miedo por ti", dijo. "No por lo que puedas encontrarte ahí fuera", señaló hacia las lejanas colinas donde acechaba el peligro, "sino por lo que pueda despertar en ti".

No tenía palabras para sus miedos. Al fin y al cabo, eran los suyos. En su lugar, le puso una mano en el hombro, una promesa silenciosa de que no renunciaba a lo que había llegado a ser ni a lo que podrían tener juntos.

Durante el resto del día, Eli estuvo inmerso en sesiones de entrenamiento en las que su consejo era solicitado con fervor tanto por la gente del pueblo como por los miembros de la tribu.

Y mientras la noche se cernía una vez más sobre Shadow Gulch -sin hogueras en las laderas lejanas ni tambores que presagiaran la guerra-, Eli permaneció despierto hasta bien entrada la quietud, reflexionando sobre cómo aquella pequeña exhibición había alterado tan drásticamente sus percepciones.

No se trataba de ser venerado por lo que una vez fue. Se trataba de que lo necesitaran por lo que había llegado a ser: un líder no por la violencia, sino por la unidad y la preparación, un guardián no solo de Shadow Gulch, sino también de su espíritu y su esperanza de paz.

EL SOL se ocultaba en el horizonte, proyectando un cálido resplandor sobre la bulliciosa calle principal de Shadow Gulch. La gente del pueblo se había reunido en el espacio abierto frente al Saloon de María, donde las mesas gemían bajo el peso de un festín. Era una cena comunitaria, un acto de solidaridad ante la incertidumbre. Eli miraba desde la distancia, su silueta se confundía con las sombras del crepúsculo, mientras observaba a las familias reunidas, cada una contribuyendo a la comida con platos forjados en sus propios hogares y despensas.

Vaciló en la periferia, asimilando las risas y las animadas conversaciones que brotaban como el agua de un manantial. No se limitaban a planificar. Estaban conectando, tejiendo una colcha comunitaria con hilos de esperanza y estrategia. Un sentimiento de pertenencia tiró del pecho de Eli. Una emoción que durante mucho tiempo había mantenido enjaulada tras las rejas de la soledad.

Cuando por fin se acercó, le pasaron los platos con sonrisas y asentimientos. "Stone, tienes que probar la tarta de manzana de mi mujer", dijo uno de los mineros, dándole a Eli una palmada en la espalda con una mano polvorienta. "Es mejor que cualquier six-shooter para levantar el ánimo".

Eli esbozó una pequeña sonrisa y aceptó el plato. "Creo que lo haré", respondió, con voz baja y templada por la gratitud.

Las mesas formaban un tosco círculo y, cuando Eli tomó asiento, sintió como si estuviera entablando un pacto con aquella gente, su gente. El pueblo siempre había sido para él un lugar en el que mantenerse a distancia, mantener la distancia suficiente para que su pasado no influyera en sus vidas. Pero esta noche era diferente. Esta noche, formaba parte de su tapiz.

Las conversaciones se arremolinaban a su alrededor como hojas atrapadas en una ráfaga de otoño. "Podríamos usar algunos de esos viejos carros mineros", sugirió un fornido colono, "montarlos como barricadas".

"O llenarlos de piedras", añadió otro. "Que sean como muros móviles que nos protejan si tenemos que retirarnos".

Eli escuchaba más que hablaba, asintiendo pensativo a cada nueva idea. No todas eran prácticas -algunas incluso rozaban la fantasía-, pero lo que importaba era que se escucharan todas las voces.

Una joven madre frente a Eli le llamó la atención y se inclinó hacia él. "Señor Stone", empezó titubeando, con las manos retorciendo la tela de su falda, "usted ha visto cosas que nosotros ni siquiera hemos soñado. ¿Qué opina?"

Eli hizo una pausa antes de responder. No sólo estaba dando consejos. Estaba dando forma a la esperanza.

"Tendremos que ser inteligentes sobre dónde nos posicionamos", dijo con cuidado. "Utilizar los tejados para vigías y ventajas de fuego cruzado".

La mujer asintió enérgicamente como si memorizara sus palabras.

"Y los hombres de Halcón Silencioso... conocen esta tierra mejor que nadie", continuó Eli. "Su conocimiento podría ser nuestra mayor ventaja".

Los que estaban al alcance del oído se callaron al asimilar esta verdad.

A lo largo de la comida, las risas subían y bajaban como las olas en la orilla: los niños se perseguían entre las mesas o jugaban al pilla-pilla con gritos de alegría que parecían fuera de lugar en un momento tan tenso. Sin embargo, era ese mismo sonido el que fortalecía la determinación de Eli. Era por lo que todos luchaban: un futuro sin miedo.

María se acercó entonces con una cafetera recién hecha y le sirvió una taza que humeaba en el aire fresco de la tarde. Sus dedos se rozaron brevemente -una corriente pasó entre ellos- y Eli la miró a los ojos.

"Lo estás haciendo bien aquí", susurró para que sólo él pudiera oírla.

La respuesta de Eli se le quedó en la garganta. No había palabras para este dolor agridulce: el anhelo de paz mezclado con la premonitoria sensación de guerra.

A medida que las discusiones se sucedían en torno a tácticas defensivas y estrategias de supervivencia, Eli se encontraba a regañadientes en el centro de las mismas, como piedra angular de sus esperanzas y temores. Cada vez que aportaba una idea o confirmaba la sugerencia de otro, sentía que el vínculo se estrechaba, que los hilos lo entretejían con su destino colectivo.

"Podríamos poner trampas", sugirió un joven entusiasta cuyo entusiasmo superaba su experiencia. "Cables trampa y trampas alrededor del perímetro".

"Eso podría funcionar", dijo Eli. "Pero tendríamos que señalizarlos para nuestra gente mientras los mantenemos ocultos de invitados no deseados".

La noche se oscurecía. Las linternas proyectaban charcos de luz alrededor de los cuales la gente seguía reuniéndose y hablando en tono serio sobre el mañana, sobre la vida más allá de los problemas de hoy.

Y allí, en medio de ellos, estaba sentado Eli Stone, un hombre que antes se contentaba con avivar el fuego solo en su herrería y que ahora se veía empujado al calor generado por la conexión humana. Escuchaba más que hablaba, porque a veces el liderazgo no consistía en tener todas las respuestas. A veces se trataba de alimentar las semillas que otros plantaban hasta que crecían lo suficientemente fuertes como para valerse por sí mismas.

Cuando María volvió a llenar su taza, su mano se posó en su hombro, un ancla en este mar de cambios.

"Eli", dijo en voz baja para que sólo él se diera cuenta de que se alejaba de la formalidad, un signo de intimidad cada vez más profunda que ninguno de los dos había reconocido todavía, pero que ambos sentían profundamente en momentos como aquél.

El corazón le dio un vuelco como si tropezara con un cable invisible, tendido por el destino más que por la malicia, y por un momento Eli se permitió imaginar lo que podría ser la vida después de que se asentara el polvo de las líneas de batalla aún trazadas.

Levantó los ojos hacia ella una vez más -sus miradas se entrelazaron en una conversación silenciosa que lo decía todo por encima del clamor que los rodeaba- y se dio cuenta de que, por mucho que anhelara la soledad o temiera lo que les esperaba, Barranco Sombrío se había convertido en algo más que un lugar en un mapa: se había convertido en su hogar.

Capítulo Veinticinco

LA ÚLTIMA LUZ del día dio paso al crepúsculo y, con él, se apagó la jovialidad de los habitantes de Shadow Gulch. A medida que el cálido resplandor del sol se rendía ante la oscuridad, también lo hacían las risas que habían llenado la taberna. El violinista, sintiendo el cambio en la atmósfera, tensó su arco sobre las cuerdas con un ritmo más lento y contemplativo. La melodía, rica en tonos sombríos de incertidumbre inminente, resonó en las paredes como una premonición inquietante.

Eli observaba desde su rincón a la sombra, centinela silencioso de los cambios de humor de sus compañeros defensores. Cada mirada intercambiada mientras bebían cerveza. Cada gesto de solidaridad adquiría un significado más profundo a medida que la noche se cernía sobre ellos. Era como si el velo de oscuridad que descendía trajera consigo la realidad que todos habían estado evitando con bravuconadas y cuentos de antaño.

María se movió entre la multitud, su presencia era un faro reconfortante en el mar de caras aprensivas. Llamó la atención de Eli y le dedicó una sonrisa suave y tranquilizadora que decía mucho más de lo que las palabras podrían expresar. Con una elegancia que parecía desafiar la pesadez de su corazón, se acercó a él.

"La noche no tiene por qué ser sólo para preocuparse", dijo María tendiéndole la mano. Su voz era suave pero firme, una invitación imposible de rechazar.

La cogió de la mano y se dejó arrastrar hacia el espacio abierto entre mesas y sillas apartadas apresuradamente. Las tablas del suelo crujieron bajo su peso al encontrar su ritmo al compás de la lúgubre canción del violín.

Su baile no consistía en pasos intrincados ni grandes florituras, sino más bien en un vaivén íntimo que permitía a sus cuerpos moverse juntos en un silencioso entendimiento. Eli sintió el calor de María a través de la palma de la mano apretada contra la suya, mientras la otra mano descansaba ligeramente sobre su hombro. La tensión acumulada durante semanas -no, meses- de batallas silenciosas y temores susurrados parecía aliviarse un poco con cada suave giro.

Bailaron por sí mismos, por lo que podría haber sido, por lo que aún podría ser si el destino lo permitiera. Mientras giraban lentamente en su órbita común, Eli sintió una profunda conexión que lo unía no sólo a María, sino también a todas las almas de Shadow Gulch. Cada persona luchaba en su propia guerra interior, una guerra entre la esperanza y la desesperación, entre vivir para el mañana y sobrevivir hoy.

Eli soltó un suspiro que no sabía que había estado conteniendo y susurró cerca del oído de María para que sólo ella pudiera oír por encima de la música. "Nunca imaginé que me encontraría bailando en una noche como esta".

"La vida tiene una forma curiosa de darnos sorpresas", murmuró María. Su mirada se cruzó

con la de él -un mar tempestuoso que se encuentra con una orilla inflexible- y él vio en sus ojos todo lo que no se atrevía a decir en voz alta: preocupación por él, por ellos, por todas las vidas entrelazadas con la suya.

Mientras continuaban su lento baile, Eli no pudo evitar pensar en lo que le había llevado hasta aquí: los años de soledad que había elegido en las afueras de Barranco Sombrío parecían haber pasado hace toda una vida. En ese momento, envuelto en la mirada de María y guiado por su suave mano en la espalda, comprendió que ningún hombre podía realmente dejar atrás su pasado o negar su naturaleza cuando otros dependían de él.

"Sabes", dijo, "hubo un tiempo en que pensé que había dejado todo esto atrás".

"Lo sé", respondió en voz baja.

Eli hizo una pausa e inspiró profundamente antes de volver a hablar. "Y ahora aquí estoy..."

"Estás aquí porque te importa", dijo María antes de que pudiera terminar. "Porque eres lo suficientemente valiente para afrontar lo que venga".

Sus palabras le envolvieron como una armadura que reforzaba su determinación, incluso cuando la duda arañaba sus bordes. Sabía que ella tenía razón. No podía ocultar quién era: un hombre que buscaba la paz, pero que se alzaría contra el caos cuando fuera necesario.

Volvieron a quedarse en silencio mientras la canción llegaba a su fin. La última nota permaneció en el aire antes de desvanecerse en el silencio, como sus propias promesas tácitas: cosas delicadas que aún no se habían hecho, pero que se habían entendido.

Eli sintió entonces un impulso: la necesidad de preservar esta paz fugaz entre ellos, incluso cuando las sombras se cernían sobre el horizonte. Se apartó un poco para poder mirar directamente a los ojos de María una vez más.

"María", empezó, su voz apenas superaba un susurro contra la quietud que los envolvía a ambos.

Buscó en su rostro como si memorizara cada línea grabada por años y pruebas, un mapa de dónde había estado y adónde podría ir a partir de ahora.

"¿Sí?" Su voz era tímida, pero llena de una fuerza inquebrantable que le animó.

En aquel momento suspendido entre respiraciones y latidos de sus corazones sincopados por el silencio más que por la música ya cesada, Eli supo que no importaba lo que el amanecer trajera sobre Barranco Sombrío -la violencia que pudiera acarrear o la paz que pudiera prometer-, él lo afrontaría de frente por ella, por todos ellos.

Y así, bajo un cielo indiferente en transición del crepúsculo a la oscuridad -un lienzo que pronto se pintaría con opciones tanto sombrías como grandiosas-, Eli Stone se encontraba en una encrucijada dentro de sí mismo: un camino que conducía de vuelta a las sombras que conocía demasiado bien y otro que avanzaba hacia la luz aún desconocida, pero que valía la pena arriesgar si significaba proteger lo que, sin saberlo, se había convertido en algo valioso para él.

LA SOMBRA de Eli Stone se extendía larga y delgada por el suelo polvoriento mientras hacía su ronda, con la luz mortecina del día proyectando un resplandor anaranjado sobre Barranco Sombrío. Sus botas levantaban pequeñas nubes de tierra con cada paso deliberado, el único sonido en la tranquila noche aparte del lejano murmullo de las voces y el ocasional ruido metálico de los preparativos de la ciudad. No llevaba linterna. Sus ojos, acostumbrados al cielo cada vez más oscuro, no necesitaban luz artificial para guiarse.

Se acercó a la primera fortificación, donde un joven llamado James vigilaba con su rifle en brazos como si fuera un niño precioso. Los ojos de James se desviaron hacia Eli, un destello de

gratitud pasó entre ellos antes de que las palabras pudieran formarse.

"Estás aguantando bien", dijo Eli, con voz baja y firme.

"Lo intento, Sr. Stone. Sólo espero que sea suficiente cuando vengan".

Eli agarró firmemente el hombro de James. "Ahora eres parte de la columna vertebral de este pueblo. Los detendremos juntos". La promesa fue silenciosa pero tan vinculante como si se pronunciara ante un juez.

El centinela asintió, poniéndose un poco más erguido bajo la mano de Eli. Con una última palmada en la espalda, Eli se marchó, dejando a James con su vigilia.

La noche se hizo más profunda mientras recorría el perímetro, comprobando cada barricada improvisada y ofreciendo palabras que parecían tejerse en un manto de seguridad. Cada centinela recibía la atención de Eli. Una inclinación de cabeza aquí, una mirada compartida allá... todos pequeños gestos, pero cada uno de ellos un juramento tácito de su parte de permanecer con ellos hasta el amanecer y más allá.

Eli se encontró con Mary Carter junto al muro norte. Su silueta era leve contra el horizonte que se oscurecía, pero su presencia era cualquier cosa menos pequeña. Mary se mantenía en su puesto con una intensidad que decía mucho de su determinación.

"Buenas noches, Mary", dijo Eli.

Giró la cabeza lo justo para reconocerle. "Sr. Stone."

"Tu puntería es tan buena como la de cualquier hombre", le recordó.

"Mejor que algunos", respondió con un deje de desafío en la voz.

"Así es". Eli ofreció una sonrisa irónica que no llegó a sus ojos. "Mantente alerta esta noche".

"Siempre lo hago". Su voz era suave, pero llevaba el acero de alguien que sabía demasiado bien lo que estaba protegiendo.

Al pasar de un guardián a otro, Eli sentía cada breve encuentro como una piedra añadida a su carga, un peso que aceptaba sin rechistar. Puede que sus palabras fueran escasas, pero cumplían su propósito: reforzar no sólo sus defensas físicas, sino también su determinación.

Por fin llegó a donde Halcón Silencioso vigilaba en solitario, en un punto donde los acantilados se encontraban con el borde de la ciudad. La postura del guerrero era relajada pero inflexible, una presencia más que una mera figura en la penumbra.

"Tienes los ojos como el halcón que te da nombre", le dijo Eli mientras se unía a él en la vigilancia.

Halcón Silencioso se giró ligeramente, reconociendo a Eli con una inclinación de cabeza. "Y tienes el corazón de este pueblo en tus manos".

Eli contempló el Barranco Sombrío y no sólo vio estructuras de madera y caminos de tierra, sino vidas y sueños entretejidos en cada edificio y cada sendero. "Los mantendremos a salvo", se dijo más a sí mismo que a Halcón Silencioso.

"Estamos juntos en esto", respondió Halcón Silencioso. "Tu gente es ahora mi gente".

A Eli no se le escapó la solidaridad de aquellas palabras. Resonaba en su interior como un juramento hecho ante el tiempo mismo: proteger y servir a los que no podían valerse por sí mismos.

Una vez completado su circuito, Eli se detuvo en el Maria's Saloon. Desde el interior llegaban risas y música, un marcado contraste con la promesa silenciosa de vigilancia que había hecho a cada centinela en el exterior. Era la vida que continuaba a pesar del miedo. Era Shadow Gulch afirmando su derecho a existir frente a aquellos que querían extinguirla.

No entró, pero se quedó en el umbral un momento más de lo necesario, dejándose animar por los sonidos de resiliencia del interior. Luego se dio la vuelta y continuó su camino de vuelta a

casa por calles ahora tranquilas, ya que la mayoría se había retirado a dormir o estaba vigilando en otro lugar.

Al llegar a su modesta vivienda en las afueras de la ciudad, Eli no entró inmediatamente. En lugar de eso, se quedó al aire libre bajo la extensión de estrellas que parecían indiferentes a las preocupaciones humanas. Ardían brillantes y distantes, testigos silenciosos del destino que le aguardaba a Barranco Sombrío cuando se hiciera de día.

Su mano se introdujo en el bolsillo, donde yacía escondida la hacha de guerra de Halcón Silencioso, un regalo que simbolizaba la confianza y la unidad entre dos mundos que llevaban mucho tiempo separados. Su peso le reconfortó en la palma de la mano, un recordatorio tangible de que esta lucha no la llevaba él solo, sino que la compartían todos los que llamaban hogar a este trozo de frontera.

Finalmente, Eli se retiró a descansar antes de que la luz del amanecer pusiera de relieve un futuro incierto, y pensó en cada uno de los rostros que había visto aquella noche -sus miedos, sus esperanzas- y renovó su promesa silenciosa: Haría todo lo que estuviera en su mano para asegurarse de que nadie se perdiera en las tinieblas que invadían Shadow Gulch.

LA NOCHE DESCENDÍA sobre Shadow Gulch como un manto de terciopelo, el cielo un tapiz de estrellas centelleantes. Eli estaba de pie a las afueras del pueblo. Su silueta se recortaba contra el horizonte cada vez más oscuro. Las afueras estaban tranquilas, el lejano murmullo del piano de la taberna era un débil eco que el viento arrastraba. Miró hacia arriba, sus ojos recorrieron las constelaciones que colgaban como guardianes silenciosos de la vasta frontera.

Sus manos, ásperas por años de trabajo honesto en el yunque y manchadas con el hollín de su forja, sostenían ahora un peso diferente, un peso que no era físico pero que pesaba sobre él. Era la carga de decisiones inminentes, elecciones que podrían dirigir Barranco Sombrío a través de la tempestad de violencia que se cernía sobre todos ellos.

Una brisa susurraba entre la hierba, erizando la camisa de Eli mientras contemplaba su viaje. El pasado era una sombra implacable, y sus zarcillos le alcanzaban incluso bajo este cielo abierto. Había venido a este lugar en busca de redención, un respiro de la tormenta de su vida anterior. Sin embargo, aquí estaba, a punto de volver a esa vorágine.

La forja había sido su santuario, su martillo y sus tenazas herramientas de creación más que de destrucción. Pero al destino, al parecer, le importaban poco los deseos de un hombre que intentaba dejar atrás su historia. Le había empujado hacia delante con mano implacable, hacia el liderazgo y la estrategia, un papel que conocía bien pero que había abandonado en busca de la paz.

Eli cerró los ojos brevemente e inhaló profundamente, saboreando el aire fresco de la noche. Los momentos de tranquilidad a solas le permitieron escuchar sus propios pensamientos sin distracciones. Luchó con la noción del destino. ¿Era una fuerza inexorable que le guiaba de vuelta a la violencia? ¿O podría labrarse un nuevo camino, uno en el que pudiera liderar sin volver a las andadas?

Las estrellas no ofrecían respuestas. Simplemente brillaban con indiferencia ante los problemas humanos. Sin embargo, su permanencia era un consuelo, un recordatorio de que las pruebas de la vida no eran más que momentos fugaces ante el telón de fondo de la eternidad.

Su ensoñación se vio interrumpida por el sonido de unos pasos suaves que se acercaban a través de la maleza. Eli no necesitó girarse para saber que era Halcón Silencioso: el hombre se movía con una presencia que se sentía más que se oía.

"¿Buscas consejo en las estrellas?" La voz de Halcón Silencioso rompió el silencio sin interrumpirlo.

"No son mucho de hablar", respondió Eli con una media sonrisa en la voz.

"Tal vez", dijo Halcón Silencioso mientras se colocaba junto a Eli, "pero son antiguos vigilantes. Nos recuerdan que nuestras luchas forman parte de una danza mayor".

Eli asintió lentamente. "Y, sin embargo, es difícil no sentir que estamos a punto de pisarnos".

Halcón Silencioso dejó escapar una suave risita. "Bailar puede ser caótico cuando aprendes los pasos por primera vez".

Permanecieron juntos en un cómodo silencio durante un rato antes de que Eli volviera a hablar.

"¿Alguna vez dudas de tu camino?" Su pregunta flotaba en el aire entre ellos.

"Todos los líderes dudan", dijo Halcón Silencioso. "Pero la duda no es una debilidad: es la mente cuestionándose a sí misma para que, cuando llegue la acción, sea decisiva".

Eli reflexionó sobre esas palabras. La acción decisiva había sido una vez su sello distintivo. Ahora temía lo que esa decisión podría desencadenar en él.

"El pueblo", empezó Eli titubeando, "cuenta conmigo -con nosotros- para mantenerse a salvo".

"Y haremos todo lo que podamos", dijo Halcón Silencioso.

La convicción en la voz de Halcón Silencioso fue suficiente para avivar un pequeño fuego en el vientre de Eli, del tipo que calienta pero no consume. Tal vez, después de todo, había fuerza en la unidad.

Volvieron la mirada al cielo, como si pidieran permiso a los cuerpos celestes para proseguir con sus empresas terrenales.

"Mañana", dijo Eli al cabo de un rato, "nos enfrentaremos a lo que venga".

Halcón Silencioso asintió. "Y lo enfrentaremos juntos".

Los dos hombres se separaron, cada uno con sus propios pensamientos, y regresaron a la ciudad cuando la noche se adueñó por completo de Shadow Gulch.

Las botas de Eli rozaban el camino de tierra que conducía al pueblo. Las risas y la música de antes se habían desvanecido. Lo que quedaba eran conversaciones en voz baja y miradas nerviosas hacia las ventanas oscuras donde las familias se acurrucaban contra terrores desconocidos.

Al pasar por delante de la clínica del doctor Timmons, la luz se derramaba sobre la calle desde una ventana abierta: el doctor seguía levantado, probablemente preparándose para lo que le depararía el día siguiente. Eli sabía que cada luz representaba a alguien que no podía dormir por preocupación, miedo o determinación... o tal vez por las tres cosas enredadas como zarzas.

Se dirigió hacia la casa de María. Su invitación a estar con ella no era explícita, pero se reflejaba en sus ojos cada vez que se separaban. Pensar en ella le producía dolor y calidez a la vez, una dicotomía que resumía gran parte de lo que sentía últimamente.

María esperaba en su porche, envuelta en un chal contra el frío aire nocturno. Su sonrisa al verle era a la vez acogedora y cargada de preguntas tácitas sobre qué sombras cruzaban su mente cuando miraba aquellas estrellas lejanas.

Se sentaron juntos en el columpio de su porche, meciéndose suavemente mientras compartían sus pensamientos sobre el mañana, sobre la esperanza y el miedo entrelazados tan estrechamente que era imposible separar una hebra de la otra.

"Parece como si estuviéramos al límite", susurró María tras un rato en silencio.

"Lo estamos", dijo Eli en voz baja. "Pero en los bordes es donde las cosas cambian".

Apoyó la cabeza en su hombro, un gesto sencillo cargado de confianza y de algo más profundo.

Permanecieron allí unos largos momentos más antes de que María se levantara por fin y le diera las buenas noches con un abrazo que decía mucho más de lo que cualquier palabra podría transmitir.

Eli la vio desaparecer antes de volverse él también hacia su casa, el lugar donde se acostaba cada noche pero donde apenas encontraba descanso estos días.

Más tarde, en la cama, el sueño seguía siendo esquivo mientras las imágenes bailaban detrás de los párpados cerrados: destellos de disparos y gritos amortiguados por la distancia o quizá porque algo en su interior se negaba a reconocerlos por completo.

Capítulo Veintiséis

AMANECIÓ en Shadow Gulch con una nitidez que parecía cortar lo que quedaba de oscuridad nocturna. Un pesado silencio flotaba en el aire, más denso que la habitual calma matutina, como si la propia ciudad contuviera la respiración. Eli Stone recorrió el perímetro, con los ojos tan agudos como el halcón del que su amigo tomó el nombre, escudriñando el horizonte donde la tierra se unía con el cielo en una tenue línea.

Se movió con determinación, cada paso deliberado, deteniéndose para ajustar la posición de un vigía o para susurrar una palabra de aliento. Hoy no había lugar para el error. Cada habitante del pueblo y cada miembro de la tribu se mantenía hombro con hombro, una barricada viviente contra el caos que amenazaba con extenderse a sus vidas.

Eli podía sentir su tensión colectiva, una mezcla de miedo, determinación y una confianza tácita en él. Le pesaba, pero lo llevaba como llevaba su propio pasado: con tranquilidad y con una fuerza interior que contradecía su expresión sombría.

El sol subía más alto, bañando los acantilados y derramando luz dorada en el Barranco Sombrío. Debería haber sido una visión reconfortante, pero hoy les recordaba que estaban expuestos, que eran vulnerables. Comprobó cada uno de los rifles que le entregaron con facilidad, asegurándose de que estaban listos para lo que les esperaba.

"Recuerda", le dijo Eli a un joven cuyas manos temblaban ligeramente sobre su arma, "respiración tranquila, puntería tranquila. No te apresures a disparar".

El joven asintió con la cabeza, tragando saliva pero con la mandíbula resuelta, mientras Eli le daba una palmada en el hombro y seguía su camino.

A las afueras de la ciudad, donde se habían levantado barricadas improvisadas durante la noche, Halcón Silencioso se erguía como una estatua tallada en la misma tierra que honraba. Su presencia era tranquilizadora por su firmeza.

"Esperarán que no estemos preparados", dijo Halcón Silencioso sin volverse a mirar a Eli mientras se acercaba.

Eli asintió. "Por eso les sorprenderemos".

Un destello de admiración pasó por los ojos de Halcón Silencioso antes de volver su mirada a la distancia. Juntos permanecieron un momento en silencio, compartiendo un entendimiento que iba más allá de las palabras.

Mientras Eli continuaba con sus rondas, controlando a los asignados a turnos de vigilancia y patrullas, sintió algo que no había sentido en mucho tiempo: un sentimiento de pertenencia. Estas personas ya no eran sólo caras con las que se cruzaba en su vida diaria. Eran su responsabilidad, su reto y, quizá de algún modo, su redención.

A media mañana, la actividad en Shadow Gulch había alcanzado un ritmo constante. Las

mujeres llenaban cantimploras y distribuían munición, mientras los niños se movían bajo sus pies con más solemnidad de lo habitual. De vez en cuando, Eli captaba fragmentos de conversación: planes para defender sus hogares o susurros sobre lo que podría ser la vida después de este día.

María salió de su salón con una bandeja de bocadillos y tazas de café fuerte. Hizo la ronda entre los defensores con una palabra o una sonrisa para cada uno. Cuando llegó a Eli, le tendió una taza humeante con la amarga infusión.

"Tienes que mantenerte fuerte", dijo en voz baja.

Eli lo aceptó con un movimiento de cabeza. "Gracias. Su presencia era a la vez reconfortante e inquietante: una promesa de paz en medio del tamborileo de un conflicto inminente.

Sus dedos se rozaron cuando él cogió la taza de su bandeja, un roce fugaz que le produjo una sacudida inesperada. Ella le dedicó una apretada sonrisa antes de pasar a servir a los demás.

Apartándose de la figura de María que se retiraba, Eli se concentró en ajustar el agarre del rifle de alguien cuando, de repente, se oyó un grito de alerta procedente de uno de los vigías encaramado en lo alto del Saloon de María.

"¡Se acercan jinetes!"

En un instante, todas las cabezas se volvieron hacia la cresta oriental, donde las nubes de polvo delataban movimiento contra el árido paisaje. Eli entrecerró los ojos en la distancia. Incluso desde allí podía distinguir que había demasiados jinetes para su comodidad, pero demasiado pocos para un asalto directo.

"Nos están poniendo a prueba", murmuró más para sí mismo que para nadie.

Se dirigió hacia donde estaba el sheriff Bennett, junto a Halcón Silencioso. Ambos tenían los ojos fijos en los jinetes que se acercaban.

"Les demostramos que estamos preparados", afirmó Eli con firmeza.

El sheriff Bennett asintió una vez antes de dar las órdenes. Hombres y mujeres tomaron posiciones a cubierto, mientras los niños eran conducidos al interior bajo una atenta mirada.

Eli vio cómo Halcón Silencioso hacía señas a dos de sus hombres, que desaparecieron rápidamente en posiciones estratégicas entre rocas y árboles, parte de su tierra y casi invisibles a menos que uno supiera exactamente dónde mirar.

Los jinetes se acercaron hasta quedar a corta distancia, hombres de aspecto rudo, ojos duros y rostros curtidos que hablaban de vidas vividas con violencia. Uno de ellos se adelantó ligeramente a los demás, señal de que deseaba parlamentar en lugar de luchar, al menos por el momento.

Eli también se adelantó. Ahora no había vacilación en sus movimientos, sólo la certeza de alguien que conocía demasiado bien esta danza mortal.

"¿Qué te trae por aquí?" gritó Eli cuando estuvieron lo bastante cerca como para que las palabras pudieran salvar la distancia que los separaba sin gritar, pero aún fuera del alcance de los disparos.

El jinete principal sonrió. No era una sonrisa de humor, sino de malicia. "Sólo pasaba por aquí", respondió con voz de grava aplastada bajo los pies. "He oído que éste podría ser un lugar interesante para parar".

Eli mantuvo la mirada fija en el hombre que tenía delante. No cabía duda de la clase de "interés" que traían consigo hombres como aquel.

"Lo único que encontrarás aquí son problemas si los buscas", dijo Eli.

La sonrisa del jinete se desvaneció ligeramente al sopesar las palabras de Eli -y quizá más importante- la determinación grabada en cada rostro a sus espaldas.

Tras lo que pareció una eternidad, pero que en realidad sólo fueron unos segundos, el jinete

esbozó otra fría sonrisa antes de dar la vuelta a su caballo lentamente -como si quisiera dejar claro que había sido por decisión propia y no por la fuerza- e hizo una señal a sus hombres para que lo siguieran de vuelta al lugar de donde habían venido.

Un suspiro colectivo recorrió Barranco Sombrío mientras la tensión se liberaba de los hombros rígidos -esta vez se habían librado de la violencia-, pero sólo fue un respiro temporal. Todos lo sabían sin decirlo en voz alta.

Eli permaneció alerta incluso después de que los demás empezaran a bajar ligeramente la guardia, pues su experiencia le decía que esto aún no había terminado, ni mucho menos. Siguió oteando el horizonte mucho después de que las nubes de polvo dejadas por los jinetes que se marchaban se hubieran asentado de nuevo en la tierra, esperando lo que sabía que acabaría llegando: la verdadera tormenta que aún no se había desatado sobre todos ellos.

LAS PRIMERAS luces del alba ya habían encendido el horizonte cuando Eli Stone salió de la fragua, con las botas levantando pequeñas nubes de polvo a cada paso. Se había levantado antes que el sol, inquieto y consciente del peso que recaía sobre sus hombros. Entrecerró los ojos contra el resplandor, observando los rostros de los habitantes del pueblo y los miembros de la tribu que se habían reunido en un pacto silencioso de defensa.

Halcón Silencioso se mantenía apartado, una figura de tranquila autoridad. Los intrincados tatuajes de sus brazos parecían susurrar historias de resistencia mientras se acercaba a Eli.

"Debemos buscarlos antes de que vengan a por nosotros", dijo Halcón Silencioso, con la voz baja pero con la fuerza de una tormenta en el horizonte.

Eli asintió, sintiendo el familiar picor en el dedo del gatillo, una sensación que había esperado dejar enterrada en el pasado. "Reúne a tus exploradores. Cubriremos más terreno juntos".

Se formó un grupo de cinco, entre ellos Halcón Silencioso y dos de los miembros de su tribu en los que más confiaba, junto con un par de colonos que sabían rastrear tan bien como cualquier hombre que Eli hubiera conocido. Partieron a caballo, dejando atrás Barranco Sombrío, cuyos edificios se erguían en el extenso paisaje.

La mañana avanzaba con cada kilómetro y medio, y el silencio entre ellos sólo se veía interrumpido por el rítmico golpeteo de los cascos contra la tierra. Los ojos de Eli permanecían fijos en el terreno: cada roca y grieta, cada matorral y cada cactus eran como un presagio.

La primera señal vino de uno de los hombres de Halcón Silencioso: una rama rota por aquí, una piedra volcada por allá. Entonces Eli también lo vio: un trozo de tela enganchado en un arbusto espinoso, con los bordes deshilachados y blanqueados por el sol.

"Bandana", murmuró uno de los colonos, tirando de ella. "Común entre los forajidos".

Siguieron adelante y, con cada pista -una petaca de whisky desechada con una etiqueta descolorida, huellas de botas grabadas en el lecho seco de un río-, aceleraban el paso. Como mucho, las señales eran de hacía días.

"Cerca", dijo Halcón Silencioso. Sus ojos oscuros se clavaron en los de Eli, y hubo un entendimiento entre ellos que no necesitó palabras. Los forajidos estaban cerca.

Eli desmontó cerca de un saliente rocoso que ofrecía una vista de los alrededores. Con los ojos entrecerrados, observó el paisaje: un lienzo pintado con peligro en cada sombra y cada hondonada.

"Los jinetes pasaron por aquí no hace mucho", informó un explorador, arrodillado junto a excrementos frescos y tierra removida. "Más de una docena".

La mirada de Halcón Silencioso se dirigió hacia el oeste, donde la tierra se elevaba en escarpadas colinas que podrían ocultar un ejército. "Deberíamos regresar con este conocimiento".

Eli sabía que tenía razón. Debían prepararse para lo que se avecinaba. Pero algo tiraba de él, un instinto de agente de la ley o tal vez un susurro de su vida pasada que le instaba a no retirarse todavía.

"Vamos a presionar un poco más", dijo Eli. "Necesitamos saber su dirección".

Halcón Silencioso asintió y volvieron a montar con decisión.

Ahora cabalgaban con cautela, con los sentidos agudizados por la amenaza inminente que acechaba sin ser vista pero que se sentía en cada brisa que agitaba el polvo a su alrededor. Todos llevaban la mano cerca del fusil, preparados para lo que pudiera surgir tras la siguiente cresta.

No tardaron en encontrar algo más: un campamento recientemente abandonado con brasas aún calientes en una hoguera. Había restos de comida esparcidos y huellas en todas direcciones, como si los que habían descansado aquí estuvieran explorando su próximo movimiento.

Halcón Silencioso se agachó junto a la hoguera y pasó los dedos por la ceniza. "Están cerca", volvió a decir, esta vez con un tono de voz que hizo que la determinación de Eli se viera afectada.

Eli estaba de pie a su lado, mirando al suelo donde la tierra había sido removida por muchas botas. Su corazón latía con un ritmo antiguo, uno que había bailado muchas veces cuando la justicia estaba en juego.

"Volvemos", decidió Eli abruptamente. "Tenemos lo que necesitamos".

Siguieron su camino en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos sobre lo que les esperaba en Shadow Gulch, las familias y las vidas que ahora se confiaban a su previsión y valentía.

A medida que se acercaban a la ciudad, Eli sintió el cambio en el aire, una tensión como la electricidad antes de que caiga un rayo. También pudo verlo. La gente del pueblo trabajando febrilmente para reforzar las defensas, las madres ansiosas metiendo a los niños en casa.

El sheriff Bennett se reunió con ellos a las afueras de la ciudad. Su rostro curtido por la intemperie estaba marcado por la preocupación mientras esperaba su informe.

"Nos han estado explorando", compartió Eli sin preámbulos. "Están más cerca de lo que pensábamos".

El sheriff asintió sombríamente mientras los habitantes del pueblo se reunían a su alrededor como polillas atraídas por las llamas, hambrientos de noticias pero temerosos de lo que pudieran ser.

Eli se volvió para dirigirse a todos. Su voz llegó lo suficientemente lejos como para que cada uno de los presentes pudiera oírla: "Ya no se trata sólo de sobrevivir, sino de defender lo que hemos construido juntos".

Vio rostros endurecidos por la determinación y otros aún pintados por el miedo, pero detrás de cada par de ojos ardía el deseo de que volviera la paz a sus hogares.

El sol comenzó a descender mientras se dispersaban. Algunos a sus casas para pasar la que podría ser su última noche a salvo. Otros permanecieron fuera continuando sus labores bajo la atenta mirada de Eli.

Eli se apartó de todos ellos por un momento, permitiéndose este breve respiro, con el rostro dirigido hacia unas montañas lejanas que encerraban amenazas y promesas en sus silenciosas profundidades.

Halcón Silencioso se unió a él, uno al lado del otro: dos hombres unidos por un deber que va mucho más allá de ellos mismos o de cualquier vida dentro de los frágiles muros de Barranco

Sombrío.

AMANECIÓ en Shadow Gulch con un silencio más pesado que el polvo levantado por la brisa matutina. Eli se había levantado desde que la primera luz se deslizó sobre la meseta, su cuerpo se movía a través de los movimientos familiares de preparación -comprobando cada arma de fuego, inspeccionando las barricadas, afirmando la resolución en cada par de ojos que lo miraban en busca de consuelo.

Los forajidos habían dejado su tarjeta de visita en forma de huellas y baratijas olvidadas, pero Eli sabía que no debía consolarse con su descuido. Ya había visto este juego antes, donde un pequeño paso en falso no era más que una finta antes de la tormenta. Y mientras caminaba entre su milicia improvisada, no podía evitar preguntarse si realmente entendían lo que se les venía encima.

Halcón Silencioso estaba a su lado, con una mirada tan penetrante como la del halcón del que tomó su nombre. El guerrero había visto batallas y derramamiento de sangre, al igual que Eli, y había un entendimiento sin palabras entre ellos, un conocimiento compartido de que el día de hoy no pasaría sin violencia.

A medida que el sol subía, pintando largas sombras a través del barranco, un agudo chasquido partió el aire. El disparo de advertencia procedía de Tommy, encaramado en lo alto de una cresta desde donde tenía una vista despejada del paisaje circundante. A Eli se le aceleró el pulso al oírlo: la señal que habían acordado para el caso de que surgieran problemas sin previo aviso.

No necesitó dar órdenes. Todos entraron en acción con una presteza que hablaba por sí sola de su entrenamiento y determinación. Las mujeres y los niños se refugiaron en el Saloon de Maria, transformado ahora en una fortaleza. Los hombres y los miembros de la tribu tomaron posiciones detrás de los barriles y en lo alto de los edificios, con los rifles preparados.

La primera visión de los forajidos fue una nube de polvo en el horizonte. Cabalgaron con fuerza y rapidez, creyendo en la sorpresa y la fuerza bruta. Pero a medida que se acercaban, no encontraron un asentamiento desprevenido, sino un muro de desafío. El corazón de Eli martilleaba contra sus costillas mientras apuntaba con manos firmes que contradecían su agitación interior.

La banda era pequeña, una docena de hombres como mucho, pero lo que les faltaba en número lo compensaban con una ambición despiadada. Dispararon alocadamente mientras cargaban, esperando dispersar a sus objetivos como ovejas asustadas.

Pero Shadow Gulch no era un rebaño sitiado. Era una fortaleza impenetrable creada por la mente estratégica de Eli. La primera andanada de los defensores hizo caer a dos forajidos de sus monturas antes incluso de que pudieran ponerse a tiro. Los guerreros de Halcón Silencioso lanzaron flechas con precisión letal, aumentando el caos entre los atacantes.

Eli se concentraba en cada respiración, en cada apretón del gatillo. Se movía como un espectro entre los puntos de cobertura, despachando a la justicia con una eficacia que helaba incluso su propia sangre.

Los forajidos no estaban preparados para semejante resistencia. Su supuesto ataque sorpresa se desmoronó bajo el fuego concentrado y los contraataques coordinados. En cuestión de minutos -aunque a los sitiados les parecieron horas-, los atacantes que quedaban se dispersaron y se retiraron como hormigas de una colina pisoteada.

Tan rápido como había empezado, el silencio volvió a caer sobre Shadow Gulch.

Una exhalación colectiva recorrió el pueblo al darse cuenta de que habían repelido el ataque de una de las bandas más temidas del territorio. Tommy gritó desde su puesto de observación, agitando el sombrero triunfalmente mientras los vítores estallaban abajo.

Eli observaba con una calma estoica que enmascaraba su acelerado corazón. Sus dedos se relajaron alrededor de su rifle mientras contemplaba a la gente del pueblo abrazándose con alivio y júbilo. Su euforia temporal lo inundó, pero no penetró lo suficiente como para aliviar su tensión. La batalla estaba ganada, pero la guerra distaba mucho de haber terminado.

María salió de su fortaleza del salón con los ojos buscando hasta que encontraron la mirada fija de Eli. Se acercó a él con pasos rápidos que delataban su preocupación bajo su serena apariencia.

"Lo lograste", exhaló cuando llegó hasta él, y su mano se posó en su brazo como si se aferrara a su presencia.

"Lo hemos conseguido", corrigió suavemente, sabiendo muy bien que todas las almas que se mantuvieron firmes compartían el mérito de esta victoria.

María asintió, pero permaneció cerca de él mientras observaban cómo Halcón Silencioso intercambiaba palabras con el sheriff Bennett, una discusión sin duda sobre cómo localizar a los que habían huido antes de que pudieran reagruparse o buscar venganza.

Eli sentía de vez en cuando los ojos de María clavados en él. Entendía sus preguntas silenciosas sobre lo que vendría después y si este triunfo significaba seguridad o simplemente un breve respiro. Pero no ofreció ninguna respuesta porque no tenía ninguna que dar... todavía no.

El sol alcanzó su cenit cuando comenzaron los preparativos para atender a los heridos y reparar las defensas dañadas. Las risas se mezclan con los martillazos: una cacofonía de vida que continúa a pesar de haber rozado la muerte.

Eli ayudaba en lo que podía, fijando tablas en las ventanas u ofreciendo una mano firme a quienes se estremecían al probar por primera vez la pólvora y el derramamiento de sangre. Su presencia parecía levantar el ánimo. Su actitud tranquila daba fuerzas a los que flaqueaban bajo el pesado regusto del miedo.

Sin embargo, en medio de los esfuerzos de reparación y recuperación, Eli no podía deshacerse de una molesta sensación que le arañaba las entrañas: el temor de que aquella escaramuza no fuera más que el precursor de algo mayor y mucho más devastador. La verdadera tormenta podría estar aún gestándose más allá de esos acantilados que acunaban a Shadow Gulch tan estrechamente dentro de su pétreo abrazo.

Cuando la tarde dio paso a la noche y las sombras volvieron a extenderse por las calles de tierra convertidas en campos de batalla durante un angustioso instante, Eli se encontró de nuevo frente al Saloon de Maria. Contempló los rostros aliviados bajo la luz de los faroles -una frágil sensación de seguridad que los iluminaba desde dentro- y se preguntó cuántos amaneceres más habrían de llegar antes de que la paz volviera a reinar en Barranco Sombrío.

Capítulo Veintisiete

ELI SE SITUÓ al borde de la multitud, siguiendo con la mirada la nube de polvo que dejaban los forajidos en su huida. Los habitantes del pueblo bullían con una embriagadora mezcla de alivio y orgullo, dándose palmadas en la espalda y compartiendo amplias sonrisas que hablaban de una batalla bien ganada. Incluso cuando las risas crecían a su alrededor, los instintos de Eli, perfeccionados por años de experiencia duramente adquirida, se resentían de su satisfacción. Podía sentir los temblores de la duda retumbando bajo la superficie de su alivio.

A su lado, la expresión de Halcón Silencioso reflejaba las preocupaciones de Eli. Los ojos del guerrero seguían el mismo camino hacia el horizonte, una máscara ilegible que sólo quienes le conocían podían interpretar como preocupada.

"No vinieron con todas sus fuerzas", comentó Halcón Silencioso, su voz lo suficientemente baja como para que sólo Eli pudiera oírla por encima del clamor.

Eli asintió. "Parecía más un zorro probando un gallinero. Querían ver cómo reaccionábamos".

El ceño de Halcón Silencioso se frunció. "Debemos suponer que aprendieron lo que vinieron a buscar".

Cuando la verdad se asentó sobre Eli como un sudario, supo que tenían que actuar con rapidez para fortificar Barranco Sombrío contra lo que se avecinaba. Se apartó del júbilo y caminó hacia el centro del pueblo. Sus pasos eran decididos.

Halcón Silencioso le siguió. Su alianza silenciosa y tácita, pero más fuerte que nunca.

Eli levantó la voz, cortando la fiesta con una claridad que llamaba la atención. "¡Escuchad! Odio interrumpir esta fiesta, ¡pero aún no hemos terminado!".

La multitud se volvió hacia él, algunos con el ceño fruncido, otros todavía en la cresta de la ola de su éxito.

"Eso no fue un asalto completo", continuó Eli. "Fueron ellos pinchándonos, viendo cómo nos retorcíamos. Tenemos que asumir que volverán con todo lo que tienen".

La oleada de júbilo que había invadido la ciudad se desvaneció cuando las palabras de Eli calaron hondo. Los rostros se volvieron serios. Se intercambiaron asentimientos cuando su advertencia se hizo realidad.

El sheriff Bennett dio un paso adelante, cuadrando los hombros mientras evaluaba la expresión sombría de Eli. "Stone tiene razón. No podemos permitirnos bajar la guardia ahora".

Eli miró a Bennett a los ojos y vio en ellos un eco de su propia determinación. "Tenemos que reforzar nuestras defensas", dijo.

"Cada punto de entrada a la ciudad necesita doble vigilancia", añadió Halcón Silencioso mientras se unía a su bando. "No volverán a subestimarnos".

El sheriff asintió sombríamente. "Empezaremos a asignar turnos inmediatamente".

Un murmullo recorrió a los habitantes del pueblo mientras asimilaban esta nueva realidad. Su alivio temporal del miedo se desvanecía como arena entre los dedos.

"María", la llamó Eli, que se encontraba entre un grupo de mujeres que repartían refrescos a los defensores cansados.

Se acercó con una mirada preocupada grabada en sus delicadas facciones. "¿Qué necesita?"

"Necesitamos más alimentos y agua almacenados en cada puesto", dijo en voz baja pero con firmeza.

María asintió enérgicamente y se volvió para reunir a sus improvisados voluntarios.

Mientras los preparativos se reavivaban con renovado vigor, Eli se tomó un momento para observar a Halcón Silencioso coordinándose con sus hombres en voz baja.

"Vamos a tener que cubrir más terreno", le dijo Eli una vez hubo terminado. "Conoces esta tierra mejor que nadie: ¿dónde nos darías si fueras ellos?".

Halcón Silencioso señaló hacia un pequeño bosquecillo que se extendía más allá de la cresta oriental. "Allí hay cobertura para que se reúnan sin ser vistos", dijo. "Desde allí, no está lejos atacar el corazón de Shadow Gulch".

Eli masticó esta información, sintiendo cómo los engranajes de su mente se ponían en su sitio con cada consideración táctica. "Pondremos vigías en esa cresta entonces".

Juntos trazaron los posibles puntos vulnerables y elaboraron estrategias para reforzarlos frente a un enemigo decidido.

A medida que el crepúsculo se acercaba y convertía el cielo en un lienzo de púrpuras y naranjas, Eli podía sentir cómo cada músculo se tensaba para lo que se avecinaba: una lucha que pondría a prueba no sólo su fuerza física, sino también los lazos que habían formado bajo presión.

"Deberías descansar", sugirió en voz baja Halcón Silencioso mientras terminaban sus discusiones por ahora.

Eli sacudió la cabeza y miró a María, que se movía entre la gente del pueblo con aire preocupado. "Aún no hay tiempo para descansar".

El cielo se oscureció aún más y las antorchas y linternas empezaron a iluminarse alrededor de Shadow Gulch como estrellas que cobran vida en la tierra, un bello pero crudo recordatorio de que la noche traería su propio conjunto de desafíos.

Eli recorrió la ciudad comprobando cada nueva fortificación, ofreciendo palabras de aliento cuando era necesario, pero sobre todo asegurándose de que todos sabían lo que les esperaba cuando cayera la noche.

Se encontró con Tommy practicando la carga y la puntería bajo la atenta mirada de su padre, una visión que provocó una inesperada oleada de calidez en el pecho de Eli a pesar de la tensión que los rodeaba a todos.

"Buen trabajo, Tommy", elogió Eli antes de continuar.

Por fin solo en su forja, que ahora parecía un mundo aparte de su apacible ritmo diurno, Eli se permitió apoyarse un momento en la fría mesa metálica que tenía detrás y cerrar los ojos, soltando un largo suspiro que no se había dado cuenta de que había estado conteniendo.

El aire de la noche transportaba susurros a través de Shadow Gulch: temores por los seres queridos y los hogares entrelazados con la determinación de no dejar que la oscuridad triunfe sobre la luz.

Eli volvió a abrir los ojos y se enderezó con la determinación grabada en cada línea de su cuerpo: haría lo que fuera necesario para mantener a salvo a esa gente, aunque para ello tuviera

que enfrentarse a fantasmas de su propio pasado.

Miró hacia la casa de María, donde la luz seguía brillando cálidamente a través de las ventanas con cortinas: mañana no estaba prometido para ninguno de ellos, pero esta noche permanecían unidos contra lo que viniera de más allá de aquellos acantilados.

Mientras hacía una última ronda por el pueblo asegurándose de que todos los puestos de vigilancia estuvieran alerta y preparados, Eli se sentía menos como un extraño que miraba hacia dentro: formaba parte de algo aquí, en Shadow Gulch. Algo por lo que valía la pena luchar, y esa constatación le fortalecía más que cualquier arma.

APENAS HABÍA SALIDO el sol por la escarpada línea del horizonte de Shadow Gulch cuando Eli Stone, con la determinación de un hombre que camina hacia su ineludible destino, entró en la oficina del sheriff. La estructura de madera, ahora fortificada más allá de su propósito inicial, servía como sala de guerra donde se reunía el consejo de líderes del pueblo. Se habían reunido para analizar el reciente encuentro con una escisión de la banda de forajidos que se cernía como un nubarrón sobre sus cabezas.

El sheriff Bennett, con un ceño fruncido que ensombrecía sus ojos vigilantes, estaba de pie a la cabecera de la mesa sembrada de mapas y notas garabateadas. Halcón Silencioso estaba apoyado contra la pared, cruzado de brazos, con una máscara estoica en el rostro que, sin embargo, dejaba traslucir un trasfondo de urgencia. Doc Timmons, con las gafas puestas en la nariz, y algunas otras figuras prominentes de Shadow Gulch completaban el círculo.

Eli asintió a cada uno por turno antes de ocupar su lugar. Las paredes del despacho guardaban ecos de conversaciones pasadas, pero ninguna tan crítica como ésta.

"Los contuvimos", empezó el sheriff Bennett, "pero fue demasiado fácil. Estaban probando nuestro metal, viendo cómo reaccionábamos".

Halcón Silencioso se apartó de la pared y se acercó a la mesa. "Sondean en busca de puntos débiles", dijo, señalando el mapa donde barricadas improvisadas salpicaban ahora lo que antes eran calles tranquilas. "No cometerán el mismo error dos veces".

Eli escudriñó el mapa. Cada línea y cada símbolo representaban algo más que una estrategia: había vidas en juego. Tocó un punto cerca de la cresta occidental. "Tuvimos suerte de que no vinieran por aquí", reflexionó en voz alta. "Nuestras líneas de visión son pobres. Es un punto ciego".

La sala se sumió en un silencio contemplativo mientras todos reflexionaban sobre este descuido.

El doctor Timmons se ajustó las gafas. "La suerte es una amiga voluble", dijo con mesurada seriedad. "Será mejor que hagamos nuestra propia fortuna".

Examinaron minuciosamente cada centímetro de sus defensas, escudriñando cada barricada y punto de vigía. Los dedos de Eli trazaban los caminos que podría seguir un enemigo, entrecerrando los ojos al anticipar su astucia.

"Aquí", dijo Eli, señalando una sección del perímetro de la ciudad que daba a un denso bosque. "Está lo suficientemente cubierto como para que se muevan sin ser vistos si se mantienen agachados".

Los miembros del Consejo se acercaron, siguiendo su hilo de pensamiento.

"Necesitaremos más ojos allí", concedió el sheriff Bennett, marcando la zona con una pesada cruz.

"Y no sólo los ojos", añadió Halcón Silencioso. "Las trampas pueden hablar cuando los

hombres no pueden ver".

Eli asintió con la cabeza. La sabiduría de Halcón Silencioso estaba resultando inestimable.

"¿Qué clase de trampas crees?", preguntó uno de los miembros del consejo, un hombre fornido llamado Clarence que había desafiado la autoridad de Eli unos días antes.

La expresión de Halcón Silencioso permaneció ilegible mientras respondía: "La naturaleza ofrece sus propias armas: pozos ocultos por el follaje, trampas que alertan o inmovilizan".

Clarence se rascó la barbilla, pensativo, pero no dijo nada más; sus dudas anteriores parecían haberse atenuado con la sugerencia de Halcón Silencioso.

"Necesitaremos voluntarios para instalarlos", dijo Eli. "Aquellos con manos firmes y conocimiento del terreno".

"Yo puedo dirigir eso", se ofreció Halcón Silencioso sin dudarlo.

El sheriff Bennett asintió con aprobación mientras anotaba nombres junto a su recién descubierto punto débil.

Su atención se centró en las tácticas empleadas por sus asaltantes durante la escaramuza: la forma en que cabalgaban con fuerza y rapidez hacia su línea de visión antes de alejarse con la misma rapidez.

"Nos quieren nerviosos", observó Eli. "Para desperdiciar nuestros disparos y revelar nuestras posiciones".

Un murmullo de acuerdo circuló a su alrededor.

"Nos entrenaremos en el fuego disciplinado", continuó Eli, encontrándose con cada par de ojos a su alrededor. "Aguanta hasta que veas el blanco de sus ojos, haz que cada bala cuente".

Halcón Silencioso se acercó a Eli y le ofreció otra pieza de estrategia: "Puede que la próxima vez usen fuego: flechas que lleven las llamas a donde no puedan llegar".

El aire de la sala se enrareció ante esta perspectiva: la vulnerabilidad de sus estructuras de madera quedaba al descubierto ante una amenaza tan elemental.

"Humedeceremos los tejados y tendremos barriles de agua a mano", declaró rápidamente el sheriff Bennett.

La reunión se prolongó. No dejaron piedra sin remover, ni hipótesis sin explorar. Sin embargo, incluso mientras planeaban y trazaban planes con meticuloso cuidado, Eli sintió una corriente subterránea de temor que iba más allá de lo que la estrategia podía alcanzar: la certeza de que lo que les esperaba pondría a prueba algo más que sus preparativos. Pondría a prueba su temple como seres humanos.

Eli echó un último vistazo al mapa antes de ponerse más erguido, sintiendo cada dolor en los huesos como una premonición. Su mano se posó brevemente en su pistola enfundada -una vieja amiga y enemiga por igual- y luego se retiró.

"Manos a la obra", dijo con tranquila autoridad.

Mientras se dispersaban para poner los planes en marcha, Eli captó la atención de María a través de la ventana situada frente al lugar donde ayudaba a convertir su saloon en una improvisada enfermería, un papel muy alejado de sus días llenos de risas y noches empapadas de whisky.

Su mirada contenía preocupación por él, por todos ellos, pero también algo más feroz: determinación. Reflejaba el latido de su propio corazón, no sólo por él o incluso por María, sino por Shadow Gulch y todo lo que ahora representaba.

Al salir a la luz de la mañana que se derramaba sobre el Barranco Sombrío como oro líquido, Eli supo que era algo más que un día cualquiera. Tal vez fuera su última batalla contra la oscuridad, y no podían confiar en que la suerte les acompañara.

A MEDIDA que el sol se ocultaba en el horizonte, su luz mortecina proyectaba largas sombras sobre Shadow Gulch. La hora dorada era más un momento de tensión que de belleza mientras Eli Stone inspeccionaba las defensas de la ciudad. Junto a él, Halcón Silencioso se movía con un propósito silencioso, comprobando cada fortificación con ojo crítico. El sheriff Bennett, con el sombrero en la mano, se secaba el sudor de la frente y miraba entrecerrando los ojos las improvisadas barricadas.

Las manos de Eli trabajaban metódicamente, reforzando las empalizadas de madera que rodeaban la ciudad. Cada golpe de martillo era un recordatorio de lo que estaba en juego: las vidas que había dentro de esos muros, la paz que había encontrado y, quizá sobre todo, su determinación de proteger sin convertirse en el hombre que una vez fue.

La gente del pueblo se movía con un aire de sombría determinación. Hombres y mujeres que nunca habían empuñado un arma fuera de la caza estaban fabricando lanzas y llenando sacos de arena para reforzar las barricadas. El tintineo de metal contra metal sonó cuando Eli ajustó los tirantes de un puesto de vigía.

"¿Crees que vendrán esta noche?". La voz pertenecía a uno de los voluntarios, un enjuto granjero llamado Jeb que agarraba una pica recién hecha como si fuera un salvavidas.

Eli no levantó la vista de su trabajo. "Nos están poniendo a prueba", respondió, con voz firme. "Podría ser esta noche. Podría ser mañana".

Halcón Silencioso se unió a ellos, su presencia como una calma antes de la tormenta. "Debemos estar preparados en todo momento", dijo, con la mirada fija en el paisaje cada vez más oscuro.

El sheriff asintió con la cabeza, pero añadió con un suspiro cansado: "Sólo espero que hayamos hecho lo suficiente".

Eli sabía que ese sentimiento resonaba en todos los corazones de Shadow Gulch, incluido el suyo. Las dudas habían empezado a surgir entre algunos habitantes del pueblo a medida que la realidad de un ataque total se hacía más evidente. Los susurros de miedo se extendieron como un reguero de pólvora: miedo no sólo a la muerte o a la pérdida, sino también a su incapacidad para mantenerse firmes frente a forajidos experimentados.

El herrero lo vio en sus ojos: el mismo miedo que le corroía por dentro. No se trataba sólo de sobrevivir. Se trataba de enfrentarse a una fuerza que amenazaba con deshacer todo lo que habían construido. Clavó otro clavo en su sitio, y cada golpe ahuyentó la vacilación un momento más.

Cuando la noche cubrió el Barranco Sombrío, las lámparas de aceite y las antorchas se encendieron. El resplandor proyectaba una luz espeluznante sobre los rostros marcados por la preocupación y la fatiga. Eli vio a María moviéndose entre los defensores con vasos de agua y palabras de aliento. Su valentía le infundió ánimo, aunque su vulnerabilidad le atravesó.

Eli abandonó por un momento la pared para situarse a su lado. "Deberías descansar", le dijo en voz baja.

María negó con la cabeza, con una determinación tan feroz como la de cualquier guerrero. "Descansaré cuando estemos a salvo".

Sus manos se tocaron brevemente -el calor de ella en marcado contraste con el aire fresco de la noche- y luego ella se marchó de nuevo, dejando a Eli observando su forma en retirada.

Volviendo a su tarea, Eli vio que Halcón Silencioso conversaba con algunos habitantes del pueblo, cuyos rostros estaban tensos por la preocupación. Señalaban hacia las barreras y luego hacia la oscuridad del otro lado, donde el peligro acechaba sin ser visto.

Se acercó a ellos a tiempo de oír la voz de un colono elevarse por encima de los murmullos. "¿Cómo sabemos que no nos quemarán sin más? ¿O que esperarán a que estemos demasiado cansados para luchar?"

La respuesta de Halcón Silencioso fue comedida, pero con un trasfondo de acero. "Entonces debemos ser como el río: constantes y duraderos".

Eli admiraba la facilidad de palabra de Halcón Silencioso. Cortaban las dudas sin descartarlas por completo, una habilidad que deseaba poseer en momentos como aquel.

Intervino antes de que el miedo echara raíces entre ellos. "Tenemos vigías por turnos durante toda la noche", les aseguró Eli, mirándoles directamente a los ojos. "Sabremos si se acercan".

Pero incluso mientras hablaba, Eli pudo ver que la confianza disminuía en algunos ojos, una confianza que se había ganado a pulso durante días de preparación y penurias compartidas.

El sheriff Bennett se acercó por detrás y puso una mano pesada sobre el hombro de Eli. "No os preocupéis", dijo a la multitud. "Eli vale por diez hombres".

El cumplido se posó incómodo sobre los hombros de Eli: elogios por algo que aún no había demostrado y que no estaba seguro de querer volver a demostrar.

La noche se hizo más profunda a su alrededor. El trabajo continuó a la luz de las antorchas, mientras las reparaciones y los refuerzos tomaban forma. Una sensación de urgencia les impulsaba a seguir adelante, sabiendo que cada segundo contaba.

Cuando Eli volvió a reforzar un punto débil del muro, Halcón Silencioso se le unió en silencio entregándole otra tabla.

"Caminamos por una delgada línea entre el valor y el miedo", observó en voz baja Halcón Silencioso.

Eli clavó otro clavo antes de responder con la misma tranquilidad. "Sólo tenemos que asegurarnos de que nos quedamos en el lado correcto de la misma."

Halcón Silencioso asintió una vez, un gesto sencillo pero cargado de comprensión compartida.

El tiempo transcurrió sin más novedad que su trabajo hasta que el sheriff Bennett llamó la atención de todos desde lo alto de un carro cerca del Maria's Saloon.

"¡Escuchad!" Su voz se abre paso entre el estruendo de martillazos y serruchos como una campana que llama al orden.

Los defensores se reunieron a su alrededor, formando un círculo iluminado por linternas que daban a sus rostros un aspecto fantasmagórico por la expectación ante lo que pudiera venir a continuación de su sheriff, un líder que se había convertido en algo más que un mero ejecutor de la ley, sino también en un ancla para sus agitados espíritus.

Pero antes de que Bennett pudiera seguir hablando o de que Eli pudiera reflexionar sobre lo que podría decirse para calmar o encender aún más la ansiedad dentro de este círculo de defensores cansados pero decididos, les llegó un sonido lejano: no fuerte pero no ignorable, un presagio transportado por el aire fresco de la noche que hizo girar todas las cabezas hacia donde reinaba la oscuridad más allá de su frágil círculo de luz.

ELI SE DETUVO en el borde de Shadow Gulch, su mirada rastreando el tenue contorno de las montañas distantes, apenas visibles contra el cielo nocturno. Una brisa fresca susurraba entre la hierba rala a sus pies, llevando consigo el peso de un silencio ominoso que se había instalado en el pueblo. En la quietud, la mente de Eli se agitaba con dudas.

Había pasado años enterrando su pasado bajo el ruido y la chispa del hierro sobre el yunque,

forjando una nueva identidad a partir del metal en bruto y el sudor. Sin embargo, ahora, mientras observaba la ciudad que se había convertido en su refugio, Eli no podía evitar sentir que, al intentar dar forma a un refugio seguro para los demás, podría haber forjado su mayor amenaza.

Las mismas habilidades que una vez lo habían convertido en un venerado agente de la ley -la vista aguda, la mano firme- eran las razones por las que Halcón Silencioso lo había buscado, por las que el sheriff Bennett lo buscaba ahora. Eli no podía quitarse de la cabeza la idea de que podía estar conduciendo a esa gente hacia una violencia para la que no estaban destinados, todo porque él no podía escapar de lo que era.

Respiró despacio, dejando que el frío del aire le llenara los pulmones y le despejara la cabeza. Pero la paz le era esquiva. No podía deshacerse de la imagen del amanecer de mañana trayendo el derramamiento de sangre a las puertas de Shadow Gulch.

Unos pasos se acercaban por detrás, suaves pero deliberados. Eli no necesitó girarse para saber que era María. Su presencia le resultaba tan familiar como su propia sombra a la luz del fuego de la fragua.

"Estás aquí sola", dijo María al acercarse, con voz preocupada.

Eli se giró hacia ella y vio cómo la luz de la luna bailaba en sus ojos oscuros y proyectaba reflejos plateados en su pelo. "Solo necesitaba un poco de aire", respondió, pero su voz le traicionó, revelando más de lo que pretendía.

María se acercó y se ciñó el chal sobre los hombros. "Estás preocupada por mañana", dijo. No era una pregunta.

Eli asintió. "Sigo pensando... ¿y si me equivoco? ¿Y si nos he convertido en un objetivo porque saben que estoy aquí? ¿Y si he puesto a todos en mayor peligro?"

María le puso una mano en el brazo, un gesto que pretendía tranquilizarle. "Eli", empezó diciendo suavemente, "no puedes cargar con todo ese peso tú solo. Estás haciendo lo que crees correcto".

Bajó la mirada hacia su mano en la manga y luego la miró a los ojos, esos cálidos estanques que reflejaban sus propios miedos y esperanzas. "Yo también tengo miedo", admitió ella, con voz apenas por encima de un susurro. "Miedo por ti, por todos nosotros".

La vulnerabilidad de su confesión tocó una fibra sensible en Eli. Era raro que María revelara tales temores. Siempre fue el pilar en el que se apoyaban los demás en Shadow Gulch.

"Todavía podemos irnos", dijo Eli de repente, sorprendiéndose incluso a sí mismo con la sugerencia. "Salir todos antes del amanecer".

"¿Y correr?" El tono de María era suave pero firme. "Viviríamos con miedo, siempre mirando por encima del hombro". Hizo una pausa, escrutando su rostro. "¿Es eso lo que quieres?"

"No", respondió Eli tras dudar un momento. Su pasado estaba lleno de huidas -de las consecuencias, de los recuerdos-, pero esta vez era diferente.

María se acercó hasta que quedaron a escasos centímetros. "Entonces nos levantamos y luchamos", dijo con decisión. "Juntos".

Su cercanía despertó algo dentro de Eli, un calor que contrarrestó el frío miedo que se apoderaba de él. Podía ver su reflejo en los ojos del otro: dos almas entrelazadas por las circunstancias y las promesas tácitas.

La determinación de Eli se solidificó al darse cuenta de que la fe de María en él no nacía de la ingenuidad o la ignorancia de su pasado, sino de ver en quién se había convertido desde que llegó a Shadow Gulch.

"Permaneceremos juntos", se hizo eco Eli de sus palabras con nueva convicción.

Permanecieron allí un rato más, sin hablar ni apartar la mirada del otro, un pacto silencioso hecho bajo los ojos vigilantes de las estrellas.

En aquel momento de silenciosa comunión entre ellos, mientras compartían sus miedos y se tranquilizaban sin necesidad de hacer grandes declaraciones o promesas que no podrían cumplir, Eli sintió que un ancla lo ataba a aquel lugar -a María- con más fuerza que cualquier duda que hubiera amenazado con desanimarlo antes.

La noche seguía a su alrededor como siempre, indiferente a las preocupaciones o los temores humanos, pero para Eli Stone y María Álvarez era como si el tiempo se hubiera detenido lo suficiente para que pudieran fortalecerse mutuamente antes de enfrentarse a lo que les esperaba.

Capítulo Veintiocho

EL CIELO, un tapiz de ónice y acero, se cernía pesado sobre Shadow Gulch a medida que descendía la noche. Vientos helados azotaban las calles, arrastrando el lejano retumbar de un trueno que parecía imitar la inquietud del pueblo. Eli se ciñó más el abrigo, el frío calándole los huesos como una persistente preocupación.

En cada puesto de vigilancia que visitaba. Su silueta se imponía sobre el fondo oscuro de la ciudad. Se movía con determinación, sus pasos eran mesurados y su mirada aguda escudriñaba la oscuridad más allá del alcance de las lámparas de aceite.

"Ahora mantén los ojos bien abiertos", le dijo a Jed en el puesto norte, dándole una palmada en el hombro al joven. "Si algo se mueve por ahí, da la alarma rápido".

Jed asintió, agarrando su rifle con una nueva determinación. "No te defraudaré, Eli."

Eli pudo verse a sí mismo en los ojos de Jed: la misma determinación que había conocido una vez, mezclada con el miedo a lo desconocido. Dejó a Jed con una inclinación de cabeza y continuó.

El silencio era su compañero mientras caminaba de un puesto a otro, sólo interrumpido por el crujido de las estructuras de madera que se resistían al viento. En cada parada, pronunciaba una o dos palabras, suficientes para levantar el ánimo sin traicionar su propia tormenta interior.

Maggie, acurrucada tras una pila de sacos de arena en el mirador oriental, apenas aparentaba más de dieciséis años. Tembló cuando Eli se acercó.

"Estás haciendo un buen trabajo", le aseguró Eli, con voz baja y firme.

Maggie esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos. "Parece que estoy esperando que una historia de fantasmas salte de las páginas".

"Esperemos que esta noche sólo sea un cuento", respondió Eli antes de seguir adelante.

Podía sentir sus ojos clavados en él mucho después de que hubiera pasado, buscando confianza en su forma de andar, seguridad en su silencio. Se había convertido en su ancla en esta tormenta de miedo y expectación.

Eli subió a la meseta donde vigilaba Halcón Silencioso. La presencia del guerrero era como una roca inflexible contra la que la duda podía estrellarse pero nunca erosionarse.

"Se acerca la tormenta", observó Halcón Silencioso sin apartar la vista del horizonte.

"No estoy seguro de si nos alcanzará o pasará de largo", respondió Eli, uniéndose a él en su vigilancia.

Halcón Silencioso lo miró brevemente, un destello de camaradería en su comportamiento estoico. "De cualquier manera, estamos listos".

Eli respetaba esa certeza, que no nacía de la ignorancia, sino de enfrentarse a innumerables pruebas. Sin embargo, incluso cuando se encontraba junto a Halcón Silencioso, sintiendo esa

misma disposición recorriéndole, Eli no podía deshacerse de las sombras de batallas pasadas que se aferraban a él como telarañas.

Dejó a Halcón Silencioso con su guardia y descendió de nuevo a la ciudad. El viento se levantó aún más, como si llevara susurros de amenazas que acechaban justo fuera de la vista. Eli conocía demasiado bien esos susurros: hablaban en tonos que sólo podían entender quienes habían visto demasiado.

En casa de María, la luz salía por debajo de la puerta principal como un faro en tiempos difíciles. Vaciló en el porche. No necesitaba presenciar más agitación de la que ya prometía la luz del amanecer.

Aun así, abrió la puerta antes de que él pudiera decidir si llamar o seguir adelante. Se quedó allí envuelta en un chal contra el aire frío que buscaba entrar en su cálido hogar.

"No deberías estar aquí sola", dijo en voz baja pero con firmeza.

Eli esbozó una media sonrisa. "Alguien tiene que asegurarse de que todo el mundo se mantiene alerta".

María le estudió un momento antes de apartarse para dejarle entrar. "¿Y quién se asegura de que estés alerta?".

Se detuvo ante su pregunta -una pregunta sin respuesta fácil- y se adentró en el interior, donde la calidez le envolvió como un abrazo que no se había dado cuenta de que echaba de menos.

Hablaron poco mientras María les servía una taza de café. El aroma familiar llenó la habitación y por un instante les proporcionó un respiro de la creciente presión exterior.

Ella se unió a él en su pequeña mesa junto a la ventana, donde se sentaron uno al lado del otro mirando juntos hacia la oscuridad. Su presencia era reconfortante, un suave recordatorio de que no todo estaba perdido entre sombras y conflictos.

Pero incluso cuando compartían aquel espacio tranquilo, lejos de miradas indiscretas y oídos ansiosos que esperaban instrucciones o inspiración de él, Eli no podía rendirse a la paz. Su mente ya estaba trazando posibles escenarios: rutas de retirada en caso de que los muros fueran derribados o puntos de repliegue si las líneas eran invadidas.

"Vuelves a estar lejos", murmuró María después de que pasara algún tiempo sin que se dirigieran la palabra.

Eli se volvió hacia ella con una inclinación de cabeza de disculpa. "Sólo pensaba en mañana... en todo".

María se acercó y le puso la mano sobre la suya, un simple gesto que le devolvió al presente, a esta pequeña cocina donde las amenazas se mantenían a raya gracias a muros físicos y emocionales.

"Has hecho todo lo que has podido", le tranquilizó con dulzura. "Todos estamos preparados gracias a ti".

Miró sus manos, la de ella ofreciéndole consuelo. Él lo aceptaba mientras lidiaba con fantasmas que sólo él podía ver, y sabía que ella decía la verdad, pero no podía sentirla del todo en su interior.

Finalmente, apartándose a regañadientes del calor de María, Eli se levantó sabiendo que la inquietud no le permitiría nada más que esos fugaces momentos de solaz.

"Debo volver", dijo en voz baja pero con la firmeza suficiente para que María supiera que discutir sería inútil.

Ella asintió comprensiva y lo acompañó hasta la puerta, donde le puso en la mano un pequeño paquete de tela, algo de comida que había preparado antes, sabiendo que él descuidaría

tales necesidades en estos tiempos difíciles.

Eli lo cogió con gratitud y se adentró de nuevo en la noche -el frío le golpeaba de nuevo tras haber estado al abrigo de los cuidados de María-. Caminó hacia el corazón de Barranco Sombrío, donde hombres y mujeres se turnaban para descansar antes de que comenzaran de nuevo sus turnos de guardia; cada uno sacaba fuerzas de los demás bajo aquel cielo inquieto, lleno de vientos y truenos lejanos que no prometían paz hasta que la tormenta se enfrentara de frente.

ELI STONE VIGILABA bajo un cielo sin luna, la oscuridad era una vieja conocida que conocía demasiado bien. Las defensas de la ciudad, antaño meras sombras contra la noche, se habían transformado en sólidos baluartes de esperanza bajo su dirección. Sin embargo, mientras el viento susurraba a través de las improvisadas barricadas, los pensamientos de Eli bullían con estrategias y contingencias. Sabía que la tranquilidad era un preludio engañoso.

El chasquido de un rifle rompió el silencio, e instintivamente el cuerpo de Eli se tensó. Los disparos estallaron desde el este, una cacofonía de caos que se abría paso a través de Barranco Sombrío. Los hombres gritaron, corriendo a sus puestos mientras Eli corría hacia la refriega. El pulso de la batalla surgió en su interior, un ritmo que había esperado olvidar pero que ahora abrazaba como si no hubiera pasado el tiempo.

"¡Formen! ¡Mantenedlos atrás!" gritó Eli, su voz atravesando el miedo y la confusión. Sus órdenes hicieron retroceder a los defensores, que devolvieron el fuego contra figuras sombrías que se escabullían entre las coberturas.

Las balas pasaban silbando, lo bastante cerca como para que Eli sintiera su zumbido mortal. Se agazapó detrás de una barricada, con el revólver firme en la mano, un peso familiar que le tranquilizaba el alma tanto como pretendía protegerla. Cada vez que apretaba el gatillo, canalizaba a su yo del pasado, el agente de la ley cuya puntería nunca vacilaba, cuya determinación cambiaba las tornas.

Los destellos de los disparos iluminaban rostros marcados con determinación y terror a partes iguales. Al lado de Eli, un joven tanteaba el rifle con las manos temblorosas.

"Tranquilo, hijo", dijo Eli, poniendo una mano firme en el hombro del joven. "Respira y concéntrate".

El consejo fue escuchado. El siguiente disparo del joven fue certero, abatiendo a un forajido que se había aventurado demasiado cerca.

Eli se movió de una posición a otra, reuniendo a los defensores, orquestando su resistencia como un maestro que dirige una orquesta de supervivencia. Encontró a Halcón Silencioso agazapado cerca de la entrada de un callejón, arco en mano, flechas que encontraban su blanco con precisión letal.

"¡Debemos hacerlos retroceder!" Halcón Silencioso gritó por encima del estruendo.

Eli asintió. "¡A mi señal!"

Levantó el brazo y lo bajó con fuerza. Juntos avanzaron, su contraofensiva se abrió paso en la oscuridad: una línea de determinación que repelió los avances de los forajidos. Los habitantes del pueblo y los miembros de la tribu lucharon hombro con hombro. Viejos prejuicios enterrados bajo la necesidad de supervivencia colectiva.

Los forajidos no habían esperado una resistencia tan feroz. Empezaron a flaquear bajo el frente unido de Shadow Gulch. Eli podía sentir el cambio en el impulso. Este era su momento para hacer retroceder la desesperación con plomo y acero.

Una explosión sacudió las ventanas cuando alguien prendió fuego a un alijo de dinamita

destinado a operaciones mineras: un movimiento desesperado de hombres desesperados que intentaban acabar con su determinación. Pero Shadow Gulch se mantuvo firme.

La batalla continuó, el tiempo estirándose y comprimiéndose como sólo ocurre cuando la vida está en el filo de la navaja. Y entonces, tan repentinamente como había empezado, una calma espeluznante se apoderó de Shadow Gulch. El último disparo resonó en el silencio. Ya no había sombras entre los edificios, sólo figuras tendidas, inmóviles o gimiendo de dolor.

Eli estaba de pie entre el humo y las ruinas. El pecho le pesaba por el esfuerzo, el humo de las armas se mezclaba con su aliento en el aire frío. Los defensores se reunieron a su alrededor, hombres y mujeres cuyos rostros reflejaban una dualidad de alivio y horror por lo que acababan de soportar.

Halcón Silencioso se acercó a Eli con pasos medidos. "Hemos resistido, por ahora".

"Por ahora", repitió Eli.

Observó las consecuencias: barricadas astilladas por los disparos. Los escaparates agujereados por las balas, un marcado contraste con la pacífica fachada que una vez saludó la luz del amanecer en Shadow Gulch. Habían repelido el ataque, pero ¿a qué precio?

Eli se movió entre los que yacían heridos o peor. El doctor Timmons ya estaba arrodillado junto a ellos con vendas y palabras tranquilizadoras: un sanador en medio de la destrucción. La mirada de Eli encontró a María entre los heridos. Sus ojos se cruzaron con los de él, una tormenta de preocupación y orgullo que se arremolinaba en ellos.

El sheriff Bennett dio una palmada en el hombro de Eli, un reconocimiento silencioso del liderazgo ganado a través del fuego. "Nos has salvado esta noche", dijo simplemente.

Eli sacudió ligeramente la cabeza. "Ningún hombre salva una ciudad, fuimos todos nosotros".

Sin embargo, incluso mientras contaban sus bendiciones por haber sobrevivido a la embestida de esta noche, Eli sabía que algo había cambiado fundamentalmente en su interior, y en el propio Barranco Sombrío. La verdadera naturaleza de aquello a lo que se enfrentaban se había revelado por completo: hombres despiadados que no se detendrían ante nada para tomar lo que no era suyo.

Los forajidos volverían. Todos lo sabían: la tregua no era más que un respiro para recuperar el aliento que pesaba en los pechos magullados.

Mientras recogían a sus muertos y se llevaban a sus heridos lejos de las refrescantes manchas de sangre en los caminos de tierra por los que antes transitaban inocentes, una sombría constatación se apoderó de todos ellos: esta lucha estaba lejos de haber terminado.

Y para Eli Stone, el hombre que buscaba la paz pero que ahora se encontraba inmerso de nuevo en la violencia, el camino que tenía por delante estaba plagado de fantasmas de un pasado que nunca pudo enterrar del todo. Le pesaban en el corazón las vidas perdidas y, aún más, las de aquellos a los que había jurado proteger hasta el amargo final que les aguardara bajo este implacable cielo fronterizo.

EL AMANECER se deslizaba por el horizonte y su tierna luz apenas aliviaba la carnicería de la noche. Las manos de Eli, cubiertas del fino polvo y la suciedad de la batalla, temblaban ligeramente mientras ajustaba una venda alrededor de la pierna de un joven minero. El hombre apretaba la mandíbula, negándose a emitir sonido alguno, pero sus ojos rebosaban dolor.

"Tranquilo", murmuró Eli, asegurando el paño. "Estarás de pie antes de que te des cuenta".

El minero asintió, aunque la duda ensombrecía sus facciones. Eli se levantó y observó la plaza del pueblo. Los edificios que una vez se alzaron orgullosos estaban ahora marcados por

agujeros de bala y ennegrecidos por el fuego. El aire olía a pólvora y sangre, un marcado contraste con el suave aroma a artemisa que solía perfumar las mañanas de Barranco Sombrío.

Halcón Silencioso se movía entre los heridos con una gracia que contradecía el caos de la noche. Le dedicó a Eli una inclinación de cabeza en señal de reconocimiento antes de volver a su tarea, ofreciendo palabras en su lengua materna que parecían proporcionar consuelo a los que estaban a su cuidado.

El sheriff Bennett organizó un grupo de hombres para patrullar el perímetro. Su sombrero se había perdido en algún lugar de la pelea, dejando sus entradas expuestas al sol naciente. "Tenemos que asegurar la ciudad", gritó. "¡Revisen cada edificio y callejón!"

Eli sintió cada mirada que se posaba en él, un tapiz de respeto, expectación y miedo entretejido en cada mirada. Hacía muchos años que el pueblo no conocía tanta violencia, y Eli esperaba que no volviera a ocurrir.

"¡Stone!" El Sheriff Bennett le hizo señas. "Tenemos que hacer un balance de nuestra munición y ver con qué estamos trabajando si vuelven".

Asintió con la cabeza, pero al pasar por delante del Maria's Saloon, al que ahora le faltaba parte del segundo piso, su corazón se hundió aún más. María salió del interior, con su habitual vitalidad oscurecida por el hollín y el cansancio.

"Eli", susurró, con la voz entrecortada.

Instintivamente, le apartó un mechón de pelo de la cara. "María, yo..."

Sacudió ligeramente la cabeza. "Más tarde", dijo con firmeza, indicando que había asuntos más urgentes.

Con una última mirada de preocupación hacia ella, Eli se dio la vuelta para reunirse con Bennett en la oficina del sheriff. Dentro, encontraron que el caos también se había instalado aquí: papeles esparcidos. Sillas volcadas. Halcón Silencioso los siguió en silencio. Su mirada se posó en un mapa colocado sobre una mesa ahora manchada de sangre.

"Tenemos más lucha por delante", afirmó sombríamente el sheriff Bennett mientras empezaba a cargar balas en un cinturón de cartuchos vacíos.

Halcón Silencioso se acercó al mapa, señalando las crestas que acunaban Shadow Gulch. "Volverán", dijo simplemente.

Eli se inclinó sobre el mapa que tenía a su lado, trazando rutas con un dedo manchado de tierra. Sentía un extraño parentesco con Halcón Silencioso: la presencia del guerrero era a la vez un consuelo y un recordatorio de lo que estaba en juego.

Volvieron a salir al exterior mientras la gente recogía a sus muertos y atendía sus casas y negocios con sombría determinación. Eli se detenía junto a cada persona con la que se cruzaba, ofreciéndole la mano o asintiendo cuando las palabras le fallaban.

Mientras ayudaba a levantar los escombros de lo que solía ser parte del porche del almacén, Tommy se le acercó vacilante. Los ojos del chico estaban muy abiertos por el miedo, pero brillaban con una pregunta no formulada, la misma que ardía en todos los corazones a su alrededor: ¿Qué pasará ahora?

Eli palmeó suavemente el hombro de Tommy. "Reconstruimos", dijo en voz baja pero con firmeza.

Tommy asintió solemnemente y se unió a los demás para retirar la madera rota y los cristales rotos.

El día se convirtió en tarde mientras trabajaban incansablemente bajo un sol implacable, testimonio de la resistencia de la frontera. Eli se secaba el sudor de la frente mientras colocaba una viga de soporte en su sitio en el porche de la clínica de Doc Timmons.

"¡Stone!" Doc Timmons se acercó con urgencia grabada en su rostro cansado. "Te necesito dentro."

Eli le siguió hasta el oscuro interior, donde las linternas parpadeaban contra las paredes manchadas por la violencia. Un hombre yacía en una mesa de operaciones improvisada mientras el doctor Timmons recogía sus instrumentos.

"Necesito que lo mantengas firme", dijo Doc mientras se preparaba para la cirugía.

Eli asintió en silencio y ocupó su lugar junto al hombre herido, un desconocido que había luchado por Barranco Sombrío como si fuera su propia casa.

El día declinaba hacia el anochecer cuando Eli salió por fin de la clínica del doctor Timmons: la operación había sido un éxito, pero había resultado agotadora para todos los implicados.

Se encontró con la mirada de Halcón Silencioso al otro lado de la calle. Ambos asintieron con la cabeza antes de reunirse en el exterior del Maria's Saloon, que se había convertido en un improvisado centro de triaje.

María apareció junto a ellos. Su rostro estaba tenso por la preocupación, pero su voz era fuerte. "Hemos preparado camas dentro para los que no puedan llegar a casa".

Eli admiró su fortaleza. Reflejaba la del propio Barranco Sombrío: destrozada pero intacta.

Los tres hombres -herrero, guerrero y sheriff- permanecían hombro con hombro mirando pasar a la gente del pueblo con rostros estoicos iluminados por la luz menguante del día.

"Esto no ha hecho más que empezar", murmuró el sheriff Bennett casi en voz demasiado baja para que pudieran oírlo.

"Sí", aceptó Eli solemnemente mientras Halcón Silencioso asentía con la cabeza.

Su frente unido era más que una mera postura: era una promesa hecha sin palabras. Permanecerían unidos contra cualquier oscuridad que se cerniera sobre el horizonte de Shadow Gulch.

La noche abrazó Shadow Gulch con brazos suaves que contrastaban fuertemente con la brutalidad del día mientras Eli ayudaba a apuntalar puertas y remendar paredes junto a hombres que nunca antes habían empuñado martillos.

A la luz de los faroles, trabajaban: sus siluetas proyectaban largas sombras sobre las calles de tierra, ahora marcadas con las cicatrices de la historia.

Capítulo Veintinueve

EL AIRE contenía un escalofrío que caló hasta los huesos de Eli mientras observaba las secuelas. El olor a pólvora persistía, mezclado con el más áspero de la sangre derramada. Las fachadas de madera presentaban nuevas cicatrices, agujeros de bala que estropeaban el encanto agreste de la ciudad. Las ventanas estaban destrozadas y los cristales brillaban como la escarcha a la luz de la mañana.

Las botas de Eli crujían sobre los escombros mientras iba de un edificio a otro, con la mirada fija en cada signo de lucha. Sus dedos ansiaban el martillo y los clavos de su taller para reparar lo que se había roto, pero se trataba de un daño que no podía reparar en su forja. Sentía cada hendidura en la madera como si estuviera tallada en su propia piel curtida por la intemperie.

La clínica se había convertido en un faro para los heridos. La cruz roja de la puerta parecía sangrar en la madera, marcando un lugar de curación y dolor. Eli abrió la puerta de un empujón y se encontró con gemidos y voces silenciosas. El doctor Timmons se movía entre los catres con silenciosa eficiencia, sus manos firmes mientras cosía carne y fijaba huesos.

"Doc", empezó Eli, pero su voz vaciló, perdida entre los gemidos de dolor.

Timmons levantó la vista, con ojos cansados pero decididos. "Estamos aguantando", dijo simplemente, volviendo a su trabajo.

Eli asintió y se hizo a un lado mientras dos hombres llevaban a otro colono herido. Intentó ser útil en lo que pudo, trayendo vendas o agua, pero sintió que el peso de la impotencia se apoderaba de él.

De nuevo en el exterior, Eli observó rostros marcados por el miedo y la fatiga. La ciudad era un cuerpo magullado y ensangrentado. Su espíritu estaba herido, pero aún latía con vida. Se preparaban para más -lo peor estaba por llegar- mientras los rumores de otro ataque se agitaban como el viento entre la hierba seca.

El sheriff Bennett se acercó desde el otro lado de la calle, con el sombrero calado sobre los ojos preocupados. "Eli", dijo, deteniéndose a su lado. "Tenemos que hablar de estrategia".

Eli se volvió hacia él. "Creo que sí".

Caminaron juntos hacia la oficina del sheriff -un edificio que se salvó por suerte o por descuido-, donde había mapas esparcidos por un escritorio atestado de casquillos gastados y tazas de café vacías.

"Tuvimos suerte anoche", dijo Bennett cuando entraron. "La próxima vez puede que no tengamos tanta suerte".

"La suerte no es una estrategia", respondió Eli.

"No, no lo es". La mano de Bennett planeó sobre el mapa antes de señalar varios lugares alrededor de la ciudad. "Apuntalamos estos puntos. Asegurarnos de que no puedan llegar a

nosotros tan fácilmente".

Eli se inclinó sobre el mapa y su sombra recorrió las calles que conocía de memoria. "Necesitamos ojos en esas crestas", dijo después de un momento. "Francotiradores tal vez".

Bennett asintió lentamente. "Y más patrullas por la noche".

Halcón Silencioso entró entonces, su presencia llenó la habitación con una fuerza tácita. Se colocó junto a ellos en la mesa sin mediar palabra.

"¿Tienes algo que añadir?" le preguntó Eli.

La mirada de Halcón Silencioso recorrió el mapa antes de volver al rostro de Eli. "La tierra habla", dijo en voz baja. "Nos dice de dónde vendrán".

Bennett se revolvió incómodo, pero guardó silencio mientras Halcón Silencioso trazaba un camino con el dedo, una ruta oculta por el follaje y las grietas sombrías que podrían escudar a un enemigo que se acercara.

"Ponemos trampas", continuó Halcón Silencioso. "Usamos la naturaleza contra ellos".

Eli se lo planteó: luchar no sólo con balas, sino con la astucia y el conocimiento del terreno que sólo Halcón Silencioso podía proporcionar.

"De acuerdo", aceptó Eli tras un momento de reflexión que pareció una eternidad.

Mientras trazaban sus defensas hasta bien entrada la mañana, la mente de Eli volvió a la taberna de María: el cálido resplandor de las linternas contra su pelo oscuro, las risas que ahora parecían ecos lejanos en esta nueva realidad forjada a base de disparos y dientes apretados.

El sol subía a medida que trabajaban hasta que se alzaba vigilante como un ojo que no parpadea, testigo de su desesperación y determinación.

Una llamada procedente del exterior -los forajidos habían sido avistados de nuevo en la línea de la cresta- hizo que la tensión se tensara en torno a ellos como un nudo corredizo.

Eli salió primero a la implacable luz del día, donde se habían reunido los colonos, señalando hacia las nubes de polvo de las colinas distantes, donde podrían acechar los enemigos.

Montó en su caballo con un movimiento fluido -la bestia parecía sentir la urgencia de su jinete- y condujo a un grupo hacia un terreno más elevado para tener una mejor perspectiva.

En lo alto de una meseta que ofrecía vistas del peligro inminente y de su vulnerable ciudad, Eli sintió que surgía en su interior un viejo yo, un fantasma envuelto en humo y determinación que susurraba estrategias nacidas de años empapados por la sombra del conflicto.

Dirigió sus penetrantes ojos azules hacia horizontes llenos de amenazas: cada movimiento entre los árboles o las rocas podía anunciar la violencia que se precipitaba hacia ellos como la crecida de las aguas.

Regresaron a Barranco Sombrío mientras el calor del mediodía les apremiaba como una sentencia: un presagio, tal vez, o simplemente otro desafío al que enfrentarse sin inmutarse.

Con cada golpe de martillo contra las fortificaciones o cada comprobación de que el rifle estaba listo, Eli luchaba contra los recuerdos de actos pasados oscurecidos por la cruel mano de la necesidad, un hombre de la ley cuya justicia había dejado poco espacio para el toque ligero de la misericordia.

Caminaba entre los que luchaban: granjeros que nunca habían empuñado un arma, salvo contra los coyotes que amenazaban a su ganado. Mineros cuya fuerza residía en los picos, no en las pistolas. Mujeres cuyo valor eclipsaba cualquier insignia que él hubiera usado jamás, y vio reflejada en sus ojos la determinación mezclada con el miedo que se adhería como polvo a sus frentes.

Cuando las sombras se alargaron una vez más sobre el rostro cicatrizado de Shadow Gulch, Eli se detuvo frente al salón de Maria, donde ella permanecía enmarcada por la promesa de un

respiro entre sus paredes; su rostro mostraba una preocupación por él más profunda que las líneas dejadas por la risa o el sol.

"Saldremos de ésta", dijo en voz baja cuando él se acercó.

Su voz contenía una convicción que reforzaba la vacilante certeza de Eli: un ancla lanzada en mares turbulentos que amenazaban con arrastrarle a profundidades desconocidas.

Le cogió la mano -un simple toque que lo enraizó en medio de la danza del caos- y la apretó suavemente antes de soltarle los dedos entrelazados brevemente con los suyos.

Con el crepúsculo llegó otra reunión dentro de los muros de la iglesia, donde la gente del pueblo se acurrucaba bajo el reconfortante abrazo de la fe mientras fuera la oscuridad preparaba su próximo asalto: una marea implacable que golpeaba sus frágiles defensas, lista para romperlas con toda su fuerza.

El reverendo Mercer pronunció palabras destinadas a curar y fortalecer las almas desgastadas por la implacable incertidumbre, un bálsamo aplicado generosamente sobre las heridas abiertas por el cruel azote del miedo.

Eli escuchaba desde el banco de atrás, envuelto en la misericordia de las sombras, como un observador atrapado entre los fantasmas del pasado que atormentan cada decisión y los espectros del futuro que se ciernen como nubes de tormenta que acumulan una furia invisible.

A medida que la noche caía pesadamente a su alrededor, cerrando las rutas de escape imaginadas durante la engañosa calma del día, Eli sabía que el sueño le sería esquivo una vez más; en su lugar, se mantendría en vigilia observando el parpadeo de las estrellas, ajeno a las luchas mortales que se libraban bajo su eterna vigilancia.

ELI SE ACERCÓ al pequeño círculo de líderes reunidos frente a la oficina del sheriff. El rostro del sheriff Bennett estaba sombrío, con profundos surcos de preocupación en la frente. Halcón Silencioso estaba a su lado, con una postura tan rígida como los acantilados de la meseta que rodeaban Shadow Gulch.

"Tenemos una situación," Bennett comenzó sin preámbulos como Eli se unió a ellos. "Nuestros suministros son escasos. Si esos forajidos no se mueven pronto, estaremos luchando con los estómagos vacíos y las balas menguantes."

Eli asintió, el peso del liderazgo se asentó sobre sus hombros. "¿Cuánto tiempo podemos aguantar con lo que tenemos?"

El doctor Timmons, con las gafas precariamente apoyadas en el puente de la nariz, revolvía un montón de papeles. "Los suministros médicos se están agotando. Podemos tratar las heridas leves, pero si hay otro choque grave...". "Su voz se entrecorta y no dice nada más.

Eli observó los rostros a su alrededor. Vio su determinación mezclada con el miedo, miedo no sólo a la batalla, sino a verse atrapado en un asedio prolongado sin tener suficiente para comer o curar sus heridas.

"Tenemos que racionar", declaró Eli. "Reducir las porciones ahora para ampliar nuestras tiendas. No será popular, pero es necesario".

Bennett suspiró, rascándose la barba incipiente. "Creo que tienes razón, Eli. Pero ya sabes cómo se pone la gente cuando tiene hambre y miedo".

Halcón Silencioso tomó la palabra, con voz firme. "El hambre puede quebrar el espíritu más rápido de lo que una bala puede destrozar un hueso. Debemos encontrar el equilibrio, mantener la fuerza en nuestros cuerpos y la determinación en nuestros corazones".

Eli se volvió hacia María, que se había unido a ellos en silencio. Llevaba un libro de

contabilidad, las cuentas de su taberna convertida en comedor improvisado para los defensores de la ciudad.

"María, ¿puedes estirar más tus comidas?" preguntó Eli.

Ella le miró y sus ojos revelaron la profundidad de su preocupación. "Haré lo que pueda, Eli. Las sopas y los guisos llegan más lejos que los filetes. Pero la gente empezará a darse cuenta".

Eli ofreció una apretada sonrisa en señal de gratitud antes de volverse hacia el grupo. "También necesitaremos voluntarios para las partidas de caza", dijo. "La caza de las colinas podría complementar nuestras provisiones".

"Lideraré un grupo", ofreció inmediatamente Halcón Silencioso.

Bennett asintió con aprobación. "Buen hombre. Necesitaremos todo lo que podamos conseguir".

Eli podía sentir la tensión como un resorte enroscado entre ellos mientras empezaban a asignar tareas y a formar planes para racionar sus escasos recursos y evitar al mismo tiempo que la moral se hundiera en la desesperación.

El sol pegaba sin piedad mientras Eli caminaba por la ciudad tras la clausura de la reunión, observando cómo las estructuras antaño vibrantes de vida fronteriza se erguían ahora fortificadas como baluartes contra un enemigo invisible.

En el Maria's Saloon, ahora reconvertido para usos más amplios que el whisky y las partidas de póquer, Eli observó cómo se servían raciones más pequeñas a mineros y rancheros hambrientos que miraban sus cuencos con una mezcla de decepción y comprensión.

"¿Estás seguro de esto?" le susurró María mientras servía el caldo.

"No tenemos muchas opciones", respondió Eli en voz baja.

Dedicó tiempo a cada mesa, entablando una conversación ligera que ocultaba su verdadero propósito: evaluar sus ánimos y tranquilizarlos sin falsas promesas.

En la clínica, el doctor Timmons catalogó cuidadosamente lo que quedaba de sus suministros mientras instruía a los voluntarios sobre cómo hacer vendajes con materiales menos convencionales.

"Si rasgas estas sábanas a lo largo", decía Doc cuando entró Eli, "podremos enrollarlas bien para los vendajes".

Eli apoyó una mano en el hombro de Timmons. "Estás haciendo un buen trabajo aquí, Doc."

Timmons le miró con ojos cansados que contenían una chispa de desafío a su difícil situación. "Hacemos lo que debemos", dijo simplemente.

A medida que el crepúsculo se acercaba y pintaba Shadow Gulch de tonos anaranjados y rojos que parecían casi burlones por su belleza en medio de tanta tensión, Eli se encontró frente a la casa de María. No había planeado visitarla. Era como si sus pies hubieran tomado la decisión sin consultarle antes.

María le recibió en la puerta con una sonrisa preocupada que no le llegaba a los ojos.

"Entra", dijo en voz baja. Dentro había preparado una modesta comida para dos, un sencillo guiso que olía mejor que cualquier cosa que Eli hubiera probado en semanas.

Comieron casi siempre en silencio, hasta que María dejó la cuchara con decisión.

"Eli", empezó titubeando, "la gente tiene miedo de quedarse sin comida y medicinas... tienen miedo de morir aquí". Su voz vaciló ligeramente.

Eli la miró a los ojos y vio no sólo miedo, sino también fe, fe en que encontraría la manera de salir de este asedio.

"Saldremos de ésta juntos", dijo con una convicción que esperaba sonara más segura de lo que se sentía.

Después de cenar, Eli patrullaba las defensas de Barranco Sombrío al amparo de la oscuridad. Asegurar a los centinelas y volver a comprobar las barricadas se convirtió en parte de su rutina nocturna, tanto como respirar aire o ver aparecer las estrellas.

En cada puesto que visitaba, dejaba tras de sí palabras destinadas a infundir valor, pero se daba cuenta de que también sacaba fuerzas de cada encuentro: la determinación con que apretaba las mandíbulas y la firmeza con que empuñaba los fusiles le inspiraban a él y también a ellos.

Terminó sus rondas en lo alto de una de las mesetas más elevadas de Shadow Gulch, con vistas a las hogueras de los forajidos que parpadeaban como ojos diabólicos en la distancia. El aire fresco de la noche no aliviaba el ardor que sentía en el pecho, una mezcla de rabia por la situación en la que se encontraban y miedo por lo que pudiera deparar el amanecer.

Sin embargo, entre esas luces parpadeantes no sólo había amenazas, sino también respuestas: allí estaba la clave para poner fin a este asedio sin perder todo por lo que tanto habían luchado: sus vidas, sus hogares... y tal vez incluso partes de sí mismos que creían enterradas desde hacía tiempo bajo insignias o delantales de herrero.

Permaneció allí solo hasta que la noche cedió su dominio a los indicios de la luz matutina que se colaba en los cielos oscurecidos: le esperaba otro día sin más promesa que la de exigirle todo lo que tenía para dar y algo más.

LOS MURMULLOS de rendición empezaron a serpentear por la ciudad. Eli los oyó primero en la bomba de agua, un grupo de colonos sacando algo más que agua. Sus voces, teñidas de miedo, hablaban de negociación, de doblegarse para salvar a sus familias de la cruel mano de los forajidos. A Eli se le encogió el corazón. Conocía demasiado bien el coste de mostrar debilidad ante aquellos hombres.

Los susurros se convirtieron en conversaciones a medida que el sol subía y, a media mañana, esas conversaciones se habían convertido en acalorados debates que salían de las casas y se extendían por la calle principal. Eli vio cómo la unidad del pueblo empezaba a deshacerse como una cuerda deshilachada bajo tensión. La semilla de la duda plantada por el asalto de los forajidos estaba germinando en pánico.

Eli se acercó a la multitud y su presencia impuso el silencio incluso antes de hablar. Los colonos le miraron, sus ojos reflejaban una mezcla de esperanza y desesperación.

"No podemos dejar que el miedo dicte nuestras acciones", dijo Eli, con la voz firme como un tambor. "He visto lo que pasa cuando negocias con lobos. Se llevarán tus ovejas y volverán a por tu perro, y entonces estarán en tu puerta".

"Pero, ¿y nuestros hijos?", grita una mujer desde el fondo. Se agarraba el delantal con las manos y su rostro palidecía de preocupación.

La mirada de Eli se suavizó cuando la miró a los ojos. "Entiendo tu miedo", dijo. "Pero ceder no los salvará. Sólo retrasará lo que está por venir".

Se oyen murmullos entre la multitud. Algunos asentían con la cabeza, mientras que otros se movían con inquietud.

"Piénsenlo", continuó Eli, caminando ahora entre ellos. "Sabéis de lo que son capaces estos forajidos: llevarse nuestro ganado, quemar nuestros campos. Si les damos una pulgada, se llevarán todo este pueblo y todo por lo que hemos trabajado".

Sus palabras flotaban en el aire como el humo de una vela apagada.

Un hombre se adelantó. Su ceño se frunció bajo el ala de su sombrero. "Eli, hablas de contraatacar como si fuera sencillo. Pero no somos sólo nosotros los rufianes, tenemos familias".

Eli se detuvo ante él y sus miradas se cruzaron en un desafío tácito.

"No digo que sea sencillo", respondió Eli. "Pero sí digo que es necesario. ¿Crees que cumplirán cualquier trato que hagamos? No son hombres de palabra, son bandidos".

Otra voz se unió, esta vez aguda por la ira. "¿Y si luchamos y perdemos? ¿Y entonces qué? ¿Estás dispuesto a jugarte nuestras vidas?".

Eli se volvió para mirar a Clarence, el hombre que siempre se había apresurado a interrogarle.

"Aquí nadie se juega nada", dijo Eli con firmeza. "Estamos defendiendo una postura porque si no lo hacemos, no quedará nada por lo que apostar".

La multitud era un mosaico de emociones -caras temerosas mezcladas con otras decididas-, pero todas miraban a Eli ahora que se mantenía firme en su resolución.

"Tenemos una alianza", les recordó Eli a todos mientras dirigía una mano hacia Halcón Silencioso, que estaba cerca observando en silencio. "Tenemos hombres que conocen esta tierra mejor que nadie, hombres dispuestos a luchar a nuestro lado".

Halcón Silencioso asintió una vez a las palabras de Eli, con expresión ilegible pero postura sólida e inflexible.

Los murmullos comenzaron de nuevo, pero se silenciaron cuando María se adelantó desde donde había estado observando junto a la puerta de su salón.

"Eli tiene razón", dijo ella, con su voz cargada de peso en su tranquila certeza. "Todos hemos visto u oído hablar de lo que ocurre cuando gente como nosotros trata con gente como ellos". Señaló hacia el horizonte, donde se levantaban nubes de polvo procedentes de las hogueras de forajidos avistadas la noche anterior.

Había verdad en sus palabras. Todo el mundo lo sabía, incluso los partidarios de la negociación lo sentían en el fondo.

"De acuerdo", dijo finalmente Clarence tras un tenso silencio que pareció extenderse kilómetros. "Así que nos plantamos y luchamos". No se trataba de un acuerdo incondicional, sino más bien de una aceptación a regañadientes, el tipo de aceptación que se produce cuando no quedan opciones apetecibles.

"Así es", confirmó Eli con un movimiento de cabeza antes de añadir con una pizca más de calidez que antes: "Estamos juntos".

El día avanzaba bajo una tregua incómoda entre los colonos. Las discusiones se calmaron, pero dejaron tras de sí un aire cargado de ansiedad y miedo que parecía casi tangible como el polvo levantado por las botas y las ruedas de los carromatos.

Eli se encontró solo por un momento en las afueras de la ciudad, contemplando la extensión que se extendía más allá de Barranco Sombrío, una tierra que se había convertido tanto en hogar como en campo de batalla. Comprendió lo que estaba en juego: no sólo tierras o edificios o incluso vidas, sino algo más difícil de alcanzar: el espíritu de un pueblo que intentaba forjar la paz en un mundo implacable.

Las horas siguientes transcurrieron en rigurosa preparación. Cada hombre y mujer contribuyó a reforzar las defensas o a almacenar suministros. A pesar de su discordia anterior, se movieron con determinación, unidos por una causa común, aunque no por una creencia común.

Mientras las sombras se alargaban hacia el atardecer y se avecinaba otra noche -una noche que podía traer violencia o respiro-, Eli se encontraba entre aquellos a los que guiaría hacia la incertidumbre y quizás hacia la historia. Buscaban seguridad en él. Él, en cambio, les dio honestidad.

"No sabemos lo que nos deparará el mañana", dijo Eli a los reunidos a su alrededor, "pero sí

sabemos esto: Lo afrontaremos como un solo pueblo".

Capítulo Treinta

LAS PALABRAS del forajido capturado flotaban con fuerza en el aire de la habitación poco iluminada del fondo de la oficina del sheriff. Eli estaba de espaldas a la pared, con los brazos cruzados, mirando al sheriff Bennett que caminaba como un animal enjaulado. El forajido, un bruto de aspecto desaliñado con el labio partido y un brillo desafiante en los ojos, escupía sangre en el suelo.

"Estás perdiendo el tiempo", gruñó, con la voz áspera por el miedo o la valentía, era difícil saberlo. "No va a parar, no hasta que tenga la cabeza de Stone en una estaca".

El sheriff Bennett se detuvo y lanzó una mirada a Eli. "¿De qué está hablando, Eli? ¿Quién te persigue?"

Eli permaneció en silencio un momento, dejando que la pregunta se asentara. Sabía que su pasado siempre sería una sombra detrás de él, pero esperaba que no eclipsara la vida que había construido en Shadow Gulch.

"Me llamo Colton Wade", dijo Eli finalmente, con voz grave. "Un hombre al que encerré cuando llevaba placa. Parece que no le gustaba estar entre rejas".

El forajido rió, un sonido escalofriante que rozó los nervios de Eli. "Sí, Colton dijo que estarías aquí. Dijo que todo este pueblo no era más que el cebo de una trampa a la que no podrías resistirte".

Eli se apartó de la pared y salió a la luz del farol. Se elevó sobre el forajido, que lo miró con desprecio.

"¿Y por qué iba a pensar eso?" preguntó Eli, con un tono uniforme pero con un filo que podía cortar.

"Porque ahora tienes algo que proteger", respondió el forajido con una sonrisa torcida. "No se trata sólo de venganza. Se trata de quebrarte".

La revelación escocía como el whisky en una herida abierta. La presencia de la banda no era casual. Estaba orquestada por el odio y la venganza dirigida directamente contra él.

La culpa se abatió sobre Elí como hierro candente sobre la carne. Esas personas, sus vecinos, sus amigos, estaban en peligro por su culpa.

"Tienes que dejarme ir", continuó el forajido, malinterpretando el silencio de Eli como vacilación. "Dile a Wade que ya no estás aquí y tal vez haga volver a sus chicos".

Eli sabía que no debía creer esa mentira.

"Nada de tratos", dijo Eli con firmeza. "Elegiste tu bando cuando cabalgaste con Wade".

El forajido se burló y giró la cabeza.

El sheriff Bennett miró entre ellos. Líneas de preocupación grabadas profundamente en su rostro. "Tenemos que decírselo al pueblo", dijo al cabo de un momento.

Eli asintió una vez, preparándose para lo que venía a continuación.

Reunieron a todos en la iglesia, sus bancos de madera llenos de rostros ansiosos iluminados por la luz parpadeante de las velas. Halcón Silencioso estaba al lado de Eli, un frente unido contra un enemigo invisible.

Eli subió al púlpito, con todas las miradas fijas en él como si buscara respuestas en las Escrituras.

"No te voy a mentir", empezó Eli, con voz firme como la roca a pesar de la tormenta en su interior. "Esta lucha que estamos preparando es personal para Wade. No parará hasta conseguir lo que quiere".

Los murmullos llenaron la iglesia como el susurro de las hojas antes de que una avalancha de preguntas lloviera sobre él.

"¿Qué quiere?"

"¿Por qué te persigue?"

"¿Estamos a salvo?"

Eli levantó las manos para pedir silencio. La sala volvió a quedar en silencio, salvo por los suaves sollozos de María en primera fila, que sabía muy bien de lo que eran capaces hombres como Wade.

"Quiere venganza", continuó Eli. "Hace años, lo encerré por asesinato. Cree que tomar esta ciudad saldará nuestras cuentas".

Murmullos de miedo y rabia surgieron entre la gente del pueblo al procesar esta nueva amenaza, esta venganza contra uno de los suyos que los ponía a todos en peligro.

Eli sintió cada mirada como brasas en la piel, pero se mantuvo firme. No podía permitir que la duda se filtrara en su determinación, no cuando más lo necesitaban.

"No podemos controlar lo que trajo a Wade aquí", se dirigió Eli a ellos con inquebrantable honestidad. "Pero podemos controlar cómo nos enfrentamos a él".

Halcón Silencioso se adelantó entonces y habló con una autoridad silenciosa que llamaba la atención.

"Wade quiere dividirnos, usar el miedo como arma", dijo Halcón Silencioso. "Debemos demostrarle que somos más fuertes juntos que separados".

Eli vio cómo asentían las cabezas de todos los congregados, un tapiz de determinación tejido en tiempo real.

Terminó su discurso con palabras destinadas a fortificar no sólo los muros, sino también los corazones.

"Nos hemos preparado para esto, nos hemos entrenado y fortificado, y nos mantendremos firmes", proclamó Eli. "Estaré a tu lado, no sólo como Elijah Stone, sino como uno de los de Shadow Gulch".

Mientras salían de la iglesia bajo un cielo repleto de estrellas, el sheriff Bennett dio una palmada en el hombro de Eli.

"¿Crees que nos seguirán?" preguntó Bennett en voz baja, observando a las familias que regresaban a casa a través de las ventanas iluminadas por la luz de las farolas.

"Ya lo están", respondió Eli sin volverse, sabiendo muy bien que guiarlos significaba cargar con sus esperanzas y temores junto a su propia y agobiante culpa.

Pero cuando María pasó a su lado y le dedicó una frágil sonrisa -una que hablaba mucho de confianza y afecto tácito-, Eli sintió que ese renovado sentido del deber le recorría como la sangre misma de la vida.

Puede que haya atraído la ira de Wade sobre Shadow Gulch sin querer, pero ahora le tocaba a

él llevar esto hasta el final, defender no sólo a sí mismo, sino a todas las almas que llamaban hogar a este escarpado trozo de tierra.

ELI ESTABA de pie fuera de su herrería, con el aire frío mordiéndole la piel expuesta, mientras observaba cómo se agitaba la ciudad. El delantal de herrero, antaño símbolo de su nueva vida, yacía doblado en su interior, intacto. Se frotó las manos, no sólo para calentarse, sino para sentir los callos, recuerdos tanto del hombre que era como del que se estaba convirtiendo.

La energía nerviosa de la ciudad era palpable. Cada rostro que Eli veía llevaba las marcas del miedo y la incertidumbre. Él también lo sentía, esa sensación punzante en sus entrañas que le decía que algo más que forajidos se acercaban a Shadow Gulch.

Una sombra se cruzó en el camino de Eli, que se giró para ver acercarse a Halcón Silencioso. La presencia del guerrero llamaba la atención incluso sin palabras, y Eli se preparó para lo que pudiera decir.

"Se ponen inquietos", empezó Halcón Silencioso sin preámbulos. Su voz era grave, arrastrada casi tan pronto como salía de sus labios por el viento que se levantaba a su alrededor.

Eli frunció el ceño al considerar las palabras de Halcón Silencioso. "¿Tus hombres?"

Halcón Silencioso asintió, una tensión en la mandíbula delataba su preocupación. "Algunos hablan de volver a nuestras tierras. El riesgo para nuestro pueblo aumenta cada día que estamos con vosotros".

Eli entendía más de lo que Halcón Silencioso podría darse cuenta. La gente del pueblo también estaba dividida, dividida entre luchar o huir, pero Eli sabía que no podían permitirse ninguna de las dos opciones. "La seguridad de tu pueblo es importante", respondió Eli con seriedad.

Halcón Silencioso miró hacia las lejanas colinas donde el campamento de su tribu yacía oculto entre los árboles y las rocas. "Al igual que la seguridad de este pueblo al que llamas hogar".

El momento pendía entre ellos, un espejo que reflejaba su carga compartida. Eli había visto a hombres huir de sus sombras sólo para encontrarlas esperando al final del viaje. "No te pediré que elijas entre tu pueblo y el nuestro", dijo Eli lentamente, midiendo cada palabra.

La mirada de Halcón Silencioso volvió al rostro de Eli, buscando algo no dicho en el azul de sus ojos. "Una vez dijiste que la vida de un hombre se define por los compromisos que adquiere".

"Y lo mantengo", confirmó Eli con un movimiento de cabeza.

"La alianza se mantiene", afirmó Halcón Silencioso con firmeza, aunque el peso de su decisión era evidente en la caída de sus hombros.

Eli respetaba la determinación de Halcón Silencioso, pero también era consciente de su coste. Puso una mano en el hombro de Halcón Silencioso, un gesto que traspasaba las barreras culturales y decía más de lo que podrían decir las palabras.

La mañana avanzaba con una urgencia que contradecía la pesadez de los corazones que llevaban a cabo cada tarea. Hombres y mujeres fortificaban los edificios mientras otros se entrenaban bajo la atenta mirada de Eli. Sus instrucciones eran claras y concisas. Cada acción estaba perfeccionada por la experiencia, pero lastrada por el conocimiento de su precio potencial.

María se le acercó durante una pausa en el entrenamiento, una pausa momentánea en el ajetreo de la preparación. Su presencia era un consuelo en el que no podía permitirse apoyarse, no ahora que tanto dependía de él.

"Dicen que podrían pasar semanas antes de que veamos el final de esto", susurró lo

suficientemente cerca como para que sólo él pudiera oírla.

Eli miró por encima de su hombro las caras que los rodeaban, caras que se habían vuelto familiares con el tiempo, caras que ahora lo miraban a él en busca de orientación. "Entonces aguantaremos semanas", respondió con una convicción que esperaba que sonara más segura de lo que parecía.

María le tendió la mano y sus dedos rozaron su brazo en un roce fugaz antes de apartarse y volver a fundirse con la multitud.

A medida que se acercaba la tarde, con pesadas nubes que amenazaban lluvia, Halcón Silencioso volvió a encontrarlo. Esta vez no había duda de la tensión grabada en sus rasgos.

"Nos han amenazado", dijo en voz baja Halcón Silencioso mientras caminaban uno al lado del otro por la ciudad.

"¿Por los forajidos?"

"Por los nuestros". La admisión dolió a Halcón Silencioso como si cada palabra estuviera siendo tallada en él. "Dicen que si permanecemos aliados con Shadow Gulch y sufrimos pérdidas por ello..."

"¿Temes que se vuelvan contra nosotros?" Eli concluyó por él.

"Es posible".

Se detuvieron a las afueras de la ciudad, donde comenzaba el desierto, una línea invisible que separaba dos mundos que intentaban desesperadamente coexistir en uno solo.

Eli sintió que un viejo peso se asentaba sobre él, un peso de los días en que las decisiones eran cuestiones de vida o muerte tomadas en soledad bajo la insignia de un agente de la ley. "Si tus hombres deciden irse..."

"No se irán". La seguridad en la voz de Halcón Silencioso llevaba un filo de acero afilado por las exigencias del liderazgo.

Eli lo miró fijamente -de guerrero a guerrero- y vio reflejado en él todo aquello de lo que había intentado escapar, pero que ahora volvía a abrazar para bien o para mal.

"Entonces permaneceremos juntos". No era sólo una declaración. Era un juramento pronunciado en voz alta para todo aquel que quisiera oírlo.

El viento se levantó como en respuesta, azotando a su alrededor con renovado vigor, como si la propia naturaleza reconociera su pacto.

Caminaron en silencio hacia el pueblo, dos líderes obligados por el deber, con las nubes acumulándose en lo alto y una tormenta acercándose rápidamente a Shadow Gulch.

ELI SE LIMPIÓ el hollín de la frente, con la mirada fija en el escarpado horizonte. Un escalofrío de inquietud le recorrió las entrañas, como si la misma tierra le susurrara advertencias a través de las suelas de sus botas. La reciente escaramuza había dejado a los defensores de Barranco Sombrío conmocionados pero vivos. Sin embargo, había algo en el ataque que no le gustaba. Parecía un depredador tanteando el cerco en busca de huecos, no una carga completa.

Se reunió con el sheriff Bennett a las afueras del pueblo, donde se había abierto una brecha en la empalizada de madera. Examinaron los maderos astillados y la tierra pisoteada, prueba de un esfuerzo concentrado y no de un asalto aleatorio.

"Tom, esto de aquí no fue un accidente", dijo Eli, trazando un agujero de bala con el dedo. "Apuntaron directamente a este lugar. Casi como si lo supieran".

El sheriff Bennett gruñó, con los ojos entrecerrados mientras observaba los daños. "Eli, ¿crees que tenemos una rata?"

Eli asintió lentamente, reacio a expresar la sospecha que le corroía. Si se corría la voz de que sospechaban de un traidor, la confianza escasearía tanto como el agua en la sequía.

El sheriff dio una palmada en el hombro de Eli. "Lo mantendremos bajo nuestros sombreros por ahora. No podemos tener a la gente volviéndose unos contra otros".

La plaza del pueblo bullía de reparaciones y conversaciones en voz baja cuando Eli y el sheriff Bennett regresaron. Eli observó desde debajo del ala de su sombrero cómo la gente del pueblo intercambiaba palabras y herramientas, y cómo sus interacciones se mezclaban ahora con un trasfondo de desconfianza.

Halcón Silencioso se acercó a ellos, con expresión sombría. "Piedra", dijo con un gesto de respeto.

"Sheriff". Su voz tenía el filo suficiente para cortar el silencio.

"Eli y yo estábamos hablando de ti", dijo el sheriff Bennett con forzada despreocupación. "¿Has visto algo inusual por ahí?"

La mirada de Halcón Silencioso se desvió hacia Eli antes de volver al sheriff. "Mi gente es leal a nuestra palabra", respondió, con una advertencia tácita clara en su tono.

"No estamos cuestionando eso", intervino Eli antes de que el sheriff pudiera responder. "Pero nos preguntamos si puede haber otros que no sean tan honorables".

Los tres hombres formaban un triángulo de preocupación mutua, conscientes de que los lazos de confianza se deshilachaban como una cuerda en tensión.

Las puertas de la taberna se abrieron cuando Eli entró. Las conversaciones se redujeron a susurros y luego volvieron a elevarse, una ola de sonido que culminaba en sospechas y miedo.

María captó su mirada desde detrás de la barra e inclinó ligeramente la cabeza hacia la trastienda, una invitación silenciosa a hablar sin oídos indiscretos.

La siguió hasta un espacio poco iluminado donde las botellas se alineaban en las estanterías como soldados en posición de firmes.

"Tienen miedo", dijo María en voz baja, con la preocupación marcando las líneas de sus ojos.

Asintió con la cabeza. "El miedo puede ser útil si te mantiene alerta", replicó, apoyándose en una mesa y cruzando los brazos sobre el pecho. "Pero también puede poner a la gente en contra".

"¿Y tú?", preguntó, acortando la distancia que los separaba con tranquila determinación. "¿Tienes miedo?"

Le sostuvo la mirada, viendo en sus ojos un reflejo de su propia aprensión. "Tengo miedo por lo que pueda pasar si no nos mantenemos juntos".

María alargó la mano y la posó ligeramente en el antebrazo de él, un toque que pretendía tranquilizarlos a ambos.

En esos momentos, Eli deseaba ser sólo un herrero sin fantasmas que lo persiguieran como buitres sobre la carroña.

La mañana siguiente no trajo tregua a la tensión mientras Eli patrullaba las calles de Shadow Gulch con el sheriff Bennett a su lado, dos figuras unidas en su propósito pero aisladas por su carga de conocimiento.

Se detuvieron frente a la clínica del doctor Timmons, donde atendían a los colonos heridos. El médico salió limpiándose la sangre de las manos en un delantal ya manchado.

"Sheriff, Eli", asintió el doctor Timmons a modo de saludo antes de lanzar una mirada cansada hacia la puerta de la clínica.

"¿Cómo lo están llevando?" Preguntó el Sheriff Bennett con genuina preocupación en su voz.

El doctor Timmons suspiró pesadamente. "¿Físicamente? Se recuperarán. Pero esta charla de espías los tiene saltando a las sombras".

Eli se movió incómodo. Esto era exactamente lo que habían temido: que la enredadera de la paranoia echara raíces entre aliados antaño inquebrantables.

El sheriff Bennett cuadró los hombros. "Necesitamos pruebas antes de actuar sobre cualquier sospecha".

"Puede ser", respondió Eli en voz baja, "pero tiempo no es algo que nos sobre".

A medida que la tarde caía sobre Shadow Gulch como un manto de calor inoportuno, los murmullos circulaban por callejones y casas, y cada ciudadano miraba a su vecino con una nueva cautela.

Eli se encontró una vez más frente a la taberna de María, pero no entró. En lugar de eso, se apoyó en un poste y observó a la gente pasar, cada rostro ocultaba potencialmente traición o terror, o ambas cosas.

"¡Piedra!" El grito llegó desde el otro lado de la calle, donde Halcón Silencioso permanecía rígido junto a Clarence, el colono que había cuestionado la autoridad de Eli días atrás.

Con pasos deliberados, Eli cruzó hacia ellos, atrayendo con su presencia las miradas curiosas de los demás, que se detenían para presenciar lo que pudiera ocurrir.

"¿Tienes algo que decir?" Eli preguntó directamente a Clarence sin perder de vista a Halcón Silencioso, un gesto que no pasó desapercibido para ninguno de los dos.

Clarence miró a Eli a los ojos sin inmutarse, con una chispa encendida tras su propia mirada que insinuaba desafío o tal vez desesperación por encontrar la verdad entre mentiras.

"No soy ningún traidor", declaró Clarence en voz lo bastante alta como para que lo oyeran los transeúntes, una afirmación dirigida a todos los que estaban a su alcance, pero que apuntaba directamente al corazón de Eli Stone.

La mano de Halcón Silencioso descansaba cerca del tomahawk que llevaba al cinto, no de forma amenazadora, sino como si estuviera preparada para cortar el engaño si se dirigía hacia él.

Eli consideró detenidamente a Clarence, sopesando cada rumor frente a la inquebrantable postura del hombre.

Las sombras se alargaban a medida que el día daba paso al crepúsculo. Las linternas parpadeaban y arrojaban rayos de luz en medio de la oscuridad.

Eli Stone sabía que esto no había terminado, ni mucho menos, y que mañana probablemente habría más preguntas que respuestas.

Pero esta noche se mantenía firme en el corazón de Barranco Sombrío: un herrero obligado por el honor a forjar cualquier futuro que les esperara a todos.

Capítulo Treinta Y Uno

EL AIRE del interior de la taberna de María desprendía un aroma espeso a provisiones almacenadas: harina, carne salada y pólvora mezcladas en una mezcla poco apetitosa. María se movía con determinación, guardando latas y tarros en todos los rincones que ofrecía su establecimiento. La vibrante energía que normalmente llenaba la sala fue sustituida por un silencio puntuado únicamente por el tintineo de los vasos y el trasiego de las provisiones.

Eli se apoyó en la barra pulida y sus manos recorrieron distraídamente las vetas de la madera, desgastadas por años de servicio. La observó, reconociendo la tensión en sus movimientos. María era una mujer que se enfrentaba a las dificultades con la barbilla levantada y la mirada firme, pero ahora le temblaban las manos mientras trabajaba.

"Nunca pensé que vería el día en que este lugar se convirtiera en una fortaleza", dijo sin levantar la vista de su tarea.

Eli se apartó de la barra y se acercó. "Tu padre la hizo fuerte", dijo, cogiendo un saco de judías y colocándolo en un estante.

María soltó una suave carcajada carente de humor. "Lo construyó para que estuviera abierto a todo el mundo, para que estuviera lleno de vida y risas, no... esto". Señaló las pilas de suministros que transformaban su animado salón en un búnker.

Por fin se encontró con su mirada, y Eli vio el miedo tácito que había en ella, el miedo a que todo lo que su padre había dejado atrás se redujera a escombros y recuerdos. Sus cálidos ojos marrones, siempre llenos de compasión por los demás, reflejaban ahora vulnerabilidad. "Tengo miedo, Eli", admitió en un susurro.

La confesión golpeó a Eli como un martillazo de herrero. Dio otro paso hacia ella, acortando la distancia. "Lo sé", dijo en voz baja.

Las manos de María se dirigieron a su pecho, sin empujarlo del todo, pero manteniéndolo a raya como si necesitara espacio para respirar. "¿Y si no podemos protegerlo? ¿Y si todo esto...?" Hizo una pausa, la emoción le obstruía la garganta. "¿Y si es para nada?"

Quiso decirle que eso no ocurriría, que defendería este lugar con su vida si era necesario, pero sabía que los tópicos no les servirían a ninguno de los dos ahora. En lugar de eso, alargó la mano y la rodeó con las suyas sobre el pecho.

"Haremos todo lo que podamos", dijo Eli con una convicción que esperaba fuera contagiosa. Su voz era firme incluso cuando la duda le arañaba por dentro. Ya había luchado antes. Había defendido antes, pero eso era otra vida, otro Eli. ¿Podría volver a ser ese hombre sin perderse a sí mismo?

María le miró a la cara como si buscara la certeza que necesitaba para calmar sus propios temores. "Confío en ti", dijo por fin.

Esa confianza le parecía más pesada que cualquier hierro que hubiera forjado. Se asentó en su estómago como una bala de plomo. Había venido a Shadow Gulch en busca de redención por los pecados escritos con humo de armas y sangre, para escapar de ser el agente de la ley que no dudaba en apretar el gatillo. Pero aquí estaba, al borde de la violencia una vez más.

La puerta de la taberna se abrió entonces, dejando entrar la luz del atardecer y a unos cuantos lugareños más cargados de provisiones, que recordaban que no sólo estaba en juego el legado de María, sino la supervivencia de toda una comunidad.

Eli ayudó a María a apartarse para dejar sitio a los recién llegados. Mientras volvían a trabajar juntos en silencio, Eli se fijó en cada uno de los rostros que iban apareciendo: cada arruga marcada por la preocupación, cada mandíbula adusta que marcaba la determinación. Aquellas personas eran ahora las suyas. Sus destinos estaban entrelazados con sus propias decisiones.

Su mirada volvió a María mientras indicaba a dos hombres dónde colocar una caja de munición debajo de la barra, una barra en la que las bebidas deberían haberse servido entre historias y risas y no bajo la sombra de una violencia inminente.

Aquella noche, cuando el crepúsculo bañaba Shadow Gulch de suaves púrpuras y azules profundos, Eli se quedó solo en el exterior del Maria's Saloon mucho después de que ella se hubiera retirado al piso de arriba en busca de descanso, o tal vez de soledad, lejos del peso de lo que le esperaba.

Miró fijamente aquellas puertas de un rojo vibrante, ahora cerradas con barrotes -no contra los juerguistas nocturnos, sino contra los merodeadores- y sintió que algo cambiaba en su interior.

No se trataba sólo de proteger edificios o incluso vidas. Se trataba de defender la esperanza, la esencia misma que hacía de Shadow Gulch algo más que estructuras de madera bajo una extensión de cielo. Se trataba de salvaguardar momentos como los vividos en esta taberna, en los que la alegría fluía tan libremente como el whisky.

Recordó las palabras de María sobre el legado de su padre y se dio cuenta de que su lucha iba más allá de la tierra o la propiedad: se trataba de preservar su modo de vida frente a quienes pretendían apoderarse de él por la fuerza.

Eli exhaló lentamente el aire fresco de la noche -como un herrero que se tranquiliza antes de volver al fuego y a la fragua- y volvió al interior por la entrada lateral reservada al personal.

Pasó por la cocina, donde los guisos ya no se cocerían a fuego lento para los clientes, sino que proporcionarían sustento a los defensores en los días venideros, días que podrían determinar si estos muros volverían a resonar con canciones o permanecerían en silencio como monumentos de lo que una vez fue.

En aquellos tranquilos momentos antes de que el sueño lo reclamara en una de las habitaciones que María había insistido en que ocupara por seguridad, Eli Stone se enfrentó a sus dudas sin rodeos. Reconoció que eran viejos adversarios, los mismos que le atormentaban cada vez que se ponía una placa o enfundaba un arma en otra vida, y resolvió de nuevo: fuera lo que fuera lo que le deparara el mañana, lo afrontaría sin rodeos.

Por el bien de María. Por Shadow Gulch. Por él mismo.

BAJO UN MANTO NEGRO, la noche se tragó por completo a Shadow Gulch. Ni siquiera una pizca de luna se atrevía a asomar su rostro mientras el lejano clamor del campamento de forajidos se filtraba en el pueblo como una niebla envenenada. Las heridas del día aún sangraban. Tablas

clavadas en las ventanas. Sacos de arena apilados contra las puertas. Eli Stone se movía en la oscuridad, su silueta se confundía con las nuevas fortificaciones.

Las botas de Eli pisaban ligeramente la tierra al acercarse al primer puesto de vigilancia. Dio una palmada en el hombro del joven Tommy, que montaba guardia con el rifle de su padre, demasiado grande para su estrecha complexión.

"Mantén los ojos bien abiertos, pero no olvides escuchar", susurró Eli, con la voz apenas por encima del susurro del viento. "La tierra habla tanto como cualquier hombre".

Tommy asintió, apretando con fuerza la culata de su rifle.

El herrero convertido en líder se escabulló, cada paso medido y silencioso. Las palabras del doctor Timmons resonaban en su mente: aceptar la naturaleza del pasado podía forjar un futuro mejor. Sin embargo, mientras navegaba por su ciudad transformada, la duda le corroía. ¿Había sido él quien les había llevado a esta situación? ¿O simplemente había respondido a una llamada que habría sonado de todos modos?

Encontró a Halcón Silencioso cerca de la cresta norte, donde las rocas proyectaban sombras irregulares sobre la tierra. El guerrero permanecía tan quieto como las piedras que lo rodeaban, con los ojos fijos en los lejanos fuegos de sus enemigos.

"Se vuelven inquietos", observó Halcón Silencioso, su voz no traicionaba ningún temor.

"Están poniendo a prueba nuestra determinación", respondió Eli, mirando hacia la oscura extensión.

"O los suyos propios", contraatacó Halcón Silencioso.

Compartieron una inclinación de cabeza y se dirigieron a reunir a otros que vigilaban bajo la opresiva noche.

Eli se acercó a continuación a la taberna de María, que ahora era una fortaleza improvisada en lugar de un lugar de risas y copas que tintineaban. María estaba fuera, abrazada a sí misma en busca de calor o consuelo, tal vez ambas cosas.

"María", dijo Eli en voz baja, deteniéndose a su lado.

Ella le miró, con ojos que buscaban una seguridad que él no estaba seguro de poder darle. "¿Superaremos esto?", preguntó.

"Hemos llegado hasta aquí", dijo Eli. "Y no pienso dejarlo ir sin luchar".

Logró esbozar una valiente sonrisa, pero volvió a mirar hacia la oscuridad. Eli la dejó con un suave apretón en el brazo y continuó su ronda.

El sheriff Bennett estaba organizando un grupo de voluntarios cuando Eli lo encontró. Estaban apuntalando lo que quedaba de sus defensas tras la escaramuza de aquella tarde, un débil intento de reparar lo que bien podría romperse de nuevo al amanecer.

"Sheriff", le saludó Eli con una inclinación de cabeza.

Bennett levantó la vista de su trabajo, con expresión sombría pero decidida. "Eli", respondió.

"Necesitamos a esta gente preparada para lo que venga". Eli observó los rostros nerviosos que los rodeaban: granjeros y comerciantes convertidos en soldados por necesidad más que por elección.

Bennett siguió la mirada de Eli antes de encontrarse de nuevo con sus ojos. "Confían en ti", dijo simplemente.

Eli no respondió. En su lugar, se adelantó para dirigirse al grupo. "Esta ciudad es algo más que madera y piedra", comenzó, con voz firme a pesar de la opresión en el pecho. "Es cada uno de vosotros, vuestra fuerza y vuestro valor. Eso es lo que esos forajidos de ahí fuera no pueden quitarnos".

Murmullos de acuerdo recorrieron a los voluntarios como el viento a través de la hierba alta.

"Puede que vuelvan a atacarnos", continuó Eli, haciendo una pausa para dejar que sus palabras se asentaran en el aire cargado. "Pero permaneceremos unidos, cada uno de nosotros como parte inquebrantable de Shadow Gulch".

Las cabezas se alzaron, algunos hombros se cuadraron y algo parecido a la esperanza brilló en sus ojos. No era mucho, pero era algo a lo que aferrarse mientras volvían a sus tareas con renovado vigor.

La noche se hacía más profunda. Las sombras se extendían por todos los callejones y puertas como si buscaran compañía en su soledad. El reverendo Mercer había abierto la iglesia como santuario para aquellos demasiado jóvenes o viejos para luchar, un faro de fe en medio de la desesperación. El reverendo estaba fuera, vigilando a su rebaño con una resolución sombría que encajaba demasiado bien con los propios sentimientos de Eli.

"Reverendo", le saludó Eli en voz baja al acercarse.

"Elijah". Mercer ofreció una leve sonrisa que hizo poco para ocultar su preocupación. "¿Cómo lo llevas?"

Eli se encogió de hombros -un gesto que tenía más peso del que podrían expresar las palabras- y miró hacia la iglesia, donde la luz de las velas parpadeaba tras las vidrieras.

"Hacemos lo que debemos", dijo Eli al cabo de un momento.

Mercer asintió solemnemente. "Y rezamos para que sea suficiente".

Intercambiaron despedidas y Eli continuó solo, moviéndose como un fantasma entre los charcos de oscuridad y la tenue luz donde las linternas colgaban mecidas por una brisa que no se sentía. Pasó junto a grupos acurrucados en busca de consuelo y figuras solitarias que permanecían vigilantes y alerta, cada una luchando contra el miedo a su manera.

Al final, su camino le llevó de vuelta al lugar donde Halcón Silencioso vigilaba junto a aquellas imponentes rocas a las afueras de la ciudad, un círculo completo bajo un cielo vacío. Volvían a estar uno al lado del otro, guerreros contra una marea invisible que amenazaba con arrastrarlos a todos al caos y la violencia, un eco del propio pasado de Eli que se negaba a permanecer en silencio por más tiempo.

Halcón Silencioso lo miró con una comprensión tácita -del tipo forjada en el fuego y las luchas compartidas- y esperaron juntos lo que se avecinaba: otro ataque que parecía inevitable bajo este manto sin luna que había caído sobre Barranco Sombrío.

Mientras la oscuridad los envolvía con más fuerza de la que podría hacerlo cualquier delantal de cuero de herrero, Eli pensó en Tommy sosteniendo un rifle demasiado grande. En María, de pie, sola frente a su taberna; en Bennett, reuniendo a los habitantes de un pueblo que nunca se habían imaginado guerreros; en Mercer, rezando contra la desesperanza, y sintió que su espíritu se convertía en parte de su propia determinación.

Su determinación compartida podría no ser suficiente contra lo que se avecinaba, pero era todo lo que tenían y lo blandirían con fiereza contra cualquier sombra que se arrastrara hacia ellos desde más allá de aquellos vacilantes fuegos de forajidos en la distancia.

LA NOCHE envolvía a Barranco Sombrío en su silencioso abrazo, la calma que precede a otra tormenta. Eli caminaba por el campamento improvisado, con una linterna colgando de su mano, proyectando largas sombras sobre los rostros de aquellos a los que había venido a guiar. Una leve inclinación de cabeza por aquí, una palmada firme en la espalda por allá: pequeñas garantías de que no estaban solos en esta lucha.

Pero mientras se movía entre su gente, unos susurros captaron su atención. Dos hombres se

acurrucaban junto a una hoguera moribunda, y sus palabras eran un torrente sibilante que llegaba a los oídos de Eli. "Los de Halcón Silencioso huirán a la primera oportunidad que tengan", murmuró uno, con la desconfianza como venenoso trasfondo.

Eli se detuvo justo fuera del alcance de su luz, su presencia pasó desapercibida. El otro hombre escupió en el fuego, y el chisporroteo de la saliva en las brasas señaló su acuerdo. "¿Y dejarnos colgados? Yo digo que ataquemos primero, que los echemos antes de que puedan apuñalarnos por la espalda".

Un gran peso se asentó en el pecho de Eli, un peso que ni siquiera el yunque de su fragua podía igualar. No eran simples quejas de hombres cansados. Era miedo que se convertía en traición.

Continuó su ronda, cada paso más pesado que el anterior. Eli sabía muy bien cómo el miedo podía roer los lazos de confianza hasta que no quedaba más que polvo y sospechas. Lo había visto en los campos de batalla hacía mucho tiempo: lo mejor y lo peor de los hombres desnudados por el miedo.

Cerca del borde del campamento, donde la oscuridad arañaba el parpadeante círculo de luz, Eli encontró a Halcón Silencioso apartado del resto. La mirada del guerrero estaba fija en las estrellas distantes, un centinela silencioso consciente de cada respiración y cambio dentro de Barranco Sombrío.

Eli se acercó, el suave crujido de la tierra bajo sus botas anunció su presencia. Halcón Silencioso se volvió hacia él. Enarcó una ceja en una silenciosa pregunta.

"Se avecinan problemas", dijo Eli, con la voz tan baja que se la tragó la noche. "Palabras como veneno se esparcen por el campamento".

La expresión de Halcón Silencioso se endureció como el cuero que se deja demasiado tiempo al sol. "¿Y crees que mi gente está ciega ante esto?", preguntó, con un rastro de acero en el tono.

Eli negó lentamente con la cabeza. "No, creo que tú lo ves más claro que nadie". Suspiró, pasándose una mano por el pelo salpicado de plata y arrepentimiento. "Pero ver no es arreglar".

Permanecieron juntos en silencio, dos líderes unidos por un objetivo común pero divididos por la historia, una historia que se repetía bajo su mirada.

El amanecer no trajo alivio. Arrojó luz sobre las dudas que se habían enconado durante la noche. Eli caminó entre tiendas y tiendas de campaña donde hombres y mujeres se preparaban para lo que estaba por venir: acero afilado y miradas más agudas compartidas entre quienes deberían haber estado unidos.

A instancias de María, convocó una reunión con el sheriff Bennett y Halcón Silencioso en el interior de su saloon, un terreno neutral impregnado de recuerdos de tiempos mejores.

"Hablar es fácil cuando el miedo está a raya", empezó Eli una vez que estuvieron reunidos alrededor de una mesa de madera llena de cicatrices. "Pero ahora tenemos susurros que se convierten en gritos que podrían separarnos".

El rostro del sheriff Bennett estaba tenso como la piel de un tambor. La preocupación le marcaba surcos profundos alrededor de la boca y los ojos. "Yo también los he oído", admitió con un asentimiento reacio. "Y no puedo decir que me sorprenda".

Halcón Silencioso se inclinó hacia delante. Las manos apoyadas en la superficie de la mesa, como si quisiera estabilizarse frente a la marea que subía contra ellos. "¿Y qué quieres que hagamos? Mi gente no se quedará donde la confianza es más delgada que el agua".

Eli miró fijamente a Halcón Silencioso, el entendimiento tácito entre ellos era más fuerte de lo que cualquier palabra podría expresar. "Tenemos que recordarles por qué estamos luchando juntos", dijo con firmeza. "Mostrarles que nuestro vínculo no es sólo para sobrevivir, sino para

construir algo por lo que valga la pena sobrevivir".

La sala contuvo la respiración mientras las ideas se formaban como balas en una recámara, potentes y listas para poner en marcha la imaginación.

"Celebramos una reunión", sugirió Eli tras unos momentos de reflexión. "No sólo los líderes hablando de estrategia, sino todos compartiendo comida, historias... nuestros miedos".

Bennett asintió lentamente. Detrás de sus ojos cansados brillaba la comprensión. "Una muestra de unidad podría evitar esta creciente división".

Halcón Silencioso permaneció inmóvil durante varios latidos antes de inclinar ligeramente la cabeza, un guerrero que cedía a la frágil promesa de la esperanza.

Los planes se trazaron con esmero: una asamblea a cielo abierto donde cada voz pudiera oírse mientras se compartían las comidas que María insistía en preparar ella misma.

El sol de la tarde proyectaba largas sombras mientras los habitantes del pueblo y los miembros de las tribus se reunían vacilantes al principio, separados por líneas invisibles trazadas por la desconfianza.

Eli se movía entre todos ellos, el vínculo que unía a estas almas dispares, un herrero cuyas palabras no sólo forjaban hierro, sino que también moldeaban voluntades.

Ocupó un espacio junto a Halcón Silencioso, cerca de un fuego abierto donde la carne chisporroteaba y reventaba sobre llamas que reflejaban las del corazón de Eli.

"Hoy nos encontramos en una encrucijada", habló lo suficientemente alto para que todos lo oyeran mientras sostenía la mirada de Halcón Silencioso. "Un camino lleva a la ruina, el otro a la redención".

Las cabezas se volvieron entonces hacia él, rostros marcados por el hollín y la preocupación suavizados por su convicción.

"Ya hemos visto sangre derramada", continuó con dolor en cada palabra. "Que no se diga que fue en vano, que flaqueamos cuando el destino nos preguntó quiénes somos de verdad".

Los murmullos ondulaban entre la multitud, una corriente que iba ganando fuerza hasta convertirse en un río que recorría a cada una de las personas allí reunidas.

Halcón Silencioso se adelantó entonces. Orgulloso de su porte inquebrantable a pesar de soportar el peso de muchos mundos sobre sus hombros.

"Mi pueblo tiene historias", dijo con sencillez pero con fuerza, como si cada sílaba contuviera siglos. "Historias de épocas en las que el valor triunfaba sobre el miedo, en las que las alianzas forjadas en el fuego eran más fuertes que el acero".

Eli vio cómo los rostros se volvían hacia el Halcón Silencioso, una multitud que escuchaba con los corazones anhelantes de historias de héroes pasados y futuros posibles.

A medida que el crepúsculo pintaba el cielo con pinceladas de carmesí y oro, las historias se desplegaban como tapices tejidos con hilos de humanidad compartida, cada una de ellas más unida de lo que cualquier nudo podría esperar.

La noche se volvió fría, pero los corazones se calentaron contra ella: una comunidad que se redescubre a sí misma entre risas y asentimientos solemnes. Promesas pronunciadas en voz alta no sólo para ser escuchadas, sino para ser sentidas en lo más profundo de la médula y del alma.

Eli observó cómo la desconfianza se derretía como la nieve bajo el toque insistente de la primavera; sabía que este respiro era precioso pero efímero. El mañana traería sus propias batallas tanto dentro como fuera de los frágiles muros de Shadow Gulch.

Sin embargo, esta noche pertenecía a la esperanza, y mientras Eli cerraba los ojos contra las chispas que se elevaban hacia las estrellas sobre él, se permitió creer que tal vez, sólo tal vez, podrían enfrentarse a cualquier oscuridad que les esperara unidos en lugar de divididos.

LOS INSTINTOS de Eli habían sido correctos. Los forajidos no estaban acabados, ni mucho menos. Bajo el manto de una noche sin luna, lanzaron un asalto sin precedentes en Shadow Gulch. El cielo se iluminó con el repentino resplandor del fuego mientras las molotov atravesaban la oscuridad, chocando contra los edificios y prendiendo fuego a la noche.

La mano de Eli se apretó alrededor del rifle que no había sostenido en años, su corazón latiendo con un ritmo que creía haber olvidado. A su lado, la silueta de Halcón Silencioso se movía con una urgencia silenciosa, coordinando su defensa sin mediar palabra. Ambos comprendían lo que estaba en juego: el fracaso no era una opción.

Los ojos de Eli se adaptaron al caos, y su cuerpo respondió antes de que su mente hubiera procesado completamente la situación. Gritó: "¡Al agua!", y su voz se abrió paso entre las llamas crepitantes y los gritos de pánico de los habitantes del pueblo que se levantaban de sus camas.

Los defensores se apresuraron a formar brigadas de cubos cuando Eli les indicó que apagaran el fuego que amenazaba con consumir sus hogares y sus medios de vida. Mujeres y niños corrían de un edificio a otro, pasando cubos llenos de agua por hileras de rostros decididos.

Halcón Silencioso era una fuerza en sí mismo, que se movía entre el humo y las llamas con una gracia casi sobrenatural. Su presencia calmaba a los que se cruzaban con él. Su confianza era contagiosa incluso cuando el fuego amenazaba con devorarlos a todos.

El aire se llenó de humo y hedor a madera quemada. Los pulmones de Eli protestaban con cada respiración, pero siguió adelante. Tenía las manos ennegrecidas por el hollín cuando apartó a tiempo a un niño de una pared que se derrumbaba.

A través del tumulto, Eli alcanzó a ver al sheriff Bennett reuniendo a los defensores en las afueras del pueblo, donde las sombras se movían con mala intención: los forajidos buscaban aprovecharse de su preocupación por los incendios.

Eli corrió hacia ellos, con el rifle preparado. "¡Manteneos firmes!", gritó a los que estaban a su lado. Eran gente del pueblo -agricultores, herreros, propietarios de tiendas-, nadie entrenado para este tipo de lucha, pero allí estaban, hombro con hombro contra una marea de anarquía.

La primera oleada golpeó con fuerza: un grupo de forajidos se abrió paso al amparo del humo. Los disparos sonaron mientras Eli apuntaba y disparaba. Cada apretón del gatillo fue preciso. No había lugar para vacilaciones ni dudas.

Un forajido cayó, pero otro ocupó su lugar, implacable en su avance. La mente de Eli era un torbellino de tácticas y plegarias desesperadas para que sus acciones fueran suficientes.

Halcón Silencioso apareció de nuevo a su lado, con una flecha ensartada y tensada en un movimiento fluido. El tañido de la cuerda del arco casi se perdió entre los disparos, pero su mensaje era claro: esta tierra no sería tomada fácilmente.

Los habitantes se defendieron con fiereza. La amenaza a sus hogares transformó a todos los colonos en guerreros por derecho propio. Resistieron, impulsados por la fuerza de voluntad y la desesperación.

Un grito atravesó la concentración de Eli: una mujer atrapada bajo una viga en uno de los edificios en llamas. Sin pensar en su propia seguridad, Eli corrió hacia ella mientras Halcón Silencioso lo cubría con flechas bien colocadas que mantenían a raya a cualquier posible atacante.

Con la fuerza nacida de la adrenalina, Eli levantó la viga lo suficiente para que ella pudiera arrastrarse. Salieron del edificio jadeando mientras otros se apresuraban a ayudarles.

De vuelta al frente, el sheriff Bennett era una fuerza firme en medio del caos: su voz nunca vacilaba al dar órdenes que mantenían organizadas las defensas a pesar de la inferioridad

numérica.

Parecía que habían pasado horas cuando, por fin, llegó la calma: un silencio incómodo se apoderó de Shadow Gulch mientras las llamas seguían consumiendo partes de su pueblo.

A Eli se le hinchó el pecho al contemplar sus pérdidas: ruinas humeantes donde antes había risas. Se giró para encontrarse con la mirada de Halcón Silencioso. No se necesitaban palabras entre ellos para expresar lo que pesaba en sus corazones: la proximidad de esta brecha cercana había sacudido a todos.

Capítulo Treinta Y Dos

ELI ATRAVESÓ los restos humeantes de lo que había sido el establo del Molinero y sus botas removieron la ceniza y el hollín que cubrían el suelo como un manto oscuro. Había amanecido, pero la luz que traía era implacable y proyectaba crudas sombras sobre la destrucción causada por el asalto nocturno. Otro edificio había sucumbido al fuego de los forajidos, y su esqueleto calcinado era un claro testimonio de su maldad.

A su alrededor, los habitantes del pueblo se movían como espectros aturdidos por el esfuerzo y la conmoción. Llevaban cubos de agua del pozo para apagar las llamas que se atrevían a surgir de las brasas. Sus rostros, manchados de hollín y sudor, expresaban el terror de la noche en un lenguaje de fatiga y desesperación que no necesitaba traducción.

Eli alcanzó a ver al viejo Jenkins, un pilar antaño robusto de Shadow Gulch ahora encorvado por la edad y la pena, envolviendo una viga chamuscada con un trapo húmedo. A Eli no se le escapó el gesto inútil. Era un intento de salvar una apariencia de control en una situación que se les escapaba rápidamente de las manos.

Siguió adelante, pasando por encima de los escombros, con sus agudos ojos catalogando cada herida en su ciudad. La puerta de la clínica se balanceaba erráticamente sobre sus goznes mientras el doctor Timmons y su improvisado equipo de enfermeras atendían a la nueva oleada de heridos que seguía llegando. Los gemidos y los llantos se filtraban por los huecos de las paredes, cargados de historias de dolor que no se olvidarían pronto.

Una mano en el hombro le sacó de su sombrío inventario. Se giró y vio a María a su lado, con sus ojos habitualmente brillantes y apagados por el humo y la tristeza.

"Salvamos a la mayoría de los caballos", dijo en voz baja, con la voz ronca por inhalar demasiado humo. "Pero Wilson... no logró salir".

Eli asintió solemnemente. Wilson había sido un hombre tranquilo, que encontraba consuelo en la simple compañía de los animales más que en los complejos tratos de la gente. Su pérdida sería profundamente sentida por aquellos que comprendían el valor de un alma tan gentil.

"Nos encargaremos de que se le recuerde bien", murmuró Eli.

María se limitó a darle un apretón en el hombro antes de ir a ayudar en lo que pudiera. Su resistencia le tocó la fibra sensible. Era un rescoldo de esperanza en un amanecer por lo demás sombrío.

Alejándose de la clínica, Eli se dirigió hacia lo que quedaba de Main Street. Los comerciantes ya estaban trabajando para tapiar los escaparates y retirar los escombros. El hedor de la madera quemada se mezclaba con el del metal recalentado, recordando que ni siquiera su propia forja se había librado de las brasas.

A medida que pasaba junto a cada persona, le dedicaba las palabras que podía -a veces nada

más que una firme inclinación de cabeza o una palmada en la espalda- para reconocer su situación común y levantar su decaído ánimo.

Halcón Silencioso se acercó desde la esquina de lo que solía ser el almacén. Su rostro mostraba vetas de sudor que habían atravesado capas de ceniza. Su expresión era tan estoica como siempre, pero había una urgencia en su paso que llamó la atención de Eli.

"Nos están probando", dijo Halcón Silencioso sin preámbulos. "Buscando debilidades".

Eli apretó la mandíbula lo suficiente como para sentir que le rechinaban los dientes. "Encontraron uno anoche".

"Pero lo reforzaremos", replicó Halcón Silencioso con convicción. "Debemos hacerlo".

Eli le miró, observando la firmeza de los hombros de Halcón Silencioso, y supo que tenía razón. No podían permitirse caer en la desesperación, no cuando cada momento era importante.

"Nos reuniremos al atardecer, tanto la gente del pueblo como tus hombres", decidió Eli en el acto. "Arreglaremos lo que podamos hoy y luego planearemos hasta la mañana si es necesario".

Halcón Silencioso asintió una vez antes de desaparecer de nuevo en la refriega de los esfuerzos de reconstrucción, dejando a Eli solo con sus pensamientos una vez más.

Una voz joven gritó detrás de él. Era Tommy, agarrado a un caballo que Eli reconoció como de Wilson; el animal parecía asustado pero ileso.

"Sr. Stone", dijo Tommy mientras se acercaba con cautela. "¿Qué vamos a hacer?"

Eli apoyó una mano en el hombro de Tommy, tranquilizando al chico y a la bestia con una serenidad que él mismo no sentía.

"Vamos a hacer lo que siempre hemos hecho aquí en Shadow Gulch", respondió Eli con más confianza de la que sentía. "Sobrevivimos".

Tommy le miró con los ojos muy abiertos, buscando certezas en un mundo incierto, antes de asentir levemente con la cabeza y conducir el caballo de Wilson.

El sheriff Bennett salió de entre dos edificios. Llevaba el sombrero torcido, como si lo hubiera olvidado con las prisas.

"Eli", gritó sin aliento mientras se acercaba. "Tengo hombres preparando más fortificaciones..."

"Bien", interrumpió Eli antes de que Bennett pudiera terminar. "Quiero a todo el mundo trabajando en las defensas hoy, sin excepciones".

El sheriff asintió, pero dudó antes de volver a hablar.

"Es que... algunos hablan de irse antes de otro ataque".

Las palabras flotaban entre ellos como el humo de un fuego apagado.

"No todo el mundo tiene estómago para esta lucha", añadió Bennett en voz baja.

Eli sintió que algo se tensaba en su interior, una mezcla de rabia y determinación. Conocía el miedo cuando se enfrentaba a él. Se había enfrentado a suficientes pistoleros demasiado entusiastas como para reconocer su poder corrosivo.

"Diles que pueden huir si quieren", afirmó Eli con firmeza, "pero recuérdales que Barranco Sombrío es algo más que madera y suciedad: es nuestro hogar".

Observó a Bennett asentir una vez más antes de marcharse a reunir sus defensas una vez más.

A medida que la luz del día continuaba su despiadada marcha por el Barranco Sombrío, dejando al descubierto todas las cicatrices y heridas que le había infligido la oscuridad, Eli supo que no había lugar para la duda, ni en él mismo ni en aquellos que buscaban su dirección.

Con cada paso que daba entre los que reconstruían sus vidas pieza a pieza, Eli se reafirmaba en silencio en que así no acabaría su historia, no si él tenía algo que decir al respecto.

ELI SE LIMPIÓ el hollín de la frente, con los restos carbonizados del caos de la noche aún pegados a la piel. El aire de la mañana estaba cargado de humo y olor a hierro, testimonio de la violencia que había asolado Barranco Sombrío al amparo de la oscuridad. Se movía entre la gente del pueblo, ofreciendo gestos de aliento, con la mirada recorriendo las fachadas chamuscadas y las ventanas rotas que afeaban la antaño pacífica ciudad.

Un grupo se le acercó, con los rostros marcados por el insomnio y el miedo por sus seres queridos. No eran colonos cualquiera. Entre ellos había rostros que Eli había llegado a respetar desde que echó raíces en este lugar: William Grayson, propietario del almacén local, y Clara Matthews, que enseñaba a todos los niños en la escuela.

"Eli", empezó William, con voz inestable, "hemos estado hablando y... bueno, no estamos seguros de poder aguantar mucho más".

Eli miró a William a los ojos. Sabía lo que se avecinaba antes de pronunciar una palabra.

Clara dio un paso adelante, su habitual actitud estoica vaciló. "Los niños están aterrorizados, Eli. Yo estoy aterrorizada. Tenemos que pensar en lo que la rendición podría significar si puede salvarnos".

El peso de sus miradas era una fuerza tangible que presionaba los hombros de Eli. Sus manos se apretaron involuntariamente mientras luchaba por mantener la compostura.

"Mira a tu alrededor", Eli señaló a la gente que trabajaba diligentemente para reparar lo que había sido dañado. "Rendirnos no está en nuestra naturaleza. Tenemos agallas. Tenemos determinación".

"¿Pero a qué precio?" La voz de Clara se quebró al hablar. "Somos profesores, comerciantes... padres. No soldados".

El grupo asintió sombríamente. Su sentimiento resonó en la mente de Eli, un coro de dudas que había estado silenciando en su interior desde que sonó el primer disparo.

"Comprendo tus temores", admitió Eli, dejando que la vulnerabilidad se filtrara en su tono por un momento. "Pero piensa en esto: si bajamos las armas ahora, después de todo lo que hemos hecho. . . ¿Qué les impedirá llevárselo todo de todas formas?".

Los murmullos recorrieron el grupo mientras consideraban sus palabras.

"Eli tiene razón", una voz se coló entre los murmullos: era el sheriff Bennett, de pie detrás de él, con Halcón Silencioso a su lado. "No podemos estar seguros de nada si nos rendimos ahora".

La expresión de Halcón Silencioso era estoica como siempre, pero sus ojos contenían una feroz determinación que resonó en Eli.

"Estamos juntos", añadió con firmeza Halcón Silencioso. "Luchamos no sólo por Shadow Gulch, sino por un futuro en el que nuestros hijos no se acobarden ante las sombras".

El grupo intercambia miradas inseguras. Su determinación parpadeaba como la luz de una vela en una tormenta.

Eli se acercó a ellos y bajó la voz hasta un susurro grave que tenía un peso innegable.

"Estamos en el filo de la navaja", dijo. "Un resbalón y podría acabarse para todos nosotros; pero si nos mantenemos firmes y afrontamos esto de frente, sabremos que hicimos todo lo que estaba en nuestra mano para proteger lo que es nuestro".

William se revolvió inquieto sobre sus pies y miró a los demás antes de volver a mirar a Eli.

"¿Y si fracasamos?" preguntó William en voz baja.

La mirada de Eli no vaciló en ningún momento mientras asimilaba la pesada implicación que había detrás de aquellas palabras.

"Entonces fracasamos sabiendo que no nos doblegamos o quebramos cuando más contaba". Sus palabras no eran solo para William, sino para todas las almas de Shadow Gulch que habían

depositado su fe en él, una fe que rezaba por no traicionar.

El grupo respira colectivamente mientras asimila las palabras de Eli, con una mezcla de miedo y admiración evidente en sus rostros.

"Gracias, Eli", dijo Clara al cabo de un momento, con la voz más fuerte que antes. "Necesitábamos oírlo".

Le asintieron, uno a uno, y se dispersaron para volver a sus tareas con renovado vigor, si no con confianza.

Eli los miró irse antes de volverse hacia Bennett y Halcón Silencioso. Los tres hombres compartieron un entendimiento tácito. Ya no había vuelta atrás.

Mientras avanzaban juntos para continuar su ronda entre las defensas de la ciudad, Eli no podía deshacerse de la pesadez que se cernía sobre él como un sudario: el peso de un posible fracaso le acosaba a cada paso que daba.

ELI STONE OBSERVABA cómo el sol de la mañana se esforzaba por atravesar el humo que aún persistía sobre Shadow Gulch. El aire sabía a ceniza y derrota. Caminaba por el asentamiento, sus botas crujían sobre los escombros que ayer habían sido el sustento de alguien. Su corazón era un puño cerrado en su pecho, y cada latido le recordaba las pérdidas de la noche y el precio del liderazgo, un precio que no quería volver a pagar.

Encontró a Halcón Silencioso de pie a las afueras del pueblo, mirando hacia las lejanas colinas que guardaban el pasado de su pueblo y su incierto futuro. Eli se acercó. Cada paso estaba cargado de un temor que iba más allá del miedo a otro ataque. Podía sentir las palabras no dichas entre ellos, un abismo que se ensanchaba con cada momento de silencio.

"Volverán esta noche", dijo Eli en voz baja, sin querer perturbar el frágil amanecer.

Halcón Silencioso se volvió, sus ojos oscuros contenían una profunda tristeza que Eli reconocía demasiado bien. "Mi gente no puede aguantarte mucho más, Eli. Nuestros jóvenes son pocos, nuestros recursos escasos. Debemos pensar en nuestro futuro".

La admisión golpeó a Eli como un golpe físico. Había llegado a confiar en Halcón Silencioso, no sólo por su fuerza en la batalla, sino por la amistad que había sido un puente entre dos mundos.

"Te necesitamos", respondió Eli, con voz firme a pesar de la agitación en su interior. "Sin tus hombres, podríamos no resistir".

La mirada de Halcón Silencioso volvió al horizonte. "¿Y si nos quedamos y morimos contigo? ¿Qué pasará entonces con mi tribu? Ya hemos perdido demasiado por la interminable sed de sangre de esta tierra".

Eli se pasó una mano por el pelo gris, un mapa de años marcados por demasiadas batallas como ésta. "Entiendo tu deber", dijo lentamente. "¿Pero no hay fuerza en permanecer unidos? ¿No es eso por lo que hemos estado luchando?".

Halcón Silencioso le devolvió la mirada, una piedra inflexible contra la que las palabras de Eli rompían como olas. "También hay fuerza en la supervivencia", dijo. "Nuestra alianza nació de la necesidad, pero no puede ser a costa de la existencia de mi pueblo".

El silencio que siguió se llenó con los ecos de los disparos y los gritos de la noche anterior. Eli recordaba rostros iluminados por la luz del fuego, algunos con determinación, otros retorcidos por el miedo.

"Hablas de supervivencia", replicó Eli, sintiendo surgir en su interior una ira que le era familiar, no contra Halcón Silencioso, sino contra las circunstancias que los habían llevado a ese

extremo. "¿Pero qué clase de supervivencia es si dejamos que estos forajidos nos destrocen? No sólo quieren tierras o ganado. Quieren destruir todo lo que hemos construido aquí".

Halcón Silencioso se giró completamente, mirando a Eli como si se preparara para otro tipo de batalla: una en la que las palabras fueran armas y su amistad la posible víctima.

"Cada hombre debe elegir su camino", dijo Halcón Silencioso con firmeza. "Yo elegí el mío mucho antes de este día".

Eli apretó la mandíbula y miró más allá de Halcón Silencioso, donde los niños jugaban entre tiendas y carromatos, un fugaz momento de inocencia en un mundo decidido a aplastarla.

"¿Y qué pasa con los que no pueden elegir?". preguntó Eli. "¿Los que más sufrirán por nuestras decisiones?".

Los hombros de Halcón Silencioso se tensaron mientras seguía la mirada de Eli. "Cada uno llevamos nuestras cargas", dijo en voz baja. "La mía es asegurar que haya un mañana para mi gente".

La conversación se interpone entre ellos, tensa, cargada de remordimientos y responsabilidades culturales que no pueden ignorar ni conciliar del todo.

Eli se acercó un poco más, acortando la distancia que se había abierto entre ellos. "¿Y si no hay mañana para ninguno de nosotros porque hoy no hemos podido permanecer unidos?".

Halcón Silencioso volvió a mirarle. Seguía habiendo respeto, pero también una resignación que heló a Eli más de lo que podría haberlo hecho el aire nocturno.

"La tierra no promete mañanas", dijo Halcón Silencioso tras una larga pausa. "Sólo nos da el hoy".

Eli sintió que algo cambiaba en su interior, una mezcla de comprensión y desesperación. Había llegado a Shadow Gulch buscando la paz de su violento pasado, pero se había visto arrastrado a defender una comunidad contra fuerzas que le eran demasiado familiares.

"Entonces hagamos que el día de hoy cuente", dijo Eli en voz baja pero con una convicción que le sorprendió incluso a él.

Halcón Silencioso lo miró durante varios latidos antes de asentir una vez, lentamente, un asentimiento que tenía más peso que cualquier tratado firmado o juramento de sangre hecho.

"Estaremos con vosotros una última vez", decidió Halcón Silencioso, hablando tanto para sí mismo como para Eli. "Pero cuando acabe la noche, sea cual sea su resultado, mi gente se irá".

La promesa era a la vez un don y una maldición. Concedía a Shadow Gulch otra oportunidad de sobrevivir, pero ponía fin a una alianza que se había convertido en algo más que estratégica: era personal.

Eli le tendió la mano -una oferta de solidaridad en un mundo incierto- y, tras un momento de vacilación, Halcón Silencioso la cogió.

Su apretón de manos fue firme y breve: dos líderes reconociendo su camino común y su inminente divergencia.

"Nos prepararemos entonces", dijo Eli mientras se separaban. "Haz que cada disparo cuente".

Mientras Halcón Silencioso caminaba de vuelta hacia el campamento de su gente, Eli lo observaba alejarse, consciente de que algo más que la ayuda física se perdería cuando volviera a amanecer. Eran dos hombres atrapados en la implacable marcha de la historia, cada uno tratando de forjar un espacio donde su pueblo pudiera vivir sin miedo.

Volviendo hacia el centro de Barranco Sombrío, Eli sabía que hoy no habría paz en la preparación, sino decisiones difíciles y acciones más duras mientras fortificaban lo que quedaba contra la oscuridad aún invisible.

Capítulo Treinta Y Tres

ELI STONE ESTABA de pie a la cabecera de la larga y desgastada mesa del despacho del sheriff, con los dedos recorriendo las vetas de la madera mientras se inclinaba sobre el mapa de Shadow Gulch. Sentía el peso de todas las miradas clavadas en él, de todos los ojos nublados por la duda y la fatiga. El sheriff Bennett, a su derecha, se movió inquieto, señal inequívoca de que la unidad que habían fomentado se estaba resquebrajando.

"Mira aquí", Eli señaló a un paso estrecho en el mapa, "Nos embudo a través de ellos - que sea nuestro punto de estrangulamiento. Es nuestra mejor oportunidad".

Unos murmullos recorrieron la sala, mientras algunos asentían con la cabeza y otros intercambiaban miradas escépticas. Carl, un hombre corpulento con un brazo vendado y uno de los colonos más ruidosos, se aclaró la garganta.

"Eso es hacerles el juego", argumentó Carl, con una mordacidad en la voz que antes no tenía. "Estamos encerrados como ganado para el matadero".

Los penetrantes ojos azules de Eli se clavaron en los de Carl. "Es un riesgo calculado", replicó, intentando mantener un tono uniforme. "Si nos dispersamos demasiado, nos matarán uno a uno".

El silencio se asentó sobre ellos como el polvo en una granja abandonada. La duda era palpable. Flotaba pesadamente en el aire, ahogando las palabras de Eli antes de que pudieran tranquilizar o inspirar.

"¿Tienes una idea mejor?" preguntó el sheriff Bennett a Carl, lanzando una mirada de apoyo a Eli.

Carl se encogió de hombros con el ceño fruncido. "Sólo digo lo que todos pensamos. Eli no es infalible".

Una oleada de murmullos inundó la sala. Los ojos que antes guardaban respeto ahora se desviaban cuando se encontraban con la mirada de Eli. Estaba ocurriendo: la pérdida de la confianza que tanto había costado ganar.

Eli se enderezó y los miró a todos. Comprendía su miedo. Reflejaba su propia lucha interna entre el hombre que era y en quién se había convertido.

"No podemos volvernos unos contra otros", dijo Eli con firmeza. "Eso es lo que quieren".

"Pero nos estamos muriendo aquí, Stone", dijo una voz joven desde el fondo. El rostro de Tommy estaba enrojecido por la emoción y la pérdida, una pérdida que parecía emanar del propio Eli.

El herrero convertido en líder sintió que un temblor de duda se apoderaba de su determinación. ¿Estaban sus estrategias llevando a esta gente a su perdición? ¿Estaba su pasado nublando su juicio ahora que la claridad era cuestión de vida o muerte?

"Sé que es difícil", empezó Eli de nuevo, con la voz áspera como la grava en un camino seco, "pero si nos mantenemos unidos...".

"¡Aguantar juntos no vale nada si estamos muertos!" Carl volvió a cortarle.

La mandíbula de Eli se tensó ante las palabras de Carl. Su autoridad se tambaleaba como una vieja valla en medio de vientos huracanados.

Halcón Silencioso estaba de pie al fondo de la habitación. Su expresión era ilegible, pero sus ojos no se apartaban de los de Eli. El vínculo tácito que los unía -una comprensión compartida nacida del respeto mutuo- ofrecía una pizca de consuelo en la creciente tormenta de incertidumbre de Eli.

"Todos hemos perdido algo", habló Halcón Silencioso, abriéndose paso entre los murmullos con una serena autoridad que contrastaba fuertemente con la tensión de la sala. "Pero lo perdemos todo si dejamos que el miedo nos divida".

Eli asintió a las palabras de Halcón Silencioso. Eran un salvavidas lanzado a través de aguas agitadas. Pero al mirar a su alrededor, a los rostros marcados por la preocupación y el cansancio, vio que la fe en él menguaba como la luz de la luna al amanecer.

"Tenemos que confiar los unos en los otros", les imploró de nuevo Eli, tratando de infundir a su voz una convicción que él mismo apenas sentía.

"¿Estás hablando de confianza?" Clarence, desde el otro lado de la mesa, se levantó bruscamente. Cada palabra estaba marcada por la amargura. "Confiamos en ti para que nos sacaras de este lío, no para que nos metieras más en él".

Eli sintió que un destello de ira se encendía en su interior, pero rápidamente lo sofocó bajo brasas de contención. No se trataba de orgullo, sino de supervivencia.

"Cada movimiento que he hecho ha sido por este pueblo", afirmó rotundamente Eli, dejando que el silencio subrayara sus palabras.

"¿Crees que no lo sabemos?" El sheriff Bennett intervino antes de que Clarence pudiera replicar. "Pero esta gente está asustada. Necesitan más que planes, necesitan esperanza".

Esperanza, una palabra tan frágil que podría hacerse añicos bajo su realidad actual. Eli miró a María, que estaba cerca de la puerta. Tenía la cara pálida, pero sus ojos lo animaban en silencio.

"Los hemos retenido tanto tiempo", continuó Eli, sacando fuerzas del apoyo tácito de María. "Si lo hacemos bien, ya veremos mañana".

"Pero, ¿y hoy?" preguntó Tommy en voz baja, sentado contra la pared. La desesperanza había sustituido al fervor anterior.

Eli observó la postura derrotada de Tommy y supo que tenía que volver a creer no sólo en su estrategia, sino en ellos mismos como defensores de Shadow Gulch.

"Luchamos hoy para poder reconstruir mañana". Su voz se alzó con una nueva determinación, más clara ahora de lo que había sido momentos antes.

Algunos asintieron a regañadientes. Otros seguían sin estar convencidos, pero ninguno ofrecía una alternativa tan potente como la esperanza unida a una determinación de acero.

"Yo digo que nos tomemos a pecho el plan de Stone", declaró el sheriff Bennett tras una pesada pausa que pareció prolongarse durante kilómetros.

La declaración del sheriff no disipó todas las dudas, pero consiguió el apoyo suficiente para que la mayoría volviera a mostrarse reticente, lo que demuestra que Bennett confía más en él que en el propio Eli.

Eli exhaló lentamente. Cada bocanada de aire le transportaba un poco de incertidumbre, aunque se aferraba al poco control que sentía que seguía teniendo. Observó cómo se dispersaban en silencio, cómo concluía la reunión pero no se declaraba ningún vencedor entre las silenciosas

batallas que se libraban en el interior de cada una de las almas presentes.

A medida que se acercaba la noche y las sombras se alargaban contra las paredes de madera de los edificios de Barranco Sombrío, Eli se encontró solo una vez más junto a la fragua: el resplandor de su vientre se reflejaba en unos ojos preocupados pero decididos que sabían que ya no había vuelta atrás.

EL HORIZONTE GUARDABA secretos que Eli Stone sabía que podían significar la diferencia entre la vida y la muerte para Barranco Sombrío. Dirigió a un pequeño grupo de exploradores, entre los que se encontraba Halcón Silencioso, a través del abrupto terreno que rodeaba su asediado pueblo. Su misión era sencilla: reunir información sobre la banda de forajidos acampada en las cercanías. Los sentidos de Eli eran agudos, perfeccionados durante años de vida al lado de las armas, una vida que había intentado enterrar bajo el hollín y las brasas de su herrería.

Se movían con una urgencia silenciosa, una presencia espectral contra el paisaje. El suelo contaba historias a quienes sabían leerlo, y Halcón Silencioso era quien mejor lo hacía. El guerrero señaló alteraciones en la tierra y el follaje roto que decían mucho a los ojos experimentados de Eli.

No tardaron en llegar a una cresta que dominaba el campamento de los forajidos. La banda estaba más organizada de lo que Eli había previsto, y se le encogió el corazón cuando vio lo que estaban construyendo: una catapulta capaz de derribar los muros de Barranco Sombrío en una tormenta de madera y piedra.

Eli sintió un escalofrío a pesar del sol que le daba en la nuca. Esto no era una escaramuza más. Era el preludio de la aniquilación. Observó cómo los hombres trabajaban diligentemente en su motor de destrucción, inconscientes de los ojos que los observaban.

"Tenemos que avisar al pueblo", murmuró Eli, apenas audible incluso para sí mismo.

Halcón Silencioso asintió, con expresión sombría. "Esto cambia las cosas", dijo, con una voz más afilada que cualquier espada que empuñara.

Mientras se retiraban de su posición estratégica, la mente de Eli bullía con estrategias y contramedidas. Pero cada plan parecía tan frágil como la luz mortecina cuando se enfrentaba a la inevitable embestida que prometía la catapulta.

De vuelta en Shadow Gulch, la noticia corrió como la pólvora en un bosque reseco. Los rostros que se habían aferrado a hilos de esperanza ahora miraban a Eli con desesperación. Él caminaba entre ellos, su presencia un recordatorio de su peligrosa realidad.

"No podemos dejar que esto nos destroce", dijo Eli a una multitud congregada cerca del Maria's Saloon. Su voz era firme, pero podía ver cómo la duda echaba raíces en sus ojos.

"¿Cómo luchamos contra eso?", preguntó un hombre, señalando con un dedo acusador nada más que su propio miedo.

La mirada de Eli recorrió los rostros preocupados que tenía delante. "Nos adaptamos. Sobrevivimos", dijo, pero las palabras parecían huecas incluso cuando salían de sus labios.

Los susurros se extendían entre los colonos como zarcillos insidiosos. "Perdición", decían, una sola palabra cargada de finalidad.

María se acercó a él cuando la multitud se había dispersado en medio de conversaciones en voz baja y conjeturas funestas. "Eli", empezó, con la voz apenas por encima de un susurro mientras tomaba su mano entre las suyas. "¿Es verdad?"

Se encontró con sus ojos, profundos pozos de preocupación, y por un momento deseó ahogarse en ellos y olvidar el mundo exterior. "Sí", admitió en voz baja.

La mano de Eli se tensó ligeramente antes de que ella la soltara y se diera la vuelta. Eli la observó regresar a su salón sin decir una palabra más.

Eli no pudo dormir aquella noche. En lugar de eso, la pasó en su banco de trabajo, jugueteando con trozos de metal que nunca llegarían a ser nada útil. Cada pieza era como un fragmento de esperanza que intentaba forjar sin éxito.

El amanecer lo recibió con los ojos pesados y el corazón más oprimido cuando salió y se encontró al sheriff Bennett esperándolo en el porche de su herrería.

"Están asustados, Eli", dijo Bennett sin preámbulos.

Eli asintió lentamente. "El miedo hace que la gente haga tonterías", respondió.

"Necesitamos algo, una señal de que podemos ganar esto", insistió Bennett, buscando una seguridad en la que ni siquiera él parecía creer.

Eli reflexionó un momento antes de responder. "Entonces les daremos una". Su voz contenía más convicción de la que sentía en su interior, pero era todo lo que podía reunir: una fachada para quienes más la necesitaban.

Juntos se dirigieron a la iglesia donde el reverendo Mercer había organizado una reunión para todos aquellos que quisieran ayudar a idear defensas contra las armas de asedio, contra la propia fatalidad.

Al pasar junto a edificios familiares ahora fortificados con sacos de arena y barricadas improvisadas, Halcón Silencioso se unió a ellos en silencio, como una sombra a la que la luz del día da forma.

En la iglesia del reverendo Mercer, las masas apiñadas volvieron sus rostros expectantes hacia Eli cuando entró. Ocupó su lugar al frente, junto a Bennett y Halcón Silencioso. Tres hombres atados por un deber no invitado de alejar la oscuridad de las puertas de Shadow Gulch.

Se aclaró la garganta antes de hablar. Cada palabra le pesaba en la lengua. "Nos enfrentamos a algo más que forajidos", empezó Eli. "Nos enfrentamos a nuestro propio miedo". Los murmullos recorrieron la congregación mientras las cabezas asentían o se inclinaban en silencio orante.

"Pero te digo una cosa", continuó, dejándose llevar por el ímpetu nacido de la necesidad más que de la confianza. "El miedo no nos definirá".

Siguió una pausa embarazosa. Luego, lentamente, se alzaron las manos ofreciendo ideas -desesperadas pero ingeniosas- que podrían salvarlos a todos: trincheras alrededor de los muros para detener a los arietes u ollas de alquitrán listas para ser incendiadas si rompían las defensas.

Durante horas planearon y conspiraron hasta que las ideas se desdibujaron en una determinación compartida: permanecer unidos o caer divididos. Y cuando por fin salieron de la iglesia a la luz del día, algo parecido a la esperanza se reflejó en los rostros cansados, como brasas moribundas que vuelven a respirar.

LAS LÁMPARAS de aceite proyectaban largas sombras sobre las paredes del Saloon Maria's, y su luz parpadeante no lograba calentar el frío pavor que se había apoderado de Shadow Gulch. Eli se apoyó en la barra y escrutó la sala con la mirada. Podía leer el miedo del pueblo grabado en cada trago silencioso y en cada ojo abatido. Ni el tintineo de las copas, ni las carcajadas o los chistes subidos de tono llenaban el ambiente, sólo un silencio hueco que zumbaba más fuerte de lo que podría hacerlo cualquier muchedumbre bulliciosa.

María se movía detrás de la barra con una gracia que parecía fuera de lugar en aquel ambiente cargado. Sirvió bebidas con una sonrisa que no le llegaba a los ojos, su chispa habitual

apagada por el peso del peligro inminente. Eli la observó mientras intentaba entablar conversación, pero sus palabras caían en el vacío entre la esperanza y la desesperación.

Dio un sorbo lento a su whisky, dejando que el ardor le recordara que seguía vivo, que seguía luchando. Llamó la atención de María cuando se acercó, con un vaso limpio en la mano, como ofreciéndole un nuevo comienzo.

"¿Intentas ahogar tus preocupaciones?" preguntó María, con un susurro dirigido a él.

Eli dejó el vaso con un suave golpe. "No se ahogan", respondió. "Sólo mojándose los labios".

María soltó una risita débil, apoyándose en la barra para reflejar su postura. "Hoy temprano, pensé que podríamos tener una oportunidad... pero después de esta noche... "

Eli asintió. "Esta noche ha sido dura", admitió, reconociendo su experiencia compartida sin necesidad de explicarla.

Las puertas de la taberna se abrieron con un ominoso crujido, permitiendo que una ráfaga de aire nocturno cortara el sofocante silencio. Un par de colonos más entraron buscando refugio en la bebida o la compañía. Tenían el rostro demacrado y cansado y se acomodaron en sus asientos sin saludar.

María se enderezó y puso vitalidad en su voz. "¿Qué les apetece esta noche, caballeros?" Pero su corazón no estaba en ello, y respondieron con meros asentimientos hacia las botellas de whisky.

Ella les sirvió eficientemente y se retiró de nuevo al extremo de Eli de la barra. "¿Crees que realmente podemos hacer esto?" Su pregunta iba más allá de defender Shadow Gulch: se trataba de sobrevivir sin perderse en el proceso.

Eli sintió el peso de su mirada y supo que no sólo buscaba consuelo, sino la verdad. "Tenemos que hacerlo", dijo simplemente, con sus propias dudas encerradas tras unos ojos decididos.

En ese momento, sintió más que vio el cambio en María, la ligera caída de sus hombros al rendirse a la realidad de que las buenas intenciones y la esperanza podrían no ser suficientes esta vez.

Un par de mineros entablan una conversación en voz baja, sus palabras son como piedras que saltan sobre un estanque en calma, ondas discretas que rompen el silencio pero no lo disipan. Hablaban de su hogar, de lugares lejanos con tierras más suaves y tiempos más apacibles, un marcado contraste con su sombría realidad actual.

La mano de Eli se apretó alrededor de su vaso mientras escuchaba fragmentos de su anhelo de paz. El anhelo de una vida sin violencia resonó en su interior, amplificando sus propios deseos reprimidos.

"Quizá deberíamos cantar", sugirió un minero con poco entusiasmo, pero su intento de levantar el ánimo se desvaneció incluso antes de salir de su boca.

"Nadie tiene ganas de música", replicó otro con brusquedad.

María suspiró suavemente junto a Eli. "La música solía ser nuestro bálsamo aquí", murmuró con nostalgia.

Miró el piano que estaba en un rincón, sin usar, y sus teclas fueron testigos mudos de las celebraciones y ahora de su ansiedad colectiva. Eli recordaba tiempos en los que sus melodías habían llenado este espacio de vida y risas. Ahora permanecía en silencio, como si llorara su situación junto a ellos.

Una joven en una mesa cercana se enjugó discretamente una lágrima mientras su compañero le rodeaba los hombros con un brazo reconfortante. La tierna escena era un pequeño destello de humanidad en medio de la sombría penumbra que se había apoderado de su establecimiento.

María se apartó de la barra y se movió entre los clientes con una alegría fingida que no engañó a Eli ni a ninguno de los presentes. La observó moverse entre las mesas como si navegara por aguas traicioneras: cada sonrisa que esbozaba parecía una ofrenda contra una marea imparable.

Cuando María regresó al lado de Eli después de una nueva ronda de intercambios vacíos con los clientes, él pudo ver la tensión en su rostro, el precio de mantener una actitud valiente cuando el miedo le arañaba las entrañas.

"Pasaremos esta noche", se dijo Eli, no sólo a María, sino también a sí mismo y quizá incluso al propio Barranco Sombrío. "Y mañana... afrontaremos lo que venga".

Asintió despacio, asimilando sus palabras como si fueran un salvavidas y un ancla, una promesa que encerraba esperanza y gravedad.

"Gracias, Eli", susurró antes de darse la vuelta para atender a otro cliente que había pedido otro chupito, su forma de protegerse de pensamientos demasiado sombríos para mentes sobrias.

Eli bebió otro sorbo de su vaso, pero no encontró consuelo en su contenido, sólo fortaleza para lo que le esperaba. Observó cómo María continuaba su danza de normalidad forzada entre los que buscaban refugio en esas puertas rojas, ese faro en el Barranco Sombrío ahora oscurecido por el miedo, pero que seguía ardiendo desafiante contra la marea oscura que se dirigía hacia todos ellos.

Capítulo Treinta Y Cuatro

ELI STONE REBUSCABA entre los restos carbonizados de lo que una vez fue la modesta escuela del pueblo. Sus dedos, ennegrecidos por el hollín, rozaban un libro medio quemado, cuyas páginas se curvaban por el calor. El silencio que siguió al caos de la noche se hizo pesado, sólo interrumpido por el tintineo ocasional de los escombros que se movían o el murmullo distante de voces abatidas.

Un destello de metal llamó su atención, semienterrado bajo una viga caída. A Eli le dio un vuelco el corazón cuando lo cogió; sus manos conocían la forma antes de que su mente la comprendiera. Cuando levantó el trozo chamuscado, sintió un peso anormal, y al retirar las capas de ceniza descubrió una estrella de plata deslustrada: la insignia de un ayudante del sheriff de una vida que había abandonado.

Su visión encendió una llama en su interior, no de calidez, sino de abrasador recuerdo. Eli giró la placa en su mano, cada letra grabada era un recuerdo de una época en la que se impartía justicia a través del cañón de su pistola.

Los recuerdos se agolpaban en su memoria: carteles de "se busca" ondeando al viento, rostros severos que se apartaban de él más por miedo que por respeto. Recordó un atardecer en particular, con el aire cargado de tensión cuando se enfrentó a una banda de forajidos que había aterrorizado a un pueblo vecino. Su líder había sido audaz, desafiando a Eli a defender la ley. Eli recordaba cómo no le tembló la voz al responder, cómo no le tembló la mano al desenfundar el revólver.

Los disparos que siguieron habían sido rápidos, una orquesta de violencia que acabó con vidas en cuestión de instantes. Cuando el humo se disipó y el silencio cayó sobre la escena como un sudario, Eli se alzó victorioso pero solo entre cuerpos que ya no verían el amanecer ni el atardecer.

Entonces se le había aclamado como a un héroe, un salvador para algunos, pero cuando miraba a los ojos de aquellos a los que había despachado, no había gloria que encontrar. Sólo hombres que habían exhalado su último aliento porque él lo había considerado correcto. Aquella noche le marcó. Cada vida arrebatada grababa otra línea en su alma hasta que no quedaba espacio para la paz.

Eli había llegado a Shadow Gulch buscando consuelo para ese juez implacable que llevaba dentro. Pensó que podría enterrar su pasado bajo el trabajo redentor y el sudor honesto. Sin embargo, ahí estaba, resucitando de sus cenizas: un emblema de lo que había sido y, tal vez, de lo que aún era.

Apretó la placa contra la palma de la mano y sintió cómo los bordes se le clavaban en la piel. Habría sido muy fácil dejar que la rabia volviera a alimentarlo, abrazar esa parte fría de sí mismo

que infligía la muerte con precisión desapasionada.

Pero mientras Eli se encontraba entre las ruinas de lo que se había construido con esperanza y ahora yacía en la desesperación, supo que ese camino estaba cerrado para él. La ciudad necesitaba algo más que un arma con placa. Necesitaban a alguien que pudiera ver más allá del blanco y el negro, alguien que comprendiera que cada disparo tenía consecuencias mucho más allá de su objetivo.

Cayó de rodillas entre los escombros, de repente abrumado por la gravedad de todo: las vidas en juego y la sangre ya derramada. En ese momento, Eli se enfrentó a la dualidad de su naturaleza: el hombre de la ley que podía entregar la muerte y el hombre que anhelaba la redención.

La placa cubierta de ceniza yacía ante él en el suelo, en un claro contraste con la destrucción. No era sólo un recuerdo de otro tiempo. Era un espejo que reflejaba todo lo que había intentado dejar atrás, un espectro inquietante de justicia sin piedad.

Con manos temblorosas, Eli volvió a enterrar la placa bajo los escombros, cubriéndola como si enterrara a un viejo amigo... o a un viejo enemigo. No merecía ni luz ni admiración. Sólo la oscuridad, donde los recuerdos podrían desvanecerse en susurros en lugar de gritos.

Eli se levantó despacio y miró hacia el Barranco Sombrío con ojos nuevos. No sólo veía edificios y vallas, sino también personas: seres de carne y hueso que reían, lloraban y sangraban igual que aquellos forajidos de antaño.

Su determinación se endureció como el acero en el fuego. Pasara lo que pasara, no le faltaría de nada. Eli Stone defendería Shadow Gulch no como una reliquia de violencia, sino como un faro de algo mejor: un hombre que sabía demasiado bien lo que costaba apretar un gatillo y estaba dispuesto a soportar esa carga para que otros no tuvieran que hacerlo.

A cada paso que se alejaba de la escuela incendiada y se acercaba a lo que le esperaba, Eli sentía que algo cambiaba en su interior, que una pieza encajaba en su sitio o quizá se alejaba por completo. Fuera lo que fuese, le dejaba más ligero y a la vez más arraigado de lo que se había sentido en años.

La placa quedaba atrás, enterrada y olvidada, mientras que por delante se extendía la incertidumbre, pero también la posibilidad: de redención o de ruina. De paz o de más dolor. La vida en lugar de la muerte. Era un camino que Eli eligió no por miedo ni por deber, sino por esperanza, una esperanza tan frágil como el amanecer pero tan persistente como el crepúsculo.

Y aunque las dudas persistían como sombras al final del día, Eli Stone siguió adelante, por Shadow Gulch. Por María. Por todas las almas que contaban con él no para ser lo que una vez fue, sino lo que necesitaban ahora: un protector. Un líder. Un hombre forjado de nuevo por el fuego y el arrepentimiento, pero no consumido por ellos.

LA PLACA cubierta de ceniza yacía en la palma callosa de Eli, su presencia era un espectro de una vida que había intentado enterrar bajo el canto del yunque y el rugido del fuego. La quietud del edificio en ruinas lo envolvió, presionándolo con un peso que amenazaba con derrumbarle el pecho con la misma seguridad con la que los maderos carbonizados habían sucumbido al apetito del fuego. Su pasado le había encontrado, no sólo en esta reliquia tangible, sino también en las sombras de hombres que guardaban rencores tan mortíferos como sus balas.

Eli se metió la placa en el bolsillo, el metal caliente contra el muslo como si contuviera el fuego de su vida anterior. Salió a la calle, pero el sol no ofrecía calor a sus huesos helados. Las calles de Barranco Sombrío seguían trabajando, con movimientos mecánicos que contrastaban

con el vibrante pulso de la ciudad. Era en estos movimientos donde Eli buscaba consuelo, algo que lo anclara al presente en lugar de dejarlo a la deriva en las traicioneras corrientes de la memoria.

Caminó hacia la iglesia del reverendo Mercer, cuyo campanario proyectaba largas sombras como dedos que se extendieran para tocar a los fieles y guiarlos a casa. Las puertas estaban abiertas, dando la bienvenida a todos los que buscaban refugio o redención entre sus humildes muros. Eli vaciló en el umbral. La redención era un lujo que no podía permitirse, no mientras la sangre llamaba a la sangre fuera de las frágiles barricadas de la ciudad.

Dentro, la voz del reverendo Mercer subía y bajaba con la cadencia de la oración, aunque no había fieles sentados en los bancos. Las palabras del reverendo no eran para ellos, sino para sí mismo: una conversación con un Dios que parecía demasiado distante entre el humo de las armas y el miedo.

Eli se encontró caminando por el pasillo, con sus botas rozando suavemente la madera desgastada. Sus ojos fueron atraídos hacia las vidrieras donde la luz se fragmentaba en historias de esperanza y salvación. Pero no era la esperanza lo que le calentaba, sino María.

Estaba de pie ante el altar, de espaldas a él, con la cabeza inclinada como si llevara todas las penas de Shadow Gulch sobre sus delgados hombros. El sol reflejaba su larga cabellera oscura, iluminándola con un halo que parecía fuera de lugar en aquellos tiempos de penumbra.

Eli se acercó en silencio hasta situarse junto a ella. Ella no se sobresaltó. Tal vez había sentido su presencia con la misma seguridad que se siente una tormenta inminente. María se volvió lentamente hacia él y sus cálidos ojos marrones buscaron los suyos con una intensidad que no dejaba lugar a las palabras.

Se abrazaron en medio del silencio y la santidad, dos figuras esculpidas por la desesperación y el anhelo. La cabeza de ella se apoyó en su pecho, y él sintió su respiración, firme y fuerte a pesar de todo, contra su piel. Fue un entendimiento silencioso que compartieron: éste podría ser su último respiro antes de que el caos volviera a arrasar sus vidas.

La quietud de la iglesia los acunó, ofreciéndoles un escape momentáneo del implacable tamborileo de la guerra inminente fuera de sus muros. En los brazos de María, Eli casi podía creer que eran dos almas sin ataduras al tiempo y al destino.

María se apartó un poco y miró a Eli con una expresión que mezclaba miedo y fortaleza, un espejo de su propio corazón. Levantó la mano y le tocó la cara, trazando las líneas que las penurias habían grabado allí con el paso del tiempo.

Eli le cogió la mano y se la apretó contra los labios, un juramento silencioso que hablaba mucho por su suave reverencia. En aquel contacto perduraban todas las promesas no dichas y todos los sueños compartidos que tal vez nunca se hicieran realidad.

El sol poniente se filtraba a través de las vidrieras, bañándoles en colores que bailaban en el rostro de María: recuerdos de belleza en un mundo que se acercaba a la oscuridad. La frágil luz los sujetaba como si el cielo no quisiera soltarlos.

Su abrazo se estrechó una vez más, un abrazo portentoso que pretendía fusionar dos almas en una entidad inquebrantable. Sin embargo, mientras se estrechaban, ambos comprendieron que por mucho que se aferraran, el tiempo y el destino no podrían detenerse.

La respiración de María se entrecortó ligeramente -un pequeño sonido amortiguado por la camisa de Eli- y él sintió que sus lágrimas humedecían la tela que cubría su corazón. No necesitaba palabras para oír lo que decía su silencio. Resonó en su interior como una campana que doblaba no sólo por Barranco Sombrío, sino también por la poca paz que habían conseguido juntos en medio de la confusión.

Eli sintió que su fuerza decaía ligeramente en el abrazo. No lo suficiente para quebrarse, pero sí para que él sintiera su vulnerabilidad, una fragilidad compartida bajo las capas de determinación que cada uno llevaba como una armadura contra la incertidumbre.

Quería decirle que todo iría bien, que juntos atravesarían la tormenta y encontrarían aguas tranquilas al otro lado, pero las mentiras eran un pobre consuelo cuando la verdad exigía mucho más de ambos.

En lugar de eso, abrazó a María con más fuerza hasta que no quedó espacio para la duda o el miedo, sólo para ellas, encerradas en una burbuja efímera que podía romperse en cualquier momento, pero que al mismo tiempo parecía eterna.

En esos minutos en que se abrazaron en la casa de Dios -donde el juicio parecía lejano y la misericordia cercana- encontraron consuelo no en promesas o susurros, sino en latidos compartidos que contaban historias que las palabras nunca podrían contar.

Y cuando por fin se separaron -a regañadientes- fue con las miradas fijas la una en la otra: llamas gemelas ardiendo desafiantes contra el frío de la noche. Almas gemelas luchando contra la abrumadora adversidad que pretendía extinguir todo lo que apreciaban.

LA BRUMA matutina se cernía sobre Barranco Sombrío como un sudario, reflejando los nublados pensamientos que rondaban la mente de Eli. Se detuvo frente a la herrería, ahora reconvertida en armería, y observó a la gente del pueblo pasar arrastrando los pies. Sus rostros estaban desencajados, sus ojos hundidos: el miedo se había convertido en su compañero común, y carcomía su determinación.

Se oyó un clamor procedente de los establos. Eli dirigió la mirada hacia el sonido e instintivamente echó mano a la pistolera que ya no llevaba. Con pasos medidos, se acercó a la fuente del alboroto.

Dos hombres de la milicia -un minero con la cara manchada de hollín y un granjero con la piel curtida por el sol- se enzarzaron en un acalorado intercambio. Sus palabras eran cuchillos afilados que cortaban el valor y las intenciones del otro.

"¡Nos verías muertos a todos antes de mover un dedo!", acusó el minero, su voz atravesó el aire tenso.

El granjero le espetó con igual veneno: "¿Y crees que precipitarte a la batalla como un loco te salvará el pellejo?".

A medida que los ánimos se caldeaban, otros se reunían. Se formó un círculo alrededor de la pareja, un círculo de espectadores de un espectáculo que nadie quería ver.

Eli se abrió paso entre los curiosos. "Ya basta", gritó, con voz firme pero cayendo en oídos sordos.

El minero golpeó primero, y su puño se estrelló contra la mandíbula del granjero. La multitud jadeó cuando el granjero se tambaleó hacia atrás y luego recuperó el equilibrio con fuego en los ojos. Embistió como un toro enfurecido por el rojo.

Eli se movió con agilidad práctica, interponiéndose entre ellos justo cuando los puños estaban a punto de volar de nuevo. Agarró con fuerza la muñeca del granjero, y con la otra mano presionó el pecho del minero.

"Retírense", ordenó Eli. Los dos hombres forcejearon contra él como caballos salvajes que ponen a prueba sus ataduras.

"Stone", se burló uno de ellos apretando los dientes, "no eres nuestro líder. No eres más que otro cobarde que se esconde tras la palabrería".

Las palabras dolieron más que cualquier bala. Eli lo vio entonces: la disminución de la reverencia en sus ojos. No sólo había disminuido su confianza en él, sino también su fe mutua.

"Miraos a vosotros mismos", dijo Eli bruscamente. "¿Así es como honramos a los que ya han perdido? ¿Destrozándonos unos a otros?"

El silencio se apoderó de la multitud cuando la vergüenza sustituyó a la ira durante un fugaz instante. Pero era el miedo lo que dominaba el lugar, un miedo que se extendía por Shadow Gulch como un reguero de pólvora y amenazaba con consumirlos a todos.

La tensión se rompió cuando María se abrió paso hasta el lado de Eli. Su presencia era un ancla en este mar de caos.

"Eli", susurró con urgencia, "no puedes aguantar esto tú solo".

Sus palabras iban dirigidas sólo a él, pero tenían suficiente peso como para que otros las oyeran.

Halcón Silencioso surgió de los márgenes de la multitud reunida, y sus ojos contenían otro tipo de advertencia. Estaba claro que incluso los suyos sentían la atracción del miedo y la duda tirando de su alianza.

Eli soltó a los dos hombres, que ahora jadeaban y estaban magullados, pero ya no luchaban. Observó los rostros a su alrededor. Cada uno de ellos era un espejo que reflejaba su propia lucha interna: ¿cómo liderar cuando el liderazgo se había convertido tanto en una carga como en un faro?

"Quizá no sea vuestro líder", admitió Eli en voz alta ante todos ellos. "Pero estoy con vosotros contra aquellos que nos verían muertos o destrozados".

Sus palabras flotaban en el aire, no como una afirmación, sino más bien como un llamamiento a la unidad que aún quedaba entre ellos.

Mientras los murmullos se enhebraban entre la multitud, el sheriff Bennett se adelantó con paso inquieto.

"Eli tiene razón", comenzó Bennett tentativamente. "Somos todo lo que tenemos". Miró a Halcón Silencioso antes de volver a dirigirse a todos. "Si no nos mantenemos unidos ahora, no nos mantendremos en pie".

Eli vio cómo la mirada de Bennett se posaba en él, una súplica silenciosa de apoyo que no necesitaba ser expresada entre hombres que habían visto demasiado y hablado muy poco al respecto.

Las palabras de Bennett fueron seguidas de asentimientos, lentos al principio y cada vez más firmes después, como si el propio acuerdo fuera algo difícil de conseguir en estos tiempos.

Pero allí estaba Clarence -el mismo aldeano que había cuestionado la autoridad de Eli días antes-, con una expresión agria por la sospecha y el miedo que ningún discurso podía endulzar.

"¿Esperas que olvidemos a qué nos enfrentamos?". Clarence desafió en voz alta. "¿Olvidar que cada día puede ser el último por una tonta idea de permanecer juntos?"

Eli sintió que la mano de María se estrechaba alrededor de su brazo, un refuerzo silencioso contra las duras palabras de Clarence que cortaron la frágil paz que se había restablecido momentáneamente.

Se volvió para mirar directamente a Clarence. No había malicia en su postura ni en su voz, sólo una cansada determinación nacida de demasiadas batallas libradas y demasiados fantasmas que llevaba dentro.

"No podemos olvidar", respondió Eli con calma. "Pero tampoco podemos dejar que el miedo decida nuestro destino por nosotros".

Un murmullo recorrió a los reunidos, como si considerar las palabras de Eli fuera como

elegir entre la esperanza y la desesperación, sin que ninguna de las dos ofreciera garantía alguna de amanecer tras la oscuridad.

Halcón Silencioso se movió entonces junto a Eli, una muestra tácita de solidaridad que no pasó desapercibida para los que observaban y esperaban que alguien o algo les siguiera.

"No se trata sólo de sobrevivir", dijo Halcón Silencioso, con todos los ojos puestos en él. "Se trata de quiénes somos, en la vida y ante la muerte".

Sus palabras dieron peso a lo que Eli había dicho: un sentimiento compartido que abarcaba culturas y conflictos por igual, un puente sobre aguas turbulentas que amenazaban con arrastrarlos a todos al caos y la derrota.

Como espoleados por la declaración de Halcón Silencioso, otros empezaron a expresar su apoyo, uno a uno dejando de lado la duda en favor de la determinación o quizás simplemente eligiendo a qué miedo preferían enfrentarse: ¿La amenaza desconocida fuera de sus muros o el desentrañamiento interior?

Sin embargo, en medio de esta marea de sentimientos, Clarence seguía sin estar convencido, con una postura rígida, como si se preparara para una tormenta que sólo él podía sentir que se estaba gestando bajo esta muestra de solidaridad.

Puede que la discusión haya cesado por ahora. Sin embargo, ha dejado tras de sí grietas demasiado profundas para que las meras palabras puedan llenarlas, y sombras demasiado oscuras para que un solo portador de la antorcha pueda disiparlas por sí solo.

ELI SUBIÓ los chirriantes escalones de madera del campanario del reverendo Mercer, cada pisada como un sombrío tamborileo en la quietud de la noche. Abajo se extendía Shadow Gulch, cuyas luces parpadeantes proyectaban largas sombras que se extendían como manos suplicantes en la oscuridad. Las lejanas hogueras de la banda de forajidos salpicaban el horizonte, una constelación de malicia que parecía burlarse del asediado pueblo.

Desde este punto de vista, el mundo de Eli se reducía a este pequeño valle, a estas personas que se habían convertido en algo más que simples rostros: ahora las veía como fragmentos de su propia esperanza fragmentada. Las líneas que una vez fueron claras entre su pasado y su presente se difuminaron cuando los dos mundos chocaron en el cielo sin estrellas.

Se apoyó en la madera envejecida de la barandilla de la torre, sintiendo cómo le oprimía la espalda como un severo recordatorio de la realidad. El viento arrastraba las débiles risas y abucheos del campamento de los forajidos. Su desprecio era un cuchillo dentado que se retorcía con cada aullido que atravesaba las grietas del campanario.

"¿Puedo reunir las fuerzas?", susurró en el vacío. Las palabras flotaron en el aire, sin eco.

Sus ojos recorrieron el Saloon de Maria. Sus persianas se cerraron herméticamente contra la noche. La imaginó dentro, con sus ojos reflejando el miedo que había arraigado en su corazón, un miedo que coincidía con el suyo.

El peso del liderazgo le presionaba con una gravedad insoportable. Ya había intentado deshacerse de él antes, enterrándolo junto a su pistola y su placa bajo una apariencia de paz. Pero aquí estaba de nuevo, ese manto que se resistía a llevar pero que le sentaba demasiado bien.

Un suave crujido resonó cuando el reverendo Mercer se unió a él en la plataforma del campanario. El hombre permaneció en silencio un momento antes de hablar con una voz que parecía transmitir algo más que palabras.

"Llevas una pesada carga, Eli".

Eli no se volvió para mirarle. Simplemente asintió contra la oscuridad. "Siento como si

estuviera a punto de aplastarme".

"El acero más fuerte se forja en el fuego más caliente", dijo suavemente el reverendo Mercer. "Tal vez este sea tu fuego".

Eli se burló en voz baja. "O tal vez es sólo mi infierno".

"Hay una delgada línea entre ellos", respondió Mercer. "El infierno es donde nos enfrentamos solos a nuestros demonios. El fuego es donde nos formamos y fortalecemos, donde descubrimos de qué estamos hechos".

Eli lo consideró, la idea de que en este crisol había una oportunidad para la transformación. Pero, ¿podría dejarse rehacer una vez más? ¿Y a qué precio?

"Sabes", dijo Eli tras una pausa, "vine aquí buscando redención. Ahora no estoy seguro de si queda alguna por encontrar".

"La redención no es algo que se encuentra como una moneda perdida en la calle", reflexionó Mercer mientras se acercaba. "Te encuentra a través de actos de valor y abnegación, a través de la lucha por algo más grande que tú mismo".

Los fuegos de los forajidos parpadeaban burlonamente en la visión periférica de Eli, como burlándose de las palabras de Mercer.

"Valor", repitió Eli con voz hueca.

Mercer apoyó una mano en el hombro de Eli, una caricia a la vez enraizadora y envalentonadora.

"Shadow Gulch te necesita, Eli", dijo Mercer con firmeza. "No sólo tu arma o tus tácticas, sino tu corazón".

Eli sintió que algo se agitaba en su interior al oír aquellas palabras, un destello en un espacio que, de otro modo, sería oscuro. Su corazón había estado cerrado durante tanto tiempo. ¿Podría ser tan sencillo? ¿Luchar con el corazón en lugar de con los músculos y el metal?

Finalmente se volvió hacia Mercer, y no encontró compasión sino convicción en los ojos del reverendo.

"¿Y si me pierdo en esta pelea?" Eli preguntó.

Mercer le miró fijamente. "¿Y si te encuentras a ti mismo en su lugar?"

La pregunta persistía como el humo de la mecha de una vela apagada: su rastro llegaba a lugares ocultos del alma de Eli.

Durante largos momentos, sólo el silencio respondió mientras Eli luchaba con dudas y temores que se aferraban más que sombras a medianoche.

Finalmente, volvió la vista hacia el Barranco Sombrío, el lugar que le había ofrecido refugio y que ahora exigía su valor. Respiró hondo, como si sacara fuerzas de la tierra que tenía debajo.

"No sé si puedo ganar este combate", confesó Eli al aire de la noche, una verdad al descubierto bajo estrellas que no se veían pero que se sentían.

"Pero creo que aún puedo ponerme en pie y afrontarlo", continuó con voz más firme que antes.

El reverendo Mercer asintió una vez, solemnemente, reconociendo tanto la confesión como la convicción.

"Eso podría ser todo lo que necesitas", dijo en voz baja antes de descender de nuevo al silencio.

Al quedarse solo de nuevo en lo alto del campanario del reverendo Mercer, Eli contempló Shadow Gulch -sus luces se atenuaban contra la oscuridad inminente- y se enfrentó a su oscura noche del alma con una nueva determinación que atravesaba la desesperación como la primera luz del amanecer sobre los escarpados acantilados.

Capítulo Treinta Y Cinco

CUANDO LOS PRIMEROS rayos del alba se abrieron paso en la oscuridad, la silueta encorvada de Eli Stone en lo alto del campanario de la iglesia emergió como una estatua tallada en las sombras. La noche había sido larga, un túnel sin fin donde cada pensamiento era un espectro de su pasado, cada recuerdo una cadena que lo ataba a la desesperación. Pero cuando el sol alcanzó el horizonte, proyectando un resplandor dorado sobre Shadow Gulch, los espectros se disolvieron y las cadenas cayeron.

La ciudad se agitó y sus habitantes se despertaron en otro día de incertidumbre. Desde su posición ventajosa, Eli observó cómo fortificaban lo que quedaba de sus defensas, sus movimientos lentos, agobiados por el miedo. La visión le hizo sentir algo en lo más profundo de su ser, una cuerda que resonaba con propósito.

Descendió por el campanario con pasos cuidadosos, sintiendo que cada uno de ellos lo anclaba aún más en el presente. La desesperación que había nublado su mente se desvanecía ahora como la niebla ante el sol de la mañana, dejando tras de sí una férrea determinación. Comprendió con aguda claridad que no podía cambiar sus actos pasados ni sus consecuencias. Pero aquí, ahora, en esta pequeña ciudad que se había convertido en su refugio, podía moldear el presente.

Las botas de Eli golpearon la tierra con determinación mientras se abría paso por las calles de Shadow Gulch, que despertaban. Su camino le llevó primero a la clínica del doctor Timmons. Dentro, el aire estaba cargado de antiséptico y del férreo aroma de la sangre. Los heridos del ataque de la noche anterior yacían en camas improvisadas, con las vendas descarnadas sobre la piel pálida.

El doctor Timmons levantó la vista de la cabecera de un joven cuando entró Eli. "Eli", dijo, con la voz ronca por las horas sin descansar.

Eli se acercó y puso una mano en el hombro del médico. "Necesito que los mantengas con vida", dijo. "Cueste lo que cueste".

El médico asintió una vez, comprendiendo lo que no se había dicho: se acercaba la batalla final y necesitarían todos los cuerpos capaces.

Desde allí, Eli caminó hasta donde estaba el sheriff Bennett supervisando las reparaciones de un muro dañado. "Sheriff", comenzó Eli, "necesito su confianza".

Bennett miró fijamente a Eli. "Ya lo tienes".

"No podemos ganar esta lucha dispersos", continuó Eli. "Tenemos que concentrar nuestras fuerzas".

Bennett asintió lentamente. "Reuniré a todos en el centro de la ciudad".

Su plan, que se estaba formando rápidamente entre ellos -un núcleo defensivo con todos los

recursos restantes concentrados en su interior-, ofrecía un rayo de esperanza.

Eli dejó a Bennett organizando y se dirigió al Maria's Saloon. Las puertas se abrieron ante él como si dieran la bienvenida a un viejo amigo que volvía de un largo viaje.

María estaba detrás de la barra limpiando vasos. Levantó la vista al verle entrar y buscó en su rostro señales de lo que le esperaba.

"Necesito tu salón", dijo Eli sin ninguna de las galanterías que solían intercambiar.

María se enderezó y dejó el paño. "¿Para qué?"

"Un punto de encuentro. Un lugar para que los que no pueden luchar estén a salvo".

María empezó a apartar mesas para crear más espacio. No preguntó por sus posibilidades. No lo necesitaba.

La siguiente parada de Eli fue a las afueras del pueblo, donde la tribu de Halcón Silencioso había acampado entre la maleza y los árboles que salpicaban el paisaje. Encontró a Halcón Silencioso afilando una punta de flecha junto a una hoguera baja.

"He venido a pedirte ayuda una vez más", dijo Eli al acercarse.

Halcón Silencioso le miró con ojos que contenían siglos de sabiduría y dolor mezclados a partes iguales.

"Estamos contigo", respondió Halcón Silencioso.

Juntos planearon la mejor forma de utilizar a los guerreros de Halcón Silencioso en la defensa de Barranco Sombrío: su conocimiento del terreno podría ser clave en maniobras de flanqueo o ataques por sorpresa contra los forajidos.

A medida que se acercaba el mediodía y Shadow Gulch se preparaba para lo que estaba por venir, Eli se encontró de nuevo en el Maria's Saloon, que se había transformado en algo parecido a una fortaleza. Los niños se aferraban a sus madres, mientras que los padres se mantenían firmes junto a las ventanas y las puertas, armados con todo lo que podían empuñar.

En esos momentos previos a la batalla, Elí vio claramente su papel, no sólo como líder, sino como alguien que debía creer cuando los demás no podían. Alguien que debe mantenerse firme para que los demás puedan sacar fuerzas de él.

Se subió a una mesa en el centro de la sala y alzó la voz para que todos pudieran oírle por encima del miedo.

"Somos algo más que colonos o miembros de una tribu. Somos personas unidas contra quienes quieren vernos rotos y dispersos."

Se levantó un murmullo entre ellos, un sonido que transmitía miedo y coraje entrelazados como hilos de un tejido.

"Hoy estamos juntos no porque no tengamos otra opción", continuó Eli, "sino porque elegimos proteger nuestro hogar".

Las caras se alzaron entonces hacia él y sus ojos se iluminaron con una nueva determinación que reflejaba la suya.

La tarde menguó mientras continuaban los preparativos bajo la atenta mirada de Eli, hasta que finalmente no quedó más que esperar, la parte más difícil para cualquier guerrero.

El anochecer descendió sobre Shadow Gulch como un sudario, pero bajo él hervía a fuego lento un pueblo unido por una causa común y liderado por alguien que había caminado a través de la oscuridad sólo para encontrar la luz esperándole al otro lado.

ELI DESCENDIÓ DEL CAMPANARIO, cada paso resonando con la nueva determinación que había cristalizado en la soledad de la noche. Al llegar a la base, la ciudad cobró vida lentamente a su

alrededor, en marcado contraste con la silenciosa determinación que llenaba su pecho.

Los primeros rayos de sol proyectaban largas sombras sobre los rostros de los habitantes del pueblo reunidos en la plaza. Eli se fijó en sus expresiones inexpresivas, en sus bocas tensas por la preocupación y el insomnio. Eran un reflejo de su propia agitación, un espejo del temor que se había apoderado de Barranco Sombrío desde que los forajidos acechaban a sus puertas.

Avanzó entre la multitud, con las botas rozando la tierra. Cada persona con la que se cruzaba parecía buscar algo en su mirada: un indicio de seguridad, una promesa de que el amanecer no sería el último. Eli sintió sus ojos clavados en él, cargados de expectación y miedo.

El sheriff Bennett estaba de pie junto a los escalones de la iglesia, observando cómo se acercaba Eli. Tenía el sombrero entre las manos y el ceño fruncido, como si tratara de recomponer un rompecabezas cuyas piezas dispersaba el viento.

"Stone", dijo Bennett, señalando a Eli. "Necesitan algo de ti, algo que sólo tú puedes darles".

Eli se detuvo al pie de la escalinata, mirando a Bennett antes de echar un vistazo a la gente del pueblo. "¿Y qué es eso?"

"Esperanza", respondió Bennett, con la voz apenas por encima de un susurro.

Eli se acercó a Bennett y observó a la multitud. Pudo ver a Halcón Silencioso entre ellos, erguido y decidido junto a los miembros de su tribu que habían decidido quedarse. La alianza entre colonos y tribu estaba deshilachada, pero no rota, todavía no.

Respiró hondo y subió hasta donde todos pudieran verle. De pie ante ellos, sintió que su atención cambiaba y se centraba únicamente en él. La brisa matutina le tironeó de la camisa mientras se quitaba el sombrero en señal de respeto a los que estaban reunidos ante él.

"Gente de Shadow Gulch", comenzó Eli, su voz se extendió por la plaza. "Sé que vuestros corazones están cargados de miedo y vuestras mentes nubladas por la duda".

Hizo una pausa, dejando que sus palabras se asentaran como el polvo tras una estampida. Un bebé gritó en brazos de su madre. Un hombre tosió. Por lo demás, reinaba el silencio.

"He estado donde estáis ahora, en lugares tan oscuros que creía que nunca amanecería". Eli los miró a los ojos uno por uno. "He tomado decisiones de las que me arrepiento, acciones que me persiguen hasta el día de hoy".

Los murmullos recorrieron la multitud como si su confesión fuera agua agitando un estanque estancado.

"Pero hoy no se trata de mi pasado ni de tus errores, sino de nuestro futuro", continuó Eli, con voz cada vez más firme. "A la amenaza a la que nos enfrentamos no le importa quiénes fuimos, sólo le importa lo que podemos perder".

Señaló a Halcón Silencioso y luego a sí mismo. "Estamos aquí juntos, colonos y nativos americanos, como una comunidad contra aquellos que quieren separarnos".

El silencio volvió a apoderarse de ellos mientras digerían sus palabras.

"Estos forajidos creen que pueden doblegarnos porque no entienden lo que significa construir algo: tener algo que merezca la pena defender".

Eli se paseaba ahora ante ellos, cada paso puntuando su discurso.

"No conocen nuestras luchas ni nuestras alegrías: los nacimientos que hemos celebrado o las tumbas que hemos cavado con nuestras propias manos".

Se detuvo y los miró de frente. "No conocen Shadow Gulch".

La multitud se agitó como si despertara de un hechizo.

"Creen que nos desmoronaremos, que nos volveremos unos contra otros cuando nos presionen". Eli sacudió la cabeza con firmeza. "Se equivocan".

Se estaba encendiendo un fuego entre ellos. Eli podía verlo en sus ojos: la brasa de la

esperanza avivada por sus palabras.

"Somos algo más que granjeros, mineros, herreros o guerreros", declaró con fervor. "Somos supervivientes, somos luchadores. Y cuando estamos entre la espada y la pared, es cuando demostramos de qué estamos hechos".

Los habitantes del pueblo asintieron con la cabeza. Los rostros que habían estado marcados por la incertidumbre mostraban ahora líneas de resolución.

"Nos defenderemos aquí, no sólo por nosotros, sino por nuestros hijos, por todos aquellos que llamarán hogar a Shadow Gulch mucho después de que ganemos esta lucha".

Miró hacia María entre la multitud. Sus ojos brillaban con lágrimas, pero también con orgullo.

"Estamos juntos, no sólo por hoy, sino por todos nuestros mañanas", dijo Eli, extendiendo la mano como si pudiera tocar a cada alma que tenía delante. "Y si esta es nuestra última batalla, ¡cantarán canciones sobre ella! Será un testimonio de lo que ocurre cuando la gente buena se une contra la oscuridad".

De sus filas brotaron vítores, un sonido tan potente que parecía capaz de hacer retroceder a la noche. La energía surgió entre ellos como un rayo que atraviesa madera seca, encendiendo espíritus y uniendo voluntades fracturadas en una sola fuerza.

Eli observó cómo se daban palmadas en la espalda, intercambiaban apretones de manos o abrazos y se comprometían en silencio a que nadie se enfrentaría solo a lo que se avecinaba.

Halcón Silencioso se acercó entonces a Eli, extendiéndole un brazo en señal de solidaridad que Eli estrechó sin vacilar: su apretón de manos unía culturas e historias en un propósito compartido.

El sheriff se adelantó junto a ellos, observando el renovado vigor de su pueblo, con una sonrisa que por fin se abría paso a través de su estoica conducta.

"Parece que has encontrado justo lo que necesitaban", dijo Bennett en voz baja a Eli.

Eli asintió en silencio, sabiendo que las palabras eran innecesarias cuando los corazones hablaban tan claramente en su propio nombre. Volvió a colocarse el sombrero en la cabeza y bajó de donde había permanecido como centinela de la desesperanza convertida en esperanza, un papel que aún no había terminado pero que se había fortalecido con la fe renovada bajo un sol ascendente.

EN EL FRÍO de primera hora de la mañana, Eli Stone estaba junto a Halcón Silencioso, con sus alientos visibles en el aire, mezclándose como los hilos tentativos de su alianza reavivada. Los dos hombres observaban el pueblo de Barranco Sombrío desde el borde de una meseta, desde donde no sólo podían ver su asediado hogar, sino también el peligro inminente que representaban las lejanas hogueras de la banda de forajidos.

Eli sintió el familiar picor en las palmas de las manos, una llamada a la acción que llevaba mucho tiempo reprimida. No se trataba sólo de estrategia. Se trataba de unir a una comunidad que se tambaleaba al borde del colapso. La presencia de la tribu había causado ondas de disensión entre su gente, y Eli sabía que a menos que encontrara una manera de entrelazarlas en el tejido de su defensa, todas se desharían.

Halcón Silencioso habló primero, su voz cortó el silencio del amanecer con precisión. "Nuestros exploradores informan de que son muchos, pero se basan en la fuerza bruta. Nosotros tenemos rapidez y conocimiento de esta tierra".

Eli asintió, asimilando las palabras. "La fuerza bruta puede predecirse, manipularse. Tenemos

que usar eso a nuestro favor".

Se retiraron a la herrería de Eli, un espacio neutral donde el metal y el fuego transformaban las materias primas en algo más fuerte, una metáfora de lo que necesitaban conseguir con las defensas de Barranco Sombrío. Se trazaron planos en el robusto banco de trabajo de Eli, mapas trazados con líneas que indicaban características del terreno que sólo Halcón Silencioso y su gente comprendían realmente.

"Su número es su fuerza", reflexionó Eli en voz alta, trazando con el dedo un camino a lo largo de un estrecho cañón en el mapa.

"Y su debilidad", añadió Halcón Silencioso. "Una gran fuerza no puede maniobrar fácilmente a través de espacios reducidos".

Eli levantó la vista del mapa y la clavó en la de Halcón Silencioso. "Si pudiéramos guiarlos hasta aquí", dijo, tocando la entrada del cañón en el mapa, "podríamos nivelar el campo de juego".

El plan empezó a tomar forma mientras hablaban. Fingirían debilidad en las defensas de Shadow Gulch para atraer a una parte de los forajidos al cañón, donde su número no contaría para nada ante las emboscadas desde arriba.

Halcón Silencioso asintió con un movimiento de cabeza. "Mis guerreros pueden moverse sin ser vistos por estas crestas", dijo señalando las zonas que dominaban el cañón.

"Y mi gente puede reforzar estos puntos de estrangulamiento", continuó Eli, indicando dónde podían erigirse barreras dentro del cañón para atrapar y dividir a su enemigo.

La clave sería la coordinación, un baile entre dos grupos dispares que apenas habían empezado a confiar los unos en los otros. Necesitarían señales que ambas partes entendieran: destellos de luz de metal pulido o espejos durante el día. Al anochecer, llamadas sincronizadas imitando a criaturas nocturnas que sólo la gente de Halcón Silencioso podía reproducir con precisión.

"Necesitaremos voluntarios. Gente dispuesta a actuar como cebo".

Halcón Silencioso le miró fijamente. "Habrá peligro".

Eli soltó un suspiro que no se había dado cuenta de que estaba conteniendo. Había visto lo que el miedo hacía a la gente. O los rompía o los forjaba de nuevo. "Siempre lo hay", dijo en voz baja.

El resto de la mañana se dedicó a perfeccionar detalles e imprevistos hasta que tuvieron algo parecido a un plan, lleno de riesgos pero rebosante de potencial.

Al caer la tarde, se reunieron en la iglesia del reverendo Mercer, un lugar donde la fe había alimentado la esperanza muchas veces. Parecía apropiado para lo que estaban a punto de proponer.

Eli sintió que todas las miradas se posaban en él cuando se presentó ante sus vecinos: granjeros que nunca habían empuñado un arma antes de llegar al oeste, propietarios de tiendas que habían buscado nuevos comienzos en tierras indómitas. A su lado estaba Halcón Silencioso, que representaba otro mundo completamente distinto pero intrínsecamente ligado al suyo.

Eli se aclaró la garganta y empezó a hablar. Con voz firme, expuso su situación sin adornos ni falsas promesas.

"Tenemos una oportunidad para cambiar esto. Vamos a tener que trabajar todos juntos, pueblo y tribu".

Explicó el plan en detalle: cómo atraerían a parte de la fuerza de forajidos a una trampa utilizándose a sí mismos como cebo. Cómo los que se quedaran en la ciudad reforzarían las defensas contra cualquier ataque secundario. Cómo se utilizarían las señales para coordinar a los

que estaban en la ciudad y a los que estaban al acecho en terreno elevado.

Los murmullos llenaron la sala mientras Eli hablaba, temeroso pero con un trasfondo de determinación que no existía antes de que empezara su discurso.

Cuando llegó el momento de que los voluntarios se ofrecieran como cebo para la trampa, hubo vacilaciones, un respiro colectivo antes de tomar una decisión.

María fue la primera en moverse, agitando las faldas al bajar de donde había estado sentada entre sus vecinos. No dijo nada cuando se colocó junto a Eli; su sola presencia era suficiente confirmación.

Uno a uno le siguieron otros hasta que se formó una fila de individuos dispuestos a arriesgarse por Shadow Gulch, una fila que difuminó las divisiones entre colonos y nativos americanos hasta convertirse simplemente en una reunión de aliados unidos por una causa común.

Halcón Silencioso levantó la mano para pedir silencio y, cuando éste se produjo, habló no sólo como líder, sino como socio en su peligrosa empresa: "Somos arroyos diferentes", dijo lentamente, "pero fluimos juntos contra nuestros enemigos."

A medida que el crepúsculo caía sobre Barranco Sombrío y las sombras se alargaban hasta el anochecer, Eli sintió que algo cambiaba en su interior: un nudo que se aflojaba en su pecho y que le permitía respirar con más facilidad de lo que lo había hecho en días.

Puede que la alianza se estuviera recomponiendo lentamente, como el cuero cosido con manos cuidadosas -imperfecta pero firme contra la tensión-, y tal vez eso fuera suficiente por ahora. Suficiente para que todos se mantuvieran unidos frente a la oscuridad que se cernía más allá de las hogueras que ardían en las lejanas laderas.

Capítulo Treinta Y Seis

Las manos de Eli Stone, callosas y fuertes tras años de moldear hierro, trabajaban ahora para dar forma a un tipo diferente de determinación entre la gente de Barranco Sombrío. A medida que el sol subía, proyectando largas sombras entre los edificios, se movía entre los defensores, con voz baja y firme. Eran un mosaico de colonos y miembros de tribus, cada uno con sus propias historias grabadas en las líneas de sus rostros, pero ahora unidos por el hilo común de la supervivencia.

Bajo la dirección de Eli, transformaron cada calle y callejón en una trampa potencial para los forajidos. La herrería se convirtió en una especie de armería, donde el martillo de Eli no daba forma a herraduras, sino a pinchos y cuchillas. Hombres y mujeres, que días antes no habían empuñado con rabia más que un apero de labranza o un cuchillo de cocina, seguían ahora su ejemplo con sombría determinación.

La taberna de María contribuyó a la causa. Las mesas en las que antes se jugaba a las cartas y se charlaba amigablemente fueron arrastradas al exterior, reutilizadas como barricadas. El piano permaneció en silencio mientras se desmontaban sus pesadas patas para reforzar las puertas. Y de sus propios almacenes, María no trajo botes de whisky, sino de clavos y cristal, cualquier cosa que pudiera servir para crear obstáculos a los pies inoportunos.

En estos preparativos, las habilidades artesanales y de improvisación de la gente del pueblo encontraron un nuevo propósito. Un carpintero trabajó junto a un minero para crear falsas secciones de suelo que cederían con demasiado peso. El conocimiento de los nudos de un granjero aseguraba cables trampa en lugares inesperados. Las mujeres que podían coser una costura fina ahora enhebraban esas mismas agujas con intenciones mortales.

La presencia de Halcón Silencioso era un consuelo constante mientras se movía por la ciudad como una sombra hecha carne. Su sabiduría no provenía de los campos de batalla, sino de un profundo conocimiento de la tierra y sus secretos. Aconsejaba dónde cavar fosos que quedaran ocultos por la maleza natural, qué zonas servirían mejor para una emboscada dada la dirección del viento y cómo utilizar el propio paisaje como aliado.

Un momento vio a Eli junto a Halcón Silencioso en las afueras de la ciudad, donde la pradera comenzaba su interminable rodar hacia el horizonte. Hablaron poco mientras trabajaban juntos tendiendo trampas que jugaban con los conocimientos de rastreo de Halcón Silencioso y la comprensión de la naturaleza humana de Eli. El guerrero le enseñó a Eli a disimular las trampas con ramas y polvo para que parecieran tierra firme hasta que fuera demasiado tarde.

De vuelta en la fortaleza improvisada de Barranco Sombrío, Eli fue testigo de momentos que le habrían parecido inimaginables sólo unas semanas antes: un niño enseñando a un guerrero tribal a hacer un nudo corredizo que había aprendido en las excursiones de pesca de su padre.

Una mujer que enseñaba a los hombres de Halcón Silencioso a cargar y disparar rifles con una eficacia nacida de la necesidad más que de la tradición.

No eran sólo trampas y fortificaciones lo que crecía bajo la atenta mirada de Eli. Era confianza. La vio en la espalda erguida de Tommy mientras instruía a los hombres mayores sobre cómo montar guardia. En la feroz concentración de Rose Bailey mientras llenaba botellas con aceite y mechas de tela para faroles improvisados. En las manos firmes del doctor Timmons mientras organizaba su clínica para las heridas que aún estaban por llegar.

A medida que la tarde se convertía en noche, no había ninguna señal de cese del trabajo -no sonaba ninguna campana ni ningún silbato-, sino que las herramientas se iban depositando una a una. Se reunían en pequeños grupos o se sentaban solos en los umbrales de las puertas, recuperando el aliento a medida que se acercaba la noche.

Halcón Silencioso se unió a Eli en el exterior de la casa de María, donde habían encendido linternas para protegerse de la oscuridad. Juntos contemplaron el Barranco Sombrío -su Barranco Sombrío- y reconocieron en silencio que aquella podría ser su última noche intacta.

"Esta tierra", comenzó Halcón Silencioso en su tono mesurado, "conoce la guerra igual que conoce la paz".

Eli asintió lentamente, sintiendo que cada palabra se le clavaba en el corazón.

"Lo sabe. Y mañana mostraremos cuál conocerá de nuevo".

Se separaron sin mediar palabra. No había nada más que decir. Ya no había tiempo para hablar. Lo que vendría después sería acción, rápida y decisiva.

Eli caminó por Shadow Gulch al amparo de la oscuridad. Sus ojos recorrían cada trampa oculta. Cada línea de visión despejada para los francotiradores. Cada alarma silenciosa preparada para alertarles al paso de un intruso.

Mientras hacía la ronda entre los que se habían ofrecido voluntarios para la primera guardia -colonos inquietos con los rifles sobre el regazo y miembros de la tribu silenciosos como piedras-, sintió que algo parecido al orgullo brotaba de su interior. No era orgullo por sí mismo, sino por ellos, por su resistencia y unidad frente a una adversidad tan abrumadora.

El aire de la noche se volvió más frío cuando se instaló en su propia percha, en lo alto de un edificio que dominaba la calle principal de Shadow Gulch. Allí velaría hasta que el alba volviera a iluminar la tierra, hasta que llegara el momento de comprobar si todo lo que habían hecho era suficiente.

Y aunque el cansancio tiraba de sus miembros como pesos de plomo, el sueño estaba lejos de la mente de Eli Stone. Acunaba su rifle como a un viejo amigo descuidado durante mucho tiempo pero nunca olvidado, con la culata desgastada por manos que conocían tanto su poder como su precio.

Shadow Gulch contuvo el aliento a su alrededor -el silencio previo a la batalla se extendía sobre la tierra- y dentro de ese silencio, Eli esperó lo que vendría con la primera luz.

ELI SINTIÓ el frío del amanecer contra su piel, un recordatorio implacable de que el tiempo se agotaba. A su lado, la silueta del sheriff Bennett era igual de firme, un compañero inquebrantable en la sombra amenazadora de la incertidumbre.

El sheriff movió su peso, rompiendo el silencio que se había establecido entre ellos. "Eli, creo que hemos repasado este plan más veces de las que tengo dedos en las manos y en los pies. Pero no hace daño repasarlo de nuevo. Asegurarnos de que tenemos todas las bases cubiertas".

Eli asintió, con el fantasma de una sonrisa jugueteando en sus labios. Era propio de Tom

buscar consuelo en la minuciosidad. "Vayamos paso a paso", respondió. "Los forajidos no nos darán una segunda oportunidad si se nos escapa algo ahora".

Juntos trazaron el contorno de su estrategia en la tierra con las punteras de sus botas, trazando posiciones y retrocesos. Eli señaló dónde se situarían los hombres de Halcón Silencioso, mezclándose con el paisaje con una facilidad que sólo los nacidos en él podían lograr.

"Tendremos el terreno elevado aquí y aquí", Eli señaló hacia los acantilados que dominaban el acceso principal a la ciudad. "Eso nos dará ventaja si nos atacan de frente".

"¿Y si no lo hacen?" Tom preguntó, siempre sondeando debilidades.

"Entonces volvemos a posiciones secundarias". La voz de Eli era tranquila, mesurada. "Nos hemos preparado para eso: trampas a lo largo del perímetro, embotellándolos en nuestra línea de fuego".

El sheriff Bennett gruñó en señal de aprobación, rascándose el bigote pensativamente. "Tienes una buena cabeza sobre los hombros, Eli. Siempre la has tenido".

El cumplido flotaba en el aire entre ellos, un reconocimiento tácito del accidentado pasado de Eli, un pasado que lo había preparado para un momento como éste. "Tu confianza significa más de lo que crees", dijo Eli.

Tom le dio una palmada en el hombro con mano áspera, un intercambio silencioso de solidaridad entre hombres que se entendían sin necesidad de palabras.

"La gente de aquí . . . están asustados", dijo Tom después de un momento. "Pero creen en ti. Diablos, hasta los que preferirían escupir sobre tu sombra te apoyan ahora".

Eli sintió un peso familiar sobre sus hombros: el peso del liderazgo que había buscado y rechazado durante toda su vida. Observó Shadow Gulch una vez más, viendo no sólo edificios y calles polvorientas, sino vidas que se habían entrelazado con la suya.

"Necesitan a alguien a quien seguir".

"Y te han elegido a ti", dijo Tom. "A pesar de todo -las probabilidades en nuestra contra-, eres el líder que necesitan".

Eli miró fijamente a Tom, encontrando la verdad en aquellos ojos firmes. Las dudas que lo habían atormentado durante las noches de insomnio parecieron acallarse ante la confianza que Tom depositaba en él.

Exhaló lentamente, dejando atrás las vacilaciones persistentes mientras asumía plenamente su papel, quizá por primera vez desde su llegada a Shadow Gulch.

"Les daremos un infierno", dijo Eli.

Tom asintió una vez más antes de dirigirse a la ciudad para reunir a su improvisada milicia. Eli lo observó marcharse antes de volver la vista hacia el cielo, donde el amanecer rompía con tonos dorados y carmesí, una hermosa contradicción con la violencia que anunciaba.

Eli no se movió de su posición hasta que los rayos de sol empezaron a calentar la tierra bajo sus pies. Cada vez que respiraba lo hacía con determinación y cada vez que exhalaba se liberaba de las dudas, hasta que quedó erguido -el herrero convertido en guardián de Barranco Sombrío-, listo para forjar la victoria o enfrentarse a la derrota con la misma medida.

ELI OBSERVABA la luz mortecina del horizonte, con sus pensamientos convertidos en una tempestad de estrategias y preocupaciones. La tranquilidad del atardecer contradecía la agitación que se apoderaba de Barranco Sombrío, una quietud que parecía casi burlona en su paz. Se había convertido en la brújula reacia del pueblo, señalándoles un futuro que no estaba seguro de poder

cumplir. Sus dedos rozaron el frío metal de su revólver, un viejo amigo y un amargo recuerdo del hombre que una vez fue, un hombre que temía que volviera a ser.

Los pasos se acercaban, ligeros pero decididos, y Eli no necesitó volverse para saber que María estaba cerca. Su presencia se había convertido en un faro en medio del caos, una llama firme a la que se sentía atraído a pesar de la tormenta que se desataba en su interior.

"¿Te importa si te acompaño?" La voz de María desprendía una calidez que cortaba el frío de la noche.

Eli se movió para hacerle sitio en la caja de madera que le servía de percha fuera de su herrería. "Nunca".

María se acomodó a su lado, rozándole el hombro. Permanecieron un momento en silencio, observando cómo el crepúsculo se convertía en noche.

"He estado pensando", empezó, con voz firme pero con un trasfondo de tensión, "en todo lo que se avecina. Sobre lo que nos espera".

Eli asintió. Sabía muy bien en qué pensaba ella, los mismos temores que le atormentaban a él cada noche.

"¿Y?"

"Tengo miedo", dijo, y su mano encontró la de él en la oscuridad. "Miedo por lo que pueda pasar mañana. Por la ciudad... por ti".

Sintió que ella le apretaba la mano, como si pudiera contener el amanecer y su inminente derramamiento de sangre sólo con su determinación.

"Pero también sé esto: No voy a quedarme de brazos cruzados mientras todo lo que nos importa se ve amenazado". Levantó ligeramente la barbilla, e incluso a la luz mortecina, Eli pudo ver la determinación grabada en sus rasgos.

Eli se volvió para mirarla de frente y sus ojos se cruzaron. En los de ella, no sólo vio miedo, sino un valor inquebrantable que reforzó su espíritu decaído.

"No puedo prometerte cómo acabará esto". Las palabras le supieron a ceniza en la boca: el amargo reconocimiento de su precaria realidad.

"No espero promesas", respondió María suavemente. "Simplemente... no te enfrentes a esto sola. Déjame estar contigo".

Entonces lo vio: no sólo el afecto que compartían, sino el propósito común que había entretejido sus vidas tan estrechamente. María no sólo ofrecía apoyo. Le ofrecía colaboración, una unión forjada no con palabras, sino con hechos y convicciones compartidas.

El peso sobre los hombros de Eli se sentía más ligero de alguna manera, sabiendo que María estaba allí con él, no detrás de él ni a su lado, sino con él en todos los sentidos que importaban.

"Haremos lo que debamos". La voz de Eli contenía un filo de acero afilado por años de penurias y suavizado por la esperanza que ella inspiraba en él.

María asintió una vez, decidida. "Para Shadow Gulch".

"Para Shadow Gulch", repitió.

Permanecieron allí juntos mientras se hacía de noche, dos almas unidas por algo más que las circunstancias, un vínculo que se pondría a prueba con fuego y acero en los días venideros.

ELI STONE OBSERVABA el amanecer desde su posición en el campanario, sintiendo el frío de la brisa matutina mientras susurraba entre los maderos. Debajo de él, la ciudad se animaba y cada persona salía de su casa con el aire sombrío de quien sabe que este día puede ser el último.

Eli bajó de la torre, con el ruido sordo de sus botas contra los desgastados escalones, en

marcado contraste con la tranquila resolución que se había instalado en su pecho durante la noche. Mientras caminaba por las calles, vio rostros marcados por la preocupación y la determinación. Todos los colonos parecían debatirse entre el miedo y el feroz deseo de proteger sus hogares.

Se detuvo junto a una joven que acunaba a su hijo, con los ojos muy abiertos por temores no expresados. "Tu valentía hace latir el corazón de este pueblo". Eli le puso una mano en el hombro. La mujer asintió, un destello de fuerza brilló en su mirada mientras abrazaba a su hijo.

Eli siguió adelante, pasando junto a dos hombres que revisaban sus rifles. "Haced que cada disparo cuente", dijo, señalando con la cabeza sus armas. "Pero recuerden, no se trata sólo de disparar balas. Se trata de defender lo que hemos construido aquí". Los hombres intercambiaron una mirada de comprensión y acariciaron sus rifles con renovado propósito.

En cada parada que hacía, Eli veía el peso del inminente conflicto presionando los hombros de sus vecinos. A algunos les saludaba con la cabeza y les estrechaba la mano, a otros les dirigía palabras de ánimo. A cada persona, le ofrecía una parte de sí mismo, ya fuera un recordatorio de sus habilidades o simplemente un reconocimiento silencioso de su difícil situación común.

Encontró a María fuera de su salón, tapiando la última ventana. Ella clavó los clavos con golpes firmes, pero se detuvo cuando lo vio acercarse. "Eli", empezó, con una voz apenas por encima de un susurro.

"María". Se acercó un poco más. "Has convertido este lugar en algo más que paredes y whisky. Es un hogar para muchos".

Ella le miró entonces. "Lo defenderemos como tal".

Le ayudó a asegurar la última tabla antes de entrar para unirse a los que se reunían para lo que podría ser su última comida juntos.

El salón se había convertido en una fortaleza improvisada, un lugar donde se trazaban planes y se calmaban los nervios con tazas de café fuerte y conversaciones tranquilas. Eli se abrió paso por la sala y su sola presencia ofreció consuelo a los allí reunidos.

Vio a Doc Timmons en un rincón atendiendo a un hombre de aspecto ansioso cuyas manos no dejaban de temblar. Eli se agachó a su lado y miró al hombre a los ojos. "He visto sus manos firmes como el granito cuando trabaja el cuero", dijo en voz baja. "Imagina que cada bala es una puntada, precisa y necesaria".

El hombre respiró hondo y asintió lentamente mientras el doctor Timmons le daba una palmada en la espalda.

En otro rincón estaba sentado Halcón Silencioso con algunos miembros de su tribu. Estaban tranquilos pero alerta, en marcado contraste con la tensión que se respiraba entre algunos de los habitantes de los pueblos cercanos. Eli se unió a ellos por un momento, compartiendo su silenciosa vigilancia.

Halcón Silencioso miró a Eli y habló en voz baja en su lengua materna antes de cambiar al inglés para que los demás lo oyeran. "Hoy somos como el puma y el ciervo bebiendo del mismo arroyo: espíritus diferentes unidos por la necesidad".

Eli sintió que una sonrisa se dibujaba en sus labios por un breve instante: la unidad había sido duramente ganada aquí, pero ahora se erigía como su mejor arma contra lo que se avecinaba.

A medida que se acercaba el mediodía y las sombras se acortaban bajo un sol implacable, Eli se alejó del lado de Halcón Silencioso y continuó su ronda entre la gente a la que guiaba hacia un futuro incierto.

En lo alto de los muros fortificados estaba el joven Tommy agarrando con fuerza su rifle. El chico levantó la vista cuando Eli se le acercó.

"Te has hecho fuerte y rápido", dijo Eli mientras le revisaba el arma a Tommy. "Mantén el ingenio y recuerda todo lo que te he enseñado sobre el manejo de los caballos: la calma te ayudará a salir adelante".

Tommy tragó saliva, pero consiguió asentir con valentía.

Eli palmeó la espalda de Tommy antes de girarse para observar Shadow Gulch desde su perímetro defensivo. Sus ojos recorrieron todos los tejados y callejones donde había pasado días tranquilos que ahora parecían recuerdos lejanos.

A medida que la tarde daba paso al anochecer, la tensión se iba enroscando alrededor de Shadow Gulch como una cuerda que los uniera a todos, cada uno lidiando con pensamientos que no se atrevía a expresar en voz alta.

Eli se encontró de pie junto al sheriff Bennett en las afueras de la ciudad, donde observaron si había señales de nubes de polvo o movimiento desde más allá.

"Hemos hecho lo que hemos podido", dijo el sheriff Bennett en voz baja.

"Lo hemos hecho". Los ojos de Eli nunca abandonaron el horizonte donde el peligro se cernía invisible pero profundamente sentido.

El sheriff le dio una palmada en el hombro antes de marcharse a coordinar otro cambio de turno de patrulla.

Al quedarse de nuevo a solas con sus pensamientos, Eli sintió que, a pesar de todo, se apoderaba de él una extraña sensación de paz, una calma nacida de aceptar que había hecho todo lo posible para preparar a los que le rodeaban para lo que estaba por venir.

Cuando la noche comenzó a descender lentamente sobre Shadow Gulch, los defensores tomaron posiciones a lo largo de muros y tejados. Cada corazón resonaba al unísono contra un enemigo invisible, todos unidos por la determinación de un hombre de oponerse al caos provocado por la violencia que una vez conoció demasiado bien.

Y allí estaba Eli Stone entre todos ellos -un faro de confusión pasada y esperanza presente- mientras se preparaba junto a sus vecinos para cualquier oscuridad que se avecinara.

Capítulo Treinta Y Siete

LAS BOTAS de Eli crujían sobre la calle sembrada de grava; el sonido rítmico marcaba la quietud de la madrugada. Shadow Gulch se extendía ante él, con sus estructuras familiares proyectando largas sombras a la luz del amanecer. Cada edificio, cada sendero polvoriento, contenía ecos de recuerdos que tocaban su fibra sensible, resonando con la vida que había construido lejos de la violencia y el derramamiento de sangre.

Se detuvo junto a la herrería y su mano recorrió el cartel de madera que se mecía suavemente con la brisa. Aquí había remodelado el metal y, al hacerlo, esperaba remodelarse a sí mismo. El yunque y el martillo habían sido sus compañeros durante innumerables amaneceres, cada golpe contra el hierro caliente una catártica huida de los fantasmas de su pasado. Ahora permanecían en silencio, testigos de la encrucijada de su destino.

Unos pasos más y se detuvo ante el Saloon de Maria. Sus ventanas reflejaban el cielo que despertaba y, por un momento, Eli se perdió en el recuerdo de la sonrisa de María iluminándose entre aquellas paredes. La taberna era más que un lugar para tomar una copa. Era donde había encontrado una inesperada afinidad. Era el lugar donde María había mirado más allá de su áspero exterior, hacia su alma atormentada, y le había ofrecido consuelo sin palabras.

Siguió adelante y levantó la mirada hacia los acantilados que rodeaban el Barranco Sombrío. Su imponente presencia siempre había sido un consuelo, una escarpada barrera entre él y el mundo exterior. Pero ahora se alzaban como centinelas de un futuro incierto. El amanecer los pintaba con colores que parecían demasiado vibrantes para una mañana tan sombría.

Los pasos de Eli lo llevaron a las afueras del pueblo, donde Tommy le había entregado por primera vez las riendas de un caballo que necesitaba herraduras. Ahora el establo estaba en silencio, pero casi podía oír el eco de las risas cuando subió a Tommy al caballo de su padre después de ponerle las herraduras nuevas. Aquel pequeño acto había despertado algo en Eli: un sentimiento de pertenencia que no sabía que anhelaba.

Al pasar por delante de la clínica del doctor Timmons, echó un vistazo a través de la puerta abierta. El olor a antisépticos y hierbas le recordó lo que estaba por venir. Doc siempre había estado allí con sus sabias palabras y su mano firme. Había curado algo más que heridas físicas. También había ayudado a curar algunas de las cicatrices internas de Eli.

Los pasos de Eli lo llevaron hacia la iglesia. Permanecía solemne, con las puertas abiertas de par en par, como si le invitara a buscar orientación por última vez. Las palabras del reverendo Mercer sobre el liderazgo y la redención resonaron en su mente: una parábola que había removido algo muy dentro de él.

Dentro, encontró consuelo en el frescor y la quietud, sentado en un banco con las manos entrelazadas. Recordaba momentos pasados aquí buscando la paz u ofreciendo gracias por las

pequeñas misericordias concedidas por una vida que a menudo le parecía inmerecida.

Su reflexión se vio interrumpida por unos pasos que se acercaban por detrás: el reverendo Mercer reconoció la silueta de Eli contra la vidriera.

"¿Buscando consejo antes de la tormenta?" La voz del reverendo Mercer no emitía juicios, sólo una serena firmeza que fue como un bálsamo para los agitados pensamientos de Eli.

Eli asintió lentamente antes de levantarse y volverse hacia el hombre que se había convertido tanto en confidente como en brújula moral.

"Creo que estoy haciendo balance de lo que puedo perder", admitió Eli en voz baja.

"Y lo que ya has ganado", añadió suavemente el reverendo Mercer, posando una mano tranquilizadora en el hombro de Eli.

De vuelta al exterior, bajo un cielo cada vez más claro a medida que se acercaba el amanecer, Eli continuó caminando por Main Street, la calle donde los colonos regateaban por las mercancías y compartían noticias con el traqueteo de los carromatos.

Cerca estaba el almacén de Rose Bailey. Rose le había pedido consejo en una ocasión. Sus inquisitivas preguntas sobre la justicia le habían calado hasta los huesos, obligándole a enfrentarse a su escepticismo sobre la ley sin orden.

Por último se detuvo en la oficina del sheriff Bennett. No era sólo un lugar donde se hacía cumplir la ley. Era donde Eli había empezado a creer en las segundas oportunidades, no sólo para los demás, sino también para sí mismo.

El peso de lo que le esperaba presionaba a Eli mientras se apoyaba en la barandilla del porche de la oficina. La placa que llevaba prendida en el abrigo le parecía más pesada que nunca, y su presencia era a la vez un ancla y una cadena mientras pensaba en su papel en esta última defensa de Shadow Gulch.

Desde aquí, podía ver casi todos los extremos de Shadow Gulch, el pueblo que se había convertido en algo más que un refugio o un escondite, sino en un lugar donde la vida podía vivirse con honestidad, aunque no siempre con dulzura.

Al amanecer sobre Shadow Gulch, bañándolo en tonos dorados y ámbar, Eli se sintió a la vez parte de todo aquello y aparte: un observador atrapado entre mundos: uno de paz que anhelaba y otro gobernado por la pólvora y el plomo del que no podía escapar.

Volvería a recorrer estas distancias una vez más antes de que cayera la noche -quizá por última vez como guardián de la paz o residente-, pero por ahora, esto era suficiente: recordar lo que cada rincón guardaba para él y lo que el mañana podría llevarse.

EL HORIZONTE PALPITABA con la amenaza del polvo levantado por docenas de jinetes que se acercaban. El corazón de Eli Stone palpitaba en su pecho, como un eco de cascos lejanos cada vez más fuertes. La señal del vigía fue un grito crudo y silencioso: una bandera izada que ondeaba como el ala de un cuervo contra el cielo blanqueado.

Eli entrecerró los ojos y distinguió las formas que se cernían tras la banda: catapultas y arietes fabricados con madera de carroña, amenazadores incluso a distancia. Esto no era sólo un asalto. Era un asedio. Se dio cuenta de que el pueblo de Barranco Sombrío no resistiría lo que se avecinaba.

A cada segundo que pasaba, el enemigo se acercaba más, y los dedos de Eli se crisparon involuntariamente, una sensación fantasmal de su mano en la empuñadura de un arma. Pero reprimió ese impulso. Esta vez tenía que ser más que un pistolero. Tenía que ser el ancla en la tormenta.

La gente del pueblo se movía a toda prisa a su alrededor, apuntalando las barricadas y comprobando sus armas. Halcón Silencioso estaba a su lado, con el rostro impasible, pero sus ojos delataban la concentración de un guerrero. Compartieron un gesto de asentimiento, ya no era necesario que se dirigieran la palabra.

Eli observó la ciudad desde lo alto del campanario de la iglesia. Todas las trampas estratégicas que habían colocado estaban ocultas a plena vista: las trincheras ocultas por la tierra suelta, los explosivos colocados en rincones sombríos y los cables trampa tan finos que no se verían hasta que fuera demasiado tarde.

La cara de María apareció en la mente de Eli, sus ojos decididos se clavaron en los suyos mientras repartía rifles cargados a los que podían aguantar un puesto. Una vez le había dicho que las armas eran mentirosas: prometían poder, pero sólo daban muerte. Sin embargo, allí estaba ella, desafiando al miedo con cada bala que distribuía.

Eli bajó los escalones de la torre de dos en dos, sintiendo cada crujido de la vieja madera bajo sus botas como el compás de un canto fúnebre. A ras de suelo, se movió por las calles de Shadow Gulch con pasos medidos.

"¡Comprobad vuestras líneas!", gritó a los voluntarios que vigilaban las barricadas. "¡Recuerden lo que practicamos!"

Su voz transmitía la autoridad que le habían dado años de mando en situaciones como ésta, aunque entonces no le había importado lo que pasara después de que se disipara el humo.

El sheriff Bennett se acercó. Llevaba la escopeta en los brazos. "Estarán sobre nosotros en cualquier momento", dijo, mirando hacia el horizonte donde el polvo y las sombras se fundían en una ominosa mancha.

"Esperamos", respondió Eli con sencillez. Su mirada se desvió por encima del hombro del sheriff hacia donde el doctor Timmons ayudaba a tapiar las ventanas de su clínica, un lugar que pronto se convertiría en un improvisado centro de triaje.

Un movimiento llamó la atención de Eli. Era Clarence, uno de los que le habían desafiado antes sobre la presencia de Halcón Silencioso. Ahora el hombre seguía diligentemente las instrucciones de Eli sobre cómo apuntalar una puerta.

No sólo había que apuntalar los edificios, sino también a las personas. Eli sabía que el miedo podía corroer la determinación más rápido que el óxido sobre el hierro.

Como invocada por sus pensamientos, María salió de su taberna y se dirigió hacia donde Eli estaba con el sheriff Bennett. Sus ojos se cruzaron con los de Eli por un instante; había palabras que no necesitaban ser pronunciadas.

"Estamos listos", dijo.

Eli se dio la vuelta para ver cómo Halcón Silencioso daba órdenes en voz baja a los miembros de su tribu que se habían unido a ellos en esta lucha, una lucha que no era suya pero que se había convertido en suya de todos modos.

Entonces sucedió: el primer destello de la luz del sol reflejado en el metal a lo largo de la carretera que atravesaba las llanuras en dirección a Shadow Gulch. Los forajidos ya no eran sólo una tormenta que se acercaba. Estaban aquí.

Eli se subió a un carro cercano para ganar altura y gritó órdenes por encima del creciente clamor de los nerviosos colonos que se preparaban para el impacto. Su voz era firme como el granito mientras estaba dentro de su pecho. Sentía que el corazón se le iba a salir del pecho.

"¡Posiciones!" Su llamada rompió la indecisión y animó a la gente a moverse.

Bajó de un salto y caminó enérgicamente hacia Halcón Silencioso, que esperaba con serena intensidad junto a una de sus trincheras ocultas.

"Es probable que intenten abrir una brecha cerca de la herrería", dijo Eli en voz baja.

Halcón Silencioso asintió una vez. "Los llevaremos hacia el fuego cruzado allí".

Eli miró a cada uno de los hombres que los rodeaban -colonos y miembros de la tribu por igual- y vio que su confianza se mezclaba con la inquietud.

Sonó un disparo, un solo chasquido que hendió el aire tenso, y todas las cabezas se volvieron hacia su origen: Los forajidos se habían puesto a tiro y estaban probando su determinación con balas antes de utilizar sus armas más pesadas.

Ese era el momento: el comienzo de lo que sería la última batalla de Barranco Sombrío o su mejor momento. Y allí, entre aquellos que estaban dispuestos a defender sus hogares, Eli sintió que algo cambiaba en su interior: un ajuste de cuentas consigo mismo y con todo aquello de lo que había estado huyendo durante tanto tiempo.

Avanzó por Shadow Gulch como una corriente inquebrantable contra la que nadie podía resistirse, ni los forajidos, ni los recuerdos, ni los remordimientos. Se situó en uno de los extremos de Main Street, donde podía supervisarlo todo, donde podía liderar o caer con aquellos que habían depositado su fe en él.

La primera oleada golpeó: una oleada de hombres a caballo que cargaban directamente hacia su línea de visión mientras las catapultas avanzaban detrás de ellos como bestias arrastradas desde un oscuro bosque hacia la luz del sol.

Pero Shadow Gulch no vaciló. Los fusiles chasqueaban al unísono y las trampas lanzaban sorpresas mortales sobre jinetes demasiado arrogantes o demasiado tontos para esperar resistencia de lo que consideraban una presa fácil.

Eli no disparó -todavía no-, esperó el momento en que la estrategia significara más que los reflejos, en que el liderazgo significara más que apretar el gatillo una y otra vez hasta que no quedara nada moviéndose ante él.

Y mientras observaba a Halcón Silencioso hacer señales a sus hombres escondidos entre los edificios, listos para flanquear a los invasores en el momento justo, Eli Stone supo que esta vez sería diferente, porque esta vez no luchaba sólo para acabar con vidas: luchaba por algo mucho más desafiante: Luchaba por el mañana.

EL CREPÚSCULO CUBRIÓ Shadow Gulch de sombras y temor. Los últimos rayos del sol se apagaron y una calma engañosa se apoderó del pueblo. Eli Stone permaneció en silencio. Su mirada se clavó en la yerma extensión que había más allá. Sus manos descansaban suavemente sobre el revólver que llevaba en la cadera, un gesto que obedecía más a una vieja costumbre que a una intención.

La señal del vigía fue sutil, un simple destello de luz procedente del campanario, pero para Eli bien podría haber sido un trueno. Los forajidos se acercaban. La trampa que había tendido meticulosamente con Halcón Silencioso y la gente del pueblo estaba a punto de ponerse a prueba.

Hizo un gesto con la cabeza al sheriff Bennett, que estaba a unos pasos de distancia, con una expresión de sombría resolución. Compartían el entendimiento tácito de que ya había pasado el momento de planificar. Lo que quedaba era la ejecución y la supervivencia.

Las primeras señales del acercamiento de la banda fueron formas lejanas que se fundían con el horizonte cada vez más oscuro. A Eli se le aceleró el pulso, no de miedo, sino de expectación. Era un momento que había esperado que nunca llegara, pero allí estaba, inmerso en su inevitabilidad.

A medida que la banda avanzaba, su confianza era palpable: preveían una conquista fácil sobre una ciudad cogida desprevenida. El escaso número de defensores visibles en lo alto de las murallas debió de parecerles un descuido o tal vez una resignación a su suerte.

Eli esperó, con todos los músculos en tensión. Sus ojos azules seguían los movimientos de los forajidos, leyendo sus tácticas como un libro abierto, resultado de años pasados en ambos bandos de tales escaramuzas.

Llegó una señal de Halcón Silencioso, apenas perceptible desde la meseta: una mano alzada contra el cielo crepuscular. Era la hora.

Con un gesto brusco de Eli, los arqueros ocultos surgieron de detrás de las falsas murallas y sus flechas atravesaron la penumbra. Una andanada cayó sobre los forajidos, que esperaban poca resistencia. La confusión se extendió por sus filas al darse cuenta de que habían subestimado a Barranco Sombrío.

Eli dio un paso adelante, disparando en el crepúsculo con serena precisión. Cada disparo era una palabra de la historia que deseaba no tener que contar, una historia de violencia que creía haber dejado atrás.

Una serie de explosiones estallaron a lo largo del camino por el que cargaban los forajidos, una sinfonía de caos compuesta por trampas colocadas bajo la dirección de Eli. La suciedad y los escombros nublaron el aire mientras hombres y caballos se desorganizaban.

Los guerreros de Halcón Silencioso emergieron de posiciones ocultas entre las rocas que flanqueaban la entrada de Barranco Sombrío. Descendieron como espectros nacidos del polvo y la venganza, otra sorpresa para la banda de forajidos que ahora se tambaleaba ante este asalto inesperado.

El sheriff Bennett ladró órdenes y su voz animó a los que se habían estado conteniendo. Los colonos que nunca antes habían empuñado las armas con furia ahora se mantenían firmes, envalentonados por el plan de Eli que se estaba haciendo realidad.

Eli no se permitió pensar en cada forajido caído, en cada vida extinguida por necesidad y no por elección. En su lugar, se centró en aquellos a los que estaba protegiendo: El rostro decidido de María mientras cargaba rifles para otros; Doc Timmons arrastrando a un hombre herido hasta un lugar seguro; Tommy blandiendo una horca con desafío juvenil.

Los defensores lanzaron un grito al ver que sus atacantes retrocedían. Eli aprovechó este cambio de ímpetu, pidió otra oleada de flechas y lideró una contracarga para aumentar su ventaja.

El aire de la noche se llenó de sonidos que atormentarían cualquier otra velada -chocar de metales, gritos de dolor y esfuerzo-, pero esta noche sólo sirvieron para confirmar que Barranco Sombrío no se rendiría tranquilamente a la desesperación.

Entre órdenes y disparos, Eli vislumbró a Halcón Silencioso luchando con sombría elegancia junto a sus hombres: una alianza antaño impensable que ahora demostraba su valor en sangre y valentía.

Una nueva oleada de forajidos avanzó, quizá al darse cuenta de que esta batalla no se ganaría sólo con la intimidación o el número. Se encontraron con una resistencia similar, ya que los habitantes de la ciudad se apostaron en todos los miradores y les dispararon con determinación.

La marea cambió lentamente al principio, como un amanecer reticente, pero luego con certeza a medida que los defensores de Shadow Gulch se unían en torno a la inteligente estrategia de Eli. Lo que empezó como individuos dispares luchando por la supervivencia se convirtió en una sola fuerza unida por un propósito y un liderazgo.

Cuando el crepúsculo se convirtió en noche, Shadow Gulch seguía en pie, como testimonio

del valor de su gente y de la mente estratégica de Eli Stone. Pero ésta era sólo la primera oleada. Vendrían más antes de que volviera a amanecer sobre estos muros asediados. Por ahora, sin embargo, Eli se permitió un momento para creer que podrían resistir lo que la oscuridad les trajera, con la unidad como baluarte contra el caos.

Capítulo Treinta Y Ocho

EL AIRE nocturno vibraba con la tensión de un resorte en espiral. Desde su posición ventajosa en primera línea, Eli Stone podía sentir el latido del corazón de Shadow Gulch sincronizado con el suyo, un rápido tamborileo que prometía acción. Examinó las barricadas, improvisadas y sólidas por igual, cada una de ellas testimonio del desafío de la ciudad.

Eli había trazado el plan con meticuloso cuidado, Halcón Silencioso a su lado, combinando estrategia e instinto. Ahora, cuando los forajidos cargaban, creyendo que habían cogido desprevenido a Barranco Sombrío, las trampas saltaban con mortal eficacia. Las cuerdas se tensaron, haciendo caer a los hombres. Fosos ocultos se derrumbaron bajo pies desprevenidos. Y lo que parecían sombras se materializaron en guerreros de Halcón Silencioso, sus golpes tan letales como su homónimo.

El caos inicial entre los atacantes produjo una sombría satisfacción en Eli. Cada forajido abatido era una amenaza menos para la gente a la que había venido a proteger, gente que ahora le miraba como antes lo había hecho en otra vida que creía haber dejado atrás. Pero no era momento para reflexionar. Sólo existía el momento y las vidas que dependían de sus órdenes.

"¡Manténganse firmes!" La voz de Eli se abrió paso entre el caos de gritos de guerra y disparos. Su presencia galvanizó a los habitantes del pueblo, que lucharon con una ferocidad nacida de la desesperación y el valor recién descubierto.

A su lado, Halcón Silencioso se movía como una fuerza de la naturaleza, cada movimiento decidido y seguro. Sus miradas se cruzaron brevemente en medio de la refriega, un intercambio silencioso que hablaba de confianza y determinación compartida.

Los forajidos no esperaban semejante resistencia. El pánico comenzó a infectar sus filas al encontrarse con una sorpresa mortal tras otra. Pero eran numerosos y les movía algo más que la codicia. Había una venganza en juego, personal y amarga.

Eli se movió entre los defensores, recargando su arma con práctica facilidad. Daba rápidos gestos de ánimo, palabras innecesarias en el fragor del combate. Cada disparo que hacía era preciso, y cada vez que apretaba el gatillo caía un forajido. No sólo luchaba. Estaba defendiendo todas las esperanzas y sueños que albergaban las estructuras de madera y los corazones de piedra de Shadow Gulch.

Ahora podía verlo: la forma en que María le miraba con una mezcla de miedo y admiración, el serio intento de Tommy de montar a caballo bajo su tutela, los silenciosos gestos de respeto de Halcón Silencioso. Todos estos momentos le condujeron hasta aquí, hasta esta posición en la que ya no huía de lo que era, sino que lo aceptaba por el bien de ellos.

Eli avanzó con un grupo de hombres para asegurar una brecha por la que los forajidos amenazaban con colarse. Se movían como una sola entidad: caras diferentes, pasados diferentes,

pero unidos en un propósito.

"¡Manteneos alerta! ¡Cuídense las espaldas!" gritó Eli cuando llegaron a la brecha. El intercambio de disparos a corta distancia era una danza peligrosa: un paso en falso podía significar la muerte.

Un joven al lado de Eli vaciló cuando un forajido se dirigió hacia él, un muchacho en realidad, aún no curtido por las lecciones más crueles de la vida. Sin dudarlo, Eli se puso delante de él y disparó un tiro que dio en el blanco. El joven asintió con un gesto de agradecimiento, con una nueva determinación iluminando sus ojos.

Eli no tuvo tiempo de responder. Estaban llegando más forajidos. La trampa sólo había tenido éxito en parte, un hecho que lo atormentaba incluso mientras recargaba una vez más.

Un grito atrajo su atención hacia el flanco izquierdo, donde colonos y miembros de la tribu luchaban codo con codo. Un grupo de forajidos había conseguido rodear uno de los fosos ocultos de Halcón Silencioso y estaba ganando terreno rápidamente.

Sin perder un segundo, Eli hizo un gesto a varios hombres para que le siguieran y reforzaran la línea. Entendieron al instante, y no dudaron en seguir sus pasos a pesar del cansancio.

Mientras corrían hacia el flanco asediado, Eli vio a Clarence -el aldeano que había cuestionado su autoridad- luchando con una ferocidad que desmentía cualquier duda anterior que pudiera haber tenido sobre su alianza o el pasado de Eli.

Sus miradas se cruzaron por un instante en el tumultuoso campo de batalla y ambos se reconocieron en silencio antes de volver a sus respectivos combates.

Eli llegó al flanco izquierdo justo a tiempo para defenderse de la invasión de los forajidos y sintió cómo la adrenalina recorría sus venas. Luchaba junto a hombres que no hacía mucho eran desconocidos, pero que ahora eran compañeros de armas, una hermandad forjada en el fuego y la necesidad.

Halcón Silencioso volvió a aparecer a su lado como conjurado sólo con el pensamiento: el tomahawk del guerrero se balanceaba en amplios arcos que mantenían a raya a sus enemigos.

Juntos lucharon, el herrero y el guerrero, cada uno un ancla para su pueblo en medio de las olas del caos. Eli supo entonces que, pasara lo que pasara cuando amaneciera sobre las maltrechas defensas de Barranco Sombrío, aquella noche sería recordada, una noche en la que las diferencias se desvanecieron hasta la insignificancia frente a un enemigo común.

Mientras los disparos resonaban en los acantilados circundantes y los gritos llenaban el aire, Eli Stone aceptó plenamente su papel: ya no era sólo un herrero en busca de redención, sino un líder que defendía su hogar y su corazón contra la oscuridad que se avecinaba.

ELI RECARGÓ, sus movimientos mecánicos, perfeccionados por años de conflicto que había intentado dejar atrás. Las balas pasaron zumbando, levantando tierra y astillando las barricadas de madera que se interponían entre la gente del pueblo y la aniquilación. Los forajidos se habían reagrupado más rápido de lo que había previsto, y su feroz ataque no había disminuido a pesar de las trampas y emboscadas iniciales que habían cortado sus filas.

El aire estaba cargado de pólvora y desesperación. Cada chasquido de un rifle llevaba el peso de la supervivencia. La concentración de Eli se estrechaba a medida que apuntaba por el cañón, cada disparo acentuaba su determinación. Ya no era sólo un herrero. Era el baluarte contra el caos, un manto que había aceptado con cada bala gastada.

Desde su posición, Eli observó cómo los forajidos se adaptaban a sus tácticas, mientras su despiadado líder orquestaba una ofensiva implacable. Llegaron como una avalancha, sin pensar

en sus camaradas caídos, con la intención de abrumar las defensas apresuradamente erigidas de Shadow Gulch.

"¡Mantente firme!" Eli llamó a un joven a su lado cuyas manos temblaban mientras intentaba recargar. "Respira y concéntrate".

El joven asintió. Tenía los ojos muy abiertos, pero sus movimientos eran cada vez más seguros bajo la guía de Eli. Al otro lado de la barricada, los miembros de la tribu de Halcón Silencioso luchaban con sombría determinación, y las flechas daban en el blanco con mortal precisión. Era una danza de muerte y desafío que había unido a personas que antes se veían con desconfianza.

Una explosión estalló a la izquierda: un cartucho de dinamita arrojado sin miramientos. El aire se llenó de gritos y una lluvia de astillas y tierra cayó sobre ellos. A Eli se le encogió el corazón al ver una figura arrugada cerca de la explosión.

"¡Doc!", gritó por encima del estruendo, esperando que Timmons pudiera oírle por encima de la cacofonía de disparos y dolor.

El médico salió de su escondite, con el maletín en una mano, mientras corría hacia los heridos con una urgencia que hablaba mucho de su carácter. A su alrededor, la lucha se recrudecía y ninguno de los bandos cedía.

Eli se volvió hacia la refriega justo a tiempo para ver cómo otra oleada de forajidos cargaba hacia delante, algunos empuñando antorchas que proyectaban un ominoso resplandor sobre el cielo crepuscular. Apuntaban a los edificios con la intención de quemar a los que se refugiaban en ellos.

"¡No!" La palabra salió de los labios de Eli en un gruñido mientras disparaba a una figura que avanzaba.

La batalla estaba en el filo de la navaja. Cada decisión podía significar la vida o la muerte. Eli sabía que no podían permitir que el fuego se apoderara de ellos: si Barranco Sombrío ardía, también lo harían sus esperanzas de supervivencia.

"¡Sheriff!" Eli llamó a Bennett, que estaba reuniendo a un grupo de defensores para una contraofensiva. "¡Están apuntando a las estructuras! Tenemos que detenerlos!"

Bennett asintió escuetamente y ladró órdenes a los que le rodeaban. Hombres y mujeres se prepararon contra el calor que amenazaba con consumirlos mientras luchaban contra los que blandían las llamas como un arma.

Eli se movía a lo largo de la línea, ofreciendo apoyo cuando era necesario: una mano firme aquí, una bala extra allá. Su presencia era una fuerza tranquilizadora en medio del caos, un papel que ahora asumía plenamente.

De repente, un dolor agudo atravesó el hombro de Eli. Una bala lo había rozado, provocándole sangre y una aguda respiración. El dolor estaba allí, pero lejano, un mero eco en medio del rugido de la batalla que consumía todo lo demás.

No tuvo tiempo de reconocerlo más cuando un forajido atravesó sus líneas, con el arma apuntando directamente a Halcón Silencioso, que no era consciente del peligro inminente.

Sin dudarlo ni pensárselo, Eli derribó a Halcón Silencioso en el momento en que el forajido disparaba. La bala no dio en el blanco previsto, pero se clavó en una de las costillas de Eli.

Apretando los dientes contra el punzante dolor que le recorría el pecho, Eli empujó a Halcón Silencioso hacia la cobertura antes de volverse para enfrentarse a su agresor.

El forajido se cernió sobre él con un gruñido, pero se encontró mirando fijamente el cañón de la pistola de Eli. Una fracción de segundo después, se hizo el silencio a su alrededor cuando Eli apretó el gatillo: un disparo definitivo que resonó en sus oídos con más fuerza que cualquier grito

de guerra.

Se puso en pie con la ayuda de Halcón Silencioso. Cada aliento era fuego en sus pulmones, pero no había tiempo para la debilidad, no cuando las vidas dependían de su capacidad de liderazgo.

La lucha se prolongó hasta lo que pareció una eternidad: las balas volaban y la gente gritaba, una sinfonía de horror en la que cada nota era tocada por la mano desesperada de la supervivencia.

En los momentos en que los disparos dejaban momentáneamente un tenso silencio antes de reanudar su coro mortal, Eli vislumbraba a María moviéndose entre los defensores con agua y vendas, un faro de esperanza en un mar de desesperación.

Eli sabía que esta noche quedaría grabada en la memoria de Shadow Gulch -la noche en que o permanecían unidos o caían divididos-, pero no podía permitirse considerar nada más allá de cada amenaza inmediata.

Con cada tirón de su gatillo, cada orden emitida desde unos labios marcados por una determinación sombría, Eli Stone se forjaba a sí mismo de nuevo, no sólo como el reticente salvador de Shadow Gulch, sino como su firme corazón latiendo contra viento y marea entre el fuego y enemigos implacables.

ELI STONE OBSERVABA desde las maltrechas murallas cómo Halcón Silencioso reunía a sus guerreros. El éxito inicial de su emboscada se había desvanecido, y ahora el implacable empuje de los forajidos amenazaba con engullir por completo Barranco Sombrío. Eli empuñó con fuerza el rifle que había jurado no volver a usar, pero eran tiempos desesperados.

Los forajidos se reagruparon en las afueras de la ciudad, una fuerza desorganizada unida únicamente por la codicia y un enemigo común. Encendieron antorchas y sus llamas lamieron el crepúsculo como lenguas bífidas de serpiente, un espectáculo que prometía destrucción y caos. Los ojos de Eli se desviaron hacia Halcón Silencioso, cuya silueta se recortaba contra la luz mortecina, con un plan tácito gestándose tras su mirada firme.

Halcón Silencioso se volvió hacia sus hombres y se hizo una señal silenciosa entre ellos. En un instante, se pusieron en marcha, con un trueno bajo sus pies mientras cargaban. El suelo parecía arrastrar su furia, sus gritos se fundían con la pintura de guerra que cubría sus rostros, una muestra de crudo desafío.

Los forajidos vacilaron y la sorpresa se reflejó en sus rasgos cuando los guerreros de Halcón Silencioso descendieron sobre ellos. Eli pudo verlo desde su posición ventajosa: la momentánea caída de las filas de los forajidos, que se apresuraron a hacer frente a esta nueva amenaza.

Halcón Silencioso dirigía con una ferocidad primitiva que atravesaba la bruma del miedo y la incertidumbre. Su tomahawk surcó el aire con una gracia letal, una danza mortal entre el discordante choque del acero y la pólvora.

El corazón de Eli se aceleró con un cóctel desconocido de esperanza y adrenalina. Se trataba de un hombre que sabía lo que significaba luchar por algo más que la supervivencia; Halcón Silencioso luchaba por el honor, por su pueblo, por las promesas hechas a cielo abierto. Su valentía era una chispa en la noche, que encendía algo dentro de Eli que creía muerto desde hacía mucho tiempo.

Con cada forajido abatido por la mano de Halcón Silencioso, una ovación surgía de las gargantas de los defensores. La valentía de los miembros de la tribu era contagiosa. Se filtró en los cansados huesos de Shadow Gulch y los sacó de la desesperación. Los hombres y mujeres

que habían estado a punto de rendirse ahora ocupaban sus puestos con renovado vigor.

"¡Vamos!" Eli gritó por encima del estruendo de la batalla, su voz encontró la fuerza que no había poseído en años. Bajó de un salto de su percha y aterrizó entre sus compañeros defensores.

La gente del pueblo se unió a su llamada, siguiendo la estela de Halcón Silencioso como una riada que se desborda. Lucharon no sólo por sí mismos, sino por los demás, por el futuro que esperaban recuperar de las fauces de la derrota.

Eli se sumergió en la refriega junto a ellos, cada bala que disparaba era una promesa a aquellos que buscaban su guía, una promesa de que los guiaría a través de la noche sin importar la oscuridad que les esperara.

Junto con la tribu de Halcón Silencioso, hicieron frente a la marea de forajidos con todo lo que les quedaba. Cada golpe de martillo u horca blandido por manos decididas frenaba el avance de los forajidos.

Mientras Eli recargaba su rifle, miró a María a lo lejos. Ella se mantenía firme detrás de una mesa volcada frente a su taberna, armada únicamente con su voluntad y una vieja escopeta. Su presencia allí, luchando por el legado de su padre, golpeó a Eli con profunda claridad: no se trataba sólo de sobrevivir. Se trataba de preservar lo que hacía que mereciera la pena vivir.

Halcón Silencioso resurgió de la línea de escaramuza, ensangrentado pero intacto. Levantó su tomahawk en alto -un grito de guerra sin palabras- y se lanzó de nuevo a las fauces del peligro.

Eli avanzó a su lado, igualando su ritmo zancada a zancada mientras atravesaban juntos las líneas enemigas: una alianza forjada a sangre y fuego.

Los defensores se animaron ante esta unión del viejo mundo y el nuevo, de la tradición que choca con el progreso, para crear algo que ninguno de los dos podría haber logrado por sí solo. Sus fuerzas combinadas eran mayores que sus partes: una sinfonía de valor orquestada por la necesidad y el respeto mutuo.

Eli podía sentirlo en sus huesos, el cambio de impulso, como si la carga de Halcón Silencioso hubiera invertido alguna antigua rueda del destino que llevaba mucho tiempo girando en su contra.

Avanzaron bajo un cielo ahora inundado de estrellas que daban testimonio de su lucha. El crepitar de los disparos se fundía con los gritos de guerra y de desafío, una cacofonía que resonaba en las paredes del cañón y prometía historias para las generaciones venideras.

Eli dedicó una mirada al sheriff Bennett, que luchaba hombro con hombro con uno de los guerreros de Halcón Silencioso, una visión que días atrás le habría parecido imposible. Juntos se movían entre sombras y llamas como avatares de una antigua justicia fronteriza que hubiera renacido en medio del caos.

Y mientras luchaba -sus miedos del pasado se disipaban como el humo en el viento- Eli Stone sabía que, independientemente de lo que ocurriera después, esa noche no le definiría por el hombre que había sido, sino por en quién se había convertido: protector, aliado, líder.

Con cada forajido que caía ante ellos, la determinación de Shadow Gulch se solidificaba. Cada victoria, por pequeña que fuera, avivaba las llamas de la esperanza en unos corazones hambrientos de calor.

La carga crítica de Halcón Silencioso había desbaratado algo más que los esfuerzos de asedio: había roto barreras visibles e invisibles, recordando a todos los que la presenciaron lo que se podía conseguir cuando la gente se unía contra enemigos comunes.

Pero incluso cuando esta renovada energía le recorría a él y a aquellos junto a los que luchaba, Eli sabía que quedaban más batallas por delante, más pruebas para sus voluntades y espíritus antes de que el alba volviera a despuntar de verdad en Barranco Sombrío.

Capítulo Treinta Y Nueve

Los ojos de Eli se entrecerraron cuando el enorme brazo de la catapulta se balanceó hacia delante, liberando su mortífera carga en el cielo. El suelo tembló bajo sus botas, el mundo estalló en una cacofonía de madera astillada y gritos cuando el proyectil se estrelló contra las defensas improvisadas de Barranco Sombrío. El polvo y los escombros nublaron el aire y, a través de ellos, Eli vio figuras que se levantaban, algunas para ponerse en pie, otras para ayudar a los que permanecían inmóviles.

Sintió una mano en el hombro, firme y enraizada. Halcón Silencioso estaba a su lado. Su expresión era sombría. "El corazón de la ciudad no puede soportar mucho más", dijo, su voz apenas se elevaba por encima del estruendo.

La mente de Eli se aceleró. La catapulta cambiaba las reglas del juego, era un monstruo que podía convertir Shadow Gulch en escombros con sólo unos pocos golpes más. Su mirada se desvió hacia el sheriff Bennett, que estaba reuniendo a lo que quedaba de sus combatientes.

"Tenemos que derribar esa cosa", le gritó Eli, con voz de acero y determinación.

Bennett asintió. Su rostro se endureció. "¿Cómo? Estamos atrapados aquí."

Eli observó el campo de batalla, con sus afilados ojos azules buscando cualquier ventaja que pudieran aprovechar. La tripulación de la catapulta estaba bien protegida por fusileros forajidos apostados en un terreno más elevado, por lo que acercarse a ellos de frente sería un suicidio.

"Distracción e infiltración", murmuró Eli en voz baja. Su plan se formó como un herrero da forma al hierro caliente: bajo una intensa presión y con golpes decisivos.

Se volvió hacia Halcón Silencioso. "¿Pueden tus hombres rodear? ¿Acabar con esos pistoleros?"

Los ojos de Halcón Silencioso brillaban con el fuego de un guerrero. "Nos movemos como sombras", confirmó.

"Y necesitaré algunos voluntarios". Eli no esperó respuesta. Podía verlo en los rostros decididos que le rodeaban.

Minutos después, Eli se acurrucó con un pequeño grupo de hombres y mujeres detrás de lo que quedaba de un carro volcado. Eran jóvenes y viejos, mineros y granjeros, no soldados, pero sus rifles no se movían mientras le miraban en busca de orientación.

"Creamos el caos", explicó Eli rápidamente. "Despistarlos el tiempo suficiente para que los hombres de Halcón Silencioso los flanqueen".

Un hombre enjuto con las mejillas sucias asintió solemnemente. "¿Cuál es la señal?"

Eli se lo pensó un instante y respondió: "Cuando oigas la campana de la iglesia sonar tres veces, es tu señal".

El hombre enjuto dio una palmada en la espalda a Eli y se alejó corriendo para transmitir el

mensaje.

El tiempo se les escapó como arena entre los dedos mientras esperaban a que los guerreros de Halcón Silencioso se posicionaran sin ser vistos en el crepúsculo inminente. Entonces sonaron tres tonos claros de la campana de la iglesia, cada uno de ellos atravesando el tumulto de la batalla como un cuchillo afilado a través del cuero.

Los defensores salieron de su escondite y sus gritos y disparos sembraron la confusión entre las filas de los forajidos. Un disparo errante prendió fuego a un granero. Sus llamas proyectaron sombras danzantes sobre la escena, como si el mismísimo infierno se hubiera abierto bajo ellos.

En aquel caos, Eli se movía -una sombra entre las sombras- deslizándose entre los huecos de la línea enemiga con un puñado de otros que le seguían de cerca. Llegaron a la base de un saliente rocoso. Desde allí podían ver el arma de asedio que se alzaba ominosamente contra el cielo.

"Manténganse agachados", les ordenó Eli en voz baja mientras avanzaban arrastrándose sobre el vientre.

El corazón le martilleaba contra las costillas, no sólo por el esfuerzo, sino también por los recuerdos que se aferraban a él como rebabas en la tela: recuerdos de batallas pasadas en las que cada decisión significaba la vida o la muerte, no sólo para él, sino también para los que le seguían.

Ahora estaban cerca. Tan cerca que podía oír el crujido de la madera y la cuerda al recargar la catapulta. A su lado había un barril -probablemente lleno de brea o aceite para encender el siguiente disparo- y una idea chispeó en su interior como el pedernal en el acero.

"Cúbreme", susurró y corrió hacia él antes de que nadie pudiera discutir.

Las balas levantaron tierra a su alrededor mientras corría, pero la suerte o la providencia lo llevaron ileso hasta que alcanzó el cañón. Con todas las fuerzas que le quedaban, lo empujó y su contenido se derramó hacia la catapulta justo cuando otro proyectil salía disparado hacia Barranco Sombrío.

Eli no observó su vuelo. En su lugar, encendió una cerilla y la arrojó al líquido que se acumulaba a sus pies. El fuego cobró vida y envolvió la brea y la catapulta en hambrientas llamas que lamieron el cielo con voracidad.

Los gritos se volvieron frenéticos a su alrededor, mientras los forajidos se apresuraban a apagar las llamas o a huir de ellas, alejándose de sus puestos y cayendo en las emboscadas de Halcón Silencioso.

Eli se apartó lentamente del infierno que había creado -no por miedo, sino por reverencia a su belleza destructiva- y volvió a donde yacían ocultos sus compatriotas. Sus ojos se encontraron con los suyos con algo parecido al asombro, pero también preguntándose qué vendría después de actos tan desesperados.

Pero no era momento para descansar. Aún había vidas que salvar y una ciudad que proteger.

"¡Vamos!" ordenó Eli con el vigor renovado que dan las pequeñas victorias frente a adversidades abrumadoras, y juntos se lanzaron una vez más al abrazo de la batalla.

EL CREPITAR de las llamas interrumpió el caos de la batalla y atrajo la atención de Eli hacia una columna de humo que salía cerca de la taberna. El corazón le dio un vuelco. La munición: la habían almacenado allí, y ahora saltaban chispas como demonios bailando hacia el desastre.

María salió por la puerta de la taberna con el rostro decidido. Cogió un cubo de un espectador atónito y corrió hacia el pozo del pueblo. Gritó: "¡Agua!", y su voz atravesó la niebla de miedo

que se había apoderado de la gente. "¡Formen una fila!"

Eli observaba, dividido entre la refriega que tenía al alcance de la mano y el fuego que amenazaba con prender su última esperanza de defensa. Maldijo en voz baja, el protector que llevaba dentro luchando contra el miedo personal que le atenazaba.

Hombres y mujeres se colocaron junto a María, pasándose los cubos de mano en mano mientras ella los dirigía con la autoridad de un general. El agua salpicaba la madera caliente, silbando y humeando en desafío a las hambrientas llamas.

Quería llamarla, insistirle en que se pusiera a cubierto y dejara esto en manos de otros. Pero María no era así, nunca lo había sido. Ella era el corazón palpitante de Shadow Gulch, y no se quedaría de brazos cruzados mientras ardía.

Eli se volvió hacia sus hombres y los alentó con gestos firmes y órdenes cortantes. Tenían que mantener la línea, hacer retroceder a los que pretendían destruir todo lo que apreciaban. Apretó con fuerza su arma. Cada disparo era un eco de su pulso acelerado.

Una llama especialmente audaz saltó hacia un cajón de balas, y María se lanzó hacia delante con un grito, apagándola con una ferocidad que igualaba a la de Eli en el campo de batalla. La observó moverse con fluida gracia en medio del caos, tejiendo con cada movimiento un tapiz de valentía que no pudo evitar admirar.

La batalla continuaba, pero una parte de él permanecía con ella, siguiendo cada uno de sus pasos mientras organizaba la brigada de cubos. Le maravillaba su resistencia. A pesar de que el humo le picaba en los ojos y el sudor le manchaba la frente, no vaciló.

Un golpe sonó detrás de él -un forajido se desplomó bajo el tomahawk de Halcón Silencioso- y Eli volvió a la realidad. Su mundo se redujo una vez más a pólvora y gravilla.

Pero a pesar de todo, la sintió a ella: María Álvarez, intrépida en medio de las tormentas de fuego, impulsando a los que la rodeaban a luchar por sus vidas. Formaba parte de esta defensa tanto como cualquier hombre o mujer armado.

Eli siguió adelante con renovado vigor, reforzada por su fortaleza bajo el fuego. Si sobrevivían a esta noche, sería gracias a espíritus como el suyo, que se negaban a doblegarse.

Mientras el agua continuaba su implacable viaje del pozo a la llama, Eli se encontró rezando, no por la victoria o la supervivencia, sino por la seguridad de María por encima de todo.

EL CREPITAR del fuego se mezclaba con los disparos y los gritos, pero para Eli, el mundo se reducía a la figura que emergía de la humeante bruma: un hombre cuyo rostro estaba grabado en sus recuerdos más oscuros. El líder de los forajidos avanzó a grandes zancadas, con una sonrisa torcida que atravesaba la mugre de su rostro.

"Siempre te ha gustado hacerte el héroe", dijo el forajido, su voz era un siseo serpentino que se deslizaba por el caos.

Eli apretó con fuerza el revólver y los nudillos se le pusieron blancos. Estudió al hombre que tenía delante y observó la cicatriz irregular que le cruzaba la mejilla, un recuerdo de su último encuentro.

"Clayton", dijo Eli, el nombre con sabor a bilis. "Veo que el tiempo no te ha hecho ningún favor".

Clayton rió, un sonido hueco que no transmitía alegría. "El tiempo ha sido mi fiel compañero en este largo camino hacia la retribución".

La mente de Eli se remontó a una calle polvorienta años atrás, a la sangre que había derramado su mano el día que dio por muerto a Clayton. Había creído que se había hecho

justicia. Se había equivocado.

"¿Qué quieres, Clayton?" preguntó Eli, sin apartar los ojos de la figura que tenía delante.

La sonrisa de Clayton vaciló, sustituida por un ceño fruncido. "¿Qué es lo que quiero? Quiero que sientas lo que yo sentí cuando me lo quitaste todo".

La mirada de Eli se mantuvo firme. "No me llevé nada que no estuviera ya perdido por tus propios actos".

A Clayton se le escapó una risa amarga. "Ya estás otra vez, predicando como un santo. Pero ambos sabemos que los santos no tienen las manos manchadas de sangre".

El aire entre ellos crepitaba de tensión mientras viejos agravios se agitaban como víboras listas para atacar. Eli podía sentir los ojos sobre ellos: tanto los defensores de la ciudad como los forajidos observaban su enfrentamiento.

"¿Es por esto por lo que estás aquí?" Preguntó Eli, con voz baja y firme. "¿Para ajustar cuentas?"

"Es más que eso", se quejó Clayton. "Se trata de mostrar a esta gente quién es realmente su salvador: un asesino que se esconde tras el delantal de un herrero".

Se levantó un murmullo entre los que observaban mientras asimilaban las palabras de Clayton. Eli sintió sus dudas y su miedo tan palpables como el calor de las llamas que consumían madera y esperanza por igual.

"Matarme no cambiará lo que eres".

"No", aceptó Clayton, "pero seguro que me hará sentir mejor".

Su historia común era un retorcido camino plagado de violencia y arrepentimiento, una saga que había comenzado cuando Eli llevaba una placa e impartía lo que él consideraba justicia en una tierra sin ley. Era una época en la que Clayton no era más que otro forajido cuya banda aterrorizaba las ciudades en busca de dinero y sed de sangre, hasta que Eli acabó con ellos, uno a uno, hasta que sólo quedó Clayton.

El silencio se tensó como la cuerda de un arco antes de que Clayton desenfundara su revólver con un movimiento fluido: un desafío a cielo abierto.

Eli exhaló lentamente. Ya no había vuelta atrás. Con la facilidad que le otorgaban los innumerables encuentros de este tipo, desenvainó su propia arma.

Estaban separados por escasos pasos, dos hombres salidos del mismo crisol de violencia, pero moldeados en formas totalmente distintas: uno en busca de redención, el otro de venganza.

"Acabemos con esto". Clayton escupió.

"Sólo recuerda", dijo Eli con calma, "tú elegiste este camino".

Bastó con que Clayton asintiera con la cabeza para que su duelo privado comenzara bajo la atenta mirada de Shadow Gulch. Los disparos rompieron la tensa quietud como truenos, haciendo que los pájaros se dispersaran en el crepúsculo.

Las balas volaban con intención mortal mientras cada hombre esquivaba y disparaba, ambos experimentados en la danza de la muerte que ahora interpretaban. El polvo se levantaba alrededor de sus botas mientras los rostros miraban a través de las ventanas y por encima de las barricadas el espectáculo que se desarrollaba ante ellos.

El objetivo de Clayton era cierto, pero Eli se movía con una urgencia alimentada por algo más que la supervivencia. Luchaba por la redención, por María, por la confianza de Halcón Silencioso, por el propio Barranco Sombrío.

Eli podía sentir cada movimiento grabado en la memoria muscular como si nunca hubiera dejado las armas o su vida pasada como agente de la ley. Cada una de sus acciones era precisa a pesar de los años que había pasado ante un yunque en lugar de blandir el hierro en combate.

Una bala rozó el costado de Eli, que sintió un dolor agudo, pero se sobrepuso. No podía permitirse distraerse. No ahora que tanto dependía de ese momento, cuando todas las vidas de Shadow Gulch se balanceaban en el filo de la navaja de la incertidumbre.

Mientras se rodeaban como depredadores encerrados en un abrazo mortal, sus ojos no se apartaban en ningún momento: la intensidad azul de la mirada de Eli chocaba con la mirada llena de odio de Clayton.

Y entonces se produjo una pausa en sus movimientos, una breve pausa en la que el destino pareció contener la respiración.

"No tiene por qué ser así", dijo Eli entre dientes apretados, ofreciendo una última súplica a cualquier atisbo de humanidad que aún pudiera quedar en el amargo corazón de Clayton.

"Siempre iba a ser así", gruñó con la convicción grabada en cada sílaba.

Sus armas hablaron una vez más con firmeza: un coro de destinos sellados con plomo. El polvo se asentó lentamente a su alrededor mientras un hombre se mantenía en pie y otro caía a tierra: una historia de venganza que terminó con una bala implacable.

Eli estaba de pie junto al cuerpo caído de Clayton, con el pecho agitado por el esfuerzo y la adrenalina, que desaparecía lentamente dejando tras de sí un vacío demasiado familiar: el coste de la violencia, por muy justificada que se sintiera al apretar el gatillo.

Se apartó de Clayton -de su pasado- y se enfrentó a los que le observaban: algunos con los ojos muy abiertos por el miedo o el respeto, otros con un asombro indisimulado ante lo que habían presenciado: este héroe reticente obligado una vez más a desempeñar papeles abandonados hace tiempo pero nunca olvidados.

EL HUMO de las armas se arremolinaba alrededor de Eli mientras se enfrentaba al hombre que había emergido de entre los fantasmas de su pasado para acecharle. La mano de Eli se cernía sobre su revólver, un peso familiar que le producía tanto consuelo como temor. El forajido se reflejaba en él, con una mueca en los labios y los ojos encendidos de venganza.

Estaban de pie en medio del caos de la batalla, dos pilares en una tormenta, su venganza personal cortando el estruendo. A su alrededor, la gente del pueblo y los miembros de la tribu se enfrentaban a los forajidos que quedaban, pero en ese momento, el mundo de Eli se reducía al espacio que había entre él y su enemigo.

El forajido hizo su movimiento con un rápido desenfunde, pero la respuesta de Eli fue instintiva: su arma estaba desenfundada y disparando antes de que el pensamiento consciente pudiera alcanzarlo. La primera bala le rozó el costado, una línea de fuego abrasadora que rasgó la tela y mordió la piel. El dolor lo atravesó, pero era un viejo amigo que reforzó su determinación en lugar de debilitarla.

Eli se movió con gracia y esquivó otro disparo. Se refugió detrás de un carro volcado y las balas volaron sobre él. Respiraba entrecortadamente y utilizaba cada bocanada para estabilizar su puntería.

"¡Has perdido tu ventaja, Stone!", se burló el líder de los forajidos, confiado en su supuesta ventaja.

La mente de Eli se agitó, repasando años de encuentros como éste. Apretó una mano contra la herida, sintiendo la cálida pegajosidad de la sangre que trataba de reclamar su atención. Se resistió. No era el momento de debilitarse.

Con un rápido vistazo alrededor del carro, Eli disparó. Su bala dio en el hombro del forajido, desviando su siguiente disparo. El dolor contorsionó el rostro del hombre en un gruñido mientras

se refugiaba detrás de un abrevadero.

"¡No puedes esconderte de mí!" Eli le gritó, moviéndose para conseguir un mejor ángulo. "¡Esto termina ahora!"

Ambos intercambiaron disparos con una precisión mortal. Eli podía sentir cada movimiento de su oponente, patrones predecibles grabados en la memoria tras innumerables enfrentamientos. Contaba los disparos. Sabía cuándo tendría que recargar el forajido.

En esa momentánea pausa de silencio mientras los cilindros de ambos vaciaban sus últimos cartuchos, Eli hizo su movimiento. Avanzó con toda la fuerza que le quedaba. Su arma se vació justo cuando llegaba al abrevadero. La arrojó a un lado sin vacilar.

El forajido buscó a tientas balas nuevas, un error fatal fruto del pánico al ver que Eli se acercaba a él. Eli agarró una barra de hierro que había tirado al suelo tras fortificarse, un arma improvisada pero eficaz en el cuerpo a cuerpo.

Chocaron con la cruda ferocidad de los hombres que luchan por algo más que la supervivencia: por el legado y la venganza. La barra de hierro golpeó con fuerza la mano del forajido. Los revólveres cayeron al suelo olvidados mientras forcejeaban desesperadamente.

Eli recibió otro golpe, un puñetazo en la mandíbula que le hizo ver estrellas, pero no cejó en su empeño. El dolor le devolvió la concentración. Le recordaba todas las pérdidas y todas las decisiones difíciles que le habían traído hasta aquí.

Haciendo más palanca que fuerza, Eli giró y giró hasta inmovilizar al líder de los forajidos contra un muro de sacos de arena. La barra de hierro encontró su lugar en la garganta del hombre, sin presionar para matar, pero lo suficiente para detener cualquier lucha posterior.

"Ríndete", gruñó Eli entre dientes apretados, cada palabra cargada de finalidad.

La lucha desapareció de los ojos del forajido al darse cuenta de que no había escapatoria, no esta vez. Asintió secamente. La derrota era amarga en su lengua, pero innegable en su verdad.

Eli retrocedió lentamente, sin apartar los ojos de él hasta que otros acudieron a asegurar al líder caído.

Como si se hubiera roto un hechizo con la derrota de su líder, la confusión y el miedo recorrieron las filas de los atacantes restantes. Miraron hacia atrás, hacia donde había caído su líder -un faro de su propia vulnerabilidad- y la duda se coló en los corazones antes alimentados por una lealtad equivocada.

Eli observó cómo algunos arrojaban las armas mientras otros se daban la vuelta para huir hacia la inminente oscuridad que una vez les prometió cobertura para escapar. La balanza se inclinaba hacia Barranco Sombrío y sus gentes, que tanto habían sufrido.

Exhaló un largo suspiro, como si se hubiera llevado meses de tensión de los pulmones. En ese momento sintió las manos sobre él, gente del pueblo preocupada y preparada con vendas y palabras de gratitud, pero lo único que pudo hacer fue asentir en silencio.

Su victoria aún no estaba asegurada, pero la esperanza se había reavivado en Shadow Gulch, una llama que ni siquiera el derramamiento de sangre podría extinguir ahora.

Capítulo Cuarenta

EL SUELO bajo las botas de Eli vibraba con la cambiante marea de la batalla, la balanza se inclinaba ahora a su favor. Recargó su revólver con práctica facilidad, cada bala una promesa a Shadow Gulch de que no permitiría que su confianza en él se perdiera. El líder de los forajidos yacía inmóvil, con la malicia de su vida extinguida por un certero disparo. El pecho de Eli se hinchó de esfuerzo y alivio. La venganza de este hombre había impulsado una ola de violencia hacia la ciudad, y ahora, se estaba quebrando contra la determinación de Eli.

Eli escudriñó el campo de batalla, sus ojos azules penetrando a través del polvo que se asentaba. Los forajidos, ahora sin líder, vacilaron al darse cuenta de la caída de su comandante. Su asalto, antes coordinado, se deshizo en desorden. Las trampas que Eli y Halcón Silencioso habían tendido minuciosamente estaban haciendo mella en el número de forajidos, un testimonio brutal de la preparación y la astucia del pueblo.

Halcón Silencioso apareció a su lado. Su expresión era estoica pero aliviada. Juntos habían forjado un vínculo de liderazgo que había sostenido a su pueblo a través del fuego y el miedo. "Se están quebrando", observó Halcón Silencioso, con voz firme por encima del estruendo de la retirada.

Eli asintió, sintiendo el peso de sus armas a su lado, herramientas de destrucción que había esperado dejar atrás pero que una vez más habían servido para preservar la vida. "Acabemos con esto", dijo con sombría determinación.

Los defensores aprovecharon el caos entre los forajidos. Los gritos resonaban detrás de las barricadas y los tejados cuando los ciudadanos de Shadow Gulch sintieron que la victoria estaba a su alcance. "¡Hacedlos retroceder!" gritó Eli, su orden atravesó la indecisión como una hoja caliente atraviesa el cuero.

Hombres y mujeres se lanzaron al ataque. Su temor anterior se transformó en una fuerza poderosa. La milicia, antes dividida, se movía ahora como una sola entidad, impulsada por la esperanza y el sabor inminente de la paz restaurada. Siguieron adelante, recuperando el terreno que momentos antes había sido amenazado por las botas y las balas.

De la taberna de María salió un grito de guerra junto con otros que habían protegido los suministros de munición del alcance del fuego. María miró fijamente a Eli a través del tumulto, con la mirada encendida de orgullo y desafío, un reconocimiento silencioso de aquello por lo que estaban luchando.

El sheriff Bennett se situó en el flanco de Eli, disparando metódicamente a la banda en retirada. "¡Los tenemos huyendo!", gritó a Eli, inclinando su sombrero hacia atrás con el cañón de su arma.

Eli sabía que era mejor no esperar que la batalla hubiera terminado todavía; puede que se

hubiera decantado a su favor, pero no estaría ganada hasta que todas las amenazas hubieran desaparecido de las fronteras de Barranco Sombrío. Hizo una señal para que un grupo flanqueara por la izquierda hacia una cresta donde algunos forajidos intentaban reagruparse.

Con una precisión fruto de años de experiencia y meses de reticencia convertida en determinación, Eli dirigió una carga hacia las afueras de la ciudad, donde aún quedaban focos de resistencia. Sus movimientos eran fluidos, una danza con la muerte que conocía demasiado bien, pero hoy no era por venganza. Era por protección.

Los guerreros de Halcón Silencioso se movían con sigilosa gracia por terrenos que veneraban, emergiendo como espíritus para abatir a quienes amenazaban a sus recién descubiertos aliados. La alianza entre el pueblo y la tribu se había mantenido firme en la adversidad y ahora prosperaba en la victoria.

La batalla continuó mientras las sombras se alargaban en el paisaje. Los disparos puntuaban el aire del atardecer con menos frecuencia a medida que un forajido tras otro caía o huía bajo la implacable persecución. Su convicción se disipaba como la niebla bajo el sol naciente. El miedo se convirtió en su nuevo amo mientras huían de la inflexible defensa de Shadow Gulch.

Eli se encontró de pie en lo alto de una colina, mirando a las figuras que se alejaban en la distancia. El corazón le latía con fuerza -no sólo por el esfuerzo, sino por la liberación- al ver cómo los enemigos se convertían en recuerdos que corrían por el suelo del desierto.

A su alrededor se alzó una ovación, con voces roncas pero jubilosas, que proclamaba la defensa de su hogar y la recuperación de sus vidas. Vio cómo Halcón Silencioso levantaba un brazo en señal de triunfo junto al sheriff Bennett, que alababa a gritos a todos los valientes que se habían enfrentado a la anarquía ese día.

Sin embargo, incluso en medio de la celebración, Eli permaneció vigilante hasta que el último forajido desapareció fuera de su alcance. Sólo entonces se permitió exhalar por completo, el aliento de un hombre que había llevado demasiados fantasmas en su interior y al que por fin se le había dado permiso para relajarse.

"¡Stone!" Era el doctor Timmons, que se abría paso entre la multitud, con un maletín médico en la mano y el ceño fruncido por la preocupación por los que necesitaban atención tras el cruel toque del combate.

Eli descendió de su posición ventajosa para reunirse con él a mitad de camino. Cada paso era más ligero de lo que había sido en años, sin el peso del miedo o la duda sobre lo que el mañana podría depararle a él o a Barranco Sombrío.

El doctor Timmons le dio una palmada en el hombro, un gesto cargado de gratitud y comprensión entre hombres que habían visto demasiado y aún esperaban algo más que la mera posibilidad de sobrevivir.

El sol se ocultaba tras las lejanas montañas y proyectaba un resplandor ámbar sobre los rostros cansados pero victoriosos reunidos a su alrededor, cada uno de ellos marcado por la lucha pero resplandeciente de resistencia forjada en el fuego y de unidad descubierta en medio de la desesperación.

A medida que se acercaba el crepúsculo y las estrellas se asomaban por encima de ellos como guardianes vigilantes de la promesa silenciosa de la noche, Eli Stone se encontraba entre amigos y familiares que nunca supo que encontraría en esta vida -ni en ninguna otra- y se permitió creer que tal vez la redención no era solo un sueño fugaz, sino algo real. Algo que no se consigue renunciando a lo que uno es, sino manteniéndose firme cuando todo lo que uno valora se ve amenazado. Algo susurrado por el viento a través de las paredes del cañón que dice que la paz podría haber encontrado su camino a casa después de todo, como él.

EL HUMO de las armas se cernía sobre Shadow Gulch mientras los últimos gritos de batalla se desvanecían en el aire del atardecer. Eli Stone se encontraba en medio del caos, con el costado dolorido por el impacto de una bala. Apenas sintió el pinchazo, su atención se centró en los forajidos que se dispersaban en el desierto, su retirada era una lucha inconexa de desesperación. Los ojos de Eli se entrecerraron al verlos huir, asegurándose de que ningún rezagado volviera para amenazar la ciudad que había jurado proteger.

A su alrededor, Shadow Gulch mostraba las cicatrices de su defensa: los edificios tenían marcas de quemaduras y agujeros abiertos donde antes había habido risas y conversaciones. La tierra estaba pisoteada y manchada y, en algunos lugares, se había convertido en barro con sangre. Hombres y mujeres se movían por el pueblo como fantasmas, con los rostros dibujados por el cansancio y el dolor mientras atendían a los heridos y recogían a los caídos.

Eli se dirigió cojeando hacia la clínica del doctor Timmons, un hervidero de actividad mientras los heridos eran transportados en camillas improvisadas. Empujó la puerta con un hombro y encontró dentro un retablo de cuidados bajo asedio. El doctor Timmons trabajaba con gran determinación, con las manos ensangrentadas mientras cosía y vendaba.

"Vas a tener que sentarte para esto, Eli", dijo Doc sin levantar la vista de su paciente.

Eli negó con la cabeza. "Hay tiempo para eso más tarde. Sólo dime lo que necesitas".

El médico levantó entonces la vista, evaluando el rostro pálido de Eli y la sangre que se filtraba a través de su camisa. "Ayuda a María. Está reuniendo provisiones y le vendría bien un par de manos extra que no estén temblando".

Asintiendo con la cabeza, Eli volvió a la refriega y encontró a María cerca de su taberna, organizando a un grupo de lugareños para distribuir agua y vendas. Sus ojos se cruzaron con los de él a lo lejos, en un intercambio silencioso de alivio y dolor. Juntos trabajaban en tándem, una danza a la que se habían acostumbrado a lo largo de estos angustiosos días.

Una vez asegurado de que se prestaba ayuda donde era necesaria, Eli se alejó de la multitud. Caminó hacia las afueras de la ciudad, donde Halcón Silencioso se erguía como un centinela, vigilando a los forajidos en retirada con la vigilancia de un águila.

Sus miradas se cruzaron y, sin palabras, compartieron un entendimiento que sólo pueden comprender quienes han atravesado el fuego. Eran líderes impulsados por la necesidad, su vínculo se forjó en el conflicto y se selló en la pérdida compartida.

Halcón Silencioso asintió hacia el horizonte, donde el crepúsculo pintaba el cielo con pinceladas de naranja y púrpura. "La tierra sanará con el tiempo", dijo en voz baja. "Y nosotros también".

Eli siguió su mirada hacia donde la naturaleza ya parecía indiferente a las luchas humanas. "La tierra no guarda rencor", respondió con voz ronca.

Un fantasma de sonrisa asomó a los labios de Halcón Silencioso cuando se volvió para mirar directamente a Eli. "Pero los hombres sí".

Eli consideró esta verdad, sintiendo su peso posarse sobre él como el polvo después de una tormenta. "Hoy nos hemos mantenido firmes", dijo tras un momento de silencio.

"Lo hicimos", asintió Halcón Silencioso.

La mirada de Eli se desvió por el maltrecho Barranco Sombrío: la taberna seguía en pie, pero herida. Hogares que necesitarían reparación. Rostros que no volverían a verse al amanecer ni en las cenas. El coste estaba a la vista de todos: en las lágrimas derramadas por maridos e hijos. En sollozos silenciosos por madres e hijas. En el silencio estoico de los amigos que ya no están.

"¿Se quedará tu gente?" preguntó Eli, sin estar seguro de si le estaba preguntando a Halcón

Silencioso o a sí mismo si Barranco Sombrío podría llegar a ser algo más que una fortaleza improvisada contra un mundo hostil.

"Por ahora", respondió Halcón Silencioso con una solemne inclinación de cabeza. "Nuestros destinos están entrelazados con este lugar".

Una respiración pesada abandonó los pulmones de Eli, una respiración que había estado conteniendo desde que sonó el primer disparo días atrás. "Entonces reconstruiremos juntos".

Halcón Silencioso le tendió la mano, una oferta de colaboración entre dos mundos que con demasiada frecuencia habían estado enfrentados. Eli la estrechó con firmeza, como un pacto tácito que iba más allá de las palabras o las promesas hechas bajo coacción.

Permanecieron juntos en silencio -dos hombres de mundos diferentes que miraban hacia un futuro incierto, pero forjado a partir de un propósito común- y en ese momento de calma bajo la vasta extensión del cielo, comprendieron algo profundo sobre la hermandad: no sólo nacía de la sangre o del derecho de nacimiento, sino que también se forjaba a través de pruebas compartidas y de un apoyo inquebrantable cuando se enfrentaba a la oscuridad.

En sus manos perduraba no sólo una alianza entre dos pueblos, sino también el reconocimiento de un respeto ganado y otorgado libremente, un testimonio de lo que puede llegar a ser cuando las barreras caen ante la simple verdad de que juntos son más fuertes.

Este vínculo no borraría la historia ni curaría todas las heridas al instante. Habría pruebas por delante y agravios que resolver por ambas partes. Pero era un comienzo, una base sobre la que podría construirse algo duradero si se mantenían firmes y fieles.

Mientras la noche se cernía sobre Barranco Sombrío, trayendo consigo tanto un respiro del calor del día como el recordatorio de las frías horas que les aguardaban antes de que la luz del amanecer devolviera el calor a sus huesos, Eli sabía una cosa con certeza: fuera lo que fuera lo que le esperaba a este pequeño pueblo fronterizo escondido entre altas mesetas, lo afrontarían unidos como un solo pueblo, llenos de cicatrices pero firmes ante cualquier tormenta al borde del horizonte.

EL HUMO de las armas persistía, un incienso amargo sobre Shadow Gulch. Eli Stone estaba de pie entre los restos de lo que había sido una embestida, con el cuerpo dolorido y la camisa pegada a él, húmeda de sudor y sangre. El tintineo del metal y los gritos de los heridos resonaban en sus oídos, mezclándose con el ambiente victorioso y lúgubre de la ciudad. El sol poniente proyectaba largas sombras sobre las ruinas, pintándolas en tonos dorados y carmesí, como si quisiera honrar tanto el valor como la pérdida.

María Álvarez salió de la dirección de su taberna, con la cara manchada de hollín y el pelo oscuro recogido y salpicado de ceniza. Se movió con determinación entre el desorden, buscando con la mirada hasta encontrar a Eli. Eli sintió un nudo en el corazón al verla. Era la encarnación de todo lo que temía perder: su fuerza, su espíritu, el rayo de esperanza que siempre parecía llevar consigo.

Aceleró el paso cuando sus miradas se cruzaron y, cuando por fin se encontraron, no hicieron falta palabras. Su abrazo lo decía todo: era estrecho y desesperado, un salvavidas en medio del caos. Sintió la respiración agitada de ella contra su pecho, las manos de ella aferrándose a su espalda con un fervor nacido del alivio y el miedo que aún no había desaparecido.

Eli abrazó a María, permitiéndose ese momento de vulnerabilidad. Apretó la cara contra su pelo, inhalando el aroma familiar que ni siquiera el humo podía enmascarar. Aquí estaba la vida, su vida, en sus brazos. Aquello por lo que había luchado. Esto era lo que había estado a punto de

perder.

A su alrededor, los supervivientes de Shadow Gulch vagaban como espectros entre sus sueños destrozados. Pero Eli y María encontraron consuelo en el abrazo del otro. Se erguían como dos pilares entre las ruinas: rotos pero intactos.

"Lo conseguimos", susurró María contra el hombro de Eli.

"Lo hicimos", confirmó, aunque su voz llevaba el peso de lo que "eso" les había costado a todos.

Se separaron ligeramente para mirarse, sus ojos reflejaban el dolor y la determinación que compartían. La mirada de ella recorrió los rasgos de él -el ceño fruncido, el labio partido- y él la vio estremecerse como si ella misma hubiera sentido cada magulladura.

"Reconstruiremos", dijo con una convicción que sólo vacilaba ligeramente en los bordes.

Eli asintió. "Lo haremos". Y lo dijo en serio. Repararían todas las vallas y muros, pero ¿qué pasaría con las cicatrices invisibles? La idea quedó en el aire entre ellos.

La reconstrucción no era sólo cuestión de estructuras o defensas. Se trataba de confianza, de vidas que se habían entrelazado de formas que no podían haber previsto. Mientras permanecían juntos en silencio, Eli se dio cuenta de que Barranco Sombrío era más que un refugio de su pasado: era un lugar donde había forjado lazos más fuertes que cualquier metal que hubiera trabajado en su yunque.

La risa de un niño irrumpió en su ensueño, un sonido extrañamente fuera de lugar pero dolorosamente necesario. Era el pequeño Tommy, que jugaba en la tierra con un improvisado caballo de juguete. El simple acto de jugar en medio de la devastación le recordó a Eli que la vida persistía obstinadamente incluso en las cosas más pequeñas.

"Ayudemos a los que lo necesitan", dijo María en voz baja.

Eli volvió a asentir, esta vez con más firmeza. Se separaron, pero mantuvieron las manos entrelazadas mientras se dirigían a la clínica del doctor Timmons. Con cada paso que daban juntos entre su gente -ayudando a levantar los escombros de una pierna atrapada u ofreciendo un hombro a alguien menos firme-, Eli sentía que algo en su interior se recomponía un poco más.

El sol se ocultaba bajo el horizonte mientras ellos se esforzaban por superar su agotamiento. La noche abrazaba a Shadow Gulch con ternura, como una madre que acuna a un hijo herido. Las linternas y hogueras repartidas por los alrededores ofrecían pequeños islotes de luz contra la oscuridad invasora.

Cuando se acercaba la medianoche y sus trabajos se calmaron para descansar unas horas, Eli se marchó del lado de María con la promesa de volver pronto. Se alejó del resplandor de las linternas y se dirigió hacia el espacio abierto donde la tierra se encontraba con el cielo, un lugar donde los pensamientos podían vagar tanto como las estrellas.

Se encontró en las afueras de la ciudad, donde una vez había practicado el tiro en solitario -un hábito de otra vida, al parecer-, y contempló el lienzo celeste desplegado sobre él.

Las estrellas brillaban con fuerza esta noche, puntas brillantes que perforaban la oscuridad aterciopelada sin importarles las luchas de los mortales. Eran testigos de mundos que giraban más allá de su control o preocupación. Sin embargo, esta noche, Eli se sintió visto por ellas.

Recordó las historias de Halcón Silencioso junto a las hogueras, cómo cada estrella contenía relatos de antepasados y espíritus que velaban por su pueblo. Tal vez ahora se estuvieran tejiendo nuevas historias sobre Barranco Sombrío, un pueblo que se levantó cuando parecía inevitable que lo pusieran de rodillas.

Se tocó el punto del pecho donde le había rozado una bala, no lo bastante profundo como para abatirle, pero sí para recordarle que la vida pendía de hilos tan frágiles. Redención... ¿Era

esto lo que sentía? ¿Estar aquí respirando cuando se ha perdido tanto?

Eli no sabía si la redención debía ser pacífica o dolorosa -quizá ambas cosas-, pero mientras permanecía allí solo bajo aquellas estrellas milenarias, supo que algo había cambiado en su interior.

Se le había dado una oportunidad que no muchos recibían: enfrentarse a su pasado de frente y salir cambiado del otro lado, no sin cicatrices ni ileso, pero quizá más sabio y, desde luego, más íntegro de lo que había estado nunca.

El aire de la noche le refrescó la piel mientras echaba un último vistazo al cielo antes de regresar al calor de María y a las promesas del mañana. Las estrellas le devolvieron el guiño como incontables ojos llenos de silenciosa comprensión.

En aquel inmenso silencio, perforado únicamente por el canto de los grillos y los lejanos murmullos de los cansados habitantes del pueblo que se disponían a descansar tras un día que sería recordado en la historia de Shadow Gulch durante generaciones, Eli Stone hizo por fin las paces consigo mismo.

Capítulo Cuarenta Y Uno

EL AMANECER CUBRIÓ Shadow Gulch con un tierno resplandor, los rayos del sol proyectaron largas sombras sobre las secuelas de una noche cargada de violencia. El pueblo, marcado por la ferocidad de la batalla, se llenó de vida cuando sus habitantes y los miembros de la tribu se unieron en una solemne danza de recuperación y recuerdo.

Eli Stone, con el cuerpo hecho un tapiz de vendas y magulladuras, se movía entre ellos con la deliberación de un hombre que conoce demasiado bien el coste de la paz. Sus penetrantes ojos azules, que reflejaban tanto el cielo como la tierra manchada de sangre, observaban todos los rostros, marcados por el cansancio y la pérdida, y ofrecían una fuerza silenciosa.

El aire se llenó con el murmullo de las voces y el suave tintineo de las palas al cavar las tumbas. Cada golpe de la tierra contra la madera marcaba un latido en el corazón de Eli, un recordatorio de las vidas entregadas en defensa de este refugio fronterizo. Ordenó a los hombres que llevaran a los heridos a la clínica del doctor Timmons, asegurándose de que nadie pasara desapercibido. Con cada orden, su voz, áspera por el humo y los gritos, llevaba un trasfondo de cuidado que había llegado a definir su liderazgo.

Las mujeres se reunieron cerca de la iglesia, atendiendo a los que yacían en catres improvisados. María estaba entre ellas y su presencia era un faro en la luz del amanecer. Sus manos se movían con determinación mientras curaba heridas y aliviaba frentes enfebrecidas. De vez en cuando, sus ojos se cruzaban con los de Eli a lo lejos, en una conversación silenciosa que hablaba de pruebas compartidas y promesas tácitas.

Eli se acercó a un grupo que luchaba por levantar una pesada viga de una casa derruida. Deslizó sus manos bajo la madera astillada junto a las de ellos y contó. "A la de tres", dijo. Con un empujón colectivo, liberaron lo que quedaba atrapado debajo: el caballo de juguete de un niño, con la pintura chamuscada y descascarillada. El grupo intercambió miradas sin necesidad de palabras. Todos sentían el dolor de lo que podían haber perdido.

Se dirigió hacia Halcón Silencioso, que supervisaba la preparación de las tumbas de los miembros caídos de la tribu según sus costumbres. El rostro del guerrero era estoico, pero el dolor brillaba en su mirada como el calor en la piedra del desierto. Se saludaron con una inclinación de cabeza en señal de respeto, ya que su vínculo se había solidificado a través de la batalla y el derramamiento de sangre.

"Eli", dijo Halcón Silencioso, su voz firme como la meseta que los rodeaba.

"Seguimos juntos", respondió Eli, estrechando el antebrazo de Halcón Silencioso, un gesto que trasciende culturas.

Juntos observaron cómo los niños depositaban flores silvestres sobre las tumbas, un contraste de inocencia con el telón de fondo de la mortalidad. Eli se aferró a esos momentos, un testimonio

de la persistencia de la vida incluso cuando la muerte la envuelve con su velo.

Una llamada a Eli desvió su atención de la sombría escena. El sheriff Bennett estaba a las afueras de la ciudad, cerca de los establos donde los caballos gruñían inquietos ante los persistentes olores de la pólvora y el miedo.

"Stone", dijo Bennett cuando Eli se acercó. "Necesito tus ojos en algo."

Eli le siguió sin preguntar, intuyendo por el ceño fruncido de Bennett que se trataba de algo más que una evaluación rutinaria de daños. Se detuvieron junto a la puerta abierta de un establo, donde unas marcas garabateadas en la tierra captaban la luz de la mañana.

"Huellas", señaló Bennett, trazando líneas con la punta de su bota. "No son de ningún caballo que yo conozca".

Eli las estudió: su curvatura y profundidad hablaban de salidas precipitadas o regresos ominosos. "Podría ser de uno que se soltó durante la pelea", sugirió, pero sabía que la incertidumbre se cernía como nubes de tormenta en su horizonte.

"Necesitaremos jinetes para explorar pronto", afirmó Bennett, pensando ya en el futuro.

Eli asintió una vez, añadiéndolo en silencio a la creciente lista de cargas del día.

Dejó a Bennett para que organizara a los exploradores y regresó a pie por la ciudad, que ahora era suya en formas que nunca imaginó cuando buscó por primera vez sus tranquilos rincones para escapar de su pasado. Cada paso le recordaba los caminos recorridos, las decisiones que le habían conducido hasta aquí, donde cada edificio mostraba cicatrices como las ocultas bajo sus propias ropas.

Una niña corrió hacia él con un trozo de tela en el puño: la hermana de Tommy, por su pelo arenoso y su barbilla decidida. Tiró de la manga de Eli hasta que éste se inclinó para mirarla a los ojos.

"Para el brazo", le dijo con valentía mientras le ponía la tela en la mano: un vendaje improvisado, probablemente arrancado del dobladillo de su propio vestido.

Eli lo aceptó con una suave sonrisa que no llegó a sus cansados ojos, pero que contenía la suficiente calidez como para arrancarle una sonrisa a cambio antes de salir corriendo para ayudar a los demás lo mejor que pudiera.

Se envolvió el antebrazo con la tela -otra capa más-, un símbolo no sólo de sus propias heridas, sino de las sufridas por todos los que llamaban hogar a Barranco Sombrío.

A media mañana, cuando la luz del sol se proyectaba sobre los tejados y los callejones despejados de escombros volvían a revelarse, Eli se encontró ante la puerta de María, cuya invitación de la noche anterior en medio del caos parecía haber sido cursada hace toda una vida.

Apareció en la puerta de su casa limpiándose las manos en un delantal como si no hubiera habido ninguna batalla en sus calles apenas unas horas antes, como si ese día fuera cualquier otro en el que la vida simplemente continuara.

"Eli", dijo ella en voz baja mientras se apartaba para que él entrara: el umbral que los separaba contenía todo lo que habían compartido y todo lo que aún tendrían que afrontar juntos.

La calidez de su hogar lo envolvió, en contraste con el aire fresco de la mañana, y por un momento se permitió un respiro antes de que el deber lo llamara de nuevo.

Echó un vistazo a los sencillos muebles impregnados del toque de María: cortinas de encaje que filtraban la luz. Hierbas colgadas junto a las ventanas. Recuerdos incrustados en las paredes y, a pesar de todo, sintió que algo parecido a la paz se agitaba en su interior.

Pronunciaron pocas palabras -tiempo demasiado valioso para muchos-, pero cada una de ellas tenía más peso que las pronunciadas en voz alta: reconocimientos de lo que había pasado. Garantías para lo que podría venir. Esperanzas desatendidas que se aferraban frágilmente como

gotas de rocío en la hierba matutina frente a su ventana, donde Shadow Gulch se alzaba de nuevo bajo la luz indulgente del amanecer.

EN EL SILENCIO de la madrugada, Shadow Gulch se reunió. En el aire flotaba el aroma de la tierra fresca removida para las tumbas y el tenue ardor de las hogueras ya apagadas. Eli observaba desde la distancia cómo la gente del pueblo y los miembros de la tribu se mezclaban, sus sombríos atuendos se fundían en un tapiz de pérdida compartida. El funeral iba a celebrarse en el corazón del pueblo, donde el campanario de la iglesia aún se alzaba desafiante contra el cielo, símbolo de su resistencia.

Eli sentía cada paso hacia la reunión como un peso, sus propias heridas como un sordo recordatorio del coste de la noche. Había preparado palabras, pero le parecían inadecuadas comparadas con el testimonio silencioso de las heridas vendadas y los rostros bañados en lágrimas. Sin embargo, debía hablar, porque en su reticente liderazgo no sólo buscaban orientación, sino también consuelo.

El reverendo Mercer abrió el servicio con una oración que hablaba a los corazones más que a la doctrina, pidiendo curación y paz para los que habían superado las luchas de esta vida. Mientras hablaba, Eli escrutó a la multitud, viendo en sus ojos la misma pregunta que le atormentaba a él: ¿Cómo seguimos adelante?

Una a una, las personas dieron un paso al frente para compartir los recuerdos de los desaparecidos: un minero que siempre tenía un chiste a mano, una madre que había enseñado a sus hijos a leer a la luz de las velas, un joven guerrero de la tribu de Halcón Silencioso que había soñado con tender un puente entre dos mundos. Cada historia tejía un retrato más rico del tejido de la comunidad, ahora desgarrado pero no destruido.

Cuando llegó el turno de Eli, se adelantó con una vacilación poco habitual en él. Los murmullos se acallaron cuando encontró su lugar ante ellos, con todas las miradas puestas en él. Se aclaró la garganta con suavidad y empezó a hablar con un tono que no sólo transmitía palabras, sino también su alma.

"Hoy estamos aquí", comenzó Eli, "unidos no por elección sino por necesidad. Nos hemos enfrentado juntos a una tormenta que nos ha arrebatado amigos, familia... partes de nosotros mismos".

Hizo una pausa, mirando a su alrededor los rostros marcados por la penuria y la esperanza entremezcladas. "Pero no pensemos sólo en lo que hemos perdido. Recordemos también lo que hemos encontrado. En cada uno de nosotros -en este suelo compartido empapado con nuestro sudor y nuestra sangre- hemos descubierto una fuerza que no sabíamos que teníamos".

La mirada de Eli recorrió a los reunidos antes de posarse en Halcón Silencioso. "Hemos aprendido que la unidad no borra nuestras diferencias, sino que las honra. Hemos luchado codo con codo con aquellos a los que antes veíamos con desconfianza y hemos encontrado en ellos los mismos deseos que laten en nuestros propios corazones: seguridad para nuestros parientes y paz para nuestros días."

Se miró las manos -las de un herrero, un agente de la ley, ahora un líder- antes de continuar. "Hablamos del sacrificio como si fuera algo grandioso y noble. Pero el sacrificio no se compone sólo de actos de valor. Se compone de pequeños momentos -decisiones- que dan forma a nuestras vidas más que cualquier batalla".

Eli sintió que su voz se estabilizaba al encontrar la verdad dentro de sus palabras. "Cada persona a la que honramos hoy tomó esas decisiones: montar guardia mientras otros dormían,

compartir su último trozo de pan, proteger a un niño con su cuerpo". Dejó escapar un suspiro al sentir profundamente su ausencia. "Sus sacrificios no exigen recompensa, sino recuerdo".

Un murmullo de asentimiento recorrió a la multitud, que asentía con la cabeza.

"Y así", la voz de Eli ahora más suave pero no menos ferviente, "comprometámonos a recordar no sólo hoy sino en todos nuestros mañanas: la risa del minero resonando en nuestro salón, las lecciones de la madre susurradas a la hora de dormir, el sueño del guerrero entretejiéndose en nuestras historias".

El silencio se apoderó de Barranco Sombrío cuando Eli volvió a ocupar su lugar entre ellos, un hombre que había visto demasiada muerte pero que seguía aferrado a la vida con obstinada determinación.

El reverendo se adelantó una vez más para cerrar el servicio con palabras que se hacían eco de los sentimientos de Eli: llamamientos a la unidad y a la esperanza en medio del dolor. Cuando la gente empezó a dispersarse, algunos se detuvieron para estrechar la mano de Eli o asentir en silencio en señal de agradecimiento.

Eli permaneció allí mucho después de que la mayoría se hubiera marchado. Permaneció allí sintiéndose el guardián de los recuerdos que le habían confiado. Cada historia compartida aquel día se grabó en su mente, una carga que aceptó de buen grado porque significaba que los perdidos seguirían viviendo a través de él.

Y así fue como Shadow Gulch atravesó su luto unida: un pueblo con cicatrices pero superviviente, sus gentes unidas por hilos más fuertes por haber sido puestas a prueba por el fuego.

A MEDIDA que el sol subía, proyectando largas sombras sobre los restos rotos de Shadow Gulch, el aire se llenaba de sonidos de reconstrucción. Se medían y serraban tablones de madera, se clavaban clavos y, en medio de todo ello, Eli Stone se movía con determinación. Sus anchos hombros soportaban no sólo el peso de la madera, sino también la carga colectiva de una ciudad que luchaba por salir del abismo.

Se secó el sudor de la frente con una mano callosa, y su mirada recorrió a los bulliciosos habitantes de la ciudad. Cada persona, ya fuera colocando vigas o vendando nudillos raspados, llevaba en la mirada la misma mezcla de pérdida y determinación. Eran supervivientes, sus manos formaban parte de la resurrección de Barranco Sombrío tanto como cualquier herramienta o material.

Eli se unió a Halcón Silencioso y a algunos otros que levantaban un armazón para colocarlo en posición sobre lo que quedaba de la tienda. "A la de tres", ordenó, con voz firme a pesar del dolor muscular. "¡Uno... dos... levanten!"

Con un gruñido colectivo, levantaron el armazón y lo sostuvieron mientras otros se apresuraban a apuntalarlo desde ambos lados. Era más que un muro. Era una declaración: Shadow Gulch no sólo perduraría, sino que prosperaría.

Más tarde, mientras Eli clavaba los listones del tejado de la taberna de María, se detuvo a observar la ciudad. Cada golpe de martillo era un latido en el ritmo de la renovación. Miró a María mientras repartía vasos de agua a los sedientos trabajadores. Su sonrisa le llegó incluso desde aquella distancia, ofreciéndole un silencioso agradecimiento que él devolvió con un movimiento de cabeza.

La taberna se había convertido en algo más que un lugar para beber y conversar. Ahora era el corazón de su comunidad, un refugio en tiempos difíciles y un faro para quienes buscaban

consuelo en la compañía.

"Eres bastante hábil con ese martillo", le llamó el sheriff Bennett desde la calle.

Eli rió secamente. "Parece que he encontrado mi vocación".

El sheriff se apoyó en una sección intacta de la barandilla, con el sombrero echado hacia atrás sobre la cabeza. "La ciudad tiene suerte de tenerte".

Eli se clavó otro clavo antes de responder. "La suerte tuvo poco que ver".

Bennett lo miró con una comprensión que no requería palabras, un reconocimiento silencioso del viaje de Eli de recluso embrujado a pilar de Shadow Gulch.

A medida que las sombras se alargaban y se acercaba el atardecer, Eli bajó del tejado, con el cuerpo protestando a cada paso. Se unió a Halcón Silencioso junto al fuego que habían encendido en el centro del pueblo, donde se estaba cocinando comida para todos.

El guerrero le saludó con la cabeza mientras se acercaba. "Tu espíritu brilla hoy, Eli Stone".

"No es sólo mío", respondió Eli mientras tomaba asiento en uno de los troncos dispuestos alrededor del fuego. "Es de todos nosotros".

Se sentaron en un silencio agradable durante un rato, observando cómo las familias se reunían a su alrededor: los niños jugaban entre los escombros mientras los padres compartían historias y planes para sus hogares.

El reverendo Mercer se acercó a ellos con la Biblia en la mano. El hombre había sido una roca en estos tiempos difíciles, ofreciendo consuelo cuando era necesario y palabras para calmar las mentes atribuladas.

"Eli", saludó inclinando la cabeza antes de volverse para dirigirse a los reunidos alrededor. "Si nos permite un momento".

Las conversaciones se calmaron cuando todos volvieron su atención hacia él.

"Hemos sufrido mucho", empezó Mercer, con una voz que soplaba sobre ellos como un viento suave. "Pero también hemos visto lo que se puede conseguir cuando nos mantenemos unidos, cuando combinamos nuestras fuerzas y las aprovechamos".

Eli vio cómo los rostros se volvían hacia los demás: los colonos no miraban a los miembros de la tribu con recelo, sino con gratitud.

"Recemos por los que hemos perdido", continuó Mercer, "y demos gracias por esta unidad que nos ha salvado a todos".

Las cabezas de los asistentes se inclinaron mientras Mercer dirigía unas palabras al cielo.

Después se repartieron los platos -habichuelas y cerdo salado, sobre todo-, pero nadie se quejó de la sencillez de la comida. Era más que un sustento. Era la comunión después de la batalla, compartida entre amigos y aliados.

"¿Crees que esta paz durará?" preguntó Doc Timmons mientras tomaba asiento junto a Eli con su propio plato.

Eli lo consideró: un futuro sin conflictos parecía un sueño imposible después de lo que habían pasado, pero mirar a su alrededor y ver esas caras hizo que los que antes dudaban se convirtieran en creyentes.

"Creo que depende de nosotros", dijo finalmente.

Timmons asintió lentamente. "Creo que tienes razón".

Capítulo Cuarenta Y Dos

ELI OBSERVÓ cómo el horizonte se tragaba el sol de la mañana, sus rayos atravesando el polvo y los escombros de una ciudad que se sostenía por meros hilos. El peso de su cinturón de armas le resultaba desconocido, un recordatorio del hombre que una vez fue y del líder en que se había convertido. A su alrededor, Barranco Sombrío bullía de actividad: las voces se fundían en una sinfonía de supervivencia mientras la ciudad se recomponía.

Al borde de este resurgimiento se alzaba Halcón Silencioso, su figura era un testamento silencioso de la alianza que los había salvado a todos. La presencia del guerrero formaba parte de la tierra tanto como los rojos acantilados que acunaban a Barranco Sombrío en su rocoso abrazo. Hoy, sin embargo, marcaba una partida: el regreso a la tierra de su pueblo, a la vida que les esperaba más allá del barranco.

Eli se acercó a él, cada paso levantando pequeñas nubes de polvo del suelo. La familiar inclinación de cabeza que intercambiaron fue más que un saludo. Era un reconocimiento de batallas y sangre compartidas.

"Vas a salir", afirmó Eli, con voz áspera como papel de lija sobre madera.

Halcón Silencioso se volvió, sus ojos oscuros contenían historias que sólo él podía contar. "Ya es hora. Mi pueblo necesita curarse en nuestro propio suelo, bajo nuestro cielo".

Eli asintió. Entendía esa atracción -la llamada del hogar y del corazón- mejor que la mayoría. "Nos salvaste, Halcón Silencioso. Sin ti y tus guerreros..."

Halcón Silencioso levantó una mano, deteniendo las palabras de Eli. "Sin ti y tu liderazgo, Barranco Sombrío sería cenizas y recuerdos. Cada uno de nosotros desempeñó su papel".

Permanecieron un momento en silencio, dos hombres de mundos diferentes que habían encontrado un terreno común cuando más importaba.

"¿Alguna vez has pensado en lo que habría pasado si no hubieras venido a caballo aquel día?". preguntó Eli.

Los labios de Halcón Silencioso se curvaron en una rara sonrisa. "No pienso en los 'y si...'. Confío en lo que es".

Eli no pudo evitar una risita, un sonido que parecía extraño en medio de la reconstrucción. La confianza era una moneda que le había faltado durante años, hasta que esta improbable hermandad forjada en el fuego renovó sus reservas.

"¿Estará bien tu tribu?" Eli se mostró preocupado y miró a los hombres y mujeres que preparaban los caballos para el viaje.

"Nos hemos enfrentado a dificultades antes". La mirada de Halcón Silencioso siguió la de Eli. "Las enfrentaremos de nuevo. Así es la vida".

Como si percibiera los pensamientos no expresados de Eli, Halcón Silencioso metió la mano

en una bolsa que llevaba a su lado y sacó un objeto envuelto en suave piel de ciervo. Se lo ofreció a Eli con la reverencia grabada en cada línea de su rostro.

Eli lo cogió, sintió el peso y la textura antes de descubrir una pequeña talla: un halcón en vuelo, con las alas desplegadas contra un viento invisible.

"Esto es para ti", dijo Halcón Silencioso. "Para recordar nuestro vínculo y los cielos que hemos defendido juntos".

La artesanía era exquisita. Cada detalle insuflaba vida a la madera, como si en cualquier momento pudiera levantar el vuelo de la palma de la mano de Eli.

"Lo guardaré como un tesoro", contestó Eli, sintiendo calor en el pecho mientras agarraba la ficha.

Halcón Silencioso agarró firmemente el hombro de Eli. "Y llevaré conmigo tu espíritu, el fuego que nunca cede".

Sus miradas se cruzaron con respeto mutuo: una conversación silenciosa que no necesitaba palabras para entenderse.

"¿Cuándo volverás?" La pregunta flotaba entre ellos como el humo de una llama apagada.

"El futuro es un camino sin recorrer", respondió Halcón Silencioso con serena certeza. "Pero cuando nuestros caminos vuelvan a cruzarse -y lo harán- me encontrarás dispuesto a estar a tu lado".

"Y yo contigo", afirmó Eli, dándole una palmada fraternal en la espalda a Halcón Silencioso.

Permanecieron allí un momento más antes de que Halcón Silencioso se diera la vuelta para reunirse con su gente. Cuando salieron de Barranco Sombrío, cada guerrero levantó un brazo en señal de saludo, gesto que imitaron todos los colonos que presenciaron su partida.

Eli los observó hasta que se convirtieron en motas contra el vasto lienzo de tierra salvaje que se extendía más allá de su vista. Luego se volvió hacia el corazón de la ciudad, donde la vida clamaba por atención.

Caminó por calles en las que resonaban martillos sobre clavos y sierras sobre madera, cada sonido una nota en la canción de renacimiento de Shadow Gulch. Aquí estaba María, organizando los suministros. Allí estaba el sheriff Bennett, discutiendo medidas de seguridad. Y más allá de ellos había innumerables personas, todas partes de un todo que él había luchado por preservar.

Sus dedos rozaron el halcón de madera que llevaba en el bolsillo, un recordatorio no sólo de Halcón Silencioso, sino también de lo que habían conseguido juntos: unidad nacida de la división, fuerza surgida de la adversidad.

La fragua le llamaba ahora. Su calor familiar le llamaba a casa, su verdadero hogar, donde el fuego moldeaba el hierro como las pruebas le habían moldeado a él: antes hombre de la ley, antes herrero... ahora protector... siempre humano... cambiado para siempre.

EL SOL de la mañana se filtraba por las ventanas de la herrería, proyectando largas sombras sobre los yunques y los martillos. Eli Stone se secó el sudor de la frente y sus manos dejaron manchas de hollín en la tela. El familiar tintineo del metal contra el metal llenaba el aire y lo hacía sentirse en el presente, lejos de los fantasmas del humo de las armas y los gritos que aún le atormentaban el sueño.

Las botas del sheriff Tom Bennett repiquetearon contra el suelo de madera al entrar, un hombre cuya presencia exigía atención incluso en silencio. Eli dejó el martillo y se volvió hacia su viejo amigo.

"Eli, ¿tienes un momento?" Preguntó el Sheriff Bennett, inclinando ligeramente su sombrero hacia atrás.

Eli asintió, las líneas alrededor de sus ojos se profundizaron con curiosidad. "¿Qué tiene en mente, Sheriff?"

El bigote de Bennett se crispó mientras contemplaba sus palabras. "Es sobre lo que pasó con los forajidos", empezó. "Demostraste valor y liderazgo cuando más lo necesitábamos".

Eli se tensó al recordarlo, sintiendo el peso de cada decisión tomada durante aquellos angustiosos días. Había esperado dejar esa parte de sí mismo en el pasado.

"La ciudad tiene una deuda contigo", continuó Bennett. "Y creo que todos estaríamos más tranquilos sabiendo que usted vela oficialmente por nosotros".

La mirada de Eli se desvió hacia un juego de herraduras en el que estaba trabajando, considerando las palabras de Bennett. "Te lo agradezco, Tom, pero..."

"Te pido que vuelvas a llevar una placa", cortó Bennett. "Sé mi ayudante."

La propuesta flotaba en el aire como el humo tras un disparo. Eli sintió un picor familiar ante la sugerencia, una llamada a la acción que formaba parte de su ser, pero había aprendido a moderarlo con cautela.

"No busco la gloria ni revivir viejos tiempos", añadió rápidamente Bennett, leyendo la vacilación de Eli. "Sólo piénsalo".

Eli echó un vistazo a su taller -las herramientas, el hierro que brillaba en la fragua- y luego volvió a mirar a Bennett. "Este pueblo es ahora mi hogar", dijo en voz baja. "Y por mucho que quiera mantenerlo a salvo... no puedo volver a ser ese hombre".

Bennett asintió lentamente, con una decepción evidente pero no inesperada. Conocía la lucha de Eli mejor que la mayoría.

Eli se pasó una mano por el pelo, moteado de gris y ceniza. "Ahora soy herrero", continuó. "Forjo herramientas para construir, no armas para luchar".

"Eres más que eso para Shadow Gulch", presionó suavemente Bennett.

"Estaré con este pueblo si los problemas llaman a la puerta. Te doy mi palabra". La voz de Eli transmitía una firme resolución que no dejaba lugar a discusión.

Bennett le estudió durante un largo rato antes de esbozar una sonrisa. "Muy bien, pues herrero". Se inclinó el sombrero una vez más y salió de la tienda.

Eli lo observó marcharse y volvió a su yunque. Cogió el martillo y lo dejó caer sobre el metal caliente, golpeando y dando forma a un ritmo que ahogaba todo lo demás, excepto el latido del progreso y la paz.

ELI SE QUEDÓ en el umbral de lo que quedaba del Saloon de Maria, cuyas puertas, antaño de un rojo vibrante, estaban ahora carbonizadas y colgaban torcidas. El sol de la mañana se colaba por los huecos de las paredes, proyectando largas sombras inclinadas sobre el serrín y los escombros. María estaba de pie en el centro de su sueño hecho añicos, pero sus ojos contenían un fuego que ninguna hoguera podría reclamar.

"No se trata sólo de reconstruir, Eli", empezó María, con voz resuelta cuando se volvió hacia él. "Se trata de crear algo nuevo, algo que forme parte de todos nosotros, tanto de la gente del pueblo como de la tribu".

Eli asintió, el peso de su costado vendado le recordaba el precio que ya había pagado. "¿Un lugar donde todo el mundo es bienvenido, entonces?" Su mirada recorrió los restos. "Eso es mucho pedir en estos tiempos".

La risa de María fue un sonido brillante en la quietud. "¿Desde cuándo Shadow Gulch se ha echado atrás ante un desafío?". Se acercó, su calidez era innegable. "Quiero que formes parte de ello, Eli. Tu fuerza... tu corazón".

Eli sintió una opresión en el pecho que poco tenía que ver con su herida. Se aclaró la garganta. "No soy muy dado a planear grandes aventuras". Desvió la mirada, incómodo por la forma en que su confianza en él siempre parecía despertar corrientes más profundas.

María alargó la mano y rozó su mano áspera con las yemas de los dedos. "Pero tú estás a favor de que se hagan realidad. Y te preocupas por esta ciudad, por su gente, tanto como yo".

Sus miradas se cruzaron y se sostuvieron. En los de ella, vio el reflejo de su propio anhelo de paz y comunidad, un espejo de sus silenciosas esperanzas.

"Creo que podría ofrecer algunas ideas", concedió con una brusquedad que no le llegaba a los ojos.

María le sonrió. Su alegría era innegable. "Estaba pensando -musitó en voz alta mientras recorrían juntos las ruinas- en un espacio junto a la ventana para un escenario. Y allí..." Señaló la esquina más alejada. "Una larga barra hecha de madera local".

"Lo bastante robusto como para aguantar cualquier tormenta", añadió Eli, imaginándoselo resistente como los acantilados que acunaban Shadow Gulch.

"Exacto". El entusiasmo de María era contagioso mientras giraba con ojo de arquitecta. "Mesas aquí para juegos de cartas y comidas. . . Y podríamos colgar farolillos del techo, farolillos que brillarían como estrellas por la noche".

Estrellas... Eli se encontró recordando cómo habían contemplado juntos aquellos soles lejanos en innumerables veladas antes de que el caos descendiera sobre ellos.

"Y", continuó María con un tono más suave, sacándole de su ensoñación, "¿quizá algún espacio al aire libre? Para reuniones al aire libre donde compartir historias".

"Historias... "Eli se quedó pensativa. Era algo más que madera y clavos lo que estaba juntando. Era esperanza, un santuario de la naturaleza salvaje exterior e interior.

María le miró de nuevo con esa mirada suya que parecía desvelar capas que él creía cerradas desde hacía tiempo. "¿En qué estás pensando?"

Dudó sólo un momento antes de expresar una idea que le sorprendió incluso a él. "Un lugar para aprender... tal vez algunos libros o artesanías tanto de nuestra gente como de la gente de Halcón Silencioso". Sus palabras parecían bloques para construir un puente que aún no se veía.

Su sonrisa se suavizó hasta convertirse en algo tierno y aprobatorio al asimilar su sugerencia. "Me encanta", dijo en voz baja.

Se acercaron entre los escombros como atraídos por una fuerza invisible, una visión compartida que los unía.

"Quiero que este lugar sea algo más que una taberna", confió María mientras permanecían hombro con hombro. "Quiero que sea un corazón. . . El corazón de Shadow Gulch".

"El corazón. . . ", repitió Eli en voz baja.

Se hizo el silencio entre ellos, un silencio confortable que hablaba por sí solo de su vínculo tácito.

"Tienes un sueño, María Álvarez", dijo finalmente Eli con un tono de admiración.

"¿Y tú?" preguntó María de repente, volviéndose hacia él. Su pregunta parecía ir más allá de la mera indagación sobre los planes para la madera y los clavos.

"¿Mis sueños?" Eli hizo una pausa. Los sueños eran un lujo que rara vez se permitía, pues costaban demasiado en su trabajo.

María esperó pacientemente, con su mirada alentadora pero dándole espacio.

"Supongo que... " Miró a su alrededor, a lo que algún día sería algo más que paredes y suelos, sino un testimonio de su resistencia. "Supongo que mi sueño es ver cómo este lugar vuelve a cobrar vida: con risas e historias, no con disparos y miedo".

Volvió a cogerle la mano sin pensárselo. Se sintió bien, natural, como respirar o apuntar por un cañón.

"¿Y?", insistió suavemente.

"Y tal vez... "Dejó escapar un suspiro lento mientras se aventuraba en un territorio más desalentador que cualquier paisaje de forajidos. "... tal vez descubrir cómo es la vida sin tener que mirar siempre por encima del hombro... por mí... por nosotros".

La expresión de María se suavizó hasta convertirse en algo radiante -esperanza mezclada con afecto- y, en ese momento, Eli sintió como si no estuvieran entre ruinas, sino en la cúspide del amanecer.

"Lo haremos realidad", prometió solemnemente, pero con un trasfondo de entusiasmo: dos soñadores que se atreven a esculpir la realidad a partir de cenizas y polvo.

"Sí". Su voz era firme y resuelta, como la de un herrero dispuesto a forjar de nuevo, no armas esta vez, sino los cimientos de futuros desconocidos. "Lo haremos".

Su conversación continuó mientras avanzaban por senderos sembrados de escombros y estructuras esqueléticas de lo que una vez fue: sus sueños compartidos se desplegaban como planos bajo un cielo cada vez más brillante.

ELI STONE ESTABA APOYADO en el marco de la puerta de su herrería. Con los brazos cruzados sobre el pecho, observaba cómo la ciudad cobraba vida con el trabajo del día. El sol de la mañana proyectaba largas sombras sobre la calle, pero la luz dorada no podía alcanzar la opresión que se había alojado en lo más profundo de las entrañas de Eli desde la batalla. Su mirada se cruzó con la de los niños que se entremezclaban entre los obreros, con risas que sonaban como campanadas de esperanza entre el ruido metálico y el estrépito de la reconstrucción.

Una niña pasó dando saltitos. Su mano sujetaba una muñeca hecha con retazos de tela, tal vez una nueva amiga surgida de los restos de la calamidad. La muñeca bailaba alrededor de un par de niños que ayudaban a su padre a levantar tablones de madera para una nueva valla. La inocencia de su juego, que no se veía afectada por las recientes cicatrices de la ciudad, era una pincelada conmovedora en el lienzo del futuro de Shadow Gulch.

Eli se apartó de la puerta y se dirigió hacia ellos. A medida que se acercaba, sintió los ojos sobre él, su peso más ligero que en días pasados, pero no menos importante. Vio a Halcón Silencioso con un grupo de miembros de su tribu a las afueras del pueblo. Estaban discutiendo algo con el sheriff Bennett, señalando hacia los acantilados que acunaban Shadow Gulch en su pétreo abrazo.

"¡Sr. Stone!" La llamada atrajo la atención de Eli hacia Tommy, que había ganado confianza a caballo desde la última lección. El chico dominaba su montura con una soltura que denotaba práctica y orgullo.

"Cada día estás mejor", alabó Eli, ocultando su mueca mientras se enderezaba. Aún le dolía el costado donde la bala le había rozado durante la pelea.

Tommy le sonrió. "Papá dice que pronto estaré montando tan bien como tú".

"¿Ah, sí?" Eli rió suavemente, alborotando el pelo de Tommy. "Bueno, entonces será mejor que sigas así".

Mientras Tommy trotaba para reunirse con sus amigos, Eli no podía dejar de maravillarse al ver cómo Shadow Gulch se transformaba ante sus propios ojos. No se trataba sólo de madera y piedra unidas, sino del espíritu de una comunidad que se transformaba en algo nuevo.

La presencia de la tribu en el pueblo ya no era una rareza, sino que se había integrado en la vida cotidiana. Eli observó cómo uno de los guerreros de Halcón Silencioso enseñaba a un grupo de colonos a utilizar el arco. Los colonos se turnaban, y su torpeza inicial daba paso a la destreza bajo la paciente guía.

Se estaban formando nuevas tradiciones. La cena de la noche anterior había llenado la taberna de María de gente del pueblo y miembros de la tribu, que compartieron comida e historias hasta bien entrada la noche. La propia María había empezado a aprender palabras en la lengua de Halcón Silencioso, un puente entre dos mundos que se hacía más fuerte con cada frase compartida.

Un fuerte martilleo sacó a Eli de sus pensamientos cuando se acercó al bar de María, o a lo que quedaba de él. El edificio estaba en ruinas, pero desprendía una energía que hablaba por sí sola de la determinación de su dueña.

María lo vio y se secó la frente con el antebrazo antes de bajar de la escalera. "Será más grande", dijo, señalando los planos que había sobre una mesa improvisada. "Un lugar para todos, sean de donde sean".

Eli asintió, impresionada por su visión y su fortaleza.

El resto de la mañana transcurrió con intercambios similares mientras Eli caminaba por Barranco Sombrío. Se detuvo en la clínica del doctor Timmons, donde se estaban clasificando y almacenando los nuevos suministros médicos donados por los pueblos vecinos, un testimonio de la creciente reputación de Barranco Sombrío como bastión de la cooperación.

Se acercaba el mediodía cuando Eli regresó a su forja para seguir trabajando. El ritmo del martillo sobre el yunque le proporcionaba un consuelo familiar en medio de tantos cambios. De vez en cuando se detenía a observar cómo las cuadrillas hacían pausas para compartir las comidas que traían las familias, un acto sencillo que reforzaba los lazos comunitarios.

Eli no se dio cuenta de que Halcón Silencioso se acercaba hasta que estuvo al alcance de la mano frente a la puerta abierta de la herrería.

"Te respetan", dijo en voz baja Halcón Silencioso.

Eli le miró fijamente. "Y te respetan", replicó, "como yo".

Halcón Silencioso asintió una vez antes de cambiar bruscamente de tema, como era su costumbre. "Nos han invitado a participar en el Festival de la Cosecha", dijo, refiriéndose a una celebración anual que Shadow Gulch celebraba cada otoño, una tradición que Eli recordaba con cariño de antes de que los tiempos se volvieran difíciles.

"¿El festival?" Eli se lo pensó un momento antes de responder: "Me parece apropiado".

"Este año será diferente", continuó pensativo Halcón Silencioso. "Nosotros llevaremos nuestros bailes. Vosotros traeréis vuestra música".

Eli se permitió una pequeña sonrisa ante aquella imagen: dos culturas mezcladas bajo la luz de las estrellas, celebrando juntas la vida y la cosecha después de tanta oscuridad.

El resto del día, Eli se dedicó a forjar clavos, cosas sencillas que ahora tenían un significado mayor, ya que unirían nuevos marcos y ayudarían a empezar de cero a muchas familias de la ciudad.

Cuando llegó el atardecer y trajo aire más fresco de las mesetas que rodean Barranco Sombrío, Eli dejó por fin sus herramientas y apagó las llamas de su fragua una noche más.

Salió una vez más para ver cómo los niños perseguían luciérnagas entre las casas que

renacían de los escombros: sus risas resonaban contra los acantilados de piedra como promesas susurradas sólo para el oído del mañana.

Capítulo Cuarenta Y Tres

ELI STONE DEAMBULABA por el perímetro de Shadow Gulch, con sus botas levantando el polvo de un lugar renacido de las cenizas del conflicto. El sol de la mañana proyectaba largas sombras que hacían que las casas reconstruidas resaltaran sobre la tierra roja. Cada estructura era un testimonio de la resistencia del pueblo, de su obstinado rechazo a ser barrido por la anarquía.

Mientras caminaba, pasó junto a las nuevas tumbas a las afueras de la ciudad. Unas sencillas cruces de madera se alzaban en silenciosa hilera, cada una de ellas marcando un coste que nunca podría pagarse de verdad. Eli se detuvo ante ellas, con el sombrero en la mano y el vendaje en el brazo como pálido recuerdo de la violencia que todos habían sufrido. Recordó rostros y nombres, cada vida que se había extinguido demasiado pronto.

Una suave brisa susurraba a través del tranquilo cementerio, llevando consigo los murmullos de quienes trabajaban para reconstruir sus vidas. Eli podía oír el lejano repiqueteo de martillos y sierras, el rítmico crujido de un pozo en reparación y, sobre todo, las risas de los niños que se habían adaptado rápidamente a su nueva realidad.

El sonido le hizo sentir algo en lo más profundo de su ser: darse cuenta de que ya no era un extraño que miraba hacia dentro. Ahora formaba parte del tejido de Barranco Sombrío, entretejido en su historia con hilos de sangre y sudor. Donde una vez podría haber buscado la soledad después de tal agitación, ahora se encontró anhelando la compañía de aquellos que compartían esta tierra llena de cicatrices con él.

Apartándose de las tumbas, Eli continuó su camino, pasando junto a casas recién pintadas y con tejas nuevas. Las familias le saludaban desde los porches, con asentimientos y sonrisas que reconocían su papel en la supervivencia. No veían sólo a un herrero o a un guerrero renuente. Veían a Eli Stone, un pilar en el que se apoyaban cuando los vientos amenazaban con derribarlos.

Se detuvo en casa de Tommy, donde una vez había enseñado al chico a manejar un caballo con amabilidad. El chaval estaba jugando en el patio con otros niños, juegos nacidos de la imaginación sin el peso de los miedos de los adultos. Tommy corrió hacia Eli con una energía que desafiaba los recuerdos recientes.

"¡Sr. Stone! Mire", dijo Tommy, levantando un caballo de juguete de madera que había pintado él mismo.

Eli se agachó para inspeccionarlo con gran atención. "Es un buen trabajo, Tommy."

El chico sonrió bajo sus elogios y volvió corriendo con sus compañeros de juego, dejando a Eli observándole con una leve sonrisa en los labios.

Eli sintió que se le oprimía el pecho al ver cómo la vida persistía a pesar de su fragilidad, cómo florecía incluso en un suelo empapado de lágrimas y sangre. Se tocó el costado, donde una

bala le había rozado durante el combate. Se estaba curando bastante bien, pero probablemente le dejaría otra cicatriz, un eco físico de tantas heridas invisibles que llevaba dentro.

Pasó por delante de la nueva taberna de María, un ave fénix que resurgía de sus cenizas. Ella estaba fuera, dirigiendo a un par de hombres que colgaban un nuevo cartel sobre la entrada. El sonido de su risa llegó a Eli antes que sus palabras.

"¡Eli! ¿Planeas pasar sin saludar?", gritó.

Se acercó a ella con la facilidad que da la familiaridad, pero con la cautela que le infundía el respeto por lo que estaban construyendo entre los dos.

"Ni se me ocurriría", respondió Eli.

María se limpió las manos en el delantal y se acercó. "¿Cómo lo llevas?"

"Día a día", dijo.

María le sostuvo la mirada un instante más antes de volver a supervisar sus dominios.

Eli siguió adelante, sintiendo las palabras no dichas de María con la misma intensidad que las pronunciadas en voz alta. Su fuerza lo animó y le recordó que, aunque las cicatrices formaban parte de su paisaje, también lo era la esperanza.

Caminó hasta llegar a las afueras, donde la pradera se encontraba con la ciudad, el umbral entre lo que era manso y lo que seguía siendo salvaje. Allí estaba la señal de Halcón Silencioso -el tomahawk dado en señal de confianza-, firmemente plantada en el suelo donde Eli la había dejado tras su victoria. Servía tanto de ancla como de brújula. Un recordatorio de que la paz a menudo se encuentra en la intersección de diversos caminos que convergen hacia un terreno común.

Al contemplar el Barranco Sombrío, cuyas heridas empezaban a cicatrizar, vio algo más que edificios o tumbas, o incluso personas que volvían a vivir sus vidas. Vio hilos que se entrelazaban para formar algo más fuerte de lo que podría ser una sola hebra.

Eli ya no evitaba las obligaciones ni eludía las responsabilidades. Se habían convertido en parte de lo que era ahora, tan integrales a su ser como cualquier habilidad en la forja o talento con un arma de fuego. Esta comunidad lo había formado a él como él había ayudado a formarla a través de las pruebas a las que se habían enfrentado juntos.

Con una última mirada a través de Shadow Gulch -un retablo vivo de reconstrucción y recuerdo-, Eli Stone sintió que todo el peso de su viaje se asentaba a su alrededor como un viejo abrigo desgastado por muchas temporadas: deshilachado pero familiar y ajustándose mejor que nunca.

ELI ESTABA SOLO en los oscuros confines de su herrería, con las paredes oscurecidas por años de trabajo y calor. Sus ojos se posaron en la insignia de agente de la ley, su plata empañada por el tiempo y el peso de la historia que llevaba consigo. Era una reliquia de una vida que había intentado dejar atrás, una vida de humo de armas y justicia rápida. Sin embargo, allí estaba, un eco tangible de Elijah Stone, el hombre que una vez fue.

Sus dedos rozaron el frío metal, sintiendo el grabado como si fuera nuevo. El calor de la forja no sirvió para calmar el escalofrío que le recorrió mientras la sostenía. Este pequeño trozo de metal le había definido, le había dado propósito y poder. Pero con ella había llegado un torrente de consecuencias que nunca podría haber previsto.

Eli cerró los ojos brevemente y los recuerdos se agolparon en su mente: los rostros de los que había salvado y los de los que no. Exhaló lentamente y abrió los ojos para mirar la placa no con resentimiento, sino con aceptación.

Cogió un clavo y un martillo de su ordenado lugar de trabajo. Con movimientos deliberados, Eli colocó el clavo en un lugar vacío de la pared, un espacio que parecía haber estado esperando este mismo momento. Clavó el clavo en la madera con un par de golpes seguros y colgó la insignia.

No estaba escondido en un cajón o enterrado bajo capas de negación. Estaba a la vista de todos, sobre todo de él. La insignia brillaba tenuemente bajo el resplandor de la forja, un recordatorio no sólo de quién era, sino de en quién se había convertido.

Cuando retrocedió para verlo, el pecho de Eli se hinchó con una inesperada sensación de paz. Los remordimientos que a menudo acechaban su mirada dieron paso a algo más: el reconocimiento de que sus actos pasados formaban parte indeleble de su historia.

Este simple acto fue como un reconocimiento de que, aunque su vida había tomado un camino diferente, menos marcado por la violencia y más por la creación y la reparación, aquellos años como agente de la ley le habían formado de un modo que aún le servía.

Eli se volvió al oír unos pasos que se acercaban a la herrería. Conocía esos pasos: las pisadas mesuradas del sheriff Bennett. La puerta se abrió con un chirrido, dejando entrar una franja de luz que atravesaba las sombras.

"Te vi martilleando algo más que herraduras", dijo Bennett señalando la placa de la pared. "¿Haciendo sitio para nuevos recuerdos?"

Eli volvió a mirar la placa antes de encontrarse con la mirada de Bennett. "Sólo recordaba viejos tiempos", respondió.

Bennett se cruzó de brazos, mirando de Eli a la placa y viceversa. "Esa placa aún significa algo en esta ciudad".

"Para mí también significa algo", admitió Eli, con una voz firme suavizada por la reflexión.

Bennett se apoyó en el marco de la puerta. Su sombrero proyectaba sombras sobre sus ojos. "Supongo que te has ganado tu paz".

"La paz se gana cada día", dijo Eli en voz baja. "Pero hoy he hecho las paces con mi pasado".

Bennett asintió lentamente, como si comprendiera sin necesidad de más palabras.

Permanecieron un momento en silencio antes de que Bennett volviera a hablar. "La ciudad se está recuperando".

"Lo es", convino Eli, apartándose de la pared para mirar a Bennett de frente. "Todos estamos haciendo nuestra parte".

Bennett se inclinó ligeramente hacia atrás. "Algunos más que otros".

Eli se encogió de hombros ante el cumplido implícito. "Hice lo que cualquiera haría".

Bennett rió suavemente. "No cualquiera puede reunir a un pueblo y enfrentarse a una banda de forajidos".

"Puede que no", concedió Eli con una leve sonrisa que no le llegaba a los ojos.

Bennett se apartó del marco de la puerta y entró, observando el trabajo de Eli en el taller: herramientas recién forjadas alineadas junto a rejas de arado y ruedas de carreta reparadas.

"Este lugar se ha convertido en algo más que una herrería", comentó Bennett. "Es como si aquí mismo se estuviera forjando un nuevo futuro para Shadow Gulch".

Eli siguió la mirada de Bennett por la habitación antes de volver a posarse en él. "Estamos forjando juntos ese futuro".

"Eso es". Bennett asintió hacia la puerta, donde la luz se derramaba por los rincones más oscuros, iluminando motas de polvo en su haz.

Eli echó un vistazo al Barranco Sombrío, lleno de actividad matutina: niños corriendo entre los edificios jugando a juegos que sólo ellos entendían. Hombres reparando estructuras. Mujeres

tendiendo la ropa o repartiendo comida a los trabajadores. Todos signos de vida que avanza.

Volvió a mirar a Bennett con renovada determinación, evidente en su postura, un sutil cambio de la contemplación a la acción.

"Creo que aún queda trabajo por hacer", dijo Eli, alejándose de los recuerdos encapsulados en madera y metal.

Bennett sonrió ampliamente ahora, inclinando su sombrero una vez más como si saludara la declaración tácita de Eli. "Eso es", asintió con entusiasmo.

Juntos salieron a la luz del día, que los bañó como aguas bautismales, una claridad purificadora que prometía nuevos comienzos y nuevos días por delante.

El tintineo del martillo sobre el yunque se reanudó tras ellos cuando se separaron: Bennett volvió a organizar las patrullas y las defensas de la ciudad. Eli volvía a forjar hierro en formas prácticas y profundas, y cada golpe resonaba como ecos de cambio en el paisaje herido de Barranco Sombrío.

La mente de Eli permanecía despejada mientras el metal se besaba con el metal bajo su mano experta: la placa de agente de la ley a sus espaldas no se olvidaba, sino que se honraba. Un artefacto que marcaba dónde había estado Elijah Stone e iluminaba dónde estaba Eli Stone ahora, firmemente arraigado entre el pasado y el futuro en el resistente corazón de Barranco Sombrío.

ELI ESTABA de pie en el borde de Barranco Sombrío, con la mirada fija en el valle que acunaba la ciudad a la que había llegado a llamar hogar. El sol, una esfera fundida, colgaba bajo en el cielo, proyectando un cálido resplandor que bañaba las estructuras reconstruidas con una luz que parecía hablar de renovación. Desde este punto de vista, podía ver a los niños persiguiéndose por las calles, sus risas elevándose por encima del estrépito de la construcción y el golpeteo constante de los martillos.

La ciudad volvía a la vida, más fuerte y unida que antes. No sólo se habían fortificado los edificios. Era el espíritu de la gente. Eli lo había visto en sus ojos, una férrea determinación mezclada con un sentido de comunidad que se había ganado a pulso a través de la adversidad compartida. Ya no eran simples supervivientes, sino guardianes de su propio destino.

Una suave brisa traía consigo los débiles sonidos de la vida: el tintineo de las copas de la taberna de María, donde la gente del pueblo se reunía para compartir historias y planes para el día siguiente. El golpe rítmico de un mazo en su propia forja mientras su aprendiz continuaba trabajando. Eli había contratado al joven Tommy tras la batalla, viendo en él una sed de conocimientos que iba más allá de la mera herrería.

La mano de Eli rozó su pistolera, sintiendo el peso del revólver en la cadera, un peso que había soportado durante demasiado tiempo. Era una parte de él, un recordatorio de quién había sido y de lo que había hecho para proteger a los que ahora consideraba su familia. Pero al mirar hacia Shadow Gulch, se dio cuenta de que, aunque su pasado siempre sería un capítulo de su vida, no tenía por qué dictar cómo escribiría su futuro.

Desabrochó el cinturón lenta y deliberadamente. El cuero se deslizó por sus dedos como la arena por un reloj de arena: cada grano era un recuerdo, cada momento conducía a éste. Lo dejó a su lado, sobre una roca que dominaba la ciudad.

La puesta de sol pintó el cielo de tonos púrpura y naranja, un lienzo que parecía no tener fin. Prometía algo más que un día más. Susurraba esperanza, resistencia y nuevos comienzos. Eli respiró hondo, dejando que el aire fresco llenara sus pulmones. Era como si con cada exhalación pudiera soltar una parte de la carga que había llevado durante tanto tiempo.

Al volver la vista hacia Barranco Sombrío, Eli sintió que algo cambiaba en su interior: una especie de asentamiento. Había venido aquí en busca de redención, esperando soledad y desapego. En su lugar, encontró un propósito y una conexión. La gente había buscado su liderazgo cuando la oscuridad se cernía sobre ellos, y juntos la habían combatido.

Eli sabía que siempre habría desafíos en la frontera. Así era la vida en aquellos parajes. Pero mientras estaba allí, con el crepúsculo acercándose y la noche pisándole los talones, no sentía temor en su corazón, sólo paz.

Pensó en María y su fuerza inquebrantable; en Halcón Silencioso y su profunda sabiduría; en el sheriff Bennett y su lealtad inquebrantable; en Doc Timmons con sus manos sanadoras y sus sabias palabras; en Tommy con su mente ávida dispuesta a aprender no sólo a forjar el hierro, sino a forjar el carácter. Todos ellos eran hilos entretejidos en el tejido de esta comunidad, su comunidad.

El delantal de herrero le esperaba en su fragua. Era un emblema no sólo de su oficio, sino también de su lugar entre aquella gente. Eli no sabía qué le depararía el mañana ni qué pruebas le aguardaban más allá del horizonte. Pero cuando se alejó de la puesta de sol y comenzó a caminar de vuelta hacia la ciudad, sabía una cosa con certeza: fuera lo que fuese lo que les esperaba, lo afrontarían juntos.

Con cada paso hacia las luces resplandecientes de Shadow Gulch, Eli se sentía más ligero, como si cada pisada dejara atrás viejos fantasmas y diera la bienvenida a nuevas posibilidades. Había desempeñado muchos papeles a lo largo de su vida: agente de la ley, protector, vengador. Ahora abrazaba otro papel, uno definido por una fuerza tranquila y una esperanza duradera.

Cuando la noche se asentó sobre Shadow Gulch como una manta reconfortante que arropa a sus habitantes para que descansen después de días llenos de trabajo y noches marcadas por la vigilancia, Eli Stone caminaba entre ellos no como un ejecutor con el hierro en la cadera, sino como un alma más de las muchas que habían elegido este escarpado trozo de tierra como hogar.

Y cuando el sol de mañana coronara esas altas mesetas para anunciar otro día en Barranco Sombrío, Elli se levantaría con él, no con aprensión ni resignación, sino con ansia por lo que estuviera por venir. Por ahora, sin embargo, la satisfacción se asentaba a su alrededor como el abrazo final del crepúsculo, una promesa susurrada en brisas crepusculares que sólo hablaban de días más brillantes por venir.

Deje una Reseña

A medida que el polvo se asienta en las páginas finales de La justicia de Eli, espero que te hayas encontrado inmerso en el apasionante mundo del Viejo Oeste, cabalgando junto a Eli a través de cada giro y vuelta de su búsqueda. Ha sido un viaje de pasión y dedicación dar vida a esta historia, y tu compañía como lector ha hecho que cada paso valga la pena.

Si esta historia de aventuras y venganza ha resonado en ti, te pido que consideres dejar una reseña. Sus pensamientos y reflexiones no sólo son muy apreciados, sino que también son esenciales para ayudar a que La justicia de Eli llegue a otros lectores que comparten nuestro amor por el género del Oeste. Ya sean unas pocas palabras, una puntuación de 5 estrellas o un relato detallado de tu experiencia con el libro, tu reseña es una forma poderosa de apoyar y animar a un escritor en su viaje literario.

Así que, ensilla tus pensamientos y deja que el mundo sepa lo que piensas de la historia de Eli. Tus comentarios son el oro en el río del viaje de este escritor, y te agradezco de antemano que te tomes el tiempo de compartirlos.

Daniel Griffin
Trails West Books
www.trailswestbooks.com